

A. DUMAS
MEMORIAS
DE UN MÉDICO

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
V^o CH. BOURET



THE HISTORY OF THE

REIGN OF

GEORGE THE THIRD

BY

CHARLES CANNON

ESQ.

LONDON

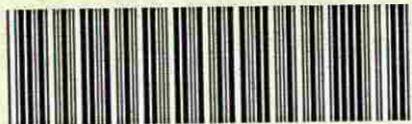
1784

PRINTED BY

JOHN BARNARD

PQ2227
M5
S6
v. 3

U886 m



1020026317



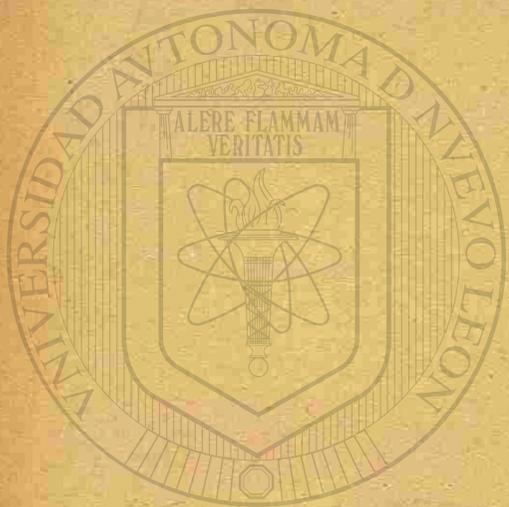
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



MEMORIAS

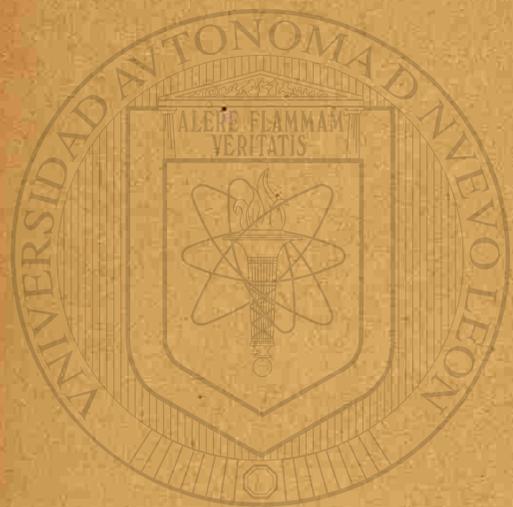
DE UN MÉDICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS — LIBRERÍA E IMPRENTA DE LA V^{da} DE CH. BOURET.

MEMORIAS

DE UN MÉDICO

POR

ALEJANDRO DUMAS

Nueva Edición

TOMO TERCERO



098702

LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

PARIS

MÉXICO

23, Rue Visconti, 23

14, Cinco de Mayo, 14

1906

Propiedad del Editor.

29972

843
D.

P2227
M5
196



Núm. Clas _____
 Núm. Autor _____
 Núm. Adq _____
 Proced. _____
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó _____

FONDO
 RICARDO COVARRUBIAS
gab

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
 C. P. 64000 MONTERREY, NUEVO LEÓN

MEMORIAS DE UN MÉDICO

Las carrozas del rey

Un fuerte murmullo que se oyó á lo lejos, pero que iba tomando cuerpo á medida que se acercaba, llamó la atención de Gilberto, quien sintió apoderarse de todo su cuerpo un agudo calofrío.

Gritaban ; Viva el rey ! como entonces se acostumbraba.

Lanzóse á la calzada una nube de caballos, relinchando, dorados, cubiertos de púrpura ; eran los mosqueteros, los gendarmes y los suizos de á caballo.

Luego apareció una carroza maciza y magnífica. Gilberto percibió una banda azul, una cabeza cubierta y majestuosa ; y vió el brillo frío y penetrante de la mirada del rey, ante la que todas las cabezas se inclinaban y descubrían.

Fascinado, inmóvil, embriagado, jadeante, olvidó quitarse el sombrero.

Sacóle de su éxtasis un golpe violento, que hizo rodar por tierra su sombrero.

Dió un salto, recogió el sombrero, levantó la cabeza, y reconoció al sobrino del que lo invitara á almorzar, que le miraba con esa sonrisa picaresca peculiar á los militares.

— ¡Y bien! le dijo, ¿no se saca el sombrero al pasar el rey?

Gilberto palideció, miró su sombrero cubierto de polvo, y respondió:

— Es la primera vez que veo al rey, y verdad es que he olvidado el saludarle; pero no sabía....

— ¡No sabía usted! repitió el veterano frunciendo el ceño.

Gilberto temió que le echasen de aquel sitio, desde donde tan bien podía ver á Andrea, y el amor que hervía en su corazón sofocó su orgullo.

— Dispense usted, dijo, pues soy de provincia.

— ¿Y viene usted, amiguito, á educarse en París?

— Sí, señor, respondió Gilberto devorando su rabia.

— Pues bien; ya que está usted educándose, dijo el sargento deteniendo la mano de Gilberto que se disponía á ponerse el sombrero, aprenda usted aun esto: Se saluda á la señora Delfina como al rey, y á los señores príncipes como á la señora Delfina; en fin, se saluda á todos los coches en que hay flores de lis. ¿Conoce usted, amiguito, las flores de lis, ó hay que dárselas á conocer?

— Es inútil, señor, porque las conozco.

— Es una gran fortuna, dijo entre dientes el sargento.

Pasaron los coches reales. La hilera se prolongaba, y Gilberto miraba con ojos tan ávidos, que parecían atontados. Los coches, según iban llegando frente á la puerta de la abadía, se paraban, y se apeaban los señores de la comitiva, operación que de cinco en

cinco minutos ocasionaba un movimiento de alto en toda la línea.

En uno de aquellos altos sintió Gilberto como un hierro candente que le hubiese atravesado el corazón; tuvo un vértigo durante el cual desaparecieron de su vista todos los objetos, y apoderóse de él un temblor tan violento, que tuvo que afianzarse en su rama para no caer.

Todo esto provino de que enfrente de él, á diez pasos á lo sumo, acababa de percibir, en uno de los coches con flores de lis que el sargento le había recomendado saludase, la esplendente, la luminosa cara de Andrea vestida toda de blanco, como un ángel ó una fantasma.

Lanzó un débil grito, luego, venciendo todas las emociones que se habían apoderado de él á la vez, mandó á su corazón que dejase de latir, y á su mirada de fijarse en el sol.

Y tan grande era el dominio del joven sobre sí mismo, que lo logró.

Por su parte, Andrea, queriendo ver el motivo de la parada de los coches, se asomó á la portezuela, y extendiendo en torno suyo su hermosa vista de azul, distinguió y reconoció á Gilberto.

Gilberto suponía que al percibirle Andrea, se admiraría, se volvería y hablaría á su padre, que estaba á su lado.

No se engañaba: Andrea se admiró, se volvió y llamó sobre Gilberto la atención del barón de Taverney, el cual, adornado con su gran banda encarnada, estaba majestuosamente repantigado en la carroza del rey.

— ¡Gilberto! exclamó el barón como despertando sobresaltado, ¡Gilberto aquí! ¿Y entonces quién cuidará de Mahón en el castillo?

Gilberto oyó perfectamente estas palabras, y al

momento se puso á saludar con un respeto estudiado á Andrea y á su padre.

Necesarias le fueron todas sus fuerzas para hacer aquella salutación.

— ¡Y no cabe duda! exclamó el barón percibiendo á nuestro filósofo. ¡Es ese mismo tunante en persona?

Estaba tan lejos de pensar que Gilberto se hallase en París, que al principio no había querido creer á los ojos de su hija, y aun entonces le costaba trabajo el creer á los suyos propios.

En cuanto al rostro de Andrea, que Gilberto observaba entonces con una atención sostenida, sólo expresaba una calma completa después de una ligera nube de asombro.

El barón, inclinado fuera de la portezuela, llamó á Gilberto con un ademán.

Gilberto trató de aproximarse, pero le detuvo el sargento.

— Ya ve usted que me están llamando, le dijo á éste.

— ¿De dónde?

— De aquel coche.

Las miradas del sargento siguieron la dirección indicada por el dedo de Gilberto, y se fijaron en la carroza del señor de Taverney.

— Permita usted, sargento, dijo el barón, pues tengo que hablar con ese muchacho dos palabras solamente.

— Aunque sean cuatro, caballero, respondió el sargento: además de que tenéis tiempo suficiente, pues están leyendo una arenga bajo el pórtico, y aun no despacharán en una larga media hora. Pase usted, joven.

— Ven acá, pícaro, dijo el barón á Gilberto, que afectaba andar á su paso ordinario, ¿dime por qué

casualidad te hallas en San Dionisio debiendo estar en Taverney?

Gilberto saludó por segunda vez á Andrea y al barón, y respondió:

— No fué la casualidad, señor, la que aquí me ha traído, sino el acto de mi voluntad.

— ¿Cómo es eso de tu voluntad, seo pilló? ¿Acaso tienes tú voluntad?

— ¿Y por qué no? Todo hombre libre tiene el derecho de tenerla.

— ¡Todo hombre libre! ¡Lindos estamos! ¿Conque te crees libre, cuitado?

— Sin duda que sí, puesto que no he encadenado mi libertad á nadie.

— ¿Á fe mía que es un pilló divertido! exclamó el señor de Taverney, admirado del aplomo con que hablaba Gilberto. ¡Cómo! ¿tú en París? ¿Y cómo has venido? ¿con qué recursos? dime, si gustas.....

— Á pie, respondió lacónicamente Gilberto.

— ¡Á pie! repitió Andrea con cierta expresión de lástima.

— ¿Y qué vienes á hacer á París? preguntó el barón.

— Primero mi educación, y después mi fortuna

— ¡Tu educación!

— Estoy seguro de ello.

— ¡Tu fortuna!

— Así lo espero.

— Y entretanto, ¿qué es lo que haces? ¿pedir limosna?

— ¡Pedir limosna! repitió Gilberto con soberbio desprecio.

— Entonces, robas.

— Señor, dijo Gilberto con un acento de firmeza orgullosa y salvaje, que fijó por un instante sobre el

extraño joven la atención de la señorita de Taverney, ¿acaso os he robado jamás alguna cosa?

— Pero entonces, ¿qué es lo que haces con tus manos de haragán?

— Lo que hace un hombre de genio á quien quiero parecerme, aunque no sea más que en mi perseverancia, respondió Gilberto. Copió música.

Andrea volvió hacia él la cabeza.

— ¿Copias música? le preguntó.

— Sí, señorita.

— ¿Luego la sabías? añadió desdeñosamente y con el mismo tono con que hubiera dicho: Mientes.

— Conozco las notas, y me basta para ser copiante, respondió Gilberto.

— ¿Y en dónde diablos has aprendido tus notas, tunante?

— Sí, añadió Andrea sonriendo.

— Señor barón, soy muy apasionado de la música, y como todos los días pasaba la señorita una hora ó dos al clave, me ocultaba para escuchar.

— ¡Haragán!

— Primero he retenido los aires, luego, como aquellos aires estaban escritos en un método, he aprendido poco á poco, y á fuerza de trabajo, á leer en aquel método.

— ¡En mi método! exclamó Andrea en el colmo de la indignación. ¡Conque te atrevías á tocar á mi método!

— No, señorita, jamás me hubiera tomado esa libertad, respondió Gilberto; pero quedaba abierto sobre vuestro clave, ya en un sitio, ya en otro. No lo tocaba; trataba de leerlo, y nada más; mis ojos no podían manchar las páginas.

— Vas á ver, dijo el barón, que este tunantuelo nos

sopla de buenas á primeras que sabe tocar el piano como Haydn.

— Es muy probable que lo hubiera sabido, dijo Gilberto, si me hubiese atrevido á poner mis dedos en las teclas.

Y Andrea echó, á pesar suyo, una segunda mirada sobre aquella cara animada por un sentimiento del que nada puede dar una idea, á no ser el fanatismo ávido del martirio.

Pero el barón, que no tenía en su espíritu la calma y la inteligente lucidez de su hija, había sentido encenderse su cólera, pensando que aquel joven tenía razón, y que habían cometido con él una inhumanidad, dejándole en Taverney en compañía de Mahón.

Y como difícilmente se perdona á un inferior el agravio de que él puede convencernos, el barón se iba acalorando á medida que su hija se mitigaba.

— ¡Ah, tunantazo! exclamó, ¡te escapas, andas vagabundeando, y cuando te piden cuenta de tu conducta, recurras á esa faramalla que acabas de escopearnos! Pues bien; como no quiero que por causa mía se halle el camino del rey embarazado por pillos y gitanos....

Andrea hizo un movimiento para calmar á su padre, pues conocía que la exageración excluye la superioridad.

Pero el barón separó la mano protectora de su hija, y continuó:

— Yo te recomendaré al señor de Sartines, é irás á visitar á Bicetre, pícaro de filósofo.

Gilberto dió un paso atrás, metió su sombrero bajo el brazo, y pálido de cólera:

— Señor barón, dijo, sabed que desde que estoy en París he hallado protectores á quienes vuestro señor de Sartines hace antesalas.

— ¡Hola! ¡conque esas tenemos! exclamó el barón. Pues bien, si te escapas de Bicetre, no te escaparás de una zurrubanda. Andrea, Andrea, llama á tu hermano que está ahí cerca.

Andrea se inclinó hacia Gilberto, y le dijo imperiosamente:

— Vamos, señor Gilberto, retirese usted.

— ¡Felipe, Felipe! grito el viejo.

— Retírese usted, repitió Andrea al joven, que permanecía en su puesto mudo é inmóvil, como en una contemplación extática.

Acudió á la portezuela de la carroza un caballero atraído por las voces del barón; era Felipe de Taverney con un uniforme de capitán, que estaba gozoso y espléndido.

— ¡Calla! ¡es Gilberto! dijo sencillamente al reconocerle. ¡Gilberto aquí! Buenos días, Gilberto... ¿Qué me queriais, padre mío?

— Buenos días, señor Felipe, respondió el joven.

— Lo que quiero, exclamó el barón pálido de furor, es que cojas la vaina de tu espada, y que sacudas el polvo á ese tunante.

— Pero, ¿qué es lo que ha hecho? preguntó Felipe mirando alternativamente y con una admiración creciente el furor del barón y la terrible impasibilidad de Gilberto.

— ¡Ha hecho! ¡ha hecho! exclamó el barón. Sacúdele, Felipe, sacúdele como á un perro.

Taverney se volvió hacia su hermana.

— ¿Qué es lo que ha hecho, Andrea? dímelo. ¿Acaso te ha insultado?

— ¡Yo! exclamó Gilberto.

— No, nada, Felipe, respondió Andrea; no, no ha hecho nada; mi padre se extravía. Gilberto no está ya á nuestro servicio, y por consiguiente tiene perfecta-

mente el derecho de estar en donde le agrade. Mi padre no quiere comprenderlo así, y al verle aquí, se ha encolerizado.

— ¿Y no es más que eso? preguntó Felipe.

— Nada más, hermano mío, y no comprendo nada del enojo del señor de Taverney, especialmente con semejante motivo y con cosas y personas que no merecen siquiera una mirada. Mira, Felipe, si avanzamos.

El barón, domado por la serenidad enteramente regia de su hija, guardó silencio.

Gilberto bajó la cabeza, abrumado por ese desprecio. Un relámpago pasó á través de su corazón, que parecía al del odio; pues hubiera preferido una estocada mortal de la espada de Felipe, y aun un sangriento latigazo de su mano.

Estuvo á punto de desmayarse, pero, por fortuna suya, se había acabado la arenga en aquel momento, y las carrozas volvieron á continuar su marcha.

La del barón se alejó poco á poco: siguiéronla otras, y Andrea iba desapareciendo como en un sueño.

Gilberto se quedó solo, dispuesto á llorar, á sonrojarse, incapaz, á lo menos en su opinión, de sostener el peso de su desgracia.

En aquel momento, sintió una mano ponerse en su hombro: volvióse, y vió á Felipe que, habiéndose apeado y dando las riendas de su caballo á un soldado de su regimiento, venía á dónde él estaba muy risueño.

— Vamos, ¿qué es lo que ha pasado, mi pobre Gilberto, y cómo es que te hallas en Paris?

Este tono franco y cordial interesó á Gilberto.

— Pero, señor, respondió con un suspiro arrancado á su estoicismo indómito, ¿qué había de hacer en Taverney? Si me hubiera quedado allí, me habría muerto de desesperación, de ignorancia y de hambre.

Felipe se estremeció, porque su espíritu imparcial

había sentido, como Andrea, el doloroso abandono en que habían dejado á aquel joven.

— Y tú, pobre criatura, ¿crees hacer carrera en París sin dinero, sin protección ni recursos?

— Así lo creo, señor, pues el hombre que quiere trabajar, rara vez se muere de hambre en donde hay otros hombres que desean no hacer nada.

Felipe se conmovió con esta respuesta, pues jamás había visto en Gilberto más que á un familiar sin importancia.

— Pero, á lo menos, ¿tienes que comer? le dijo.

— Gano mi pan, señor Felipe, y no necesita más aquel á quien jamás se le ha reprochado sino el comer el pan que no ganaba.

— Supongo que no dices eso por el que te daban en Taverney, hijo mío. Tus padres eran unos buenos criados del castillo, y tú mismo te hacías útil con facilidad.

— Señor, yo no hacía más que mi deber.

— Escucha, Gilberto, continuó Felipe. Bien sabes que siempre te he querido, que siempre te he mirado de diferente modo que á los otros. Si lo hacía con razón ó sin ella, eso el tiempo me lo dirá. Tu genio hurano me ha parecido delicadeza; tu dureza la llamo yo orgullo.

— ¡Ah, señor caballero! exclamó Gilberto respirando.

— Así, pues, te tengo buena voluntad, Gilberto.

— ¡Gracias, señor!

— Yo era joven como tú, desgraciado como tú en mi posición, y acaso sea ese el motivo de haberte comprendido. La fortuna me ha sonreído un día; y bien, déjame ayudarte, Gilberto, mientras que te sonríe á tí á tu vez.

— ¡Gracias, gracias, señor

— ¿Qué quieres hacer? veamos; tú eres demasiado cerril para ponerte á servir.

Gilberto sacudió la cabeza con una mirada desdeñosa.

— Quiero estudiar, dijo.

— Pero para estudiar se necesitan maestros, y para pagar á los maestros se necesita dinero.

— Lo gano, señor.

— Lo ganas, dijo Felipe sonriendo. ¿Y cuánto ganas? veamos.

— Cinco reales diarios, y aun puedo ganar seis, y hasta ocho.

— Pero eso es precisamente lo que se necesita para comer.

Gilberto se rindió.

— Vamos, acaso no acierto á ofrecerte mis servicios.

— ¡Vuestros servicios á mí, señor Felipe!

— Sin duda. ¿Te avergüenzas de aceptarlos?

Gilberto no respondió.

— Los hombres están en la tierra para ayudarse mutuamente, continuó Casa-Roja, ¿no son todos hermanos?

Gilberto levantó la cabeza y fijó sus ojos tan inteligentes en la noble cara de Felipe.

— ¿Extrañas este lenguaje? dijo éste.

— No, señor, respondió Gilberto, pues es el lenguaje de la filosofía; sólo que no estoy acostumbrado á oírlo entre las personas de vuestra condición.

— Tienes razón, y sin embargo este lenguaje es el de nuestra generación. El mismo Delfín participa de estos principios. Vamos, no te hagas el orgulloso conmigo, continuó Felipe, y lo que yo te haya prestado, tú me lo devolverás más tarde. ¿Quién sabe si no llegarás á ser un Colbert ó un Vaubán?

— Ó un Franklín, dijo Gilberto

— Sea. Aquí tienes mi bolsillo; partamos.

— ¡Gracias, señor! dijo el indomable joven, conmovido, sin querer confesarlo, por esta admirable expansión de Felipe. ¡Gracias! no tengo necesidad de nada; sólo que... sólo que os quedo mucho más agradecido que si hubiera aceptado vuestra oferta; no no lo dudéis.

Y con esto, saludando á Felipe estupefacto, corrió á meterse entre el gentío, en el cual se perdió.

El joven capitán aguardó muchos segundos, como si no pudiese creer á sus ojos ni á sus oídos; pero viendo que no volvía á parecer Gilberto, montó en su caballo y se volvió á su puesto.

II

La poseída

Todo el ruido de los carruajes y de las campanas echadas á vuelo, todos aquellos redobles de tambores, toda aquella majestad, reflejo de las majestades del mundo perdidas para ella, llegaron al alma de madama Luisa, y fueron á expirar, como las inútiles olas, al pie de las paredes de su celda.

Cuando hubo partido el rey, después de haber tratado inútilmente de volver á su hija al mundo, hablándole como padre y como soberano, es decir, con una sonrisa á la que sucedieron ruegos parecidos á órdenes, cuando la Delfina que, con la primera mirada observó aquella verdadera grandeza de alma de su augusta tía, hubo desaparecido con su torbellino de cortesanos, la abadesa de las Carmelitas mandó retirar las colgaduras, sacar las flores y separar los encajes.

De toda la comunidad conmovida aun, sólo ella no pestañeó cuando las pesadas puertas del convento, abiertas un instante al mundo, giraron lentamente y se volvieron á cerrar con estrépito entre el mundo y la soledad.

Luego mandó llamar á la tesorera.

— ¿En estos dos días de desorden, pregunto, han recibido los pobres sus limosnas de costumbre?

— Sí, señora.

— Sea. Aquí tienes mi bolsillo; partamos.

— ¡Gracias, señor! dijo el indomable joven, conmovido, sin querer confesarlo, por esta admirable expansión de Felipe. ¡Gracias! no tengo necesidad de nada; sólo que... sólo que os quedo mucho más agradecido que si hubiera aceptado vuestra oferta; no no lo dudéis.

Y con esto, saludando á Felipe estupefacto, corrió á meterse entre el gentío, en el cual se perdió.

El joven capitán aguardó muchos segundos, como si no pudiese creer á sus ojos ni á sus oídos; pero viendo que no volvía á parecer Gilberto, montó en su caballo y se volvió á su puesto.

II

La poseída

Todo el ruido de los carruajes y de las campanas echadas á vuelo, todos aquellos redobles de tambores, toda aquella majestad, reflejo de las majestades del mundo perdidas para ella, llegaron al alma de madama Luisa, y fueron á expirar, como las inútiles olas, al pie de las paredes de su celda.

Cuando hubo partido el rey, después de haber tratado inútilmente de volver á su hija al mundo, hablándole como padre y como soberano, es decir, con una sonrisa á la que sucedieron ruegos parecidos á órdenes, cuando la Delfina que, con la primera mirada observó aquella verdadera grandeza de alma de su augusta tía, hubo desaparecido con su torbellino de cortesanos, la abadesa de las Carmelitas mandó retirar las colgaduras, sacar las flores y separar los encajes.

De toda la comunidad conmovida aun, sólo ella no pestañeó cuando las pesadas puertas del convento, abiertas un instante al mundo, giraron lentamente y se volvieron á cerrar con estrépito entre el mundo y la soledad.

Luego mandó llamar á la tesorera.

— ¿En estos dos días de desorden, pregunto, han recibido los pobres sus limosnas de costumbre?

— Sí, señora.

— ¿Y han sido visitados los enfermos del mismo modo?

— Sí, señora.

— ¿Se ha dado á los soldados algún refrigerio antes de despedirlos?

— Todos han recibido el pan y vino que habíais mandado preparar.

— ¿Así, nadie padece en la casa?

— Nadie, señora.

Madama Luisa se aproximó á la ventana y respiró suavemente la embalsamada frescura que subía del jardín en las húmedas alas de las horas vecinas á la noche.

La tesorera aguardaba respetuosamente que la augusta abadesa le diese una orden ó la despidiese.

Solo Dios sabe en lo que en aquel momento pensaba la pobre reclusa real. Madama Luisa deshojaba unas rosas de largo tallo que subían hasta su ventana, y unos jazmines que tapizaban las paredes del patio.

De repente una violenta coz de caballo conmovió la puerta cochera é hizo estremecer á la abadesa.

— ¿Quién es el que se ha quedado en San Dionisio de todos los señores de la corte? preguntó madama Luisa.

— El eminentísimo señor cardenal de Rohán, señora.

— ¿Luego están aquí los caballos?

— No, señora; están en el cabildo de la abadía, en donde él pasará la noche.

— Pero entonces ¿qué ruido es ese?

— Señora, es el caballo de la extranjera el que lo hace.

— ¿De qué extranjera? preguntó madama Luisa tratando de refrescar sus recuerdos.

— De la italiana que ha venido ayer tarde á pedir hospitalidad á V. A.

— ¡Ah! es verdad! ¿En dónde está?

— En su cuarto ó en la iglesia.

— ¿Qué ha hecho desde ayer?

— Desde ayer no ha querido tomar ningún alimento, más que pan, y ha estado toda la noche orando en la capilla.

— ¡Sin duda es alguna grande culpable! dijo la abadesa frunciendo el ceño.

— Lo ignoro, señora, pues no ha hablado con nadie.

— ¿Qué trazas tiene?

— Es bella, y de una fisonomía dulce y seria á la vez.

— ¿En dónde estaba esta mañana durante la ceremonia?

— En su cuarto, cerca de la ventana, en donde la he visto oculta tras de las cortinas fijar en cada persona que entraba una mirada llena de ansiedad, como si en cada uno de los que entraban temiese hallar un enemigo.

— ¿Alguna mujer de ese pobre mundo en que yo he vivido, en que he reinado! Decidla que entre.

La tesorera dió un paso para retirarse.

— ¿Se me olvidaba! ¿cómo se llama? preguntó la princesa.

— Lorenza Feliciani.

— No conozco á nadie de ese nombre, dijo Maria Luisa recapacitando. No importa, introducida.

La abadesa se sentó en un sillón secular, de encina, que había sido esculpido en tiempo de Enrique II y había servido á las nueve últimas abadesas de las Carmelitas. Era un tribunal imponente, ante el que habían temblado muchas pobres novicias cogidas entre lo espiritual y lo temporal.

Al cabo de un momento entró la superiora condu-

ciendo á la extranjera del velo largo á quien ya conocemos.

Madama Luisa tenía la penetrante vista de la familia, vista que se fijó en Lorenza Feliciani así que entró en el gabinete; pero reconoció en la joven tanta humildad, tanta gracia, tanta belleza sublime; en fin, vió tanta inocencia en sus grandes ojos negros anegados en lágrimas aun recientes, que de hostiles que eran al principio sus disposiciones hacia ella, se convirtieron en benévolas y fraternales.

— Acercaos, señora, dijo la princesa, y hablad.

La joven dió un paso temblando y quiso hincar una rodilla en tierra.

La princesa la levantó.

— ¿ Soís vos, señora, le dijo, á quien llaman Lorenza Feliciani ?

— Sí, señora.

— ¿ Y deseáis confiarme un secreto ?

— ¡ Oh ! ardo en ese deseo.

— Pero, ¿ por qué no habéis recurrido al tribunal de la penitencia ? Yo no tengo más poder que el de consolar, pero un sacerdote consuela y perdona.

Madama Luisa pronunció estas últimas palabras vacilando.

— Señora, yo sólo tengo necesidad de consuelo, respondió Lorenza, y por otra parte, sólo á una mujer me atrevería á decir lo que voy á contar.

— Según eso, ¿ debe ser muy extraño lo que vais á referirme ?

— Sí, muy extraño; pero escuchadme con paciencia, señora; os repito que sois vos sola á quien quiero hablar, porque sois mujer, y además porque sois omnipotente, y casi necesito del brazo de Dios para defenderme.

— ¡ Para defenderos ! ¿ Luego os persiguen ? ¿ luego os atacan ?

— ¡ Oh ! sí, señora, sí, exclamó la extranjera, me persiguen con un indecible terror.

— Entonces, señora, debéis reflexionar, dijo la princesa, que esta casa es un convento y no una fortaleza; que nada de cuanto agita á los hombres puede penetrar aquí sino para apagarse; que nada de lo que puede servirles contra los otros hombres se halla aquí, y que no es esta la casa de la justicia, de la fuerza y la represión, sino simplemente la casa de Dios.

— ¡ Oh ! he ahí justamente lo que yo busco ! dijo Lorenza. Sí, busco la casa de Dios, porque sólo en ella puedo vivir tranquila.

— Pero Dios no admite las venganzas. ¿ Cómo queréis que os vengamos de vuestro enemigo ? Debéis dirigiros á los magistrados.

— Contra el que yo temo nada pueden los magistrados, señora.

— ¿ Quién es pues ? preguntó la abadesa con un espanto secreto é involuntario.

Lorenza se acreó á la abadesa poseída de una misteriosa exaltación.

— Lo que él es, señora, le dijo, estoy segura de ello, es uno de esos demonios que hacen la guerra á los hombres, y á quien su príncipe Satanás ha dotado de un poder sobrehumano.

— ¿ Qué estáis diciendo ? exclamó la princesa mirando á aquella mujer para asegurarse bien de que no estaba loca.

— ¡ Y yo ! y yo ! ¡ Oh, cuán desgraciada soy ! exclamó Lorenza retorciéndose los brazos que parecían moldeados por los de una estatua antigua. ¡ Y yo me he encontrado con ese hombre ! y yo me he.....

— ¡ Acabad !

Lorenza se acercó aun más á la princesa, y luego, en voz baja, y como espantada ella misma de lo que iba á decir :

— ¡ Yo soy una poseída ! murmuró.

— ¡ Poseída ! exclamó la princesa. Vamos, señora, decid, ¿ estáis en vuestro juicio cabal ? ¿ no estáis acaso.....

— ¡ Loca ! ¿ no es verdad ? Eso queréis decir. No, no estoy loca, pero si me abandonaseis, muy bien podría volverme loca.

— ¡ Poseída ! repitió la princesa.

— ¡ Ay de mí, ay de mí !

— Pero permitidme que os lo diga, os veo en todas cosas semejante á las criaturas más favorecidas de Dios : parecéis rica, sois bella, os expresáis razonablemente, vuestro rostro no tiene ninguna señal de esa terrible y misteriosa enfermedad que llaman posesión.

— Señora, en mi vida, y en las aventuras de esta vida, es donde reside el siniestro secreto que me quería ocultar á mi misma.

— Explicaos, veamos, ¿ soy yo la primera á quien habláis de vuestra desgracia ? Vuestros padres, vuestros amigos.....

— ¡ Mis padres ! exclamó la joven cruzándose las manos dolorosamente. ¡ Amigos ! añadió con amargura. ¡ Ay, señora ! ¿ acaso tengo yo amigos ?

— Vamos, procedamos con orden, hija mía, dijo madama Luisa tratando de trazar un camino á las palabras de la extranjera. ¿ Quiénes son vuestros padres, y cómo los habéis dejado ?

— Señora, yo soy romana, y habitaba en Roma con ellos. Mi padre es de antigua nobleza ; pero, como todos los patricios de Roma, es pobre. Además tengo á mi madre y un hermano mayor. En Francia, me han

dicho, cuando una familia aristocrática como la mía tiene un hijo y una hija, se sacrifica la dote de la hija para comprar la espada del hijo. En nuestro país se sacrifica á la hija para que el hijo haga carrera en las órdenes eclesiásticas. Así, yo no he recibido ninguna educación, porque era preciso hacer frente á la educación de mi hermano que sigue sus estudios, como decía sencillamente mi madre, á fin de que llegue á ser cardenal.

— ¿ Y luego ?

— Resulta de ahí, señora, que mis padres se impusieron cuantos sacrificios estaban á su alcance para ayudar á mi hermano ; y que resolvieron hacerme tomar el velo en las Carmelitas de Subiaco.

— Y vos, ¿ qué decís ?

— Nada, señora. Desde mis primeros años me han presentado ese porvenir como una necesidad. Yo no tenía fuerzas ni voluntad. Además, no me consultaban, se me mandaba, y á mí no me quedaba más que obedecer.

— Sin embargo.....

— Señora, nosotras las jóvenes romanas sólo tenemos deseos é impotencia, amamos el mundo como los condenados aman el paraíso, sin conocerlo. Además, me veía rodeada de ejemplos que me habrían condenado, si me hubiese ocurrido la idea de oponerme, pero no me ocurrió. Todas las amigas que había conocido y que, como yo, tenían hermanos, habían pagado su deuda á la ilustración de la familia. Yo no hubiera tenido motivo fundado de queja, puesto que nada me pedían que saliese de los hábitos generales. Mi madre me acarició un poco más, solamente cuando se acercó el día en que yo debía dejarla.

En fin, llegó el día en que debía principiar mi noviciado ; mi padre reunió quinientos escudos roma-

nos para pagar mi dote al convento, y salimos para Subiaco.

De Subiaco á Roma hay nueve leguas, pero los caminos de la montaña son tan malos que en cinco horas no anduvimos más que tres leguas. Á pesar de eso y de lo fatigoso que era el viaje, me agradaba; le sonreía yo como á mi última felicidad, y en todo el camino iba diciendo adiós en voz baja á los árboles, á los brezales, á las piedras y hasta á las hierbas secas. ¿Quién sabía si allá en el convento había hierba, piedras, brezales y árboles!

De repente, en medio de mis éxtasis, al pasar por entre un bosquecito y una masa de rocas quebradas, paróse el coche, oí á mi madre lanzar un grito; mi padre hizo un movimiento para coger las pistolas... ¡Mis ojos y mi espíritu se bajaron del cielo á la tierra: estábamos detenidos por unos bandidos!

— ¡Pobre criatura! exclamó madama Luisa, que cada vez iba tomando más interés en esta relación.

— Y bien; ¿os lo diré, señora? yo no me asusté, porque aquellos hombres nos detenían por nuestro dinero, y el que iban á robarnos estaba destinado á pagar mi dote al convento. No habiendo dote, se retardaba mi entrada en el convento todo el tiempo que necesitase mi padre para proporcionarse otra, y yo sabía bien el trabajo y el tiempo que le había costado el reunir aquellos quinientos escudos.

Pero cuando, después de repartirse aquel primer botín, en lugar de dejarnos continuar nuestro camino, se lanzaron sobre mí los bandidos, cuando vi los esfuerzos de mi padre por defenderme, cuando vi las lágrimas de mi madre suplicándoles, comprendí que me amenazaba una grande desgracia, una desgracia desconocida, y comencé á pedir misericordia, impelida por ese sentimiento natural que nos hace gritar

¡socorro! pues sabía bien que era inútil, y que nadie me oiría en aquel desierto.

Así, sin inquietarse de mis gritos, de las lágrimas de mi madre, ni de los esfuerzos de mi padre, los bandidos me amarraron las manos á las espaldas, y abrasándome con unas miradas repugnantes que entonces comprendí, pues tan penetrante me hacía ser el terror, se pusieron á jugar sobre el pañuelo de uno de ellos con unos dados que sacaron de su bolsillo.

Lo que más me amedrentó, fué que no había ninguna apuesta sobre el inmóvil tapiz.

Durante todo el tiempo en que pasaban los dados de mano en mano, yo temblaba como una azogada, porque comprendía que era yo lo que estaban jugando.

De súbito, dando uno de ellos un alarido de triunfo, se levantó, mientras los otros blasfemaban y rechinaban los dientes, corrió á mí y me cogió entre sus brazos, y puso sus labios sobre los míos.

El contacto de un hierro candente no me hubiera hecho lanzar un grito más dolorido.

— ¡Oh! ¡la muerte, la muerte, Dios mío! exclamé.

Mi madre se revolcaba por tierra, y mi padre se desmayó.

Sólo una esperanza me quedaba; la de que, en un raptó de rabia, me matase alguno de los bandidos que habían perdido, dándome una puñalada con el puñal que apretaban en sus crispadas manos.

Yo aguardaba aquella puñalada, la esperaba y aun la invocaba.

De súbito apareció en el sendero un hombre á caballo, á quien, habiendo hablado en voz baja á uno de los centinelas, habían dejado pasar cambiando con él una seña.

Aquel hombre, de mediana estatura, de fisonomía imponente, de mirada resuelta, (siguió hablando)

dose tranquilamente al paso ordinario de su caballo.

Cuando llegó enfrente de mí se paró.

El bandido que me había cogido en sus brazos, y que comenzaba á llevarme, se volvió á un silbido que dió aquel hombre con el mango de su látigo.

El bandido me dejó deslizarme hasta el suelo, y como aun vacilase, el desconocido formó un ángulo con su brazo, puso sobre su pecho dos dedos separados, y como si aquella seña fuese la orden de un amo omnipotente, el bandido se aproximó al desconocido.

Este se inclinó al oído del bandido, y pronunció en voz baja la palabra *Mac*.

No pronunció más que esta palabra; estoy segura de ello, yo, que le miraba como uno mira el cuchillo que va á matarle; que escuchaba como uno escucha cuando la palabra que aguarda ha de ser la vida ó la muerte.

— *Benac*, respondió el bandido.

Luego, domado y rugiendo como un león, volvió adonde yo estaba, desató la cuerda que tenía ligadas mis muñecas, y fué á hacer lo mismo con mi padre y mi madre.

Entonces, como se habían repartido ya el dinero, fué cada uno á poner sucesivamente su parte sobre una piedra, sin que faltase un solo escudo.

En este intermedio, yo me sentía revivir en los brazos de mi padre y de mi madre.

— ¡Ahora marchad!... dijo á los bandidos.

— Lorenza Feliciani, dijo entonces, el extranjero cubriéndome con su mirada sobrehumana, ahora continúa tu camino, estás libre.

Mis padres dieron gracias al extranjero, que me conocía y á quien nosotros no conocíamos. Luego subieron al coche, yo los seguí con pesar, porque no sabía qué poder extraño é irresistible me atraía hacia mi libertador.

Éste se había quedado inmóvil en el mismo sitio, como para continuar protegiéndonos.

Hábale yo mirado cuanto tiempo pude, y sólo cuando le hube perdido de vista enteramente, desapareció la opresión que embargaba mi pecho.

Dos horas después estábamos en Subiaco.

— Pero, ¿quién era aquel hombre extraordinario? preguntó la princesa conmovida con la sencillez de esta relación.

— Dignaos escuchar aun, señora, respondió Lorenza. ¡Ay! aun no he concluido!

— Escucho, dijo madama Luisa.

La joven continuó:

— Dos horas después de este acontecimiento llegamos á Subiaco.

Durante todo el camino no habíamos hecho más que hablar mi padre, mi madre y yo de aquel singular salvador que nos había venido de repente, misterioso y omnipotente como un enviado del cielo.

Mi padre, menos crédulo que yo, sospechaba que sería jefe de uno de esos bandos ó cuadrillas que, aunque divididos en fragmentos al rededor de Roma, dependen de la misma autoridad, y son inspeccionados de vez en cuando por el jefe supremo, que, investido de una autoridad absoluta, recompensa, castiga y reparte.

Pero yo, yo que, sin embargo, no podía luchar en experiencia con mi padre; yo, que obedecía á mi instinto, que sufría el poder de mi agradecimiento, no creía ni podía creer que aquel hombre fuese un bandido. Así en mis plegarias de cada noche á la Virgen consagraba una frase destinada á llamar las gracias de la Madre de Dios sobre mi salvador desconocido.

Aquel mismo día entré en el convento. Habíase recobrado la dote, y nada me impedía entrar en él. Estaba

más triste, pero también más resignada que nunca. Italiana y supersticiosa, creía que Dios quería poseerme pura, entera y sin mancha, puesto que me había librado de aquellos bandidos, excitados sin duda por el demonio para manchar la corona de inocencia que Dios sólo debía desprender de mi frente. Así, me sometí con todo el ardor de mi carácter á las exigencias de mis superiores y de mis padres, quienes me hicieron firmar una petición al soberano Pontífice para que me dispensara el noviciado. Yo misma la escribí y la firmé. Había sido redactada por mi padre en los términos de un deseo tan ardiente, que Su Santidad creyó ver en esta petición la ardiente aspiración de un alma cansada del mundo hacia la soledad; concedió todo lo que se le pedía, y el noviciado de un año, de dos años algunas veces para las demás, por un favor especial quedó reducido para mí á un mes.

Me anunciaron esta noticia, que no me causó ni dolor ni alegría. Hubiérase dicho que estaba ya muerta para el mundo, y que operaban sobre un cadáver, al que sólo sobrevivía su sombra impasible.

Quince días me tuvieron encerrada temiendo que el espíritu mundano viniera á acometerme. En la mañana de aquel décimoquinto día recibí la orden de bajar á la capilla con las demás hermanas.

En Italia las capillas de los conventos son iglesias públicas. El papa no cree sin duda que sea permitido á un sacerdote confiscar á Dios en cualquier sitio en que se manifieste á sus adoradores.

Entré en el coro y cogí mi silla. Entre las telas verdes que cerraban las rejas de aquel coro, ó más bien, que afectaban cerrarlas, había un espacio bastante grande para que se pudiera ver la nave.

Ví por este espacio, que daba, por decirlo así, sobre la tierra, un hombre que había quedado solo, de pie,

en medio de la turba prosternada. Este hombre me miraba, ó más bien, me devoraba con los ojos. Entonces sentí ese extraño movimiento de malestar que ya había experimentado; ese efecto sobrehumano que me atraía, por decirlo así, fuera de mí misma, como al través de una hoja de papel, de una plancha ó de un plato, había visto á mi hermano atraer una aguja tocada á la piedra imán.

¡Ay! vencida, subyugada, sin fuerza contra aquella atracción, me incliné hacia él, junté las manos como se juntan delante de Dios, y con los labios y el corazón á la vez dije:

— ¡Gracias, gracias!

Mis hermanas me miraron con sorpresa: nada habían comprendido de mi movimiento, nada de mis palabras; siguieron la dirección de mis manos, de mis ojos y de mi voz. Se empinaron sobre sus sillas para mirar á su vez hacia la nave. Yo miré también temblando.

El extranjero había desaparecido.

Preguntáronme, pero no supe hacer otra cosa más que ruborizarme, palidecer y balbucear.

Desde aquel momento, señora, exclamó Lorenza con desesperación, desde aquel momento estoy en poder del demonio.

— Nada sobrenatural veo en todo eso. Sin embargo, hermana mía, respondió la princesa con una sonrisa, calmaos y continuad.

— ¡Oh! porque no podéis sentir lo que yo experimentaba.

— ¿Qué experimentabais?

— La posesión toda entera: mi corazón, mi alma, mi razón, el demonio lo poseía todo.

— Hermana, temo mucho que ese demonio fuese el amor, dijo madama Luisa.

— ¡ Oh ! el amor no me habría hecho sufrir así; el amor no habría oprimido mi corazón; el amor no habría sacudido todo mi cuerpo como hace el viento de una tempestad con un árbol; el amor no me habría inspirado el mal pensamiento que me ocurrió.

— Decid ese mal pensamiento, hija mía.

— Hubiera debido confesarlo todo á mi confesor, ¿ no es verdad, señora ?

— Sin duda.

— Pues bien, el demonio que me poseía, me aconsejó, por el contrario, que guardara el secreto. Acaso no habría una sola religiosa que al entrar en el claustro no dejara en el mundo que abandonaba un recuerdo de amor. Muchas tenían un nombre en el corazón invocando el nombre de Dios. El confesor estaba acostumbrado á semejantes revelaciones. Pues bien; yo, tan piadosa, tan tímida, tan cándidamente inocente; yo, que antes de aquel viaje fatal de Subiaco jamás había hablado una palabra con un hombre, á no ser mi hermano; yo, que desde entonces no había cruzado más que dos veces mi mirada con la del desconocido, me figuré, señora, que me atribuirían con aquel hombre una de esas intrigas que antes de tomar el velo había tenido cada una de nuestras hermanas con sus llorados amantes.

— Mal pensamiento en efecto, dijo madama Luisa; pero todavía es un demonio muy inocente el que inspira á la mujer que posee semejantes pensamientos. Continúa.

— Al día siguiente me llamaron al locutorio. Bajé, y hallé á una de mis vecinas de la Vía Frattina en Roma, joven que me quería y me echaba mucho de menos, porque todas las tardes hablábamos y cantábamos juntas.

Detrás de ella, y al lado de la puerta, la esperaba,

como hubiera hecho un lacayo, un hombre embozado en una capa. Este hombre no se volvió hacia mí; pero yo me volví hacia él. No me habló, sin embargo adiviné quién era; sí, señora: era mi protector desconocido.

La misma turbación que había experimentado se apoderó de mi corazón. Me sentí bastante invadida por el poder de aquel hombre. Sin las rejas que me detenían cautiva, indudablemente hubiera sido suya. Había en la sombra de su capa rayos extraños que me deslumbraban. Había en su silencio obstinado rumores oídos por mí sola, que me hablaban en una lengua armoniosa.

Tomé sobre mi misma todo el poder que podía tener, y pregunté á mi vecina de la Vía Frattina quién era aquel hombre que la acompañaba.

Ella no le conocía. Su marido debía haber venido con ella; pero en el momento de partir había entrado acompañado de aquel hombre, y le dijo:

Yo no puedo conducirte á Subiaco: este amigo te acompañará.

Mi vecina no quiso preguntarle más, pues tanto era el deseo que tenía de verme, y vino en compañía del desconocido.

Aquella mujer era una santa; vió en un rincón del locutorio una Virgen que tenía reputación de muy milagrosa; no quiso salir sin dirigirle su plegaria, y se arrodilló delante de ella.

Durante aquel tiempo, el hombre entró sin hacer ruido, se aproximó lentamente á mí, abrió su capa y clavó sus miradas en las mías como hubiera hecho con dos rayos ardientes.

Yo esperaba que hablase; mi pecho se levantaba, por decirlo así, subiendo como una ola delante de su palabra; pero se contentó con extender sus dos manos

por encima de su cabeza aproximándolas á la reja que nos separaba. Al punto se apoderó de mí un éxtasis extraño; él se sonreía: yo le devolví su sonrisa cerrando los ojos como abrumada bajo una languidez infinita. Durante este tiempo, como si él no hubiese deseado otra cosa que asegurarse de su poder sobre mí, desapareció; á medida que se alejaba, recobraba yo mis sentidos; sin embargo, estaba todavía bajo el imperio de aquella extraña alucinación, cuando mi vecina de la Via Frattina, habiendo acabado su plegaria, se levantó, se despidió de mí, me abrazó y salió.

Al desnudarme, por la noche, hallé bajo mi toca un billete que contenía solamente estas líneas:

« En Roma, el que ama á una religiosa es castigado con la muerte. ¿ Daréis la muerte á quien debéis la vida? »

Desde aquel día, señora, la posesión fué completa, porque mentí á Dios, no confesándole que pensaba yo en aquel hombre tanto y más que en él.

Asustada Lorenza de lo que acababa de decir, se detuvo para consultar la fisonomía tan dulce y tan inteligente de la princesa.

— Todo eso no es la posesión, dijo madama Luisa de Francia con firmeza. Os repito que es una desgraciada pasión, y ya os lo he dicho: las cosas del mundo no deben entrar hasta aquí, sino acompañadas del arrepentimiento.

— ¡ Del arrepentimiento, señora! exclamó Lorenza. ¡ Cómo! veis mis lágrimas, me veis de rodillas suplicándoos que me sustraigáis del poder infernal de ese hombre, ¡ y preguntáis si estoy arrepentida! ¡ Oh! más que arrepentida, puesto que traigo remordimientos.

— Sin embargo, hasta ahora... dijo madama Luisa.

— Aguardad, aguardad hasta el fin, dijo Lorenza,

os suplico que no me juzguéis entonces con demasiada severidad, señora.

— La indulgencia y la dulzura me están recomendadas, y estoy á las órdenes de todo sufrimiento.

— ¡ Gracias! ¡ oh! gracias! sois verdaderamente el ángel consolador que venía á buscar.

Bajábamos á la capilla tres veces á la semana; á cada uno de aquellos oficios asistió el desconocido. Yo había querido resistir; dije que estaba enferma, resolví no bajar. ¡ Debilidad humana! cuando llegaba la hora bajaba, á pesar mío, y como si una fuerza superior á mi voluntad me hubiese empujado; entonces, si no había llegado, gozaba algunos instantes de calma y de bienestar; pero, á medida que se aproximaba, le sentía venir. Hubiera podido decir: está á cien pasos, está en el umbral de la puerta, está en la iglesia, y esto sin mirar á este lado; después, cuando llegaba á su sitio acostumbrado, aunque mis ojos estuviesen clavados en mi devocionario para la invocación más santa, mis ojos se separaban del libro para fijarse en él.

Entonces, por mucho que se prolongara el oficio, no podía yo leer ni orar. Todo mi pensamiento, toda mi voluntad, toda mi alma, estaban en mis miradas, y todas mis miradas eran para aquel hombre que yo conocía me disputaba á Dios.

Al principio no había podido mirarle sin temor; después lo deseé, y por último corrí con el pensamiento á su encuentro, y frecuentemente, como vemos las cosas en un sueño, me parecía verle por las noches en la calle, ó sentirle pasar por debajo de mi ventana.

Este estado no se había escapado á mis compañeras. Llegó á oídos de la superiora; lo participó á mi madre. Tres días antes del en que debía pronunciar mis votos, ví entrar en mi celda á los tres únicos

parientes que tenía en el mundo : mi padre, mi madre y mi hermano.

Venían para abrazarme por última vez, decían ; pero pronto vi que llevaban otro objeto ; pues quedándose mi madre sola conmigo, me hizo varias preguntas. En esta ocasión es fácil conocer la influencia del demonio, porque, en lugar de decirse todo, como hubiera debido hacer, me obstiné en negar.

El día en que debía tomar el velo llegó en medio de una extraña lucha. Deseando y temiendo la hora en que me entregaría á Dios, conocía demasiado que si el demonio quería ejercer todo su dominio sobre mí, aquella hora solemne sería la que escogería para intentarlo.

— ¿Y ese hombre extraordinario no volvió á escribirnos después de aquella primera carta que encontrasteis en vuestra toca ? preguntó la princesa.

— Jamás, señora.

— ¿En aquella época jamás le habíais hablado ?

— Jamás, á no ser mentalmente.

— ¿Ni escrito ?

— ¡ Oh ! jamás.

— Continuad. Estabais en el día que profesasteis.

— Aquel día, como decía á V. A., debía ver concluir al fin mis tormentos, porque, aunque mezclado de una dulzura extraña, era un suplicio inconcebible para una alma cristiana la obsesión de un pensamiento, de una forma siempre presente é imprevista, siempre burlona por la oportunidad con que se me presentaba precisamente en mis momentos de lucha con ella, y por su obstinación en dominarme entonces invenciblemente. Así es que había momentos en que invocaba aquella hora santa con todo mi corazón. Cuando sea de Dios, me decía, Dios sabrá defenderme, como me defendió de los bandidos, olvidándome que en el ata-

que de los bandidos me había defendido Dios por la mediación de aquel hombre.

Entretanto la hora de la ceremonia había llegado. Bajé á la iglesia, pálida, inquieta, pero, no obstante, menos agitada que de costumbre : mi padre, mi hermano, aquella vecina de la Vía Frattina, que había ido á verme, todos nuestros amigos estaban en la iglesia, todos los habitantes de los pueblos inmediatos habían acudido, porque había corrido la voz de que yo era hermosa, y una hermosa víctima, dicen, es más agradable al Señor. El oficio comenzó.

Yo lo deseaba con toda mi alma, lo pedía con todos mis ruegos y oraciones, porque él no estaba en la iglesia, y me sentía, en su ausencia, bastante dueña de mi libre albedrío. Ya el sacerdote se volvía hacia mí mostrándome el Cristo al que iba á consagrarme, ya extendía yo los brazos hacia aquel único Salvador dado al hombre, cuando el temblor habitual que me anunciaba su aproximación, comenzó á agitar mis miembros ; cuando el golpe que comprimía mi pecho, me indicó que acababa de poner el pie en el umbral de la iglesia ; cuando, en fin, la atracción irresistible llevó mis ojos al lado opuesto al altar, por más esfuerzos que hicieron para permanecer fieles al Cristo.

Mi perseguidor estaba de pie al lado del púlpito y más aplicado que nunca á mirarme.

Desde aquel momento le pertenecía ; por tanto ya no había para mi oficio, ceremonia ni rezo.

Creo que me preguntaron según el rito ; pero yo no contesté. Me acuerdo que me sacaron por el brazo y que vacilé como una cosa inanimada que desprenden de su base. Presentáronme delante de los ojos las tijeras, en las que un rayo de sol acababa de reflejar su resplandor terrible ; el resplandor no me hizo pestañear. Un instante después sentí el frío del yerro

sobre mi cuello y el rechinar del acero en mi cabettera.

En aquel momento me pareció que todas las fuerzas me faltaban, que mi alma se lanzaba de mi cuerpo para ir á él, y caí cuan larga era sobre la losa, pero, cosa extraña, no como una persona desmayada, sino como una persona acometida de un sueño. Oí un murmullo: después me quedé sorda, muda é insensible. La ceremonia fué interrumpida con espantoso tumulto.

La princesa juntó las manos en ademán compasivo.

— ¿No es verdad? dijo Lorenza, que fué aquel un terrible acontecimiento y en el cual es fácil conocer la intervención del enemigo de Dios y de los hombres?

— Creo, hija mía, dijo la princesa con acento de tierna compasión, que tenéis demasiada inclinación á atribuir á maravilla lo que no es más que el efecto de una debilidad natural. Al ver aquel hombre os desmayasteis, y esto nada tiene de particular: proseguid.

— ¡Oh! señora, señora, no me digáis eso, exclamó Lorenza; á lo menos esperad oírlo todo para dar vuestro parecer. ¡Nada de maravilloso! continuó ella; pero en ese caso, ¿no es verdad que debía haber vuelto en mí, diez minutos, un cuarto de hora ó una hora después de mi desmayo? Habría hablado con mis hermanas y recobrado mi valor y mi fe entre ellas.

— Sin duda, dijo madama Luisa. Pues bien, ¿no ha sucedido todo así?

— Señora, dijo Lorenza con voz sorda y acelerada, cuando volví en mí era de noche. Un movimiento rápido y convulsivo me fatigaba hacia algunos minutos. Levanté mi cabeza creyendo estar bajo la bóveda de la capilla ó bajo las cortinas de mi celda: Vi rocas, árboles, nubes; después, en medio de todo esto, sentía un aliento tibio que me acariciaba el rostro. Creí que

la hermana enfermera me prodigaba sus cuidados, y quise darle las gracias... Señora, mi cabeza reposaba sobre el pecho de un hombre, y este hombre era mi perseguidor. Llevé los ojos y las manos sobre mí misma para asegurarme de si vivía ó al menos de que estaba despierta. Lancé un grito. Estaba vestida de blanco. Tenía sobre la frente una corona de rosas blancas como una desposada ó muerta.

La princesa lanzó un grito; Lorenza dejó caer su cabeza entre sus manos.

— Al siguiente día, continuó sollozando Lorenza, al siguiente día averigüé el tiempo que había trascurrido; estábamos en miércoles; por consiguiente había permanecido durante tres días sin conocimiento: durante estos tres días ignoro enteramente lo que pasó.

El conde de Ténix

Durante largo rato un profundo silencio dejó á las dos mujeres, la una en sus dolorosas meditaciones, y la otra en su asombro fácil de comprender.

En fin, madama Luisa fué la primera que rompió el silencio.

— ¿Y no habéis hecho nada para facilitar ese rapto? preguntó.

— Nada, señora.

— ¿É ignoráis como habéis salido del convento?

— Lo ignoro.

— Sin embargo, un convento está muy cerrado, muy guardado, hay rejas en las ventanas, murallas casi insalvables, y una tornera que nunca deja sus llaves. Así sucede especialmente en Italia, en donde las reglas son aun más severas que en Francia.

— ¿Qué he de deciros, señora, cuando desde aquel momento yo misma me abismo en mis recuerdos sin poder darme razón de nada?

— ¿Pero le habéis vituperado vuestro rapto?

— Sin duda.

— ¿Y qué os respondió para disculparse?

— Que me amaba.

— ¿Y vos qué le dijisteis?

— Que me causaba miedo.

— ¿Luego no le amabais?

— ¡Oh! no, no!

— ¿Estabais bien segura de ello?

— ¡Ay! señora, lo que yo experimentaba hacia aquel hombre era un sentimiento extraño. Sí, él está allí, yo ya no soy yo, soy él; lo que él quiere, yo lo quiero; lo que él ordena, yo lo hago; mi alma no tiene ya poder; mi espíritu no tiene voluntad; una mirada suya me domina y fascina. Tan luego me parece llevar hasta el fondo de mi corazón pensamientos que no son los míos, tan luego parece sonsacarme ideas tan ocultas hasta entonces á mí misma, que yo no las había adivinado. ¡Oh! bien veis, señora, que en todo eso hay magia.

— Cuando menos es extraño, si no es sobrenatural, dijo la princesa. Pero después de ese rapto, ¿cómo viviais con ese hombre?

— Me manifestaba una viva ternura, un afecto sincero.

— ¿Tal vez era un hombre corrompido?

— No lo creo; al contrario, hay en su manera de hablar algo de apóstol.

— Vamos, confesad que le amabais.

— No, no, señora, respondió la joven con doloroso acento; no, yo no le amo.

— Entonces habríais debido huir, habríais debido acudir á las autoridades, reclamar á vuestros padres.

— Señora, me vigilaba de tal modo que no me era posible huir.

— ¿Porqué no escribíais?

— En todo el viaje hacíamos alto en casas que parecían pertenecerle, y en que todos le obedecían. Muchas veces he pedido papel, tinta y plumas, pero sin duda aquellos á quienes me dirigía tenían instrucciones de él, pues nunca me respondían.

— Pero ¿cómo viajabais?

— Primero en silla de posta; pero en Milán no hallamos ya una silla de posta, sino una especie de casa ambulante en que continuamos nuestro camino.

— Pero al cabo tendría que dejaros algunas veces sola.

— Sí, pero entonces se acercaba á mi y me decía: Dormid; y yo dormía sin despertarme hasta su vuelta.

Madama Luisa meneó la cabeza con aire de incredulidad.

— No deseabais énérgicamente huir, porque sino lo hubierais logrado.

— ¡Ay! me parece sin embargo que sí, señora... ¡Pero también es posible que estuviese fascinada!

— ¿Por sus palabras de amor, por sus caricias?

— Rara vez me hablaba de amor, señora; y, á no ser un beso en la frente por la mañana y otro por la noche, no recuerdo que me haya hecho otros caricias.

— ¡Extraño, muy extraño en verdad! murmuró la princesa.

Sin embargo, dominada por la sospecha, replicó:

— Vamos, repetidme que no le amái

— Os lo repito, señora.

— Repetidme que ningún vínculo terrestre os une á él.

— Os lo repito.

— Que si os reclama, no tendrá ningún derecho que alegar.

— ¡Ninguno!

— Pero, en fin, continuó la princesa, ¿cómo habéis venido aquí? Veamos, porque no atino.

— Señora, me aproveché de una violenta tempestad que nos sorprendió algo más allá de una ciudad que llaman Nancy, á lo que creo. Se había él separado de mi lado, y había entrado en el segundo cuerpo de su

carruaje para hablar con un anciano que lo habitaba, monté en su caballo y me escapé.

— ¿Y qué os hizo preferir la Francia en lugar de volveros á Italia?

— Reflexioné que no podía volver á Roma, pues indudablemente debían creer que yo había obrado de acuerdo con él. Estaba deshonrada allí, y mis padres no me habrían recibido. Por lo mismo, me decidí á huir á París, y vivir allí oculta, ó bien pasar á otra capital en donde pudiese evitar todas las miradas, y con especialidad, las suyas.

Cuando llegué á París, toda la ciudad estaba conmovida por vuestra retirada á las Carmelitas, señora; todos encomiaban vuestra piedad, vuestra solicitud por los desgraciados, vuestra compasión hacia los afligidos. Ese fué un rayo de luz, señora; se apoderó de mí la convicción de que sólo vos erais bastante generosa para acogerme, bastante poderosa para defenderme.

— Hija mía, apeláis siempre á mi poder, ¿sin duda él debe ser muy poderoso?

— ¡Oh! sí.

— Pero, ¿quién es? veamos. Hasta ahora no os lo he querido preguntar por delicadeza; supuesto que yo debo defenderos, preciso es que sepa contra quién.

— ¡Oh! señora, he ahí otro punto sobre el que me es imposible ilustraros. Ignoro completamente quién es él: lo único que sé es que un rey no inspira más respeto, ni un Dios más adoraciones que las que le tributan las personas á quienes se digna revelarse.

— Pero su nombre, ¿cómo se llama?

— Señora, he oído llamarle por muchos nombres diferentes, aunque sólo he conservado dos en la memoria. El uno es el que le da el anciano de quien os he hablado, el otro es el que nuestro compañero de viaje

desde Milán hasta el momento en que le dejé; el otro es el que se da él mismo.

— ¿Cuál es el nombre que le daba el anciano?

— Acharat... ¿no es un nombre antieristiano?
decid, señora.

— ¿Y cuál es el que se daba él?

— José Bálsamo.

— ¿Y él?.....

— ¡El!... conoce á todo el mundo, adivina todos los nombres; es contemporáneo de todos los tiempos; vivió en todas las edades; habla... ¡Oh, Dios mío, perdonadle semejantes blasfemias! habla de Alejandro, de César, de Carlomagno, como si los hubiese conocido, y sin embargo creo que todos esos hombres han muerto hace muchísimo tiempo; y aun habla de Caifás, de Pilatos, en fin, de Nuestro Señor Jesucristo, como si hubiese presenciado su martirio.

— Entonces es un charlatán, dijo la princesa.

— Señora, tal vez no conozco bastante bien lo que significa en Francia la palabra que acabáis de pronunciar; pero lo que sé es que es un hombre peligroso, terrible, ante el que todo se dobla, todo cae y se desmorona; se le cree indefenso, y se le halla armado; se le cree solo, y hace salir hombres de debajo de tierra; y eso sin fuerza, sin violencia, con una palabra, un ademán... sonriendo.

— Está bien, dijo la princesa, cualquiera que sea ese hombre, tranquilizaos, hija mía, seréis protegida contra él.

— Por vos, señora, ¿no es verdad?

— Sí, por mí, y mientras que vos misma no renunciéis á esta protección. Pero no creáis más, y sobre todo no tratéis de hacerme creer en las visiones sobrenaturales, hijas de vuestra imaginación enferma. En todo caso, las murallas de San Dionisio os servirán de

un baluarte seguro contra el poder infernal, y aun, creedme, contra un poder mucho más temible aun, contra el poder humano. Ahora, señora, ¿qué pensáis hacer?

— Con estas alhajas que son mías, señora, pienso pagar mi dote en un convento, y, si es posible, en este.

Y Lorenza puso sobre la mesa unos preciosos brazaletes, sortijas de mucho valor, un diamante magnífico y unos soberbios pendientes; todo lo cual podía valer veinte mil escudos.

— ¿Son vuestras estas alhajas? preguntó la princesa.

— Son mías, señora; me las ha dado él, y yo las vuelvo á Dios. Solo deseo una cosa.

— ¿Cuál es? decid.

— Que su caballo árabe Djerid, que fué el instrumento de mi libertad, se le devuelva si él lo reclama.

— Pero vos por nada de este mundo querriais volver con él, ¿no es verdad?

— Yo no le pertenezco.

— Es verdad, vos lo habéis dicho. Así, ¿seguís en el deseo de entrar en el convento de San Dionisio, y de continuar en él las prácticas de religión interrumpidas en Subiaco por el extraño acontecimiento que me habéis referido?

— Son mis deseos más ardientes, señora, y os pido este favor de rodillas.

— Pues bien; tranquilizaos, hija mía, dijo la princesa: desde hoy viviréis con nosótras, y cuando nos hayáis demostrado lo mucho que ambicionáis este favor; cuando con vuestra conducta ejemplar, que yo me prometo, lo hayáis merecido, ese día perteneceréis al Señor, y yo os respondo que nadie os arrancará de San Dionisio, cuando la superiora vele por vos.

Lorenza se arrojó á los pies de su protectora prodi-

gándole las expresiones de gratitud más tiernas y sinceras.

— ¡ Oh, Dios mío ! exclamó, ¡ Dios mío !

— ¿ Qué es eso ? preguntó madama Luisa.

— Todo mi cuerpo tiembla, ¿ no lo veis ? ¡ Él viene, él viene !

— ¿ Quién viene ?

— ¡ Él ! él, que ha jurado perderme !

— ¿ Ese hombre ?

— Sí, ese hombre. ¿ No veis como tiemblan mis manos ?

— En efecto.

— ¡ Oh ! exclamó. ¡ El latido del corazón ! ¡ Se aproxima, se aproxima !

— Os engañáis.

— ¡ No, no, señora ! ¡ Mirad ! á pesar mío, me atrae á sí : retenedme !

Madama Luisa la cogió por el brazo.

— Tranquilizaos, pobre criatura, le dijo. Aunque fuese él, ¡ Dios mío ! aquí estáis segura.

— ¡ Se acerca ! se acerca, os digo ! exclamó Lorenza aterrada, anonadada, con los ojos fijos, los brazos tendidos hacia la puerta del cuarto.

— ¡ Locura ! ¡ locura ! dijo la princesa. ¡ Acaso se entra así en en el aposento de madama Luisa de Francia !... Sería necesario que ese hombre fuese portador de una orden del rey.

— ¡ Oh, señora, yo no sé cómo ha entrado ! exclamó Lorenza cayendo hacia atrás, ¡ pero lo que sé, y de lo que estoy segura, es que sube la escalera... es que está diez pasos de aquí apenas... es que ahí le tenéis !

De súbito abrióse la puerta ; la princesa retrocedió asustada, á pesar suyo, de aquella extraña coincidencia.

Una monja se presentó.

— ¿ Quién está ahí ? preguntó madama, ¿ y qué es lo que queréis ?

— Señora, respondió la monja, acaba de presentarse en el convento un caballero que quiere hablar á V. A. R.

— ¿ Su nombre ?

— El conde de Fénix.

— ¿ Es él ? preguntó la princesa á Lorenza, ¿ y conocéis ese nombre ?

— No conozco ese nombre, pero es él, señora, es él.

— ¿ Qué es lo que quiere ? preguntó la princesa á la monja.

— Encargado de una misión cerca del rey de Francia por S. M. el rey de Prusia, querría, ha dicho, tener el honor de hablar un momento con V. A. R.

Madama Luisa reflexionó un instante, luego, volviéndose hacia Lorenza :

— Entrad en ese gabinete, dijo.

Lorenza obedeció.

— Y vos, hermana, continuó la princesa, decid á ese caballero que entre.

La monja inclinó la cabeza, y salió.

La princesa se aseguró de que la puerta del gabinete estaba bien cerrada, y volvió á su sillón, en que se sentó, aguardando, no sin cierta emoción, el acontecimiento que iba á tener lugar.

Casi en el mismo momento volvió á presentarse la monja. Detrás de ella venía ese hombre que hemos visto en el día de la presentación anunciarse en el Palacio Real con el nombre de conde de Fénix. Estaba vestido con el mismo traje, que era un uniforme prusiano, de un corte severo ; llevaba la peluca militar y el corbatín negro, y sus grandes ojos tan expresivos se bajaron en presencia de madama Luisa, pero sólo para dar al respeto todo lo que un hombre, por alto

que sea su rango como caballero, debe á una princesa de Francia.

Pero levantándolos al punto como si hubiera temido haber mostrado demasiada humildad:

— Señora, dijo, doy gracias á V. A. R. por el favor que acaba de dispensarme, á pesar de que lo esperaba, conociendo que V. A. acoge generosamente á todo desgraciado.

— En efecto, caballero, dijo la princesa con dignidad, pues esperaba desbaratar con solos diez minutos de conversacion al que con tanta impudencia iba á reclamar la proteccion de otro después de haber abusado de sus propias fuerzas.

El conde se inclinó sin parecer que habia comprendido el doble sentido de las palabras de la princesa.

— ¿Qué es, pues, caballero, lo que puedo hacer en vuestro servicio? continuó madama Luisa con el mismo tono irónico.

— Todo, señora.

— Hablad.

— V. A., á quien sin graves motivos no habria venido yo á importunar en el retiro que se ha escogido, ha dado asilo, á lo menos según creo, á una persona que me interesa de todos modos.

— ¿Y cómo llamáis á esa persona, caballero?

— Lorenza Feliciani.

— ¿Y qué tenéis con esa persona? ¿Es vuestra mujer, vuestra parienta ó vuestra hermana?

— Es mi mujer.

— ¿Vuestra mujer? preguntó la princesa levantando la voz á fin de que la oyesen desde el gabinete. ¿Lorenza Feliciani es la condesa de Fénix?

— Lorenza Feliciani es la condesa de Fénix; si, señora, respondió el conde con la mayor calma.

— Caballero, yo no tengo ninguna condesa de Fénix

en las Carmelitas, replicó secamente la princesa.

Pero el conde no se dió por vencido y continuó:

— Tal vez, señora, no está V. A. bien persuadida aún de que Lorenza Feliciani y la condesa de Fénix son una sola y misma persona.

— No, lo confieso, dijo la princesa, y lo habéis adivinado, caballero; mi conviccion sobre ese punto no es completa.

— ¿Quiere V. A. ordenar que se presente aquí Lorenza Feliciani, para que no le quede la menor duda? Pido perdón á V. A. de insistir así, pues profeso un afecto tierno á esa joven, y aun creo que ella misma siente estar separada de mí.

— ¿Lo creéis así?

— Sí, señora; lo creo, á pesar de mi ningún mérito.

— ¡Oh! pensó la princesa, Lorenza decia verdad; este hombre es efectivamente muy peligroso.

El conde conservaba un continente sosegado, y no salia de la más rigurosa urbanidad de corte.

— Tratemos de mentir, siguió diciendo para sí madama Luisa.

— Caballero, le dijo, no puedo entregaros una mujer que no está aquí. Comprendo que la busquéis con tanto ahinco si la amáis verdaderamente como decís; pero si queréis tener alguna probabilidad de hallarla, creedme, buscadla en otra parte.

El conde habia dirigido, al entrar, una rápida mirada á todos los objetos que encerraba el aposento de madama Luisa, y su vista se habia detenido, aunque un solo instante, sobre una mesa colocada en un ángulo, que era en la que Lorenza habia puesto sus alhajas, que habia ofrecido para entrar en las Carmelitas. A los rayos de luz que despedían en la sombra, las habia reconocido el conde de Fénix.

— Si V. A. R. tuviese á bien refrescar su memoria,

insistió el conde, y es una violencia que le suplico se digne hacerse, se acordará que Lorenza Feliciani se hallaba en este momento en este aposento, que ha colocado en aquella mesa las alhajas que allí se ven, y que después de haber tenido el honor de conferenciar con V. A., se ha retirado.

El conde de Fénix cogió al vuelo la mirada que echaba la princesa del lado del gabinete.

— Se ha retirado á ese gabinete, añadió.

La princesa se ruborizó, y el conde continuó:

— De suerte que sólo aguardo el beneplácito de V. A. para mandarla que entre, como no dudo lo hará al instante.

La princesa recordó que Lorenza estaba cerrada por dentro, y que por consiguiente nada podía forzarla á salir, á no ser el impulso de su propia voluntad.

— Pero, dijo, no tratando ya de disimular el despecho que sentía por haber mentido inútilmente delante de aquel hombre á quien nada podía ocultarse, si entra, ¿qué hará?

— Nada, señora; solamente dirá á V. A. que, como es mi mujer, desea seguirme.

Estas palabras tranquilizaron á la princesa, porque tenía presentes las protestas de Lorenza.

— ¡Vuestra mujer! repitió. ¿Estáis bien seguro de ello?

Y se percibía su indignación á través de estas palabras.

— Se diría, en verdad, que V. A. no me cree, respondió cortesmente el conde. Sin embargo, no es una cosa increíble que el conde de Fénix se haya casado con Lorenza Feliciani, y que, habiéndose casado, reclame á su mujer.

— ¡Su mujer aun! exclamó madama Luisa con

impaciencia. ¿Osáis decir que Lorenza Feliciani es vuestra mujer?

— Sí, señora, respondió el conde con gran naturalidad; oso decirlo, porque es así.

— ¡Casado! ¿estáis casado?

— Estoy casado.

— ¿Con Lorenza?

— Con Lorenza.

— ¿Legítimamente?

— Sin duda, y si insistís, señora, en una negativa que me ofende...

— Y bien; ¿qué haréis?

— Os presentaré mi partida de matrimonio en regla, y firmada por el sacerdote que nos ha unido.

La princesa se estremeció, pues tanta serenidad desbarataba sus convicciones.

El conde abrió una cartera, y desdobló un papel plegado en cuatro partes.

— Ahí tenéis la prueba de la verdad de lo que digo, señora, y del derecho que me asiste para reclamar esa mujer; la firma hace fe... ¿Quiere V. A. leer el certificado y examinar la firma?

— ¡Una firma! murmuró la princesa con una duda más humillante que lo había sido su enojo; pero si esta firma...

— Esta firma es la del cura de San Juan de Estrasburgo, bien conocida del señor príncipe Luis, cardenal de Rohán, y si se hallase aquí Su Eminencia...

— ¡Precisamente se halla aquí el señor cardenal! exclamó la princesa fijando sobre el conde sus ardientes miradas. Su Eminencia no se ha ido de San Dionisio, y está en este momento con los canónigos de la catedral; así, nada más fácil que esa verificación que me proponéis.

— Es una grande dicha para mí, señora, respondió

el conde volviendo á meter flemáticamente su certificado en la cartera, porque espero que con esa verificación se disiparán todas las injustas sospechas que V. A. ha concebido contra mí.

— ¡Tanta impudencia me indigna ya! dijo la princesa agitando vivamente su campanilla. ¡Hermana! ¡hermana!

La monja que había introducido al conde de Fénix se presentó.

— Que digan á mi picador que monte á caballo, dijo la princesa, y que vaya á llevar este billete al señor cardenal de Rohán, quien debe hallarse en el cabildo de la catedral, para que venga aquí sin dilación, pues le estoy esperando.

Y sin dejar de hablar, la princesa escribía apresuradamente algunas líneas que entregó á la monja.

Luego añadió en voz baja:

— ¡Que coloquen en el pasadizo dos archeros de la Santa Hermandad, y que nadie salga sin mi permiso! ¡Id pronto!

El conde había seguido las diferentes fases de la resolución que acababa de tomar madama Luisa de luchar con él hasta el fin, y mientras que la princesa escribía, decidido sin duda á disputarle la victoria, se había aproximado al gabinete, y allí, con la mirada fija en la puerta y las manos extendidas y agitadas con un movimiento más metódico que nervioso, pronunció algunas palabras en voz baja.

Al volverse la princesa le vió en aquella actitud.

— ¡Qué hacéis ahí, caballero? dijo.

— Señora, dijo el conde, suplico á Lorenza Feliciani que venga aquí en persona á confirmarnos con sus palabras y su plena voluntad, que yo no soy un impostor ni un falsario, y esto sin perjuicio de todas las demás pruebas que exija V. A.

— ¡Caballero!

— Lorenza Feliciani, gritó el conde dominándolo todo, hasta la voluntad de la princesa; Lorenza Feliciani, ¡salid de ese gabinete, y venid aquí, venid!

Pero la puerta permaneció cerrada.

— ¡Venid, yo lo mando! repitió el conde.

Entonces rechinó la llave en la cerradura, y la princesa vió con indecible espanto entrar á la joven, cuyos ojos estaban fijos en el conde, sin ninguna expresión de cólera ni de odio.

— ¡Qué hacéis, hija mía, qué hacéis, exclamó madama Luisa, y por qué queréis volver al poder de un hombre de quien habíais huido? ¿No os dije que estabais aquí segura?

— También lo está en mi casa, señora, respondió el conde, y volviéndose hacia la joven añadió:

— ¡No es verdad, Lorenza, que estáis segura en mi casa?

— Sí, respondió la joven.

La princesa, en el colmo de la admiración, juntó sus manos y se dejó caer en su sillón.

— Ahora, Lorenza, dijo el conde con voz dulce, pero en la cual se dejaba conocer sin embargo el acento del mando, ahora sabed que se me acusa de haberos violentado. Decid, ¿os he violentado en alguna cosa?

— Jamás, respondió la joven con voz clara y precisa, y sin acompañar esta negativa con ningún movimiento.

— Entonces, exclamó la princesa, ¿qué significa toda esa historia de rapto que me habéis contado?

Lorenza permaneció muda; miraba al conde como si la vida, y la palabra que es su expresión, debieran venirle de él.

— ¡Sin duda S. A. desea saber cómo habéis salido

del convento, Lorenza? Contad todo lo que ha pasado desde el momento en que os desmayasteis en el coro hasta el en que os despertasteis en la silla de posta.

Lorenza permaneció silenciosa.

— Contad lo que ha pasado con todos sus detalles, continuó el conde, sin omitir nada. Yo lo mando.

Lorenza no pudo contener un estremecimiento.

— No recuerdo, dijo.

— Coordinad vuestras ideas y os acordaréis.

— ¡ Ah! sí, sí, en efecto, dijo Lorenza con el mismo acento monótono, me acuerdo.

— Hablad.

— Cuando me desmayé, en el mismo momento en que las tijeras tocaban mis cabellos, me llevaron á mi celda y me acostaron en mi cama. Hasta la noche permaneció mi madre á mi lado, y como yo permanecía sin conocimiento, enviaron á buscar al cirujano del pueblo, el cual me tomó el pulso, puso un espejo delante de mis labios, y viendo que mis arterias estaban sin latido y mi boca sin aliento, declaró que estaba muerta.

— ¿ Pero cómo sabéis todo eso? preguntó la princesa.

— S. A. desea conocer cómo sabéis todo eso, repitió el conde.

— ¡ Cosa extraña! dijo Lorenza: veía y oía; solamente no podía abrir los ojos, hablar ni moverme; estaba como en un letargo.

— En efecto, dijo la princesa. Tronchín me ha hablado muchas veces de personas aletargadas y que habían sido enterradas vivas.

— Continúa, Lorenza.

— Mi madre se desesperaba y no quería creer en mi muerte, manifestando que quería pasar todavía á mi lado aquella noche y el siguiente día.

Lo hizo según lo había dicho; pero las 36 horas durante las cuales me había velado, trascurrieron sin que yo hiciera un movimiento, ni lanzase un suspiro.

Tres veces había venido el sacerdote, y en cada una de ellas dijo á mi madre que era rebelarse contra Dios querer retener mi cuerpo sobre la tierra, cuando ya tenía mi alma, pues no dudaba que habiendo muerto con todas las condiciones de salvación y á tiempo de ir á pronunciar las palabras que sellaban mi eterna alianza con el Señor, no dudaba, decía, que mi alma habria ascendido directamente al cielo.

Mi madre insistió tanto, que consiguió que la dejaran velarme durante toda la noche del lunes al martes.

En la mañana de este último día continuaba yo en el mismo estado de insensibilidad.

Mi madre se retiró vencida. Las religiosas gritaban: ¡ sacrilegio! Los cirios estaban encendidos en la capilla, donde, según la costumbre, debían exponerme un día y una noche.

Luego que salió mi madre, entraron en mi celda las hermanas que habían de amortajarme; como yo no había pronunciado mis votos, me pusieron un vestido blanco, eñeron mi frente con una guirnalda de rosas blancas, cruzaron mi brazos sobre mi pecho: en seguida pidieron el ataúd.

Trajeron el féretro... un frío agudísimo corrió por todo mi cuerpo, porque, os lo repito, al través de mis párpados cerrados lo veía todo como si hubiese tenido abiertos los ojos.

Me cogieron y depositaron en el ataúd.

En seguida, descubierto el rostro como es costumbre entre nosotras las italianas, me bajaron á la capilla y me colocaron en medio del coro con cirios encendidos

al rededor de mi féretro y á mis pies una pila de agua bendita.

Durante todo el día no cesaron de entrar en la capilla los vecinos de Subiaco, oraron por mí y echaron agua bendita sobre mi cuerpo.

Vino la noche. Cesaron las visitas; cerraron por dentro las puertas de la capilla, menos la puertecita, y la hermana enfermera permaneció sola á mi lado.

Un horrible pensamiento me agitaba durante mi sueño; y era que al día siguiente debía verificarse el entierro, y conocía que me iban á enterrar viva, si algún poder desconocido no venía á socorrerme.

Oía unas tras otras todas las horas; dieron las nueve, después las diez, luego las once.

Cada golpe resonaba en mi corazón, porque oía el doble con que las campanas anunciaban mi propia muerte.

Dios solo sabe los esfuerzos que hice para vencer aquel sueño helado y para romper aquellos lazos de hierro que me sujetaban al ataúd; pero él lo vió, puesto que se compadeció de mí.

Dieron las doce de la noche.

A la primera campanada me pareció que todo mi cuerpo era sacudido por un movimiento convulsivo, semejante al que acostumbraba sentir cuando Acharat se acercaba á mí; luego experimenté una sensación violenta en el corazón; en seguida le ví aparecer en la puerta de la capilla.

— ¿Fué espanto lo que experimentasteis entonces? preguntó el conde de Fénix.

— No, no; fué felicidad, alegría, éxtasis, porque comprendí que venía á arrancarme de aquella muerte desesperada que tanto temía. Marchó lentamente hacia mi féretro, me miró un instante con una sonrisa llena de tristeza, y después me dijo:

— Levántate y marcha.

Los lazos que sujetaban mi cuerpo se rompieron al punto; al oír aquella voz poderosa, me levanté y puse un pie fuera del ataúd.

— ¿Quieres vivir? me preguntó.

— ¡Oh! sí, respondí.

— Entonces sigueme.

La enfermera, habituada al fúnebre oficio que desempeñaba al lado de mi féretro, después de haberlo ejercido al lado de tantas otras hermanas, dormía en su silla. Pasé por delante de ella sin despertarla, y seguí al que por segunda vez me libraba de la muerte.

Llegamos al patio. Volví á ver ese cielo tachonado de estrellas brillantes que yo no esperaba ver. Sentí ese fresco de la noche que los muertos no sienten, pero que tan dulce es á los vivos.

— Ahora, me preguntó, antes de dejar este convento, escoged entre Dios y yo. ¿Queréis ser religiosa? ¿Queréis seguirme?

— Quiero seguiros, contesté.

— Entonces venid, dijo por segunda vez.

Llegamos á la puerta del torno; estaba cerrada.

— ¿Dónde están las llaves? me preguntó.

— En los bolsillos de la hermana tornera.

— ¿Y dónde están esos bolsillos?

— Sobre una silla, al lado de su cama.

— Entrad en su aposento sin ruido, tomad las llaves, escoged la de la puerta y traédmela.

Obedecí. La puerta del aposento no estaba cerrada por dentro. Entré. Fui derecha á la silla. Registré los bolsillos, encontré las llaves, y en el manojó hallé la del torno y la traje.

Cinco minutos después estábamos en la calle.

Entonces me apoyé en su brazo, y corrimos hacia

la salida de Subiaco. Á cien pasos de la última casa nos esperaba una silla de posta. Nos metimos dentro, y partió al galope.

— ¿Y se os hizo alguna violencia, se os dirigió alguna amenaza? ¿Seguisteis á ese hombre involuntariamente?

Lorenza permaneció muda.

— S. A. R. os pregunta, Lorenza, si os obligué á seguirme por medio de alguna amenaza ó violencia.

— No.

— ¿Y por qué le seguisteis?

— Decid, ¿por qué me habéis seguido?

— Porque os amaba, dijo Lorenza.

El conde de Fénix se volvió hacia la princesa con una sonrisa de triunfo.

IV

Su Eminencia el Cardenal de Rohán

Lo que pasaba á la vista de la princesa, era tan extraordinario, que no podía menos de preguntarse á si misma, si el hombre que tenía delante no era verdaderamente un mago que disponía de los corazones y de los espíritus á su voluntad.

Pero el conde de Fénix quiso llevar más adelante su asombro.

— No es esto todo, señora, dijo: V. A. no ha oído de los labios de Lorenza más que una parte de nuestra historia, y podría abrigar todavía alguna duda, si de su boca misma no oyese el resto.

Entonces, volviéndose hacia la joven, dijo:

— ¿Os acordáis, querida Lorenza, del resto de nuestro viaje? ¿Os acordáis de que hemos visitado juntos á Milán, el lago Mayor, el Oberland, el Righi y el Rhin magnífico, que es el Tiber del Norte?

— Sí, dijo la joven con su mismo acento monótono, si; Lorenza ha visto todo eso.

— Arrastrada por este hombre, ¿no es verdad, hija mía? ¿cediendo á una fuerza irresistible de que vos misma no acertabais á daros cuenta? preguntó la princesa.

— ¿Por qué habéis de creer eso, señora, cuando todo lo que V. A. acaba de oír le prueba lo contrario? Además, si queréis una prueba más palpable, un tes-

la salida de Subiaco. Á cien pasos de la última casa nos esperaba una silla de posta. Nos metimos dentro, y partió al galope.

— ¿Y se os hizo alguna violencia, se os dirigió alguna amenaza? ¿Seguisteis á ese hombre involuntariamente?

Lorenza permaneció muda.

— S. A. R. os pregunta, Lorenza, si os obligué á seguirme por medio de alguna amenaza ó violencia.

— No.

— ¿Y por qué le seguisteis?

— Decid, ¿por qué me habéis seguido?

— Porque os amaba, dijo Lorenza.

El conde de Fénix se volvió hacia la princesa con una sonrisa de triunfo.

IV

Su Eminencia el Cardenal de Rohán

Lo que pasaba á la vista de la princesa, era tan extraordinario, que no podía menos de preguntarse á si misma, si el hombre que tenía delante no era verdaderamente un mago que disponía de los corazones y de los espíritus á su voluntad.

Pero el conde de Fénix quiso llevar más adelante su asombro.

— No es esto todo, señora, dijo: V. A. no ha oído de los labios de Lorenza más que una parte de nuestra historia, y podría abrigar todavía alguna duda, si de su boca misma no oyese el resto.

Entonces, volviéndose hacia la joven, dijo:

— ¿Os acordáis, querida Lorenza, del resto de nuestro viaje? ¿Os acordáis de que hemos visitado juntos á Milán, el lago Mayor, el Oberland, el Righi y el Rhin magnífico, que es el Tiber del Norte?

— Sí, dijo la joven con su mismo acento monótono, si; Lorenza ha visto todo eso.

— Arrastrada por este hombre, ¿no es verdad, hija mía? ¿cediendo á una fuerza irresistible de que vos misma no acertabais á daros cuenta? preguntó la princesa.

— ¿Por qué habéis de creer eso, señora, cuando todo lo que V. A. acaba de oír le prueba lo contrario? Además, si queréis una prueba más palpable, un tes-

tigo material, aquí tenéis una carta que la misma Lorenza me escribió durante una ausencia que me vi obligado á hacer, dejándola sola en Maguncia. Pues bien, señora, Lorenza no pudo soportar esta separación, me echaba de menos, deseaba verme cuanto antes, y me escribió este billete que V. A. puede leer.

El conde sacó un billete de su cartera, y se lo entregó á la princesa.

Esta leyó lo siguiente :

« Vuelve, Acharat ; cuando te separas de mí todo me falta. ¡ Dios mío ! ¡ cuándo seré tuya por toda una eternidad !

» LORENZA. »

La princesa se levantó con el rostro encendido de cólera y se acercó á Lorenza con el billete en la mano.

Esta la dejó aproximarse sin verla, sin oírla, pues parecía no ver ni oír más que al conde.

— Comprendo, dijo vivamente éste, decidido sin duda á ser hasta el fin intérprete de la joven. V. A. duda y quiere saber si el billete es suyo ; sea ; V. A. será instruida por ella misma. Lorenza, contestad ; ¿ quién ha escrito ese billete ?

El conde cogió el billete, lo puso en la mano de su mujer, la cual aplicó inmediatamente aquella mano sobre su corazón.

— Lorenza, dijo.

— ¿ Y Lorenza sabe lo que contiene este billete ?

— Sin duda.

— Pues bien, decid á la princesa lo que contiene para que vea que no la engaño cuando le digo que me amáis. Decidlo ; yo lo mando.

Lorenza hizo al parecer un esfuerzo ; pero sin desplegar el billete ni dirigir los ojos hacia él, leyó :

« Vuelve, Acharat ; cuando te separas de mí, todo me falta. ¡ Dios mío ! ¡ cuándo seré tuya por toda una eternidad !

» LORENZA. »

— Parece increíble, dijo la princesa, y no os creo, porque hay en esto alguna cosa inexplicable y sobrenatural.

— Esta carta, continuó el conde de Fénix, como si no hubiese oído á Madama Luisa, esta carta fué la que me determinó á apresurar nuestra unión. Amaba á Lorenza tanto como ella me amaba á mí. Nuestra posición era falsa. Por otra parte, en la vida aventurera que hago, podía sucederme una desgracia, podía morir, y si moría, quería que todos mis bienes perteneciesen á Lorenza : por tanto, al llegar á Estrasburgo nos casamos.

— ¿ Os casasteis ?

— Sí.

— Imposible.

— ¿ Por qué, señora ? dijo sonriendo el conde, ¿ qué hay de imposible, os pregunto, en que el conde de Fénix se haya casado con Lorenza Feliciani ?

— Ella misma me ha dicho que no era vuestra mujer.

El conde, sin contestar á la princesa, se volvió hacia Lorenza y la preguntó :

— ¿ Os acordáis en qué día nos casamos ?

— Sí, contestó ; el día 3 de mayo.

— ¿ Dónde ?

— En Estrasburgo.

— ¿ En qué iglesia ?

— En la misma catedral, en la capilla de San Juan.

— ¿ Opusisteis alguna resistencia á esa unión ?

— No ; era demasiado feliz.

— La princesa cree que te he violentado, Lorenza, continuó el conde. Le han dicho que me aborreciais. Y al pronunciar el conde estas palabras cogió la mano de Lorenza.

La joven se estremeció de felicidad.

— ¡ Aborrecerte yo ! ¡ oh ! no ; yo te amo. Tú eres bueno y generoso.

— Y desde que eres mi mujer, dí, Lorenza, ¿ he abusado jamás del derecho de esposo ?

— No ; me has respetado como á tu hija, y soy tu amiga pura y sin mancha.

El conde volvió hacia la princesa como para decirle :
¿ lo oís ?

Sobrecogida ésta de espanto, había retrocedido hasta los pies de un Crucifijo de marfil fijado sobre un fondo de terciopelo negro en la pared del gabinete.

— ¿ Es esto todo lo que V. A. desea saber ? dijo el conde soltando la mano de Lorenza.

— ¡ Señor, señor ! exclamó la princesa, no os acerquéis ni ella tampoco.

En aquel momento se oyó el ruido de un coche que se detenía á la puerta de la abadía.

— ¡ Ah ! exclamó la princesa, ese es el cardenal ; ahora sabremos á qué nos hemos de atener.

El conde de Fénix se inclinó, dijo algunas palabras á Lorenza, y esperó con la tranquilidad de un hombre que tuviera el don de dirigir los acontecimientos.

Un momento después se abrió la puerta y anunciaron S. E. el Cardenal de Rohán.

Tranquilizada la princesa con la presencia de un tercero, volvió á sentarse en su sillón, diciendo :

— Decid que entre.

El cardenal entró, pero apenas saludó á la princesa, cuando viendo á Bálamo, dijo con sorpresa :

— ¡ Ah ! ¿ sois vos ?

— ¿ Conocéis al señor ? preguntó la princesa cada vez más asombrada.

— Sí, dijo el cardenal.

— Entonces, exclamó madama Luisa, ¿ nos diréis quién es ?

— Nada más fácil, dijo el cardenal, el señor es un hechicero.

— ¡ Hechicero ! murmuró la princesa.

— Perdonad, señora, dijo el conde. S. Em. se explicará ahora mismo, y espero que á satisfacción de todo el mundo.

— ¿ Por ventura os ha hecho este caballero algunas predicciones, puesto que veo á V. A. tan trastornada ? preguntó el señor de Rohán.

— ¡ La fe de casado ! ¡ veamos la fe de casado ! exclamó la princesa.

El cardenal miraba lleno de asombro, porque ignoraba lo que aquella exclamación pudiera significar.

— Aquí está, dijo el conde presentándola al cardenal.

— ¿ Qué es esto ? preguntó el señor de Rohán.

— Señor, dijo la princesa, trátase de saber si esa firma es buena, y válido ese documento.

El cardenal leyó el papel que le presentaba la princesa.

— Este documento es una partida de matrimonio hecha en regla, y esta firma es la del señor Remy, cura de la capilla de San Juan ; pero ¿ qué importa á V. A. ?

— ¡ Oh ! me importa mucho, señor ; ¿ conque es decir que la firma.....

— Es buena, pero nadie me dice que no sea arrancada por la fuerza.

— Es cierto, bien puede haber sucedido así, exclamó la princesa.

— Y el consentimiento de Lorenza también, ¿no es verdad? dijo el conde con una ironía que se dirigía principalmente á la princesa.

— Pero ¿por qué medios, señor cardenal, por qué medios creéis que haya sido arrancada esta firma? Decidlo si lo sabéis.

— Por los que están en poder del señor, por medios mágicos.

— ¡Mágicos! ¿Estáis seguro de lo que decís?

— El señor es hechicero, lo digo y lo repito.

— V. Em. quiere chancearse.

— ¡No á fe mía! Y la prueba es que quiero tener con él una seria explicación delante de vos.

— Iba á pedírsela á V. Em., dijo el conde.

— Me alegro; pero no olvidéis que yo soy quien pregunto, dijo el cardenal con altivez.

— Y yo, dijo el conde, contestaré á todas vuestras preguntas delante de S. A. si os obstináis en hacérmelas; pero estoy seguro de que no os obstinaréis.

El cardenal se sonrió.

— El papel de hechicero, dijo, es muy difícil de representar en estos tiempos. Os he visto con las manos en la obra, habéis obtenido un gran triunfo, pero os prevengo que no todos tendrán la paciencia y sobre todo la generosidad de madama la Delfina.

— ¡De madama la Delfina! exclamó la princesa.

— Sí, señora, dijo el conde, he tenido el honor de ser presentado á S. A. R.

— ¡Y cómo habéis pagado ese honor? decid, decid.

— ¡Ay! contestó el conde, peor de lo que hubiera querido; porque yo no aborrezco á los hombres, y mucho menos á las mujeres.

— ¡Pero qué habéis hecho á mi augusta sobrina? dijo madama Luisa.

— Señora, contestó el conde, he tenido la desgracia de decirle la verdad que me preguntaba.

— Sí, la verdad, una verdad que la ha desmayado.

— ¡Y esculpa mía, replicó el conde con esa voz poderosa que tan bien debía tronar en ciertos momentos, es culpa mía, si esa verdad era tan terrible que debía producir semejantes efectos? ¿He buscado yo á la princesa? ¿Soy yo el que ha solicitado aquella entrevista? No, todo lo contrario, procuré evitarla: me llevaron á su presencia casi á la fuerza, y me exigió imperativamente que contestara á todas sus preguntas.

— Pero, ¿qué verdad tan terrible es esa que le dijisteis, señor? preguntó la princesa.

— Esa verdad, señora, contestó el conde, es el velo del porvenir que he rasgado.

— ¿Del porvenir?

— Sí, señora, de ese porvenir que ha parecido tan amenazador á V. A., y del cual ha querido huir encerrándose en un claustro y conjurarle al pie de los altares con sus lágrimas y plegarias.

— ¡Señor!

— ¿Tengo yo la culpa, señora, de que ese porvenir que habéis presentado como santa, me haya sido revelado á mí como profeta? ¿Tengo yo la culpa de que cuando se reveló á madama la Delfina ese porvenir que la amenaza personalmente, se desmayara llena de espanto?

— ¡Lo oís? dijo el cardenal.

— ¡Ay! dijo la princesa.

— Porque su reinado está maldito, exclamó el conde, como el reinado más fatal y desgraciado de toda la monarquía.

— ¡Señor! exclamó la princesa.

— En cuanto á vos, señora, continuó el conde, acaso vuestras plegarias hayan alcanzado gracia; pero nada

de esto veréis, porque cuando tales cosas sucedan estaréis en los brazos del Señor. ¡Orad, señora! ¡orad!

Dominada la princesa por aquella voz profética tan conforme con los terrores de su alma, cayó de rodillas á los pies del Crucifijo y se puso efectivamente á orar con fervor.

Volviéndose entonces el conde hacia el cardenal y dirigiéndose al alfeizar de una ventana, le dijo:

— Aquí para entre nosotros, señor cardenal, ¿qué me queríais?

El cardenal se dirigió también á la ventana.

Los personajes estaban dispuestos del siguiente modo:

La princesa al pie del Crucifijo oraba con fervor.

Lorenza, inmóvil, muda, y los ojos abiertos y fijos como si no viesan, estaba de pie en medio del aposento. Los dos hombres permanecían en el alfeizar de la ventana, apoyado el conde sobre la falleba, y el cardenal medio oculto detrás de la cortina.

— ¿Qué me queréis? repitió el conde, hablad.

— Quiero saber quién sois.

— Ya lo sabéis.

— ¿Yo?

— Sí. ¿No habéis dicho que era hechicero?

— Muy bien, pero en otra parte os llamaban José Bálsamo, y aquí os llaman el conde de Fénix.

— ¿Y qué prueba eso? Que he cambiado de nombre y nada más.

— Sí; pero ya sabéis que semejantes cambios por parte de un hombre como vos darían mucho en que pensar al señor de Sartines.

El conde se sonrió.

— ¡Oh! señor, esa es una guerra muy mezquina para un Rohán. ¿Es posible que V. Em. se ponga á argumentar sobre palabras! *Verba et voces*, dice el

latín. ¿No tenéis otro cargo mejor que hacerme?

— Creo que os hacéis burlón, dijo el cardenal.

— No me hago; ese es mi carácter.

— Entonces voy á daros una satisfacción.

— ¿Cuál?

— La de haceros bajar el tono.

— Como gustéis, señor.

— Y de ese modo estoy seguro que complaceré á madama la Delfina.

— Lo cual no será del todo inútil en el estado en que os halláis con ella, dijo Bálsamo con la mayor serenidad.

— Y si lograrse yo que os prendieran, señor del horóscopo, ¿qué diríais?

— Diría que hacíais mal, señor cardenal.

— ¡De veras! dijo el cardenal con aire de desprecio, ¿y á quién?.....

— A vos mismo.

— Lo veremos; no tardaré en dar la orden para ese paso que juzgáis imprudente, y entonces se sabrá á punto fijo quién es ese barón José Bálsamo, conde de Fénix, vástago ilustre de un árbol genealógico, cuya simiente no he visto en ningún campo nerárdico de Europa.

— Señor, dijo Bálsamo, ¿por qué no habéis pedido informes de mí al señor de Breteuil?

— El señor de Breteuil no es amigo mío.

— No lo será, pero lo ha sido, y de los mejores, pues le habéis escrito cierta carta....

— ¿Qué carta? preguntó el cardenal aproximándose.

— ¡Más cerca, señor cardenal, más cerca! No quiero hablar porque temo comprometeros

El cardenal se aproximó mucho más.

— ¿De qué carta queréis hablar? dijo.

— ¡Oh! bien lo sabéis.

— Sin embargo, decidlo.

— Pues bien, de una carta que escribisteis á París desde Viena, con objeto de frustrar el casamiento del Delfín.

El prelado no pudo disimular un movimiento de espanto.

— ¿Esa carta?... balbuceó.

— La sé de memoria.

— Es una traición del señor de Breteuil.

— ¿Por qué?

— Porque cuando se decidió el casamiento, se la mandé á pedir.

— ¿Y qué os dijo?

— Que la había quemado.

— Porque no se atrevió á deciros que la había perdido.

— ¿Perdido?

— Sí... y como ya comprendéis, una carta perdida... cualquiera puede hallarla.

— ¿De modo que la que yo he escrito al señor de Breteuil?...?

— ¿Qué?

— Que Breteuil me dijo haber quemado.....

— Sí.

— Y que según decís ha perdido.....

— La he hallado yo, si bien por una casualidad solamente, pasando por el patio de mármol de Versalles.

— ¿Y no la habéis devuelto al señor de Breteuil?

— Ya me hubiera guardado de hacer semejante cosa.

— ¿Por qué?

— Porque en mi calidad de hechicero, sabía que V. Em., á quien tan bien quiero, me odiaba de muerte, y ya comprendéis... un hombre desarmado que sabe

que al atravesar por un bosque va á ser atacado y halla una pistola cargada en este bosque.....

— ¿Y qué?

— Que ese hombre sería un majadero si no se apoderase de esa pistola.

El cardenal tuvo una especie de vértigo y se apoyó en el antepecho de la ventana.

Pero después de un momento de perplejidad, durante el cual pudo el conde observar todas las variaciones de su rostro, dijo:

— Sea así; pero no se dirá que un príncipe de mi casa se ha intimidado ante la amenaza de un charlatán. Aunque se hubiese perdido esa carta, aunque sea cierto que la habéis encontrado, aunque sea presentada á la misma Delfina, aunque esa carta me perdiese como hombre político, sostendré mi papel de súbdito leal y fiel embajador. Diré la verdad: esto es, que me parece esa alianza perjudicial á los intereses de mi país; y mi país me defenderá ó me compadecerá.

— Y si hay alguno, replicó el conde, si hay alguno que diga que el embajador joven y galante, nada desconfiado en atención á su nombre de Rohán y á su título de príncipe, no dice eso porque crea que la alianza austriaca es perjudicial á los intereses de la Francia, sino porque, recibido desde luego afectuosamente por la archiduquesa María Antonieta, ese orgulloso embajador había tenido la jactancia de ver en esa afabilidad alguna cosa más que... afabilidad, ¿qué contestará el fiel súbdito, el embajador leal?

— Negará, señor, porque de ese sentimiento que suponéis haber existido no queda prueba alguna.

— ¡Ah! sí por cierto, os engañáis; la frialdad de madama la Delfina para con vos.

El cardenal vaciló.

— Creedme, príncipe, dijo el conde; en vez de

malquistarnos, como ya hubiera sucedido á lo tener yo más prudencia que vos, seamos buenos amigos.

— ¿ Buenos amigos ?

— ¿ Por qué no ? Los buenos amigos son aquellos que nos hacen servicios.

— ¿ Los he reclamado jamás de vos ?

— Ese es el mal que habéis cometido, porque después de dos días que estáis en París.....

— ¿ Yo ?

— Sí, vos. ¡ Oh ! Dios mío ! ¿ por qué queréis ocul-tármelo á mí que soy hechicero ? Os habéis separado de la princesa en Soissons, habéis venido en posta á París por Villers-Cotterets y Dammartin, es decir, por el camino más corto, y habéis venido á pedir á vuestros amigos de París servicios que os han negado, y después de recibir estos desaires, marchasteis en posta á Compiègne, y en verdad que esto desespera.

El cardenal parecía anonadado.

— ¿ Y qué género de servicios podía esperar de vos, preguntó, si á vos me hubiese dirigido ?

— Los servicios que se piden á un hombre que hace oro.

— ¿ Y qué me importa que hagáis oro ?

— ¡ Diablo ! cuando uno tiene que pagar dentro de cuarenta y ocho horas quinientos mil francos... ¿ no habéis dicho esa cantidad ?

— Sí, la misma.

— ¿ Y me preguntáis qué importa tener un amigo que hace oro ? ¿ Nada importa que esos quinientos mil francos, que no se han podido encontrar en ninguna parte, se encuentren en casa de ese alquimista ?

— ¿ Y dónde vive ? preguntó el cardenal.

— En la calle de San Claudio, barrio del Marais.

— ¿ Y cómo conoceré la casa ?

— Por una cabeza de grifo de bronce que sirve de llamador de la puerta.

— ¿ Cuándo podré ir ?

— Pasado mañana, monseñor, á las seis de la tarde si os place, y después.....

— ¿ Después ?

— Cuantas veces gustéis. Pero mirad, nuestra conversación concluye á tiempo, pues la princesa ha terminado su plegaria.

El cardenal estaba vencido, no trató de resistir más tiempo, y aproximándose á la princesa, dijo :

— Señora, me veo precisado á confesar que el señor conde de Fénix tiene mucha razón ; que la partida de casamiento de que es portador no puede ser más válida ; y en fin, que las explicaciones que me ha dado me han satisfecho completamente.

El conde hizo una reverencia y preguntó :

— ¿ Qué manda V. A. R. ?

— Una sola palabra á esa joven.

El conde hizo otra reverencia el señal de asentimiento.

— ¿ Dejáis por vuestra propia y absoluta voluntad el convento de San Dionisio, á que habéis venido á pedirme un refugio ?

— S. A., repitió vivamente Bálamo, pregunta si queréis dejar por vuestra propia voluntad el convento de San Dionisio, á que habéis venido á pedir un asilo : contestad, Lorenza.

— Sí, dijo la joven, lo dejo por mi propia voluntad.

— ¿ Y lo hacéis para seguir á vuestro marido el conde de Fénix ?

— ¿ Lo hacéis para seguirme ? repitió el conde.

— ¡ Oh ! sí, dijo la joven.

— En ese caso, dijo la princesa, no quiero deteneros ni al uno ni á la otra, porque esto sería violentar

los sentimientos; pero si en todo esto hay algo que salga del orden natural de las cosas, que el castigo del Señor caiga sobre aquel que en provecho suyo ha turbado la armonía de la naturaleza. Id, señor conde de Fénix; id, Lorenza Feliciani, no quiero deteneros más... pero antes recoged vuestras alhajas.

— Son para los pobres, señora, dijo el conde, y distribuida la limosna por vuestras manos será dos veces grata á los ojos de Dios. No pido más que mi caballo Djerid.

— Podéis reclamarlo á la salida. Id con Dios.

El conde hizo una reverencia delante de la princesa y presentó su brazo á Lorenza, que lo aceptó al punto, y salió con él sin pronunciar una palabra.

— ¡Ah, señor, cardenal, dijo la princesa meneando tristemente la cabeza, hay cosas incomprensibles y fatales en el aire que respiramos!

V

El regreso de San Dionisio

Al separarse de Felipe, Gilberto, como hemos dicho, volvió á confundirse entre la multitud.

Pero esta vez no se lanzaba entre aquellas oleadas bulliciosas con el corazón palpitante de esperanza y de alegría, sino con el alma ulcerada por un dolor que no habían podido dulcificar la buena acogida y los generosos ofrecimientos de Felipe.

Andrea no sospechaba siquiera que hubiese estado cruel con Gilberto. La hermosa é impasible joven ignoraba completamente que pudiese haber entre ella y el hijo de su nodriza punto alguno de contacto ni para el dolor, ni para la alegría. Ella pasaba por encima de las esferas inferiores, arrojando sobre ellas su sombra ó su luz, según se hallaba ella misma risueña ó sombría. En esta ocasión, la sombra de su desdén había helado á Gilberto, y como ella no había hecho más que seguir el impulso de su propia naturaleza, ignoraba que hubiese estado desdeñosa.

Pero Gilberto, como un atleta desarmado, lo había recibido todo en medio del corazón, miradas de desprecio y palabras soberbias, y Gilberto no tenía aún bastante filosofía para no darse, sangrando como estaba, el consuelo de la desesperación.

Así, pues, desde el momento en que se confundió entre la muchedumbre, no se cuidó ya de los cabales

los sentimientos; pero si en todo esto hay algo que salga del orden natural de las cosas, que el castigo del Señor caiga sobre aquel que en provecho suyo ha turbado la armonía de la naturaleza. Id, señor conde de Fénix; id, Lorenza Feliciani, no quiero deteneros más... pero antes recoged vuestras alhajas.

— Son para los pobres, señora, dijo el conde, y distribuida la limosna por vuestras manos será dos veces grata á los ojos de Dios. No pido más que mi caballo Djerid.

— Podéis reclamarlo á la salida. Id con Dios.

El conde hizo una reverencia delante de la princesa y presentó su brazo á Lorenza, que lo aceptó al punto, y salió con él sin pronunciar una palabra.

— ¡Ah, señor, cardenal, dijo la princesa meneando tristemente la cabeza, hay cosas incomprensibles y fatales en el aire que respiramos!

V

El regreso de San Dionisio

Al separarse de Felipe, Gilberto, como hemos dicho, volvió á confundirse entre la multitud.

Pero esta vez no se lanzaba entre aquellas oleadas bulliciosas con el corazón palpitante de esperanza y de alegría, sino con el alma ulcerada por un dolor que no habían podido dulcificar la buena acogida y los generosos ofrecimientos de Felipe.

Andrea no sospechaba siquiera que hubiese estado cruel con Gilberto. La hermosa é impasible joven ignoraba completamente que pudiese haber entre ella y el hijo de su nodriza punto alguno de contacto ni para el dolor, ni para la alegría. Ella pasaba por encima de las esferas inferiores, arrojando sobre ellas su sombra ó su luz, según se hallaba ella misma risueña ó sombría. En esta ocasión, la sombra de su desdén había helado á Gilberto, y como ella no había hecho más que seguir el impulso de su propia naturaleza, ignoraba que hubiese estado desdeñosa.

Pero Gilberto, como un atleta desarmado, lo había recibido todo en medio del corazón, miradas de desprecio y palabras soberbias, y Gilberto no tenía aún bastante filosofía para no darse, sangrando como estaba, el consuelo de la desesperación.

Así, pues, desde el momento en que se confundió entre la muchedumbre, no se cuidó ya de los cabales

ni de los hombres. Reuniendo cuanto pudo sus fuerzas á riesgo de extraviarse ó de ser estropeado, se lanzó como un jabalí herido al través de la multitud, y logró abrirse paso.

Cuando atravesó las columnas más espesas del pueblo, comenzó á respirar más libremente, y dirigiendo la vista en torno suyo, vió la verdura, la soledad y el agua.

Sin saber á dónde iba, corrió hasta el Sena, y se encontró casi enfrente de la isla de San Dionisio. Entonces, rendido, no por la fatiga del cuerpo, sino por las angustias del espíritu, se dejó caer sobre la hierba, y ocultando la cabeza entre ambas manos, se puso á rugir frenéticamente como si aquella lengua del león expresase mejor sus dolores que los gritos y la palabra del hombre.

En efecto, ¿no se había extinguido de repente todo aquel espíritu vago é indeciso, aquella halagüeña esperanza que hasta entonces había dejado caer algunos rayos de luz furtiva sobre deseos insensatos de que no se atrevía á darse cuenta? Á cualquier grado de la escala social á que subiera Gilberto á fuerza de genio, de ciencia ó de estudio, Gilberto sería siempre Gilberto para Andrea; es decir, una cosa ó un hombre, estas habían sido sus propias expresiones, del cual no debía hacer caso su padre, pues no valía la pena de que bajara uno los ojos hasta él.

Por un instante había creído que al verle en París, que al saber que había venido á pie, y al conocer su resolución de luchar con su oscuridad hasta que la hubiese vencido, Andrea aplaudiría sus generosos esfuerzos. Y he aquí que no solamente había faltado el *macte animo* al generoso joven, sino que por todo premio de tantas fatigas y de tan alta resolución había recogido la desdeñosa indiferencia que siempre había

mostrado Andrea hacia aquel Gilberto del castillo de Taverney.

Además, ¿no había estado á punto de enfadarse cuando supo que Gilberto había tenido la audacia de dirigir la vista á su cuaderno de solfeo? Si Gilberto hubiese tocado siquiera con un dedo ese cuaderno, indudablemente no hubiera sido ya bueno sino para ser quemado.

En los corazones débiles, una decepción, un engaño, no son otra cosa que un golpe á que se doblega el amor para levantarse después más fuerte y perseverante. Ellos expresan sus dolores por medio de quejas ó lágrimas: tienen la resignación del cordero debajo del cuchillo. Hay más: el amor de estos mártires se aumenta frecuentemente con los dolores que deberían matarlo; diciéndose á sí mismos que su dulzura tendrá su recompensa, esta recompensa es el objeto hacia que se dirigen, sea el camino bueno ó malo; llegarán más tarde, y nada más, pero llegarán.

No sucede lo mismo con los corazones fuertes, con los temperamentos resueltos y con las organizaciones poderosas. Estos corazones se irritan á la vista de su sangre que corre, y su energía se aumenta tan salvajemente, que desde entonces pueden considerarse más bien como rencorosos que como amantes. Preciso es no acusarlos, porque en ellos el amor y el odio se tocan tan de cerca, que no sienten la transición del uno al otro.

Por consiguiente, cuando Gilberto se dejaba caer de aquella suerte en el suelo, vencido por su dolor, ¿sabía si amaba ú odiaba á Andrea? No: sufría y nada más. Sólo que, como no era capaz de una paciencia larga, sacudió su abatimiento decidido á tomar una enérgica resolución.

— No me ama, dijo para sí, es verdad; pero tam-

poco yo podía ni debía esperar que me amase. Lo que tenía derecho á exigir de ella era ese dulce interés que merecen los desgraciados que tienen la energía de luchar con su desgracia. Lo que ha comprendido su hermano no lo ha comprendido ella. Aquel me ha dicho: ¿quién sabe? ¿acaso llegarás á ser un Colbert, un Vaubán! Si llego á ser uno ú otro, me haría justicia dándome su hermana en recompensa de mi gloria adquirida, como me la habría dado en cambio de mi aristocracia nativa, si mi cuna hubiese sido igual á la suya. ¡Pero para ella! ¡oh! sí, lo conozco... ¡Oh! Colbert y Vaubán serían siempre Gilberto, porque ella desprecia en mí lo que nada puede borrar, dorar, ni cubrir... la humildad de mi nacimiento. Como si en el caso de que yo llegase á mi objeto, no habría tenido que crecer más para llegar hasta ella que si hubiese nacido á su lado. ¡Oh criatura loca! ¡oh ser insensato! ¡oh mujer!... ¡mujer! es decir, imperfección.

Fijos de esa hermosa mirada, de esa frente despejada, de esa sonrisa inteligente, de ese aire de reina: esa es la señorita de Taverney; es decir, una mujer que por su hermosura se hace digna de gobernar al mundo... Os engañáis: es una provinciana orgullosa y criada en medio de las preocupaciones aristocráticas. Todos esos jóvenes elegantes de cabezas vacías que han tenido todos los recursos necesarios para saberlo todo y nada saben, son para ella iguales suyos; estos son hombres en quienes se debe fijar la atención... ¡pero Gilberto!... Gilberto es un perro, menos que un perro, puesto que Andrea se ha acordado de preguntar por Mabón, y no hubiera preguntado por Gilberto.

¡Oh! ignora que soy tan fuerte como ellos; que cuando lleve el vestido que ellos llevan, seré tan hermoso como ellos; que tengo una voluntad inflexible que ellos no tienen, y que si quiero...

Una sonrisa terrible se dibujó en los labios de Gilberto sin concluir la frase.

Después, lentamente y frunciendo el ceño, bajó su cabeza sobre el pecho.

¿Qué pasó en aquel momento en aquella alma oscura, bajo qué terrible idea se inclinó aquella frente pálida por las vigiliass y la meditación? ¿Quién lo dirá? ¿Es el marinero que bajaba el río con su canoa entonando la canción de Enrique IV? ¿Es la alegre lavandera que volvía de San Dionisio, después de haber visto la entrada de la Delfina, y que al separarse de su camino tomó tal vez por un ladrón á aquel joven ocioso tendido sobre la hierba en medio de las estacas cargadas de ropa?

Después de media hora de meditación profunda se levantó Gilberto frío y resuelto; bajó al Sena, bebió agua, dirigió la vista á su alrededor, y vió á su izquierda las oleadas lejanas del pueblo al salir de San Dionisio.

En medio de aquella multitud se distinguían los primeros coches marchando al paso y siguiendo el camino de Saint-Ouen, que casi obstruía la concurrencia.

La Delfina había querido que su entrada fuera una fiesta de familia. Así es que la familia usó del privilegio, viéndola colocarse tan cerca del espectáculo regio, que muchos parisienses subieron á los asientos de la servidumbre, y se colgaron, sin ser inquietados, de las pesadas sopandas de los coches.

No tardó Gilberto en distinguir el coche de Andrea. Felipe galopaba, ó más bien piafaba á la portezuela del carruaje.

— Está bien, dijo. Es menester que sepa á dónde va, y para que sepa á dónde va, es preciso que la siga. Gilberto siguió.

La Delfina debía ir á cenar á la Muette en compañía del rey, del Delfín, el conde de Provenza, el de Artois; y preciso es decirlo, Luis XV llevó el olvido de su decoro hasta el punto de entregar á la Delfina en San Dionisio una lista de los convidados y un lápiz para que borrara á los que no le convinieran.

Cuando la Delfina llegó al nombre de madama Dubarry, colocada la última, sintió en sus labios un temblor convulsivo; pero, sostenida por las instrucciones de la emperatriz su madre, llamó en su auxilio todas sus fuerzas, y con una sonrisa encantadora devolvió la lista y el lápiz al rey, diciéndole que se tenía por muy dichosa con ser admitida desde luego en la intimidad de su familia.

Gilberto ignoraba esto, y hasta llegar á la Muette no conoció los coches de madama Dubarry y á Zamora empujado sobre su gran caballo blanco.

Afortunadamente había ya anochecido; Gilberto se echó entre unas matas boca abajo y esperó.

El rey hizo cenar á su nuera con su manceba, y mostró una jovialidad encantadora, especialmente después que vió á la Delfina acoger á madama Dubarry mejor aun que la había acogido en Compiègne.

Pero el Delfín, sombrío y pensativo, pretextó un gran dolor de cabeza, y se retiró antes de sentarse á la mesa.

La cena se alargó hasta las once.

Entretanto, los de la comitiva, y preciso era á la orgullosa Andrea confesar que era de ese número, cenaron en los pabellones al son de la música que les envió el rey. Además, como los pabellones eran muy reducidos, cincuenta señores cenaron en mesas puestas sobre la hierba, servidos por cincuenta lacayos con librea real.

Gilberto, que seguía oculto entre los árboles, no

perdió nada de aquel espectáculo. Sacó de su bolsillo un pedazo de pan que había comprado en Clichy-la-Garenne, y cenó como los demás, sin dejar de vigilar á los que marchaban.

La Delfina se presentó al balcón después de la cena; acababa de despedirse de sus huéspedes. El rey estaba á su lado, madama Dubarry, con el tacto que sus mismos enemigos admiraban en ella, se mantuvo en el interior del aposento sin ser vista.

Todos pasaron al pie del balcón para saludar al rey y á S. A. R. La Delfina conocía ya á muchos de los que la habían acompañado, y el rey le iba nombrando á los que no conocía. De vez en cuando, una palabra graciosa, un dicho oportuno salía de sus labios y hacía la alegría de aquellos á quienes se dirigía.

Gilberto veía desde lejos toda aquella bajeza, y decía:

— Soy más grande que todos esos, porque, por todo el oro del mundo, no haría lo que ellos hacen.

Tocó la vez al señor de Taverney y á su familia.

Gilberto se levantó sobre una rodilla.

— Señor Felipe, dijo la Delfina, os doy permiso para conducir á vuestro padre y á vuestra hermana á París.

Gilberto oyó estas palabras que, en el silencio de la noche y en media de recogimiento de los que escuchaban y miraban, fueron á vibrar á sus oídos.

La Delfina añadió:

— Señor de Taverney, no puedo hospedaros aún; así, id con la señorita á París, hasta que yo haya instalado mi casa en Versalles. Señorita, pensad algo en mí.

El barón pasó con sus dos hijos. Detrás de ellos llegaron otros muchos á quienes la Delfina tenía aun

cosas parecidas que decir, pero que importaban muy poco á Gilberto.

Deslizóse éste fuera del tallar, y signió al barón en medio de los confusos gritos de doscientos lacayos que corrían tras de sus amos, y de sesenta coches que rodaban por el pavimento como relámpagos.

Como el señor de Taverney tenía una carroza de la corte, aguardaba ésta aparte. Subió á ella con Andrea y Felipe, y cerraron la portezuela.

— Amigo, dijo Felipe al lacayo que cerraba la portezuela, suba usted al pescante con el cochero.

— ¿Y por qué? preguntó el barón.

— Porque el infeliz está en pie desde la madrugada, y debe estar rendido, respondió Felipe.

El barón dijo entre dientes algunas palabras que Gilberto no pudo comprender; el lacayo subió al lado del cochero.

Gilberto se acercó.

En el momento en que iba á marchar el coche, observaron que estaba desenganchado uno de los tiros.

Apeóse el cochero, y el coche permaneció aun algunos instantes parado.

— Es muy tarde, dijo el barón.

— Estoy horriblemente fatigada, murmuró Andrea; ¿á lo menos hallaremos en donde acostarnos?

— Así lo espero, respondió Felipe. He enviado directamente á La Brié y Nicole de Soissons á París con una carta para un amigo mío, á quien encargaba que retuviese un pequeño pabellón que su madre y su hermana habitaron el año pasado. No es una habitación lujosa, pero es cómoda. No tratáis de presentaros al público, y sólo queréis poder aguardar.

— Supongo, dijo el barón, que siempre será tan buena como Taverney.

— Desgraciadamente sí, padre mío, dijo Felipe sonriendo melancólicamente.

— ¿Tendré allí árboles? preguntó Andrea.

— Sí, y muy lindos; sólo que, según todas las probabilidades, no gozarás de ellos largo tiempo, porque así que se celebre el matrimonio serás presentada.

— Vamos, tenemos un sueño dorado, tratemos de no despertar demasiado pronto. Felipe, ¿has dado las señas al cochero?

— Sí, padre mío, respondió Felipe.

Gilberto, que lo había oído todo, abrigó por un instante la esperanza de oír aquellas señas.

— No importa, dijo, los seguiré. Desde aquí á París no hay más que una legua.

El tiro estaba enganchado, el cochero se volvió al pescante, y la carroza se puso en marcha.

Pero los caballos del rey van ligeros, cuando la hilería no los fuerza á marchar lentamente: tan ligeros, que recordaron al pobre Gilberto el camino de La Chaussée, su desmayo y su impotencia.

Hizo un esfuerzo, llegó á la zaga del coche que había quedado vacante por el lacayo cansado, se subió á ella y se dejó llevar.

Pero casi en el mismo instante se le ocurrió la idea de que había subido á la zaga del coche de Andrea, es decir, al puesto del lacayo.

— ¡Y bien, no! murmuró el inflexible joven. No se dirá que no he luchado hasta el último extremo; mis piernas están fatigadas, pero no le están mis brazos.

Y cogiendo con ambas manos la zaga en que había puesto la punta de sus zapatos, se hizo arrastrar debajo de la zaga, y á pesar de los vaivenes y sacudidas, se mantuvo por el vigor de sus brazos en aquella posición difícil, por no capitular con su conciencia.

— Yo sabré sus señas, murmuró; yo las sabré. Pasemos aun una mala noche, y mañana reposaré en mi silla copiando música. Por otra parte, me queda dinero, y puedo tomarme dos horas de sueño, si quiero.

Luego pensaba que París era muy grande, y que iba á perderse, él que no lo conocía, cuando el barón y sus dos hijos hubiesen entrado en la casa escogida por Felipe.

Afortunadamente era ya casi media noche, y amanece á las tres y media.

Reflexionando en todo esto, Gilberto observó que atravesaba una grande plaza en medio de la cual se elevaba una estatua ecuestre.

— ¡ Calla ! se diría que estamos en la plaza de las Victorias ! dijo alegre y sorprendido á la vez.

El carruaje dió la vuelta, y Andrea asomó la cabeza por la portezuela.

Felipe dijo :

— Es la estatua del difunto rey. Vamos llegando.

Bajaron por una pendiente bastante rápida, y Gilberto estuvo á punto de rodar bajo las ruedas.

— Ya hemos llegado, dijo Felipe.

Gilberto dejó sus pies tocar al suelo y se lanzó al otro lado de la calle, en donde se ocultó tras un recantón.

Felipe fué el primero que se apeó; llamó á la puerta, y volviéndose, recibió á Andrea en sus brazos.

El barón se apeó el último.

— ¡ Y bien ! dijo. ¿ Esos tunantes quieren hacernos pasar aquí la noche ?

En este momento se oyó resonar la voz de La Brie y Nicole, y se abrió una puerta.

Los tres viajeros se sumieron en un sombrío patío cuya puerta se cerró tras ellos.

El carruaje y los lacayos marcharon á las caballerizas del rey.

La casa en que acababan de desaparecer los tres viajeros, no tenía nada de notable, pero el coche iluminó, al pasar, la casa contigua, y Gilberto pudo leer :

Hôtel d'Armenonville.

Sólo le faltaba que reconocer la calle.

Corrió al extremo de ella más inmediato, si bien era el mismo por donde se había ido el coche, y encontró allí la fuente en que él tenía costumbre de beber.

Dió diez pasos por una calle que volvía paralela á la que acababa de dejar, y reconoció la panadería en que compraba su pan.

Dudando aun, volvió hasta el ángulo de la calle, y á la lejana luz de un reverbero pudo leer en el fondo de una piedra blanca las dos palabras que tres dias antes había leído al volver de herborizar con Rousseau en los bosques de Meudón.

— ¡ Calle Platriere !

Así Andrea estaba á cien pasos de él, menos lejos que estaba en Taverny de su zaquizami cerca de la reja del castillo.

Entonces corrió á la puerta de su casa esperando que el dichoso cabo de bramante que levantaba el pie-aporte interior, no estaría aun recogido.

Gilberto estaba en su dia de fortuna. Pasó por el agujero algunos hilos, con el auxilio de estos atrajo á sí al todo, y la puerta cedió.

El joven halló la escalera á tientas, subió uno á uno los escalones sin hacer ruido, y acabó por tocar con la yema de los dedos el candado de su desván, en el que Rousseau había dejado la llave por complacencia.

Al cabo de seis minutos, el cansancio había subyugado la preocupación, y Gilberto se dormía en la impaciencia del día siguiente.

— ¿Hay árboles allí? había preguntado Andrea á Felipe.

¿Por qué no habría elegido el pabellón inhabitado del jardín? se decía Gilberto.

Esta reflexión le condujo naturalmente á ocuparse de aquel pabellón.

Por una extraña coincidencia con su pensamiento, un rumor y un movimiento desusados llamaban además su mirada hacia aquel lado. Una de las ventanas de aquel pabellón, ventana que parecía condenada hacia largo tiempo, se conmovió bajo una mano torpe ó inhábil, cedió la madera por encima, pero, pegada sin duda por la humedad al marco, resistía á abrirse.

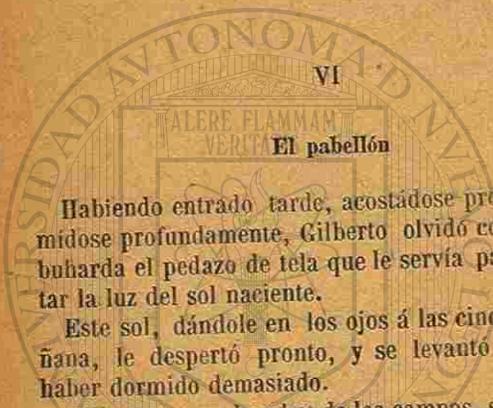
En fin, una sacudida más violenta hizo rechinar la madera, y las dos hojas, abiertas bruscamente, dejaron ver una joven encendida aun por los esfuerzos que acababa de hacer, y sacudiendo sus manos empolvadas.

Gilberto lanzó un grito de asombro y se retiró hacia atrás, pues aquella joven, abotagada aun por el sueño y que se estiraba al aire libre, era Nicole.

No podía haber la menor duda. La víspera había anunciado Felipe á su padre y á su hermana que La Brie y Nicole estaban preparando su habitación; por consiguiente aquel pabellón era el preparado. Aquella casa de la calle de Coq-Herón en que se habían metido los viajeros, tenía, pues, sus jardines que daban detrás de la calle Pátriére.

El movimiento de Gilberto había sido tan marcado que, si Nicole, aunque bastante distante, no hubiese estado tan absorta en esa contemplación ociosa que es una felicidad en el momento de despertar, habría visto á nuestro filósofo en el instante en que se retiraba de su buharda.

Pero Gilberto se había retirado con tanta más rapidez, porque le hubiera gustado muy poco el ser descu-



VI

El pabellón

Habiendo entrado tarde, acostándose pronto, y durmiéndose profundamente, Gilberto olvidó colocar en su buharda el pedazo de tela que le servía para interceptar la luz del sol naciente.

Este sol, dándole en los ojos á las cinco de la mañana, le despertó pronto, y se levantó inquieto de haber dormido demasiado.

Gilberto, como hombre de los campos, sabía conocer perfectamente la hora por la situación del sol y el calor más ó menos ardiente de sus rayos, y corrió á consultar su reloj.

La palidez de la luz, que iluminaba apenas la copa de los árboles, le tranquilizó; pues en vez de haberse levantado demasiado tarde se había levantado demasiado temprano.

Gilberto hizo su toaleta á la buharda pensando en los acontecimientos de la víspera, y exponía con delicia su ardiente y aturdida frente á la fresca brisa de la mañana; luego se acordó de que Andrea habitaba en una calle inmediata cerca del hotel de Armenonville, y trató de adivinar en cuál de todas aquellas casas vivía.

La vista de las sombras que dominaba le recordó una de las palabras de la joven que la había oído la víspera.

bierto por Nicole á la buharda de un tejado; tal vez si se hallase en un primer piso, y por su ventana abierta se hubiesen podido percibir detrás de él ricas colgaduras y muebles suntuosos, habría temido menos Gilberto el que le viesen; pero el desván del quinto piso le clasificaba aun demasiado abajo en las inferioridades sociales para que no procurase ocultarse cuidadosamente. Además siempre hay una grande ventaja en ver sin ser visto.

Por otra parte, si Andrea sabía que él estaba allí, ¿no era bastante para que Andrea mudase de casa ó para que no se pasease por el jardín?

— ¡Ay! el orgullo de Gilberto le engrandecía aun á sus propios ojos. ¿Qué importaba Gilberto á Andrea, y porqué había de mover ésta un pie para aproximarse ó alejarse de Gilberto? ¿No era de esa raza de mujeres que salen del baño delante de un lacayo ó un paisano, porque un lacayo ó un paisano no son hombres?

Pero Nicole no era de esa raza, y era preciso evitar á Nicole.

He ahí porqué se había retirado Gilberto tan bruscamente.

Pero no podía haberse retirado para permanecer distante de la ventana; por consiguiente se fué acercando lentamente, y se aventuró á mirar por el ángulo de la buharda.

Acababa de abrirse otra ventana situada en el piso bajo, exactamente debajo de la primera, y se arrimó á ella una forma blanca: era Andrea que acababa de levantarse; Andrea con un peñador de mañana, y ocupada en buscar la pantufla que acababa de escaparse de su menudo pie adormecido aún, y que había ido á parar debajo de una silla.

Por más que Gilberto se había jurado, cada vez que veía á Andrea, el hacerse un parapeto de su odio, en

lugar de dejarse arrastrar de su amor, el mismo efecto se había reproducido por la misma causa; tuvo que apoyarse contra la pared, su corazón palpitaba como si quisiera salirse del pecho, y sus latidos hacían hervir su sangre en todo su cuerpo.

Sin embargo, poco á poco se fueron calmando las arterias del joven, y pudo éste reflexionar. Como hemos dicho, se trataba de ver sin ser visto. Cogió uno de los vestidos de Teresa, lo prendió con un alfiler á una cuerda que atravesaba todo lo largo de la ventana, y tras de aquella cortina improvisada pudo ver á Andrea sin ser visto de ella.

Andrea imitó á Nicole; estiró sus bellos brazos blancos, que, por su tensión, separaron por un instante el peñador; luego se inclinó sobre el antepecho de su ventana para interrogar más á sus anchuras los jardines inmediatos.

Entonces, su vista expresó una satisfacción notable; ella, que tan rara vez sonreía, sonrió sin doblez á las cosas. De todos lados se veía cubierta de sombra por grandes árboles; de todas partes se veía rodeado de verdura.

La casa de Gilberto atrajo las miradas á Andrea, como todas las otras casas que rodeaban el jardín. Desde el sitio en que estaba Andrea, sólo se podían ver las bohardillas, así como sólo desde éstas se podía ver dentro de la habitación de Andrea. Así, no fijó su atención, porque ¿qué podía importar á la orgullosa joven la raza que habitaba en aquella bohardilla?

Andrea, después de su examen, quedó, pues, convencida de que era invisible, y que en los límites de aquel tranquilo retiro no aparecía ningún rostro curioso y jovial de los parisienses burlones tan temidos de las mujeres de provincia.

Ese resultado fué inmediato. Andrea, dejando abierta

de par en par su ventana para que el aire matinar pudiese bañar hasta los últimos rincones de su cuarto, se dirigió á su chimenea, tiró del cordón de una campanilla, y comenzó á vestirse, ó más bien á desvestirse en la penumbra del cuarto.

Llegó Nicole, desató las correas de un estuche de zapa que databa del tiempo de la reina Ana, tomó el peine de concha y desenredó los cabellos de Andrea.

En un momento, las largas trenzas y los bucles espesos se esparcieron como una capa sobre las espaldas de la joven.

Gilberto dió un suspiro ahogado. Apenas si reconocía aquellos hermosos cabellos de Andrea que la moda y la etiqueta acababan de cubrir de polvos; pero reconocía á Andrea, Andrea medio desahada, cien veces más bella con su negligencia que lo hubiera estado con los más pomposos dijos. Su crispada boca no tenía ya saliva, sus dedos ardían de calentura, su vista se apagaba á fuerza de lijeza.

La casualidad hizo que, mientras la peinaban, levántase Andrea la cabeza y se fijase su vista en la bohardilla de Gilberto.

— Sí, sí; mira, mira, murmuró Gilberto; por más que mires, no verás nada, mientras yo lo veré todo.

Gilberto se engañaba; Andrea veía alguna cosa, el vestido flotante, arrollado al rededor de la cabeza del joven, y que le servía de turbante.

Andrea mostró con el dedo á Nicole aquel extraño objeto.

Nicole interrumpió la complicada faena que había emprendido, y señalando la buharda con el peine, pareció preguntar á su ama si era aquel el objeto que le mostraba.

Esta telegrafía, que Gilberto devoraba y de la que

gozaba perdidamente, tenía un tercer espectador, sin que él lo presumiese.

Gilberto sintió de repente una mano brusca separar su frente del vestido de Teresa y cayó anonadado al ver á Rousseau.

— ¿Que diablo hacéis aquí, señor? exclamó el filósofo frunciendo el ceño y haciendo un gesto desagradable, y un examen escrutador del vestido de su mujer.

Gilberto se esforzó por apartar de la ventana la atención de Rousseau.

— Nada, señor, dijo; absolutamente nada.

— ¡Nada! ¡entonces por qué os ocultabais debajo de este vestido?

— Me ofendía el sol.

— ¿Estamos al poniente, y el sol os ofende al tiempo de salir? Tenéis muy delicados los ojos.

Gilberto balbuceó algunas palabras, y conociendo que cuanto más hablaba, más se condenaba á sí mismo, ocultó su cabeza entre sus manos.

— Mentís y tenéis miedo, dijo Rousseau, luego hacíais mal.

Y después de esta terrible lógica, que acabó de trastornar á Gilberto, vino Rousseau á cuadrarse delante de la ventana.

Por un sentimiento demasiado natural para que haya necesidad de ser explicado, Gilberto, que momentos antes temía ser visto en aquella ventana, se lanzó á ella al aproximarse Rousseau.

— ¡Ah! ¡ah! dijo éste con un tono que heló la sangre en las venas de Gilberto; el pabellón está ya habitado.

Gilberto no desplegó sus labios.

— Y por gentes, continuó el filósofo sin deponer el

ceño. por gentes que conocen mi casa, porque se la enseñan unas á otras.

Gilberto, que comprendió que había avanzado demasiado, hizo un movimiento hacia atrás.

Y el movimiento ni la causa que lo había producido escaparon á Rousseau quien comprendió perfectamente que Gilberto temía ser visto.

— No, no, dijo cogiendo al joven por el brazo; no huyáis, amigo mio; allá abajo traman alguna cosa, pues señalan vuestra bohardilla; colocaos aquí, si os place.

Y le llevó delante de la ventana, descubierto, tremulo. anonadado de vergüenza y de temor.

— Oh! no, señor, no, por piedad! exclamó Gilberto haciendo los mayores esfuerzos para escaparse.

Pero para escaparse, lo que era fácil á un joven fuerte y ágil como Gilberto, era preciso que trabase una lucha, y una lucha con Rousseau, una lucha con su Dios; el respeto le contenía.

— ¿Conocéis á esas mujeres, dijo Rousseau, y ellas os conocen?

— No, no, no, señor.

— Pues si no las conocéis, ni ellas os conocen, ¿por qué no queréis asomaros?

— Señor Rousseau, algunas veces habéis tenido secretos en vuestra vida, ¿no es verdad? Pues bien, respetad un secreto.

— ¡Ah traidor! exclamó Rousseau; sí, conozco los secretos de esta especie; tú eres una criatura de los Grimm, de los Holbach: te han hecho aprender un papel para captar mi benevolencia: te has introducido en mi casa y me vendes. ¡Oh tonto de mí! ¡oh! estúpido amante de la naturaleza. Creo socorrer á uno de mis semejantes, y traigo á mi casa un espía.

— ¡Un espía! exclamó Gilberto casi indignado.

— Veamos; ¿cuándo piensas venderme, Judas? dijo Rousseau cubriéndose con el vestido de Teresa, que había guardado maquinalmente en su mano y creyendo hallarse sublime de dolor, cuando desgraciadamente sólo estaba ridículo y risible.

— Señor, me calumniáis, dijo Gilberto.

— ¿Te calumnio, ¡eh! víbora, exclamó Rousseau, cuando te sorprendo ocupado en entenderte por señas con mis enemigos, y acaso en decirles el asunto de mi última obra?

— Señor, si hubiese venido á vuestra casa para revelar el secreto de vuestro trabajo, mejor hubiera hecho en copiar vuestros manuscritos que están sobre vuestro bufete, que en contar por señas el asunto que tratan.

Verdad era, y Rousseau conoció tan claramente que había dicho una de esas atrocidades que se le escapaban en sus monomanías, que se incomodó sobremanera y añadió:

— Caballero, dispensadme lo que voy á decir: la experiencia me ha hecho severo; mi vida ha pasado entre continuas decepciones; todos me han engañado, todos han renegado de mí, todos me han vendido y martirizado. Yo soy, ya lo sabéis, uno de esos ilustres desgraciados que los gobiernos pregonan como malhechores. En semejante situación, licito me será ser desconfiado y receloso. Así que tengo sospechas de vos, y es menester que os marchéis de mi casa.

Gilberto no esperaba esta peroración.

— ¡Él, Gilberto, ser echado de la casa de Rousseau!

Cerró sus puños crispados, y una mirada centellante hizo estremecer á Rousseau.

Pero el rayo que sus ojos fulminaron pasó pronto, y se extinguió sin ruido.

Gilberto había reflexionado que al partir iba á perder la felicidad tan dulce de ver á Andrea á cada instante del día, y todo esto perdiendo la amistad de Rousseau: esto era á la vez una desgracia y una afrenta.

Cayó desde lo alto de su orgullo salvaje, y juntando las dos manos, dijo:

— Señor, escuchadme una palabra, una sola.....

— Soy implacable, exclamó Rousseau; los hombres me han hecho con sus injusticias más feroz que un tigre. Estáis en correspondencia con mis enemigos: id á reunirlos con ellos, no os lo impido; ligaos con ellos, no me opongo; pero salid de mi casa.

— Señor, esas dos jóvenes no son enemigas vuestras; son la señorita Andrea y Nicole.

— ¿Quién es esa señorita Andrea? preguntó Rousseau, á quien no era del todo desconocido aquel nombre pronunciado ya dos ó tres veces por Gilberto; ¿quién es esa señorita Andrea? decid.

— La señorita Andrea, señor, es la hija del barón de Taverney; es, ¡oh! perdonadme que os diga tales cosas, pero me obligáis á ello, es la que amo más que habéis amado á la señorita de Galley, á madama de Warens, ni á otra persona alguna; es la que he seguido á pie, sin dinero, sin pan, hasta que caí en el camino abrumado de fatiga y de dolor; esa es la que ayer he ido á ver á San Dionisio, tras la que he corrido hasta la Muette, que volví á acompañar sin que me viese desde la Muette hasta la calle vecina á la vuestra, la que casualmente he visto esta mañana en ese pabellón; y en fin, la misma por quien yo quisiera ser un Turenna, un Richelieu ó un Rousseau.

Rousseau conocía el corazón humano, y sabía el diapasón de sus gritos: sabía que el mejor cómico no podía tener ese acento lastimero con que hablaba Gil-

berto, ni ese gesto febril con que acompañaba sus palabras.

— Según eso, dijo, ¿esa dama es la señorita Andrea?

— Sí, señor.

— ¿Conque la conocéis?

— Soy el hijo de su nodriza.

— Entonces mentais ahora mismo cuando deciais que no la conociais, y si no sois un traidor, sois un embustero.

— Señor, dijo Gilberto, me despedzáis el corazón, y en verdad que me hariais menos mal matándome en este sitio.

— ¡Bah! fraseología, estilo de Diderot y de Marmontel; sois un embustero.

— Pues bien; sí, sí, dijo Gilberto; soy un embustero, señor, y tanto peor para vos si no comprendéis semejante mentira. ¡Un embustero!..... ¡un embustero!..... ¡Ah! parto..... ¡Adiós! Parto desesperado, pero mi desesperación quedará sobre vuestra conciencia.

Rousseau se acariciaba la barba mirando á aquel joven, que tan admirables analogías tenía con él mismo.

— He ahí un gran corazón ó un gran pícaro, dijo; pero al cabo, si conspiran contra mí, ¿por qué no he tener en mis manos los hilos de la conspiración?

Gilberto había dado cuatro pasos hacia la puerta, y puesta la mano sobre el picaporte, sólo esperaba la última palabra que lo despidiera definitivamente ó le llamase.

— Basta ya de este asunto, amigo mío, dijo Rousseau. Si estáis enamorado hasta el punto que decís, ¡ay! tanto peor para vos. Pero ya se hace tarde; habéis perdido el día de ayer; tenemos que copiar hoy treinta páginas entre los dos. ¡Alerta, Gilberto, alerta!

Gilberto cogió la mano del filósofo, y la apoyó en sus labios; seguramente no hubiera hecho tanto con la mano de un rey.

Pero antes de salir, y mientras Gilberto permanecía junto á la puerta, volvió á aproximarse Rousseau á la ventana y miró á las dos jóvenes.

En aquel momento acababa Andrea precisamente de dejar caer su bata, y tomaba un vestido de manos de Nicole.

Al ver Andrea aquella cabeza pálida, aquel cuerpo inmóvil, hizo un movimiento brusco hacia atrás, y mandó á Nicole que cerrara la ventana.

Nicole obedeció.

— Vamos, dijo Rousseau, mi cabeza de viejo le ha causado miedo; la de este joven no le asustaba tanto. ¡ Oh, hermosa juventud ! añadió suspirando.

O qui-entu primavera del eta !
O primavera quiventu del anno

Y volviendo á colgar del clavo el vestido de Teresa, bajó melancólicamente la escalera detrás de Gilberto, por cuya juventud hubiera tal vez trocado en aquel momento aquella reputación que equilibraba la de Voltaire y partía con ella la admiración del mundo entero.

VII

La casa de la calle de San Claudio

La calle de San Claudio, en la que el conde de Fénix había dado cita al cardenal de Rohán, no se diferenciaba tanto en aquella época de la que hoy existe, que no podamos hallar los vestigios de las localidades que vamos á bosquejar.

Desembocaba, como hoy, en la calle de San Luis y en el baluarte, pasando por esta misma calle de San Luis entre el convento del Sacramento y el palacio de Voysins, mientras que hoy separa en su extremo una iglesia y un almacén de drogas. Uníase como hoy al baluarte por una pendiente muy rápida. Tenía quince casas y siete faroles. Había en ella dos callejones sin salida. El uno á la izquierda, donde se veía el palacio de Voysins, y el otro á la derecha, al que caía el gran jardín del convento del Sacramento.

Á este último callejón daban sombra por la derecha los árboles del convento, y por la izquierda lo cerraba la gran pared pardusca de una casa que se elevaba en la calle de San Claudio.

Esta pared, semejante al rostro de un ciclope, no tenía más que un ojo, ó si se quiere, una ventana enrejada de espesas barras de hierro, y cubierta con una red de alambre, que presentaba un aspecto abominablemente negro.

Perpendicularmente debajo de esta ventana, que

jamás se abría, pues así lo indicaban las muchas telarañas que la entapizaban por fuera, perpendicularmente debajo de esta ventana, decimos, había una puerta guarnecida de grandes clavos, la cual indicaba, no que se entraba, si no que se podía entrar por este lado en la casa.

No había que buscar habitaciones en este callejón; sólo había dos habitantes: un zapatero de viejo dentro de un cajón de madera, y una calcetera en un tonel, ambos abrigándose bajo las acacias del convento, que desde las nueve de la mañana esparcían una gran frescura sobre el empolvado suelo.

Al anochecer se retiraba la calcetera á su domicilio, y el zapatero echaba el candado á su palacio, y nada vigilaba ya la calleja sino el ojo sombrío y tético de aquella ventana de que hemos hablado.

Además de la puerta que hemos dicho, la casa que tratamos de describir lo más exactamente posible, tenía otra entrada principal por la calle de San Claudio. Esta entrada, que era una puerta cochera con esculturas de un relieve que recordaba la arquitectura del tiempo de Luis XIII, estaba adornada con ese aldabón de cabeza de grifo que el conde de Fénix había indicado como señas positivas al cardenal de Rohán.

En cuanto á las ventanas, tenían vista sobre el baluarte, y desde por la mañana estaban abiertas para recibir los primeros rayos del sol.

Los habitantes de París en aquella época, y sobre todo en aquel barrio, no estaban muy seguros; así es que nadie se extrañaba de ver las ventanas enrejadas y las tapias erizadas de alcachofas de hierro.

Decimos esto, porque el primer piso de nuestra casa se asemejaba mucho á una fortaleza. Contra los enemigos, contra los ladrones y contra los amantes ofrecía

balcones de hierro con mil puntas aceradas; un foso profundo ceñía el edificio por el lado del baluarte, y para asaltar este fuerte por la calle, se hubieran necesitado escatas de treinta pies, pues la tapia tenía treinta y dos.

Esta casa, por delante de la cual nadie pasaría hoy sin detenerse inquieto y curioso, no tenía, sin embargo, en 1770, un aspecto muy extraño. Todo lo contrario, estaba en armonía con el barrio, y si los buenos habitantes de la calle de San Luis y los no menos buenos de la calle de San Claudio huían de esta casa y de sus alrededores, no era á causa de la misma casa, que conservaba todavía intacta su reputación, sino á causa del baluarte desierto de la calle de San Luis, bastante mal reputado, y del puente de Chou, cuyos dos arcos sobre un negro albañal parecían á todo parisiense, algo enterado de las tradiciones, las insuperables columnas de Gades.

En efecto, el baluarte por este lado sólo conducía á la Bastilla. En el espacio de un cuarto de legua no se veían diez casas, y como la municipalidad no hubiese juzgado á propósito alumbrar aquel vacío, aquella nada, al dar las ocho de la noche en el estío y las cuatro de la tarde en el invierno aquello era solamente el caos, sin contar los ladrones.

Sin embargo, por este baluarte fué por donde entró rápidamente un coche hacia las nueve de la noche, tres cuartos de hora después de la visita de San Dionisio.

Las armas del conde de Fénix decoraban las portezuelas de este coche.

En cuanto al conde, precedía al coche unos veinte pasos montado sobre Djerid, que hacía silbar su larga cola, aspirando el calor y el polvo del pavimento.

Dentro del coche, que llevaba echadas las persia-

nas, descansaba Loranza sobre mullidos cojines.

Abrióse la puerta como por encanto al ruido de las ruedas, y el coche, después de haberse sepultado en las negras profundidades de la calle de San Claudio, desapareció en el zaguán de la casa que acabamos de describir.

La puerta se cerró apenas entró el coche.

No había por cierto necesidad de tan gran misterio, que nadie había allí que pudiera ver entrar al conde de Fénix ó incomodarle en lo más mínimo, aunque hubiese traído de San Dionisio todo el tesoro abacial en los cofres de su coche.

Digamos ahora algunas palabras sobre el interior de esta casa, que nos importa dar á conocer á nuestros lectores, siendo nuestra intención introducirlos más de una vez en ella.

En este patio de que hablamos, se veían á la derecha las caballerizas, y á la izquierda las cocheras, y en el fondo un pórtico que conducía á una puerta por donde se subía indiferentemente por uno ú otro lado, por una escalera de doce gradas.

La parte baja de la casa, á lo menos la que era accesible, se componía de una inmensa antesala, de un comedor notable por el lujo de sus aparadores llenos de objetos de plata, y en fin, de un salón que parecía recién amueblado, y acaso expresamente para recibir á sus nuevos inquilinos.

Al salir de este salón, y al entrar en la antesala, se encontraba uno enfrente de una gran escalera que conducía al piso principal. Este piso se componía de tres piezas. Pero un geómetra hábil, midiendo con la vista la circunferencia del edificio y calculando su diámetro, no hubiera podido menos de admirarse de ver tan poca vivienda en semejante extensión. Su extrañeza, sin embargo, cesaría si supiera que en aquella

primera casa aparente existía otra oculta y conocida solamente del que la habitaba.

En efecto, en la antesala, y al lado de una estatua del dios Arpócrates, que con el dedo en la boca parecía recomendar el silencio de que es emblema, se abría, puesta en movimiento por un resorte, una puertecita perdida entre los adornos de arquitectura. Esta puerta daba entrada á una escalera, y esta escalera conducía á un pequeño aposento que recibía la luz por dos ventanas que caían á un patio interior.

Este patio interior era la caja que encerraba y ocultaba á todos los ojos la segunda casa.

El aposento á que conducía aquella escalera era evidentemente una alcoba de hombre. La colgadura de la cama y las alfombras colocadas delante de los sillones y los canapés eran de las pieles más magníficas que producen el África y la India; pieles de leones, tigres y panteras, de ojos brillantes y dientes todavía amenazadores. Las paredes cubiertas de cordobán, de primorosos dibujos, estaban decoradas de armas de toda especie, desde el tomahawk del Hurón hasta el erik del Malayo; desde la espada de cruz de los antiguos caballeros hasta el canglar del árabe; desde el arcabuz incrustado de marfil del siglo xvi hasta el fusil embutido de oro del siglo xviii.

Inútilmente se hubiera buscado en este aposento otra salida además de la de la escalera; acaso tendría una ó muchas desconocidas é invisibles.

Un criado alemán de 25 á 30 años, el único que se habría visto andar de muchos días á aquella parte por aquel inmenso palacio, echó el cerrojo á la puerta cochera, y abriendo la portezuela del coche mientras el cocheró impasible desenganchaba los caballos, sacó á Lorenza dormida y la llevó en sus brazos hasta la antesala, donde la dejó sobre una alfombra encarnada,

y bajó hasta sus pies con discreción el largo velo blanco que envolvía á la joven.

En seguida salió á encender á los faroles del coche un candelero de siete brazos, que llevó todo encendido.

Pero durante este intervalo, aunque corto, había desaparecido Lorenza.

En efecto, tras el ayuda de cámara había entrado el conde de Fénix; tomó á Lorenza en sus brazos, y la llevó por la puerta y escalera secreta á la sala de armas, después de haber cerrado cuidadosamente las dos puertas.

En seguida apretó con la punta del pie un resorte colocado en el ángulo de la chimenea de alta campana. Al punto giró sobre dos goznes silenciosos una puerta, que no era otra que la plancha de esta misma chimenea; y pasando el conde por debajo de las jambas, desapareció, cerrando con el pie, como la había abierto, aquella puerta misteriosa.

Al otro lado de la chimenea había hallado otra escalera, y después de haber subido quince escalones tapiados de terciopelo de Utrecht, llegó al umbral de un aposento elegantemente forrado de raso bordado de flores de colores tan vivos y formas tan bien dibujadas, que era fácil equivocarse con las flores naturales.

Dos grandes armarios de concha incrustados de cobre, con un clave y un tocador de palo de rosa, una hermosa cama matizada de varios colores, y jarrones de Sevres, componían la parte indispensable del ajuar; sillas, sillones y sofás dispuestos con simetría en el espacio de treinta pies cuadrados, adornaban el resto de la habitación, que sólo se componía de un gabinete de tocador y de un retrete contiguo á la alcoba.

Dos ventanas cubiertas con espesas cortinas daban luz á este aposento; pero como era de noche á la sazón, las cortinas no tenían nada que ocultar.

El gabinete de tocador y el retrete no tenían abertura alguna. Lámparas que consumían un aceite perfumado, los alumbraban día y noche, y manos invisibles cuidaban de limpiarlas y renovar el óleo, subiéndolas y sacándolas por el mismo techo.

En esta estancia no había el menor ruido, ni un soplo; se hubiera dicho que estaba á cien leguas del mundo. El oro solamente brillaba allí por todos lados: hermosas pinturas sonreían en las paredes, y largos cristales de Bohemia de facetas cambiantes se iluminaban como ojos ardientes. Cuando el conde dejó á Lorenza sobre un sofá, mal satisfecho de la trémula luz del retrete, hizo brotar fuego de aquel estuche de plata que tanto había preocupado á Gilberto, y encendió sobre la chimenea dos candelabros cargados de bujías color de rosa.

En seguida se volvió á donde estaba Lorenza, y arrojándose en un montón de cojines delante de ella, dijo:

— ¡ Lorenza !

A esta voz la joven se incorporó y apoyó sobre un codo, aunque sus ojos y labios permanecieron cerrados.

— Lorenza, repitió el conde, ¿ dormís con vuestro sueño ordinario, ó con el sueño magnético ?

— Duermo con el sueño magnético, respondió Lorenza.

— ¿ Entonces si os pregunto podréis contestar ?

— Creo que sí.

— Bien.

Hubo un momento de silencio; después continuó el conde:

— Mirad hacia la habitación de madama Luisa que acabamos de dejar hace tres cuartos de hora.

— Miro hacia ella, respondió Lorenza.

— ¿ Y veis ?

- Sí
- ¿Está allí todavía el cardenal de Rohán?
- No le veo.
- ¿Qué hace la princesa?
- Está rezando para acostarse.
- Mirad á los claustros y patios del convento; ¿veis á S. Em.?
- No le veo.
- Mirad si está á la puerta todavía su coche.
- Ya no está.
- Mirad el camino por donde hemos venido.
- Lo miro.
- ¿Veis en él algunos coches?
- ¡Oh! sí; muchos.
- ¿Viene en alguno de ellos el cardenal?
- No.
- Acercaos á París.
- Ya me acerco.
- Más.
- Así lo hago.
- Más todavía.
- ¡Ah! ya le veo.
- ¿Dónde está?
- En la barrera.
- ¿Se ha parado?
- Se para en este momento. Un lacayo se apea de la trasera del coche.
- ¿Le habla?
- Va á hablarle.
- Escuchad, Lorenza; me interesa saber lo que el cardenal dice á ese hombre.
- No me habéis mandado escuchar á tiempo; pero aguardad, aguardad; el lacayo habla al cochero.
- ¿Qué le dice?

— Calle de San Claudio, en el Pantano, por el baluarte.

— Bien, Lorenza: gracias.

El conde escribió algunas palabras en un papel, enrolló el papel al rededor de una planchita de cobre destinada sin duda á darle peso, tiró del cordón de una campanilla, empujó un botón, debajo del cual se abrió una boca, dejó deslizar el billete en la abertura que se cerró después de haberlo tragado.

De esta manera sostenía el conde su correspondencia con Fritz cuando estaba encerrado en las habitaciones interiores.

Y volviéndose después á Lorenza, añadió:

— ¡Gracias!

— ¿Estás contento de mí? preguntó la joven.

— Sí, querida Lorenza.

— ¿Y mi recompensa?.....

Bálsamo se sonrió y aproximó sus labios á los de Lorenza, cuyo cuerpo se estremeció todo al voluptuoso contacto.

— ¡Oh! ¡José! ¡José! murmuró con un suspiro casi doloroso. ¡José! ¡cuánto te amo!

Y la joven extendió sus brazos para estrechar á Bálsamo contra su corazón.

I.a doble existencia. — El sueño

Bálsamo retrocedió vivamente; los dos brazos de Lorenza no cogieron más que el aire, y volvieron á caer cruzados sobre su pecho.

— Lorenza, dijo Bálsamo, ¿quieres hablar con tu amigo?

— ¡Oh! sí, dijo ella; pero háblame tú mismo frecuentemente: ¡me gusta tanto tu voz!

— Lorenza, me has dicho muchas veces que serías muy feliz si pudieras vivir conmigo, separada de todo el mundo.

— ¡Oh! sería mi suprema felicidad.

— Pues bien, he realizado tus deseos, Lorenza. En esta estancia nadie puede perseguirnos, nadie puede incomodarnos; estamos solos, enteramente solos.

— ¡Ah! tanto mejor.

— Dime si te gusta esta habitación.

— Mándame que vea.

— Ve.

— ¡Oh! ¡qué hermosa es! exclamó.

— ¿Conque te agrada? preguntó el conde con dulzura.

— ¡Oh! sí; veo mis flores favoritas, mis heliotropos de vainilla, mis rosas purpurinas, mis jazmines de la China. Gracias, mi tierno José: ¡qué bueno eres!

— Hagó lo que puedo por agradarte, Lorenza.

— ¡Oh! haces cien veces más de lo que merezco.

— ¿Lo confiesas?

— Sí.

— ¿Confiesas que has sido ingrata conmigo?

— ¡Muy ingrata! ¡oh! sí; pero tú me perdonas, ¿no es verdad?

— Te perdonaré cuando me hayas explicado ese extraño misterio contra el cual luché desde que te conozco.

— Escucha, Bálsamo. Hay en mí dos Lorenzas muy distintas: una que te ama y otra que te aborrece, como hay en mí dos existencias opuestas: la una, durante la cual absorbo todas las alegrías del paraíso, y la otra, durante la cual experimento todos los tormentos del infierno.

— Y una de esas dos existencias es el sueño, y la otra la vigilia, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Y me amas cuando duermes y me detestas cuando velas?

— Sí.

— ¿Por qué?

— No lo sé.

— Debes saberlo.

— No.

— Recuerda bien, sondea tu propio corazón.

— ¡Ah sí!... ahora comprendo.

— Habla.

— Cuando vela Lorenza, es la romana, es la hija supersticiosa de Italia: cree que la ciencia es un crimen y el amor un pecado. Entonces tiene miedo al sabio Bálsamo, tiene miedo al hermoso José. Su confesor le ha dicho que amándote perdería su alma, y ella huirá de ti siempre, sin cesar, hasta el cabo del mundo.

— ¿Y cuando duerme Lorenza ?

— ¡ Oh ! entonces es otra cosa : no es ya romana, no es va supersticiosa ; es mujer. Entonces ve en el corazón y en el espíritu de Bálamo ; ve que este corazón la ama : ve que este genio sueña cosas sublimes. Entonces comprende cuán poca cosa es comparada con él, y quisiera vivir y morir á su lado á fin de que el porvenir pronunciase en voz baja el nombre de Loranza al mismo tiempo que pronunciará en voz alta el nombre de... Cagliostro.

— ¿ Luego bajo este nombre llegaré á ser célebre ?

— Sí, sí, bajo este nombre.

— ¡ Querida Lorenza ! ¿ Conque amarás esta nueva casa ?

— Es mucho más rica que todas las que me has dado ya : pero no es por eso por lo que la amo.

— ¿ Por qué la amas tú ?

— Porque prometes habitarla conmigo.

— ¡ Ah ! ¿ cuando duermes sabes que te amo ardentemente y con pasión ?

La joven cogió sus dos rodillas abrazándolas fuertemente, mientras una pálida sonrisa asomaba á sus labios.

— Sí, lo veo, dijo ella. Sí, lo veo, y sin embargo, añadió exhalando un suspiro, hay una cosa que amas más que á Lorenza.

— ¿ Qué cosa ? preguntó Bálamo temblando.

— Tu sueño.

— Di mi obra.

— Tu ambición.

— Di mi gloria.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! Dios mío

El corazón de la joven se oprimió, y lágrimas silenciosas corrieron al través de sus párpados cerrados.

— ¿ Qué ves ? preguntó Bálamo admirado de aquel

lla sorprendente lucidez que á veces le espantaba á él mismo.

— ¡ Oh ! veo tinieblas entre las cuales se deslizan fantasmas : veo muchas testas coronadas, y tú, tú te hallas en medio de todos como un general en medio de una refriega. Me parece que tienes los poderes de Dios ; mandas y te obedecen.

— ¡ Pues bien ! dijo Bálamo con alegría, ¿ esto mismo no te deja envanecida de mí ?

— ¡ Oh ! eres demasiado bueno para no ser grande. Por otra parte, yo me busco en todo ese mundo que te rodea, y no me veo. ¡ Oh ! no estaré ya en él... ya no estaré en él, murmuró tristemente.

— ¿ Y dónde estarás ?

— Estaré muerta.

Bálamo se estremeció.

— ¡ Muerta tú, Lorenza mía ! exclamó ; no no, viviremos juntos y para amarnos.

— Tú no me amas.

— ¡ Oh ! si te amo.

— Pero no mucho, contestó cogiendo con sus dos manos la cabeza de José ; no mucho, añadió apoyando en su frente sus labios enardecidos que multiplicaban sus caricias.

— ¿ Qué falta adviertes en mí ?

— Tu frialdad. ¿ Lo ves ? retrocedes. ¿ Por ventura te abraso con mis labios, puesto que esquivas mis besos ? ¡ Oh ! devuélveme mi tranquilidad, mi convento de Subiaco y las noches de mi celda solitaria. Devuélveme los besos que me enviabas en las alas de las brisas misteriosas, y que en mi sueño veía venir á mí como sílfides con las alas de oro, y que anegaban mi alma en un mar de delicias.

— ¡ Lorenza ! ¡ Lorenza !

— ¡ Oh ! no huyas de mí, Bálamo, no huyas de

mí, yo te lo suplico; dáme tu mano para que la estreche entre las mias; dáme á besar tus ojos; yo soy tu mujer.

— Sí, sí, mi Lorenza querida, sí, eres mi mujer muy amada.

— ¡Y permites que pase así á tu lado, inútil, abandonada! ¡Tienes una flor casta y solitaria cuyo perfume te llama, y rechazas su perfume! ¡Ah! lo conozeo: nada soy para ti.

— Al contrario, lo eres todo, Lorenza mía, puesto que tú eres la que me das la fuerza, el poder, el genio; puesto que sin ti nada podría. Cesa, pues, de amarme con esa fiebre insensata que turba las noches de las mujeres de tu país. Ámame como yo te amo.

— ¡Oh! no es amor, no es amor lo que sientes por mí.

— Es á lo menos todo lo que yo te pido; porque tú me das todo lo que yo deseo; porque esa posesión del alma me basta para ser feliz.

— ¡Feliz! dijo Lorenza con aire desdeñoso; ¿llamas á eso ser feliz?

— Sí, porque para mí ser feliz es ser grande.

Lorenza lanzó un gran suspiro.

— ¡Oh! ¡si supieras, Lorenza mía, lo que vale tener en el corazón de los hombres para dominarlos con sus propias pasiones!

— ¡Sí, te sirvo para eso, ya lo sé!

— No es eso todo. Tus ojos leen para mí en el libro cerrado del porvenir. Lo que no he podido aprender con veinte años de trabajos y miserias, tú, mi dulce paloma, inocente y pura, cuando quieres me lo enseñas. Mis pasos, á los que tantos enemigos arman emboscadas, tú los alumbras; mi espíritu, de que dependen mi vida, mi fortuna y mi libertad, tú lo dilatas como el ojo del lineal que ve durante la noche.

Tus hermosos ojos, al cerrarse á la luz de este mundo, se abren á una claridad sobrehumana y velan por mí. Tú eres la que me haces libre, rico y poderoso.

— ¡Y tú en cambio me haces desgraciada! exclamó Lorenza enajenada de amor.

Y más ávida que nunca, rodeó con sus dos brazos á Bálamo, que impregnado también de la llama eléctrica, sólo oponía ya una débil resistencia.

Hizo no obstante un esfuerzo y desató el lazo vivo que lo envolvía.

— ¡Lorenza! ¡Lorenza! dijo, ¡por piedad!

— ¡Soy tu esposa, exclamó ella, y no tu hija! Ámame como un esposo ama á su esposa, y no como me amaba mi padre.

— Lorenza, dijo Bálamo todo trémulo de deseos, te suplico que no me pidas otro amor que el que puedo darte.

— ¡Pero eso no es amor, eso no es amor! exclamó la joven levantando con desesperación sus dos brazos al cielo.

— ¡Oh! sí, es amor... pero amor santo y puro, como el que se debe tributar á una virgen.

Lorenza hizo un movimiento brusco que desató las largas trenzas de sus cabellos negros. Su brazo, tan blanco y tan nervioso á la vez, se dirigió casi amenazador hacia el conde.

— ¡Oh! ¿qué significa esto? dijo con voz breve y desolada. ¿Por qué me has hecho abandonar mi país, mi nombre, mi familia, todo, hasta mi Dios? Porque tu Dios no se asemeja al mío. ¿Por qué me has acercado á ti? ¿Por qué has tomado sobre mí ese imperio absoluto, que me hace tu esclava, que hace de mi vida tu vida y de mi sangre tu sangre? Dime, ¿por qué has hecho todas estas cosas, si te habías de contentar con llamarme la virgen Lorenza

Bálsamo suspiró á su vez, abrumado bajo el inmenso dolor de aquella mujer desolada.

— ¡Ay! dijo, tú tienes la culpa, ó más bien la tiene Dios, porque ha hecho de ti ese ángel de mirada infalible, con cuyo auxilio someteré el universo; ¿por qué lees en todos los corazones al través de su corteza material, como se lee en una página detrás de un vidrio? Porque eres el ángel de pureza, Lorenza; porque eres el diamante sin mancha; porque nada hace sombra en tu espíritu; porque viendo Dios esta forma inmaculada, pura y radiante como la de su santa Madre, se digna dejar descender á ella, cuando yo le invoco en nombre de los elementos que ha creado, su Santo Espíritu, que de ordinario se eierne sobre los seres vulgares y sórdidos, por no hallar en ellos un sitio sin mancha donde pueda posarse. Virgen tú, Lorenza, eres la inspirada de Dios; mujer, no serás más que materia.

— ¿Y no prefieres mi amor? exclamó Lorenza batiendo una contra otra sus hermosas manos que se enrojecieron, ¿y no prefieres mi amor á todos los sueños que te acosan, y á todas las quimeras que crea tu imaginación? ¿Y me condenas á la castidad de la religiosa, con las tentaciones del ardor inevitable en tu presencia? ¡Ah! José, José, cometes un crimen: yo soy quien te lo digo.

— No blasfemes, Lorenza mía, exclamó Bálsamo, porque sufro como tú. Lee, lee en mi corazón, lo quiero, y di luego que no te amo.

— Pero entonces, ¿por qué te resistes á ti mismo?

— Porque quiero elevarte conmigo sobre el trono del mundo.

— ¡Oh! ¿tu ambición, Bálsamo, murmuró la joven, tu ambición te dará nunca lo que te da mi amor?

Bálsamo, embriagado también de amor, dejó caer su cabeza sobre el pecho de Lorenza.

— ¡Oh! sí, sí, exclamó ésta; sí, veo al fin que me quieres más que á tu ambición, más que al poder y más que á tu esperanza. ¡Oh! al fin me amas como yo te amo.

Bálsamo intentó sacudir la nube embriagadora que comenzaba á ofuscar su razón; pero su esfuerzo fué inútil.

— ¡Oh! puesto que tanto me amas, dijo, perdóname.

Lorenza no escuchaba ya; acababa de hacer de sus dos brazos una de esas cadenas invencibles y más tenaces que las grapas de hierro y más sólidas que el diamante.

— Te amo como quieras, dijo, hermana ó mujer, virgen ó esposa, pero dame un beso, uno solo.

Bálsamo estaba subyugado, vencido y despedazado por tanto amor; sin fuerzas para resistir más, con los ojos encendidos, el pecho jadeante y la cabeza trastornada, se aproximó á Lorenza, tan invenciblemente atraído como lo es el acero por el imán.

¡Sus labios iban á tocar los labios de la joven!

De repente recobró su razón.

Sus manos azotaron el aire cargado de vapores embriagantes.

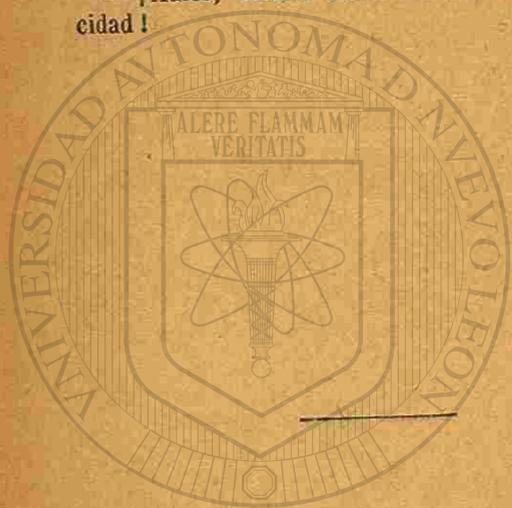
— ¡Lorenza! exclamó, ¡despertad, yo lo mando!

Al punto, aquella cadena que no había podido romper, se aflojó: los brazos que le enlazaban se extendieron: la sonrisa ardiente que entreabría los labios secos de Lorenza, se borró, languideciendo como un resto de vida en el último suspiro; sus ojos cerrados se abrieron, estrecháronse sus pupilas dilatadas; sacudió los brazos con esfuerzo; hizo un gran movimiento

de cansancio, y volvió á caer tendida, pero despierta, sobre el sofá.

Bálsamo, sentado á tres pasos de ella, lanzó un profundo suspiro.

— ¡Adiós, dorado sueño! murmuró, ¡adiós, felicidad!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

IX

La doble existencia. — La vigilia

Así que la vista de Lorenza recobró su poder, echó una rápida mirada en torno suyo.

Después de haber examinado cada cosa sin que ninguna de esas mil pequeñeces que hacen la alegría de las mujeres, pareciese mitigar la gravedad de su fisonomía, la joven fijó la vista en Bálsamo con un doloroso estremecimiento.

Bálsamo estaba sentado y atento á algunos pasos de ella.

— ¡Aun vos! exclamó retrocediendo.

Y en su fisonomía se pintaron todas las señales de espanto; sus labios palidieron, y su frente se bañó de sudor.

Bálsamo no respondió.

— ¿En dónde estoy? preguntó ella.

— Sabéis de dónde venís, señora, respondió Bálsamo, y eso debe conducirnos naturalmente á adivinar en dónde estáis.

— Si, razón tenéis en refrescar mis recuerdos; me acuerdo en efecto. Sé que he sido perseguida por vos, arrancada por vos de los brazos de la real intermediaria que yo había elegido entre Dios y yo.

— Entonces también sabéis que esa princesa, por poderosa que sea, no ha podido defenderos.

— ¡Sí, la habéis vencido por medio de alguna vio-

lencia mágica! exclamó Lorenza juntando las manos. ¡Oh, Dios mío! Dios mío! libradme de este demonio!

— ¿En qué veis en mí un demonio, señora? dijo Bálamo encogiéndose de hombros. Os suplico, por última vez, que dejéis ese bagaje de creencias pueriles traídas de Roma, y todo ese fárrago de supersticiones absurdas que habéis arrastrado en pos de vos desde vuestra salida del convento.

— ¡Oh! ¡mi convento! ¡Quién me devolverá mi convento! exclamó Lorenza prorrumpiendo en llanto.

— En efecto, dijo Bálamo, ¡un convento es una cosa que se debe echar mucho de menos!

Lorenza se lanzó hacia una de las ventanas, descorrió las cortinas, luego levantó la falleba, y su mano extendida se detuvo en uno de los gruesos barrotes cubiertos de una reja de hierro oculta bajo flores que le hacían perder mucho de su significación sin quitarle nada de su eficacia.

— Cárcel por cárcel, dijo, prefiero la que conduce al cielo á la que nos lleva al infierno.

Y apoyó furiosamente sus delicados puños sobre los triángulos.

— Si fuereis más razonable, Lorenza, no hallaríais en esa ventana más que flores sin barras.

— ¿No era razonable cuando me encerrabais en aquella otra cárcel ambulante con ese vampiro que llamáis Althotas? Sí, y sin embargo no me perdíais de vista; sin embargo, cuando me dejabais, soplabais en mí ese espíritu que me posee y á quien no puedo combatir! ¿Dónde está ese espantoso viejo que me hace morir de terror? Ahí en algún rincón, ¿no es verdad? ¡Callemos los dos, y oiremos salir de debajo tierra su voz de fantasma!

— Exaltáis vuestra imaginación como un niño, señora, dijo Bálamo. Althotas, mi preceptor, mi

amigo, mi segundo padre, es un anciano inofensivo que jamás os ha visto ni se os ha acercado, ó que si se os ha acercado ú os ha visto, ni siquiera ha fijado la atención en vos, porque está lanzado en la prosecución de su obra.

— ¡Su obra! murmuró Lorenza; ¿y cuál es su obra? decid.

— Se ocupa en buscar el elixir de vida, lo que todos los espíritus superiores han buscado de seis mil años acá.

— Y vos ¿qué buscáis?

— ¿Yo? la perfección humana.

— ¡Oh! ¡los demonios! ¡los demonios! exclamó Lorenza levantando las manos al cielo.

— Bueno, dijo Bálamo levantándose; os vuelve á acometer vuestro acceso.

— ¿Mi acceso?

— Sí, vuestro acceso. Hay una cosa que ignoráis, Lorenza; y es que vuestra vida está separada en dos períodos iguales; durante el uno sois dulce, buena y razonable, durante el otro estáis loca.

— ¿Y me encerráis bajo el vano pretexto de esa locura?

— ¡Ay! preciso es.

— ¡Oh! sed cruel, bárbaro, sin piedad; encarceladme, matadme, pero no seáis hipócrita, y no apartéis compadeceros de mí torturándome.

— Veamos, dijo Bálamo sin enojarse, y hasta con una sonrisa benévola. ¿Es una tortura el habitar un cuarto elegante y cómodo?

— ¡Rejas, rejas por todas partes! ¡Barrotes, barrotes, sin poder respirar el aire!

— Esas rejas están ahí por el interés de vuestra vida, ¿lo oís, Lorenza?

— ¡ Oh ! exclamó ésta. ¡ Me está matando á fuego lento y me dice que toma interés en mi vida !

Bálsamo se acercó á la joven, y con una expresión amistosa quiso cogerle la mano ; pero ella retrocedió como si sintiese el roce de una serpiente.

— ¡ Oh, no me toquéis ! dijo.

— ¿ Conque me aborrecéis, Lorenza ?

— Preguntad al paciente si ama á su verdugo.

— ¡ Lorenza, Lorenza, porque no quiero llegar á serlo os cerceno algo de vuestra libertad ! Si pudieseis ir y venir á vuestro antojo, ¿ quién puede saber lo que haríais en uno de vuestros instantes de locura ?

— ¡ Lo que yo haría ! ¡ Oh ! ¡ sea yo libre un día y ya veréis !

— ¡ Lorenza, estáis tratando mal al esposo que habéis elegido ante Dios !

— ¿ Yo haberos elegido ? jamás.

— Sin embargo, sois mi mujer

— ¡ Oh ! eso es obra del demonio.

— ¡ Pobre insensata ! dijo Bálsamo mirándola con ternura.

— ¡ Pero yo soy romana ! murmuró Lorenza. ¡ Y un día... un día me vengaré !

Bálsamo meneó suavemente la cabeza.

— ¿ No es verdad que decís eso por asustarme, Lorenza ? preguntó sonriendo.

— No, no ; lo haré como lo digo. ;

— ¡ Mujer cristiana ! ¿ qué estáis diciendo ? exclamó Bálsamo con una autoridad sorprendente. Luego vuestra religión que manda hacer bien al que os hace mal, no es más que hipocresía, puesto que pretendéis seguir esa religión, y devolvéis el mal por el bien.

Estas palabras parecieron hacer mella en Lorenza por un instante.

— ¡ Oh ! dijo. El denunciar á la sociedad sus enemigos no es una venganza, es un deber.

— Si me denunciáis como un nigromante, como un hechicero, no es la sociedad á la que ofendo, sino Dios á quien desafío. ¿ Por qué, pues, si yo desafío á Dios, á Dios que puede anonadarme con una simple señal, no se toma el trabajo de castigarme, y deja este cuidado á los hombres, débiles como yo, y, como yo, sujetos al error ?

— ¡ Dios olvida, tolera ! murmuró la joven. Aguarda que os reforméis.

Bálsamo se sonrió.

— Y mientras tanto, dijo, os aconseja el que vendáis á vuestro amigo, á vuestro bienhechor, á vuestro esposo.

— ¡ Mi esposo ! Á Dios gracias, jamás vuestra mano ha tocado á la mía sin hacerme ruborizar y estremecerme.

— Y bien, sabéis que siempre he tenido la generosidad de tratar de evitaros ese contacto.

— Es verdad, sois casto, y esta es la única recompensa acordada á mis desgracias. ¡ Oh ! ¡ si hubiese tenido que sufrir vuestro amor !

— ¡ Oh, misterio, misterio impenetrable ! murmuró Bálsamo, que parecía seguir su pensamiento más bien que responder á Lorenza.

— Terminemos, dijo Lorenza, ¿ por qué me priváis de mi libertad ?

— ¿ Por qué, después de habéroslo dado voluntariamente, queréis volver á tomarla ? ¿ Por qué huis del que os protege ? ¿ Por qué vais á pedir un apoyo á una extranjera contra el que os ama ? ¿ Por qué amenazáis sin cesar al que nunca os amenaza, con revelar secretos que no son vuestros, y cuya importancia ignoráis ?

— ¡ Oh ! dijo Lorenza sin responder á estas pre-

guntas. El prisionero que quiere firmemente ser libre, lo logra siempre, y vuestras barras de hierro no me detendrán más que vuestra jaula ambulante.

— Felizmente para vos, son sólidas, Lorenza, dijo Bálamo con amenazadora tranquilidad.

— Dios me enviará alguna tempestad como la de la Lorena, algún rayo que las despedace.

— Creedme, y pedid á Dios que no haga semejante cosa. Creed, y desconfiad de esas exaltaciones romancescas. Lorenza, os hablo como amigo, escuchadme.

Había tanta cólera concentrada en la voz de Bálamo, sus ojos despedían tanto fuego sombrío, y su blanca y musciosa mano se crispaba de un modo tan extraño á cada palabra que pronunciaba lenta y solemnemente, que Lorenza, aturdida en lo más fuerte de su rebelión, no pudo menos de escuchar.

— Bien lo veis, hija mía, continuó Bálamo sin que su voz hubiese perdido nada de su amenazadora dulzura; he tratado de hacer esta prisión habitable para una reina; aunque fueseis reina, nada os faltaría aquí. Calmad, pues, esa loca exaltación: vivid aquí como hubierais vivido en vuestro convento. Habituaos á mi presencia: amadme como á un amigo, como á un hermano. Tengo grandes pesares, que os confiaré; espantosas decepciones, y á veces una sonrisa vuestra me consolará. Cuanto más buena, atenta y sufrida os vea, tanto más adelgazaré las rejas de vuestra celda. ¿Quién sabe? acaso dentro de un año ó de medio, seréis tan libre como yo, en sentido de que no queréis ya robarme vuestra libertad.

— ¡No, no! exclamó Lorenza, no pudiendo comprender que una resolución tan terrible se hermanase con una voz tan dulce. ¡No, no más promesas, basta de mentiras! Me habéis arrebatado violentamente; yo me pertenezco á mí y á mí sola; así, si no queréis

volverme á mí, devolvedme á lo menos á Dios. Hasta aquí he tolerado vuestro despotismo, porque recuerdo que me habéis arrancado de manos de los bandidos que iban á deshonorarme; pero ese reconocimiento se va debilitando. Algunos días más de esta prisión que me irrita, y ya no os profesaré ninguna gratitud; y más tarde, más tarde... ¡Tened cuidado! acaso llegaré á creer que teníais relaciones misteriosas con aquellos bandidos.

— ¡Me haríais el honor de creerme un jefe de bandidos? preguntó irónicamente Bálamo.

— No lo sé, pero, cuando menos, he sorprendido ciertas señas y palabras.

— ¡Habéis sorprendido señas y palabras! repitió Bálamo palideciendo.

— Sí, sí; las he sorprendido, las sé, las conozco.

— Pero no las diréis jamás; no las diréis á ningún ser viviente; las guardaréis en lo más recóndito de vuestro pecho para que mueran allí ahogadas.

— ¡Todo lo contrario! exclamó Lorenza, dichosa, como uno lo es en su cólera, de hallar por último el lado vulnerable de su antagonista. Conservaré piadosamente en mi memoria esas palabras; las repetiré en voz baja mientras me vea sola, y en voz bien alta en la primera ocasión: ya las he dicho.

— ¿A quién? preguntó Bálamo.

— A la princesa.

— ¡Y bien, Lorenza! ¡escuchad bien esto! dijo Bálamo sumiendo sus dedos en la carne para apagar su efervescencia y repeler la sangre que á ella se agolpaba. ¡Si las habéis dicho, no las volveréis á decir no las repetiréis jamás, porque tendré las puertas cerradas, aguzaré las puntas de estas barras, y, si preciso es, levantaré las paredes de este patio tan altas como las de la torre de Babel!

— ¡ Os lo he dicho, Bálamo, exclamó Lorenza ; se sale de la prisión, especialmente cuando el amor de la libertad se refuerza con el odio al tirano !

— ¡ Á las mil maravillas ! Salid pues de aquí, Lorenza, pero sabed que no saldréis más que dos veces. A la primera, os castigaré tan cruelmente que derramaréis cuantas lágrimas hay en vuestros ojos ; á la segunda, os golpearé tan implacablemente, que derramaréis cuanta sangre hay en vuestras venas.

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! ¡ me quiere asesinar ! gritó con sorda voz la joven que había llegado al último paroxismo de la cólera, arrancándose los cabellos y revolcándose sobre la alfombra.

Bálamo la consideró un instante con una mezcla de cólera y compasión. Por último triunfó ésta de aquélla.

— Vamos, Lorenza, dijo, volved en vos ; tranquilizaos ; llegará un día en que seréis ampliamente recompensada de lo que hayáis sufrido ó creído sufrir.

— ¡ Encerrada ! ¡ encerrada ! gritó Lorenza sin escuchar á Bálamo.

— Paciencia.

— ¡ Golpeada !

— Es un tiempo de prueba.

— ¡ Loca ! ¡ loca !

— Ya sanaréis.

— ¡ Oh ! ¡ metedme en seguida en una casa de locos ! ¡ Encerradme enteramente en una verdadera cárcel !

— No, pues me habéis prevenido demasiado bien de lo que haríais contra mí.

— ¡ Y bien ! exclamó Lorenza. ¡ La muerte ! ¡ Entonces, la muerte en seguida !

Y levantándose con la flexibilidad y rapidez de un

animal bravío, se lanzó á estrellarse la cabeza contra la pared.

Pero Bálamo no tuvo que hacer más que extender la mano hacia ella y pronunciar en lo íntimo de su voluntad, más bien que con sus labios, una sola palabra para detenerla en el camino : Lorenza, lanzada ya, se detuvo súbitamente, bamboleó y cayó adormecida en los brazos de Bálamo.

El extraño encantador que parecía haberse sometido toda la parte material de aquella mujer, pero que luchaba en vano contra la parte moral, levantó á Lorenza entre sus brazos, y la colocó en la cama ; en seguida imprimió en sus labios un fuerte beso, corrió las cortinas de la cama y las ventanas, y salió.

En cuanto á Lorenza, un sueño dulce y benéfico le envolvió como la capa de una tierna madre envuelve al niño caprichoso que ha sufrido y llorado mucho.



La visita

Lorenza no se había equivocado. Un coche, después de haber entrado por la barrera de San Dionisio y seguido en toda su longitud el arrabal del mismo nombre, había dado vuelta entre la puerta y el ángulo formado por la última casa, y seguía el baluarte.

Aquel coche encerraba, como había dicho la sonámbula, al príncipe de Rohán, obispo de Estrasburgo, á quien su impaciencia llevaba, antes de la hora señalada, á ver al mago en su cueva.

El cochero, aguerrido contra la oscuridad, las hoyadas y los peligros de ciertas calles misteriosas por un crecido número de aventuras galantes del buen prelado, no se inquietó en lo más mínimo, cuando, después de haber seguido los baluartes de San Dionisio y San Martín, poblados y alumbrados aún, tuvo que abordar el baluarte desierto y sombrío de la Bastilla.

Paróse el coche en la esquina de la calle de San Claudio, en el mismo baluarte, y, por orden de su amo, fué á ocultarse bajo los árboles á veinte pasos de allí.

Entonces el señor de Rohán, en traje de paisano, se deslizó por la calle y se fué á dar tres golpes á la puerta del hotel que había reconocido fácilmente por

la descripción que de ella le hiciera el conde de Fénix.

Resonó en el patio el paso de Fritz, y se abrió la puerta.

— ¿Vive aquí el señor conde de Fénix? preguntó el príncipe.

— Sí, monseñor, respondió Fritz.

— Bien; anúncieme usted.

— S. Em. el cardenal de Rohán, ¿no es verdad, monseñor?

El príncipe quedó aturdido: echó una mirada sobre sí y en torno suyo, por ver si en su traje ó en lo que le rodeaba podía haber algo que le descubriese. Estaba solo y vestido de seglar.

— ¿Cómo conocéis mi nombre? preguntó.

— En este mismo instante me acaba de decir mi amo que esperaba á V. Em.

— Sí, pero mañana, pasado mañana.

— No, señor; esta noche.

— ¿Le acaba de decir su amo que me aguardaba esta noche?

— Sí, monseñor.

— Bien está; anúncieme usted, dijo el cardenal poniendo un doble luis en la mano de Fritz.

— Entonces, dijo Fritz, tómese V. Em. la molestia de seguirme.

El cardenal hizo una seña afirmativa con la cabeza.

Fritz marchó con paso acelerado hacia la puerta de la antecámara, alumbrada por un gran candelabro de bronce con sus doce bujías.

El cardenal le seguía muy sorprendido y pensativo.

— Amigo mío, dijo parándose á la puerta del salón, sin duda hay en esto alguna equivocación, y en tal caso no querría incomodar al conde; es imposible que

me aguarde esta noche, porque ignoraba que yo debía venir.

— ¿ Monseñor, es efectivamente S. Em. el cardenal príncipe de Rohán, obispo de Estrasburgo ? preguntó Fritz.

— Sí, amigo mío.

— Entonces no cabe duda que es monseñor á quien el conde aguarda.

Y encendiendo sucesivamente las bujías de otros dos candelabros, Fritz se inclinó y salió.

Trascurrieron cinco minutos durante los cuales el cardenal, dominado por una singular emoción, miró los muebles elegantes de aquel salón, y los ocho cuadros de maestros suspendidos á las paredes.

Abrióse la puerta y se presentó en el umbral el conde de Fénix.

— Buenas noches, monseñor, dijo simplemente.

— ¡ Me han dicho que me aguardabais esta noche ! exclamó el cardenal sin responder á esta salutación. Es imposible.

— Dispense monseñor, pues le aguardaba, respondió el conde. Acaso dudáis de la veracidad de mis palabras al ver el recibimiento indigno que le hago; pero, como sólo hace algunos días que he llegado á París, apenas estoy instalado. Así, pues, dignese V. Em. excusarme.

— ¡ Me aguardabais ! ¿ Y quién os ha advertido mi visita ?

— Vos mismo, monseñor.

— ¿ Cómo yo ?

— ¿ No habéis mandado parar vuestro coche en la barrera de San Dionisio ?

— Sí.

— ¿ No habéis llamado á vuestro lacayo, el cual fué á hablar á V. Em. á la portezuela del coche ?

— Sí.

— ¿ No le habéis dicho : Calle de San Claudio, en el Pantano, por el barrio de San Dionisio y el baluarte, palabras que él repitió al cochero ?

— Sí. Pero entonces me habéis visto, me habéis oído.

— Os he visto y os he oído, monseñor.

— Entonces estabais allí.

— No, monseñor, no estaba allí.

— ¿ Pues en dónde estabais ?

— Aquí.

— ¿ Y me habéis visto y oído desde aquí ?

— Sí, monseñor.

— Vamos, os burláis.

— Monseñor olvida que soy brujo.

— ¡ Ah ! es verdad, lo olvidaba, señor... ¿ Cómo debo llamaros ? ¿ señor barón Bálsamo, ó señor conde de Fénix ?

— En mi casa no tengo nombre, monseñor : me llamo el amo.

— Sí. Es el título hermético. Así, pues, amo, ¿ me aguardabais ?

— Os aguardaba.

— ¿ Y habéis calentado vuestro laboratorio ?

— Mi laboratorio siempre está caliente, monseñor.

— ¿ Y me permitís que entre en él ?

— Tendré el honor de conducir á él á V. Em.

— Y yo os seguiré, pero con una condición.

— ¿Cuál es ?

— Que me permitáis no ponerme personalmente en relación con el diablo, pues tengo mucho miedo á S. M. Lucifer.

— ¡ Oh ! monseñor.

— Sí, de ordinario se toma para hacer el diablo á unos bribonazos de guardias franceses reformados, ó

maestros de armas que, para representar al natural el papel de Satanás, apagan las luces y abruman á las gentes á capirotaños.

— Monseñor, dijo Bálamo sonriendo, mis diablos no olvidan nunca que tienen el honor de habérselas con príncipes, y tienen siempre presente el dicho de Condé, que prometió á uno de ellos, si no estaba quieto, darle una paliza tan buena que tendría que salirse de allí ó conducirse con más urbanidad.

— Bien, dijo el cardenal; eso me encanta; pasemos al laboratorio.

— ¿Quiere V. Em. tomarse la molestia de seguirme?

— Marchemos.

XI

El oro

El cardenal de Rohán y Bálamo subieron por una escalera pequeña que conducía paralelamente desde la principal á los salones del primer piso; allí, bajo una bóveda, halló Bálamo una puerta que abrió, y presentándose á los ojos del cardenal un corredor sombrío, entró en él resueltamente.

Bálamo cerró la puerta.

Al ruido que hizo al cerrarse, el cardenal miró detrás de sí con cierta emoción.

— Monseñor, ya hemos llegado, dijo Bálamo; sólo nos falta abrir y cerrar luego que entremos esta última puerta; os advierto que no os admiréis del sonido extraño que hará, porque es de hierro.

El cardenal, á quien el ruido de la primera puerta había hecho temblar, se alegró de haber sido advertido oportunamente, porque el rechinar metálico de los goznes y de la cerradura hubiera hecho vibrar á cualquiera cuyos nervios hubieran sido menos susceptibles que los suyos.

Bajó tres escalones y entró.

Un gran gabinete con vigas desnudas en el techo, una gran lámpara y su traguluz, muchos libros, muchos instrumentos de física y química; tal era el aspecto primero que presentaba este nuevo aposento.

Al cabo de algunos segundos sintió el cardenal que respiraba penosamente.

— ¿Qué quiere decir esto? aquí se ahoga uno; estoy bañado en sudor. ¿Qué ruido es ese?

— Hé aquí la causa, monseñor, como dice Shakspeare, exclamó Balsamo corriendo una gran cortina de amianto, y descubriendo un gran hornillo de ladrillo, en cuyo centro brillaban dos agujeros como los ojos del león en las tinieblas.

Ese hornillo ocupaba el centro de una segunda pieza de doble tamaño que la primera, y que el príncipe no había visto por estar oculta con la cortina de amianto.

— ¡Oh! oh! dijo el príncipe retrocediendo, esto es muy espantoso.

— Es un hornillo, monseñor.

— Sí, sin duda, pero habéis citado á Shakspeare, yo citaré á Molier; hay hornillos de hornillos; éste tiene un aspecto diabólico, y su olor no me agrada: ¿qué es lo que se cuece aquí dentro?

— Lo que V. Em. me ha pedido.

— ¿De veras?

— Sin duda; creo que V. Em. me ha hecho la gracia de aceptar una muestra de mi ciencia. Hasta mañana por la noche no debía haberme puesto á trabajar, puesto que la cita que me hicisteis era para pasado mañana; pero como V. Em. mudó de parecer, apenas le vi en camino para la calle de San Claudio, encendí el hornillo ó hice la mixción, resultando de aquí que dentro de diez minutos tendréis vuestro oro. Permittedme que abra el ventanillo para establecer una corriente de aire.

— ¿Cómo, estos crisoles colocados sobre el hornillo?.....

— Dentro de diez minutos nos darán el oro tan puro

como los cequíes de Venecia y los florines de Toscana.

— Veamos, si es que puede verse.

— Sin duda, sólo que es menester tomar algunas precauciones indispensables.

— ¿Cuáles?

— Aplicad sobre vuestro rostro esta máscara de amianto con los ojos de vidrio, sin lo cual podría suceder que el fuego, que es demasiado activo, os quemara la vista.

— ¡Diantre! esa sería una broma muy pesada; yo aprecio muchos mis ojos, y no los daría por los cien mil escudos que me habéis prometido.

— Eso es lo que yo pensaba, monseñor; los ojos de V. Em. son hermosos y buenos.

El cumplimento no desagradó al príncipe, demasiado celoso de sus ventajas personales.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó poniéndose la máscara, ¿decís que vamos á ver el oro?

— Así lo espero, monseñor.

— ¿En cantidad de cien mil escudos?

— Sí, señor, y acaso algo más, porque he hecho la mixción abundante.

— En verdad que sois un hechicero generoso, dijo el príncipe palpitándole el corazón de alegría.

— Menos que V. A. que me lo dice. Ahora os suplico que os separéis un poco, porque voy á abrir el crisol.

Bálsamo se puso una camisa corta de amianto, cogió con un brazo vigoroso una palanca de hierro y levantó una covertera enrojecida por el calor del fuego, la cual dejó descubiertos cuatro crisoles de igual forma, que contenían los unos una mixtura rojiza como bermellón, y los otros una materia blanquecina ya, pero con un resto de transparencia purpurina.

— ¿Y es ese el oro? dijo el prelado á media voz,

como si hubiera temido turbar con una palabra demasiado alta el misterio que se verificaba á su vista.

— Sí, señor; estos cuatro crisoles están colocados por su orden; los unos tienen doce horas de cocción y los otros once. La mixti6n, y este es un secreto que revelo á un amigo de la ciencia, no se arroja en la materia sino en el momento de la ebullici6n. Pero, como V. Em. puede ver, el primer crisol blanquea ya y se puede trasegar la materia que est en su punto. Hacedos atrás, monseñor.

El príncipe obedeci6 con la misma puntualidad que un soldado la orden de su jefe, y Bálsamo, soltando la palanca de hierro ya caliente por el contacto de los crisoles enrojecidos, acerc6 al hornillo una especie de yunque con ruedas, sobre el cual estaban engastados en forma de hierro ocho moldes cilíndricos de la misma capacidad.

— ¿Qué es esto, mi querido hechicero? pregunt6 el príncipe.

— Esto, monseñor, es el molde común y uniforme en que voy á colar vuestros rieles.

— ¡Ah! ah! exclam6 el príncipe redoblando su curiosidad.

Bálsamo extendi6 sobre las baldosas una capa de estopas blancas, como por vía de defensa, y colocándose entre el yunque y el hornillo, abri6 un gran libro, recit6 varilla en mano un encanto, despu6s, cogiendo unas tenazas enormes, destinadas  encerrar el crisol en sus retorcidos brazos, exclam6:

— El oro será soberbio, monseñor, y de primera calidad.

— ¿Cómo! pregunt6 el príncipe, ¿vais  levantar esa olla de fuego?

— Que pesa cincuenta libras, sí, señor; ¡oh! pocos

fundidores tienen mis músculos y mi destreza; nada temis.

— Sin embargo, si el crisol reventase....

— Ya me ha sucedido eso una vez, monseñor, en el año de 1399, haciendo un experimento con Nicolás Flamel en su casa de la calle de Escribanos, cerca de la capilla de Santiago. El pobre Flamel estuvo  punto de perder la vista, y yo perdí veintisiete marcos de una sustancia más preciosa que el oro.

— ¿Qué diablo me decís, señor maestro?

— La verdad.

— ¿En 1399 os dedicabais  la gran obra?

— Sí, señor.

— ¿Con Nicolás Flamel?

— Con Nicolás Flamel; hallamos juntos el secreto cincuenta 6 sesenta años antes trabajando con Pedro el Bueno en la ciudad de Pola. No tap6 el crisol con bastante ligereza, y tuve el ojo derecho perdido durante diez 6 doce años por la evaporaci6n.

— ¿Pedro el Bueno?

— El que compuso la famosa obra de la *Margarita Preciosa*, obra que sin duda conocéis.

— S, y que lleva la fecha de 1330.

— Esa misma, monseñor.

— ¿Y habéis conocido  Pedro el Bueno y  Flamel?

— He sido discípulo del uno y maestro del otro.

Y mientras que el cardenal, espantado, se preguntaba si sería aquel hombre el diablo en persona y no uno de sus auxiliares, Bálsamo meti6 en el horno sus tenazas de largos brazos.

La operaci6n no pudo ser más segura y rápida. El alquimista, despu6s de haberse asegurado que tenía bien agarrado el crisol, levantándolo solamente algunas pulgadas, hizo un esfuerzo vigoroso y levant6 la espantosa marmita de su ardiente hornillo: las manos

de las tenazas se enrojecieron al punto; después se vió correr sobre la areilla candente surcos blancos como relámpagos en una nube sulfurosa; después los bordes del crisol tomaron un color rojo oscuro, al paso que el fondo cónico aparecía aun sonrosado y argentino sobre la penumbra del hornillo; finalmente, el líquido metal, sobre el cual se había formado una crema color violeta, rizada con pliegues de oro, silbó por la gotera del crisol, y cayó en chorros de fuego en el molde negro, en cuyo orificio apareció furioso y espumante el oro que insultaba con su brillo al vil metal que lo contenía.

— Al segundo, dijo Bálamo pasando á otro molde.

Y el segundo molde se llenó con la misma fuerza y la misma destreza.

El sudor bañaba la frente del alquimista, mientras el espectador se persignaba de asombro; en efecto, aquel era un cuadro de un horror salvaje y majestuoso. Bálamo, alumbrado por los rojos reflejos de la llama metálica, se asemejaba á los condenados que Miguel Ángel y Dante sepultan en el fondo de sus calderas.

Además, había en todo aquello la natural emoción de lo desconocido.

Bálamo no respiró entre las dos operaciones; el tiempo urgía.

— Habrá alguna merma, dijo: después de haber llenado el segundo molde he dejado hervir la mixtura una centésima parte de minuto más.

— ¡Una centésima parte de minuto! exclamó el cardenal sin poder disimular su asombro.

— Esto es enorme en hermética, monseñor, replicó ingenuamente Bálamo; pero entretanto mirad dos crisoles vacíos y dos moldes llenos, y cien libras de oro fino.

Y cogiendo con el auxilio de sus poderosas tenazas

el primer molde, le arrojó en el agua, la cual humeó largo tiempo: después lo abrió, y sacó de él un pedazo de oro intachable que tenía la forma de un pilon de azúcar aplastado por los dos polos.

— Tenemos que esperar cerca de una hora para los otros dos crisoles, dijo Bálamo; entretanto, ¿quiere V. Em. sentarse ó respirar el fresco?

— ¿Y es esto oro? preguntó el cardenal sin responder á la pregunta del alquimista.

Bálamo se sonrió y dijo:

— ¿Dudáis, monseñor?

— La ciencia se ha engañado tantas veces...

— No decís todo vuestro pensamiento, príncipe, dijo Bálamo. Creéis que os engaño, y que os engaño á sabiendas. Si así obrase yo, valdria muy poco á mis propios ojos, porque mi ambición no pasaría de las paredes de mi gabinete, viéndoos salir maravillado, para ir á perder vuestra admiración en la casa de cualquier batidor de oro. Vamos, vamos, hacedme más honor, príncipe, y creed que si yo quisiera engañar, sería con más habilidad y con un objeto más elevado. ¿Además sabe V. Em. cómo se prueba el oro?

— Sin duda: con la piedra de toque.

— ¿Vos mismo no habréis dejado de hacer la prueba, aunque no sea más que en las onzas de España, tan codiciadas en el juego por ser del oro más fino que pueda hallarse, pero entre las cuales hay muchas falsas?

— Me ha sucedido eso efectivamente.

— Pues bien, monseñor, aquí tenéis una piedra y ácido.

— No, estoy convencido.

— Monseñor, hacedme el favor de asegurarnos que estas barras son, no solamente de oro, sino de oro sin liga.

El cardenal mostraba al parecer cierta repugnancia á dar esta prueba de incredulidad; y sin embargo era evidente que no estaba convencido.

Bálsamo tocó con su propia mano las barras y sometió el resultado á la experiencia de su huésped.

— Veintiocho quilates, dijo; voy á vaciar las otras dos.

Diez minutos después se mostraban á la vista las doscientas libras de oro en cuatro barras sobre la estopa caliente con el contacto.

— V. Em. ha venido en coche, ¿no es verdad? Á lo menos en coche le he visto venir.

— Sí.

— Pues podéis mandar arrimar el coche á la puerta, y mi lacayo llevará las barras á él.

— ¡Cien mil escudos! murmuró el cardenal quitándose su máscara como para ver con sus propios ojos el oro que yacía á sus pies.

— Y ahora, monseñor, bien podréis decir de dónde ha salido ese oro, puesto que lo habéis visto hacer.

— ¡Oh! sí, podré dar testimonio.

— No, no digáis nada, exclamó vivamente Bálsamo, porque en Francia no quieren á los sabios; no digáis nada, monseñor... ¡Oh! si yo hiciera teorías en lugar de oro, sería otra cosa.

— Entonces ¿qué puedo hacer por vos? dijo el príncipe levantando con trabajo una barra de cincuenta libras en sus manos delicadas.

Bálsamo le miró de hito en hito, y sin respeto alguno se echó á reír.

— ¿Qué hay de risible en lo que os digo? preguntó el cardenal.

— Creo que V. Em. me ofrece sus servicios.

— Sin duda.

— ¿Y no sería más natural que yo le ofreciese los míos?

La fisonomía del cardenal apareció ceñuda y sombría.

— Me obligáis, señor maestro, dijo, y me apresuro á reconocerlo; sin embargo, si el agradecimiento que os tengo debiera ser más tardío en sus resultados de lo que espero, no aceptaría el servicio, pues hay todavía en París, á Dios gracias, bastantes usureros que pueden prestarme hasta pasado mañana, ó bien por medio de empeño ó por mi firma, cien mil escudos; solo mi anillo episcopal vale cuarenta mil libras.

Y el prelado presentó su mano blanca como la de una mujer, en cuyo dedo anular brillaba un diamante del tamaño de una avellana.

— Príncipe, dijo Bálsamo inclinándose, es imposible que hayáis creído ni por un instante que mi intención ha sido ofenderos.

Y después, como si hablará consigo mismo:

— Es extraño, continuó, que la verdad haga ese efecto á cualquiera que se llame príncipe.

— ¿Cómo?

— ¡Eh! sin duda V. Em. me propone sus servicios, y yo pregunto de qué clase pueden ser esos servicios.

— En primer lugar mi valimiento en la corte.

— Monseñor, monseñor, vos mismo sabéis que ese valimiento está ya muy gastado, y casi me sería igual el del señor de Choiseul, que acaso no sea ministro dentro de quince días. En materia de valimiento atengámonos al mío, príncipe. Aquí tenéis oro hermoso y bueno. Siempre que V. Em. quiera más, se servirá avisarme desde la víspera ó en la mañana del mismo día, y le facilitaré todo el que desee, y con el oro se tiene todo, monseñor, ¿no es verdad?

— No todo, murmuró el cardenal, caído al rango

de protegido y no pensando siquiera en recobrar su posición de protector.

— ¡ Ah ! es verdad. Me olvidaba, dijo Bálamo, de que monseñor deseaba otra cosa que no es oro : un bien más precioso que todas las riquezas del mundo ; pero este no corresponde á la ciencia : es del resorte de la magia. Decid una palabra y reemplazará el mágico al alquimista.

— Gracias, maestro, nada más necesito, nada más deseo, dijo el cardenal tristemente.

Bálamo se aproximó á él.

— Monseñor, dijo, un príncipe de imaginación fogosa, hermoso, rico, que se llama Rohán, no puede dar semejante respuesta á un mágico.

— ¿ Y por qué ?

— Porque el mágico lee en el fondo del corazón, y sabe lo contrario.

— Nada deseo, nada quiero, señor, replicó el cardenal casi espantado.

— Yo creía, por el contrario, que los deseos de Su Eminencia eran tales, que no se atrevía á confesarlos á sí mismo, conociendo que eran deseos de rey.

— Señor, dijo el cardenal temblando, creo que aludís á algunas palabras que ya me habéis dicho delante de la princesa.

— Sí, lo confieso, monseñor.

— Pues bien, entonces estabais equivocado y hoy también lo estáis.

— Olvidáis, monseñor, que veo tan claramente en vuestro corazón lo que pasa en él en este momento, como he visto claramente salir vuestro coche del convento de las Carmelitas de San Dionisio, pasar la barrera, tomar el baluarte y pararse bajo los árboles á cincuenta pasos de mi casa.

— Entonces explicaos y decid algo que me sorprenda.

— Monseñor, los príncipes de vuestra casa han necesitado siempre un amor grande y lleno de aventuras, y no seréis vos quien degenerará de su familia : no por cierto.

— No sé lo que queréis decir, conde, balbuceó el príncipe.

— Tolo lo contrario, me comprendéis perfectamente. Yo hubiera podido tocar muchas cuerdas que vibran en vos ; pero esto sería inútil, y he escogido solamente la que era preciso tocar ; ¡ oh ! estoy seguro de que ésta vibra profundamente.

El cardenal levantó la cabeza, y haciendo el último esfuerzo de desconfianza, consultó las miradas fijas y tranquilas de Bálamo.

Este se sonreía con tal expresión de superioridad que el cardenal bajó los ojos.

— ¡ Oh ! tenéis razón, monseñor, tenéis razón : no me miréis, porque veo más claramente lo que pasa en vuestro corazón, porque vuestro corazón es como un espejo que guardase la forma de los objetos que ha reflejado.

— Silencio, conde de Fénix, silencio, dijo el cardenal subyugado.

— Sí, tenéis razón, silencio, porque no ha llegado todavía el momento de dejar ver semejante amor.

— ¿ Habéis dicho todavía no ?

— Todavía no.

— ¿ Luego ese amor tiene su porvenir ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Y podriais decirme si ese amor es insensato, como yo mismo he creído, como creo todavía y creeré hasta el momento en que me presenten una prueba en contrario ?

— Mucho pedís, monseñor; nada puedo decir sin ponerme antes en contacto con la persona que os inspira ese amor ó con cualquier objeto que le pertenezca.

— ¿Y qué objeto sería preciso para eso?

— Una trenza de sus hermosos cabellos dorados por pequeña que sea.

— ¡Oh! sí, sois un hombre profundo! sí, lo habéis dicho: leéis en los corazones como yo leo en un libro.

— ¡Ay! eso es lo que me decía el pobre hermano de vuestro bisabuelo, el caballero Luis de Rohán, cuando me despedí de él en la plataforma de la Bastilla, al pie del cadalso al que subió con tanto valor.

— ¿Os dijo eso... que erais un hombre profundo?

— Y que leía en los corazones. Sí, porque yo le había pronosticado que el caballero de Preault le vendería. No quiso creerme, y el caballero de Preault le vendió.

— ¿Qué singular relación encontráis entre mi antepasado y yo? dijo el cardenal palideciendo á pesar suyo.

— Es solamente para recordaros que se trata de ser prudente al proporcionaros cabellos que será preciso cortar debajo de una corona.

— No importa saber dónde será preciso ir á tomarlos: vos los tendréis, señor.

— Bien, ahora tomad vuestro oro, monseñor: espero que no dudaréis ya de que esto es oro.

— Dadme una pluma y papel.

— ¿Para qué, monseñor?

— Para haceros un recibo de cien mil escudos que me prestáis tan generosamente.

— ¿Y pensáis en eso, monseñor? Un recibo ¿para qué?

— Yo tomo prestado con frecuencia, mi querido

conde, dijo el cardenal; pero os advierto que jamás recibo nada regalado.

— Como gustéis, mi querido príncipe.

El cardenal tomó una pluma de encima de la mesa y escribió con una letra enorme y poco legible un recibo, cuya ortografía espantaría á la ama de un sacristán de hoy.

— ¿Está bien así? preguntó presentándolo á Bál-samo.

— Perfectamente, replicó el conde, guardádoselo en el bolsillo, sin mirarlo siquiera.

— ¿No leéis, señor?

— Tengo la palabra de V. Em., y la palabra de los Rohán vale más que una prenda.

— Señor conde de Fénix, dijo el cardenal haciendo un medio saludo muy significativo por parte de un hombre de su carácter, sois un hombre muy galante, y ya que no puedo hacer nada por vos, contad con mi eterno agradecimiento.

Bál-samo hizo una reverencia á su vez y tocó una campanilla, á cuyo ruido se presentó Fritz.

El conde le dijo algunas palabras en alemán.

Fritz se bajó, y como un niño que cogiera ocho naranjas, algo embarazado, pero no encorvado ni perezoso, levantó las ocho barras de oro con sus cubiertas de estopa.

— Este mozo es un Hércules, dijo el cardenal.

— Es bastante fuerte, sí, señor, respondió Bál-samo; verdad es que desde que está á mi servicio le dejo beber todas las mañanas tres gotas de un elixir compuesto por mi sabio amigo el doctor Althotas; así es que ya principia á manifestar su aprovechamiento; dentro de un año llevará los cien marcos en una sola mano.

— ¡Maravilloso, incomprendible! exclamó el car-

denal. ¡ Oh ! no podré resistir al deseo de hablar de todo esto.

— Haced lo que gustéis, monseñor, respondió Bál-samo riendo ; pero no olvidéis que hablar de esto es contraer el compromiso de venir á apagar vos mismo la llama de mi hoguera, si por casualidad cae el Parlamento en la tentación de hacerme tostar en la plaza de Greve.

Y habiendo acompañado á su ilustre visitador hasta la puerta cochera, se despidió de él con un saludo respetuoso.

— No veo á vuestro criado, dijo el cardenal.

— Ha ido á llevar el oro á vuestro coche, monseñor.

— ¿ Sabe dónde está ?

— Debajo del cuarto árbol, á la derecha, volviendo el baluarte : eso es lo que yo te decía en alemán.

El cardenal levantó las manos al cielo y desapareció en la sombra.

Bálsamo esperó que volviese Fritz, y volvió á subir á su habitación cerrando todas las puertas.

XII

El elixir de la vida

Apenas quedó Bálsamo solo, se dirigió á la puerta de la estancia de Lorenza.

Dormía con un sueño igual y dulce.

Entreabrió entonces un postiguillo fijado por la parte de afuera, y la contempló breve rato en un dulce y tierno éxtasis. Después, cerrando el postiguillo y atravesando el aposento que hemos descrito, y que separaba la habitación de Lorenza del gabinete del físico, se apresuró á ir á apagar sus hornillos, abriendo un inmenso conducto que desprendió todo el calor por la chimenea, y dió paso al agua de un receptáculo que había en la azotea.

Guardando después cuidadosamente en una cartera de tafete negro el recibo del cardenal, dijo :

— La palabra de los Rohán es buena, pero para mí solamente, y conviene el que se sepa allá bajo en qué se emplea el oro de los hermanos.

Estas palabras se extinguían en sus labios, cuando tres golpes secos dados en el techo le hicieron levantar la cabeza.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo, Althotas me llama.

Y como continuase su tarea de ventilar el laboratorio, colocar cada cosa en su sitio y poner la plancha sobre los ladrillos, redoblaron los golpes con más fuerza.

denal. ¡ Oh ! no podré resistir al deseo de hablar de todo esto.

— Haced lo que gustéis, monseñor, respondió Bál-samo riendo ; pero no olvidéis que hablar de esto es contraer el compromiso de venir á apagar vos mismo la llama de mi hoguera, si por casualidad cae el Parlamento en la tentación de hacerme tostar en la plaza de Greve.

Y habiendo acompañado á su ilustre visitador hasta la puerta cochera, se despidió de él con un saludo respetuoso.

— No veo á vuestro criado, dijo el cardenal.

— Ha ido á llevar el oro á vuestro coche, monseñor.

— ¿ Sabe dónde está ?

— Debajo del cuarto árbol, á la derecha, volviendo el baluarte : eso es lo que yo te decía en alemán.

El cardenal levantó las manos al cielo y desapareció en la sombra.

Bálsamo esperó que volviese Fritz, y volvió á subir á su habitación cerrando todas las puertas.

XII

El elixir de la vida

Apenas quedó Bálsamo solo, se dirigió á la puerta de la estancia de Lorenza.

Dormía con un sueño igual y dulce.

Entreabrió entonces un postiguillo fijado por la parte de afuera, y la contempló breve rato en un dulce y tierno éxtasis. Después, cerrando el postiguillo y atravesando el aposento que hemos descrito, y que separaba la habitación de Lorenza del gabinete del físico, se apresuró á ir á apagar sus hornillos, abriendo un inmenso conducto que desprendió todo el calor por la chimenea, y dió paso al agua de un receptáculo que había en la azotea.

Guardando después cuidadosamente en una cartera de tafete negro el recibo del cardenal, dijo :

— La palabra de los Rohán es buena, pero para mí solamente, y conviene el que se sepa allá bajo en qué se emplea el oro de los hermanos.

Estas palabras se extinguían en sus labios, cuando tres golpes secos dados en el techo le hicieron levantar la cabeza.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo, Althotas me llama.

Y como continuase su tarea de ventilar el laboratorio, colocar cada cosa en su sitio y poner la plancha sobre los ladrillos, redoblaron los golpes con más fuerza.

— ¡ Ah ! se impacienta ; esa es buena señal.

Bálsamo cogió una vara larga de hierro y llamó á su vez ; en seguida descolgó de la pared una argolla de hierro, y por medio de un resorte que se aflojó, se desprendió del techo una trampa y bajó hasta el suelo del laboratorio. Bálsamo se colocó en el centro de la maquina, por medio de otro resorte volvió á subir suavemente llevando su carga con la misma facilidad que las glorias del teatro de la Ópera trasportan á los dioses y á las diosas, y el discípulo se halló pronto al lado del maestro.

Esta nueva habitación del viejo sabio tendría de ocho á nueve pies de altura por diez y seis de diámetro, recibía la luz por arriba á la manera de los pozos, y estaba herméticamente cerrada por sus cuatro fachadas.

Este aposento era, como se ve, un palacio, comparado con la habitación que tenía en el carruaje.

El viejo estaba sentado en un sillón en el centro de una mesa de mármol cortada en forma de cerradura y obstruida de todo un mundo, ó más bien, de un caos de plantas, redomas, útiles, libros, aparatos y papeles llenos de caracteres cabalísticos.

Estaba tan distraído, que no se movió siquiera cuando se presentó Bálsamo.

La luz de una lámpara fijada en el punto culminante de la techumbre de cristales caía sobre su cráneo desnudo y luciente.

Examinaba entre sus dedos una botella de cristal blanco, cuya transparencia consultaba poco más ó menos como un ama de gobierno económica que hace la compra por sí misma, mira á la luz los huevos que ha comprado.

Bálsamo le miró primero silenciosamente, y al cabo de un instante dijo :

— Y bien, ¿ hay algo de nuevo ?

— Sí, sí. Llega, Acharat : me ves encantado, enanado : ya lo hallé, y lo hallé.....

— ¿ El qué ?

— ¡ Pardiez ! lo que buscaba.

— ¿ El oro ?

— ¡ Qué oro ni qué calabaza !

— ¿ El diamante ?

— ¡ Valiente desatino ! ¡ Verdad es ! no son malas gangas el oro y el diamante, y por mi ánima habria de qué regocijarse si hubiese encontrado eso !

— ¿ Entonces, preguntó Bálsamo, lo que habéis encontrado es vuestro elixir ?

— Sí, amigo mío, es mi elixir ; es decir, la vida, ¿ qué digo la vida ? la eternidad de la vida.

— ¡ Oh, oh ! exclamó Bálsamo entristecido, porque miraba aquella investigación como una obra insensata, ¡ todavía os ocupáis de ese sueño !

Pero Althotas, sin escuchar, miraba amorosamente su redoma.

— En fin, dijo, la comparación está hallada : elixir, veinte gramos ; bálsamo de mercurio, quince ; precipitado de oro, quince ; esencia de los cedros del Líbano, veinticinco.

— ¿ Me parece que esa era vuestra última combinación, maestro ?

— Sí, pero me faltaba el ingrediente principal que liga todos los demás, y sin el cual no son nada.

— ¿ Y lo habéis hallado ?

— Lo he hallado.

— ¿ Pero podéis proporcionároslo ?

— ¡ Pardiez !

— ¿Cuál es ?

— Es menester añadir á las materias ya combinadas

en esta redoma las tres últimas gotas de sangre arterial de un niño.

— ¿Pero ese niño, dijo Bálamo espantado, dónde lo hallaréis?

— Tú me lo proporcionarás.

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— ¿Estáis loco, maestro?

— Y bien, ¿qué? preguntó el impasible viejo lamentando con placer el exterior del frasco, donde por el tapón mal cerrado rezumaba una gota de agua; y bien, ¿qué?

— ¿Y queréis un niño para coger las tres últimas gotas de su sangre arterial?

— Sí.

— ¿Pero es preciso matar para esto al niño?

— Sin duda; y cuanto más lindo sea mejor.

— Imposible, dijo Bálamo; no se cogen así los niños para matarlos.

— ¡Bah! exclamó el viejo con una serenidad atroz, ¿y qué importa eso?

— Que para eso es preciso robarlos.

— ¡Bah, bah! el mundo está ya muy trocado; hace tres años venían á ofrecernos tantos niños cuantos queríamos por media botella de aguardiente ó por un poco de pólvora.

— ¿Y eso sucedió en el Congo, maestro?

— Sí, en el Congo. Me es indiferente que el niño sea negro; recuerdo que los que nos presentaban eran muy lindos, muy rizaditos y muy juguetones.

— ¡Perfectamente! dijo Bálamo, pero por desgracia no estamos en el Congo.

— ¡Ah, no estamos el Congo! dijo Althotas; ¿pues en dónde estamos?

— En París.

— ¿En París? en hora buena, embareándonos en Marsella estamos en el Congo dentro de seis semanas.

— Sí, puede ser eso muy cierto, pero yo necesito quedarme en Francia.

— ¿Necesitas quedarte en Francia! ¿y por qué?

— Porque tengo que evacuar algunos asuntos.

— ¿Tienes que evacuar asuntos en Francia?

— Sí, y muy serios.

El anciano prorrumpió en una larga y lúgubre carcajada.

— ¿Tienes que hacer en Francia? dijo. ¡Ah! sí, es verdad, me había olvidado; tienes que organizar los clubs.

— Así es la verdad, mi querido maestro.

— Que urdir conspiraciones.

— También es verdad.

— En fin, que evacuar asuntos serios, como tú dices.

Y el anciano volvió á soltar su carcajada burlona.

Bálamo guardó silencio, reconcentrando todas sus fuerzas para hacer frente á la tempestad que se preparaba, y que ya oía rugir sobre su cabeza.

— ¿Y cuál es el estado de esos negocios? Sepamos, dijo el anciano volviéndose con gran trabajo en su sillón y fijando sus grandes ojos garzos en su discípulo.

Bálamo sintió penetrar dentro de sí aquella mirada como un rayo luminoso.

— ¿Cuál es el estado de los negocios? preguntó.

— Sí.

— He lanzado la primera piedra: el agua está turbada.

— ¿Y qué sedimento has removido? habla: sepamos.

— El bueno, el sedimento filosófico.

— Así vas á poner en juego tus utopías y tus sueños;

á pícaros, que discuten sobre la existencia de Dios, en lugar de tratar como yo de hacerse dioses á sí mismos; ¿y quiénes son esos famosos filósofos con los cuales te has unido? veamos.

— Tengo ya al primer poeta y primer ateo de la época; uno de estos días debe volver á Francia, de donde está casi desterrado por haberse hecho masón en la logia que estoy organizando en la calle del Pot-de-Fer en la antigua casa de los jesuitas.

— ¿Y cómo se llama?

— Voltaire.

— No lo conozco, ¿y quién más?

— Pronto deben ponerme en relaciones con el principal reformador de las ideas el siglo, con el hombre que ha escrito el *Contrato social*.

— ¿Cómo se llama?

— Rousseau.

— No le conozco.

— Lo creo bien, pues no conocéis más que á Alfonso X, á Raimundo Lulio, á Pedro de Toledo y al gran Alberto.

— Porque esos son los únicos hombres que han vivido realmente: porque ellos solos han agitado durante toda su vida esa gran cuestión de ser ó no ser.

— Hay dos maneras de vivir, maestro.

— Yo no conozco más que una: la de existir; pero volvamos á esos dos filósofos. ¿Cómo has dicho que se llaman?

— Voltaire y Rousseau.

— Bueno, me acordaré de esos nombres; ¿y crees tú que con el auxilio de esos dos hombres?.....

— Podré apoderarme del presente y minar el porvenir.

— ¡Oh! oh! ¡qué bestias son en este país, que se dejan manejar con ideas!

— Todo lo contrario: por lo mismo que tienen demasiado talento ejercen las ideas sobre ellos más influencia que los hechos. Por otra parte, cuento con un auxiliar más poderoso que todos los filósofos de la tierra.

— ¿Cuál?

— El tedio. Hace ya mil seiscientos años que la monarquía dura en Francia, y los franceses están cansados de la monarquía.

— ¿De suerte que quieren derribar la monarquía?

— Sí.

— ¿Crees eso?

— Sin duda.

— ¿Y te consagras á ese objeto?

— Con todas mis fuerzas.

— ¡Imbécil!

— ¿Cómo?

— ¿Qué piensas sacar de la caída de la monarquía?

— Yo nada; pero todos la felicidad.

— Veamos; hoy estoy contento, y quiero perder mi tiempo en seguirte. Explicame primero cómo llegarás á la felicidad, y después lo que es esa felicidad.

— ¿Cómo llegaré?

— Sí, á la felicidad de todos ó á la caída de la monarquía, lo que es para ti equivalente de la felicidad general. Ya te escucho.

— Pues bien; en este momento existe un ministerio que es el último baluarte que defiende la monarquía; es un ministerio inteligente, ingenioso y arrojado, que acaso podría sostener veinte años más esa monarquía, gastada y vacilante; pero ellos me ayudarán á derribarlo.

— Quiénes, ¿tus filósofos?

— No por cierto; los filósofos lo sostienen.

— ¿Cómo! ¿tus filósofos sostienen un ministerio

que apoya la monarquía, ellos, que son los enemigos de ésta ? ; oh ! ; qué imbéciles son los filósofos !

— Es que el ministro es filósofo también.

— ¡ Ah ! ya comprendo, y ellos gobiernan en la persona del ministro. Me he equivocado ; no son imbéciles sino egoístas.

— No quiero discutir sobre lo que son, dijo Bál-samo, que principiaba á impacientarse, no sé nada de eso ; lo que sé es que, derribado ese ministerio, todos clamarán contra el que lo reemplace. Este ministerio tendrá contra sí, en primer lugar á los filósofos, después al parlamento, y el ministerio perseguirá á los filósofos y disolverá el parlamento. Entonces, en la inteligencia y en la materia, se organizará una liga sorda, una oposición tenaz, incansante, que atacará todo, que minará sin cesar hasta conmover todo el edificio. Á los parlamentos reemplazarán jueces que, nombrados por el rey, lo harán todo en favor de la monarquía. Se les acusará, y con razón, de venalidad, de concusión y de injusticia. El pueblo se levantará, y en fin, la monarquía tendrá en contra suya á la filosofía, que es la inteligencia, á los parlamentos, que son la clase media, y al pueblo, que es el pueblo ; es decir, esa palana que buscaba Arquímedes, y con la cual se levanta el mundo.

— Pues bien, cuando hayas levantado el mundo será preciso que lo dejes caer.

— Sí, pero al caer se hará mil pedazos el trono.

— Y cuando esté hecho pedazos, veamos, quiero seguir tus imágenes falsas y hablar en tu lenguaje enfático, cuando se haya hecho pedazos el trono carcomido, ¿ qué saldrá de entre sus ruinas ?

— La libertad.

— ¡ Ah ! ¿ conque los franceses serán libres ?

— Esto no puede menos de suceder un día.

— ¿ Libros todos ?

— Todos.

— ¿ Habrá entonces en Francia treinta millones de hombres libres ?

— Sí.

— Y entre esos treinta millones de hombres libres, ¿ crees que no se encontrará un hombre menos loco que los demás, el cual confiscará el día menos pensado la libertad de sus veintinueve millones, novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve conciudadanos, para gozar él solo un poco más de libertad ? ; Te acuerdas de aquel perro que teníamos en Medina, que él solo se comía la parte de todos los demás ?

— Sí, pero llegó un día en que todos se unieron contra él y lo devoraron.

— Porque eran perros, los hombres no hubieran dicho nada.

— ¿ Conque es decir que hacéis la inteligencia del hombre inferior á la del perro, maestro ?

— ¡ Diablo ! ahí están los ejemplos.

— ¿ Qué ejemplos ?

— Me parece que entre los antiguos hubo un tal César Augusto, y entre los modernos un tal Oliverio Cromwell que mordieron ansiosamente la torta romana y la torta inglesa, sin que los mismos á quienes se la arrancaron dijeran ni hicieran la menor cosa contra ellos.

— En hora buena : suponiendo que exista ese hombre, será mortal, morirá y antes de morir habrá hecho bien á esos mismos á quienes haya oprimido, porque habrá cambiado la naturaleza de la aristocracia ; obligado á apoyarse en alguna cosa, habrá escogido la cosa más fuerte, es decir, el pueblo. Á la igualdad que humilla habrá sustituido la igualdad que eleva. La

igualdad no tiene barrera fija; es un nivel que sufre la altura del que la hace. Elevando, pues, al pueblo habrá consagrado un principio desconocido hasta él. La revolución habrá hecho libres á los franceses, y el protectorado de otro César Augusto ó de otro Oliverio Cromwell los habrá hecho iguales.

Althotas hizo un brusco movimiento en su sillón.

— ¡Oh, qué hombre tan estúpido! exclamó, emplead veinte años de vuestra vida en educar á un niño, en tratar de enseñarle lo que sabéis, para que luego este niño venga á os treinta años á decirnos: « ¡ Los hombres serán iguales !..... »

— Sin duda: los hombres serán iguales, iguales delante de la ley.

— Y delante de la muerte, imbécil, delante de la muerte, esa ley de las leyes, ¿ son iguales cuando uno muere á los tres días y otro á los cinco años? ¡ Iguales, iguales los hombres mientras no hayan vencido la muerte! ¡ Oh, bruto y más que bruto!

Y Althotas se arrellanó en su sillón para reír más libremente, en tanto que Bálamo, serio y taciturno, se sentaba con la cabeza humillada.

Althotas le miraba con aire compasivo.

— ¿ Conque yo soy igual, dijo, al peón de albañil que roe su mendrugo de pan negro, al niño que maula á su nodriza, al viejo embrutecido que bebe su suero y llora con sus ojos apagados?... ¡ Oh, qué desgraciado sofista eres! Reflexiona en una cosa, y es que los hombres no serán iguales sino cuando sean inmortales, porque siendo inmortales serán dioses, y solo los dioses son iguales.

— ¡ Inmortales! murmuró Bálamo, ¡ inmortales! Quimera.

— ¡ Quimera, exclamó Althotas, quimera! si, quimera como el vapor, quimera como el fluido, quimera

como todo lo que se busca, que no se ha descubierto y que se descubrirá. Pero remueve conmigo el polvo de los mundos, descubre una tras otra esas capas superpuestas, cada una de las cuales representa una civilización, y en esas capas humanas, en ese detritus de reinos, en esas vetas de siglos, que corta como rebanadas el hierro de la investigación moderna, ¿ qué lees tú? Que en todos tiempos han buscado los hombres lo que yo busco bajo los diferentes títulos de lo mejor, del bien y de la perfección. ¿ Y cuándo buscaban eso? En tiempo de Homero, cuando los hombres vivían doscientos años, en tiempo de los patriarcas, cuando vivían ocho siglos; y no han hallado ese mejor, ese bien, esa perfección, porque si lo hubiesen hallado, este mundo decrepito estaría fresco, virgen y rozagante como el alba matinal. En lugar de todo esto sólo hay dolor, cadáver, fiemo. ¿ Es dulce el dolor? ¿ Es bello el cadáver? ¿ Es apetecible el fiemo?

— Pues bien, dijo Bálamo contestando al anciano, á quien una tosecita seca acababa de interrumpir, pues bien; decís que nadie ha encontrado todavía ese elixir de la vida, y yo os digo que nadie lo hallará.

— ¡ Necio! nadie ha hallado tal secreto, luego nadie lo hallará! Según esa lógica, jamás se habrían hecho descubrimientos. ¿ Crees tú que los descubrimientos sean cosas nuevas que se han inventado? No, son cosas olvidadas que se vuelven á encontrar. ¿ Y por qué se olvidan las cosas una vez halladas? Porque la vida es demasiado corta para que el inventor pueda sacar de su invención todas las deducciones que encierra. Veinte veces ha estado á punto de ser hallado ese elixir de la vida. ¿ Crees tú que la laguna Estigia sea una invención de Homero? ¿ Crees que ese Aquiles, casi inmortal, puesto que no era vulnerable sino por el talón, sea una fábula? No, Aquiles era el dis-

cípulo de Quirón como tú lo eres mío. Quirón quiere decir superior ó peor. Quirón era un sabio representado bajo la forma de Centauro, porque su ciencia había dotado al hombre de la fuerza y de la ligereza del caballo. ¿Y por qué? Porque también él había casi hallado el elixir de la inmortalidad, y tal vez, como á mí, no le faltaban más que esas tres gotas de sangre que tú me niegas. La falta de esas tres gotas de sangre hizo á Aquiles vulnerable por el talón; la muerte halló paso y entró. Sí, lo repito, Quirón, el hombre universal, el hombre superior, el hombre peor, no fué más que otro Althotas impedido por otro Acharat de completar la obra que hubiera salvado á toda la humanidad arrancándola del efecto de la maldición. ¿Y ahora qué me dirás?

— Digo, respondió Bálamo visiblemente turbado, digo, que yo tengo mi obra y vos tenéis la vuestra. Procure cada uno de nosotros llevar á cabo la tarea que se ha impuesto á cuenta y riesgo de su propia persona; pero no exijáis de mí que os ayude cometiendo un crimen.

— ¿Un crimen!

— Sí: ¿y qué crimen! Uno de esos que lanzan tras vos toda una población irritada; un crimen que os lleva á esas horcas infames de las que vuestra ciencia no ha alcanzado todavía á librar ni á los hombres superiores ni á los peores.

Althotas dió dos fuertes palmadas sobre la mesa de mármol.

— Vamos, vamos, dijo, no seas un idiota humanitario, la peor raza de idiotas que existe en el mundo. Ven, hablemos un poco de la ley, de la brutal y absurda ley escrita por los animales de tu especie, á quienes subleva una gota de sangre derramada inteligentemente, pero que se recrean con los torrentes de licor

vital derramados sobre las plazas públicas, al pie de las murallas de las ciudades, en esos llanos que se llaman campos de batalla; de tu ley, siempre inepta y egoísta, que sacrifica al hombre del porvenir, al hombre del presente, y que ha tomado por divisa: «vive hoy y muere mañana.» ¿Hablemos de esta ley! ¿quieres?

— Decid lo que tenéis que decir, ya os escucho, respondió Bálamo cada vez más pensativo.

— ¿Tienes lápiz, una pluma? vamos á hacer un cálculo.

— Calculo sin pluma y sin lápiz. Decid lo que tenéis que decir.

— Veamos tu proyecto. ¡Oh! ya me acuerdo... derribas un ministerio, disuelves los parlamentos, estableces jueces inicuos, causas una bancarota, fomentas rebeliones, enciendes una revolución, derrocas una monarquía, dejas que se levante un protectorado y precipitas al protector.

La revolución te habrá dado la libertad.

El protectorado la igualdad.

Y siendo los franceses libres é iguales, habrás consumado tu obra, ¿no es verdad?

— Sí: ¿creéis eso imposible?

— No creo en la imposibilidad. Ya ves que principio haciéndote concesiones.

— ¿Y bien!

— Espera: en primer lugar, la Francia no es como la Inglaterra, donde se hace todo lo que se quiere hacer, miserable plagario: la Francia no es una tierra aislada donde se puede derribar ministerios, disolver parlamentos, establecer jueces inicuos, causar una bancarota, fomentar rebeliones, encender revoluciones, derrocar monarquías, levantar protectorados y precipitar á los protectores sin que las demás naciones se

mezelen poco ni mucho en estos movimientos; la Francia está unida á la Europa, como el hígado á las entrañas del hombre. Tiene raíces en todas las naciones, fibras en todos los pueblos; trata de arrancar el hígado á esa gran máquina que se llama continente europeo: durante 20 años, 30, 40 tal vez, todo el cuerpo temblará; pero quiero contar por lo más bajo, y tomo 20 años, ¿es esto demasiado? responde, sabio filósofo.

— No, no es demasiado, dijo Bálamo, no es siquiera bastante.

— Pues bien, yo me contento con este tiempo. Supongamos 20 años de guerra, lucha encarnizada, mortal, incesante; supongamos 200,000 muertos por año, lo cual no es demasiado cuando se lucha á la vez en Alemania, en Italia, en España, ¿qué sé yo? 200,000 hombres por año durante 20 años, dan 4,000,000 de hombres; concediendo á cada hombre 17 libras de sangre, que es, poco más ó menos, la cuenta de la naturaleza, hecho esto, multipliquemos 17 por cuatro; veamos... suma 68,000,000 de libras de sangre derramada para lograr tu objeto. Y yo sólo te pedía tres gotas. Dí, ¿quién es ahora el loco, el salvaje, el canibal de nosotros dos? ¡Hola! ¿no respondes?

— Sí por cierto, os respondo que nada serían esas tres gotas de sangre si estuviere seguro del resultado.

— Y tú, tú que derramas 68,000,000 de libras, ¿estás seguro? dijo. Entonces, levántate, y puesta la mano sobre tu corazón, responde: «Maestro, mediante esos 4,000,000 de cadáveres aseguro la dicha de la humanidad.»

— Maestro, dijo Bálamo eludiendo la respuesta, maestro, en nombre del cielo, buscad otra cosa.

— ¡Ah! ¡no respondes, no respondes! exclamó Althotas con aire de triunfo.

— Os engañáis, maestro, sobre la eficacia del medio; es imposible.

— Creo que me aconsejas, creo que me niegas, creo que me desmientes, dijo Althotas moviendo con fría cólera sus ojos garzos bajo sus cejas blancas.

— No, maestro, no hago más que reflexionar, porque veo cada uno de mis días en contacto con las cosas de este mundo, en contradicción con los hombres, en lucha con los principios, y no como vos, secuestrado en un rincón, indiferente á todo lo que pasa, á todo lo que se prohíbe ó autoriza, pura abstracción del sabio y del citador; yo en fin, que sé las dificultades, las señalo y nada más.

— Si quisieras, pronto vencerías esas dificultades.

— Decid, si creyera.....

— ¿Conque no crees?

— No, dijo Bálamo.

— ¡Tú me tientes, tú me tientes! exclamó Althotas.

— No, yo dudo.

— Pues bien, veamos: ¿crees en la muerte?

— Creo en lo que es, y como la muerte es, creo en ella.

Althotas se encogió de hombros.

— ¿Conque la muerte es? dijo, ¿este es un punto sobre que no disputas?

— Es una cosa indisputable.

— Es una cosa infinita, invencible, ¿no es verdad? añadió el viejo sabio con una sonrisa que hizo estremecer á su adepto.

— ¡Oh! sí, maestro, invencible, infinita sobre todo.

— ¿Y cuando ves un cadáver, el sudor baña tu frente y el terror se apodera de tu corazón?

— No baña el sudor mi frente, porque estoy fami-

liarizado con todas las miserias humanas; no se apodera el terror de mi corazón, porque estimo en poco la vida; pero digo en presencia del cadáver: « ¡ Muerte, muerte! ¡ eres poderosa como Dios! ¡ reinas soberanamente, y nada prevalece contra ti! »

Althotas escuchó á Bálamo silenciosamente, y sin dar otra señal de impaciencia que la de atormentar un escalpelo entre sus dedos; y cuando su discípulo acabó su frase dolorosa y solemne, el viejo dirigió sonriéndose en torno suyo una mirada, y sus ojos, tan ardientes que parecía que para ellos no debía tener secretos la naturaleza, sus ojos se fijaron en un rincón de la sala donde, acostado sobre un montón de paja, temblaba un pobre perro negro, único que quedaba de tres animales de la misma especie que Althotas había pedido para sus experimentos, y que Bálamo le había llevado.

— Coge ese perro, dijo Althotas á Bálamo, y ponte sobre esta mesa.

Bálamo obedeció, cogió el perro negro y lo puso sobre el mármol.

El animal, que presentía al parecer su destino, y que sin duda se había visto ya bajo la mano del experimentista, se puso á temblar, á forcejear y aullar cuando sintió el contacto del mármol.

— ¡ Eh! eh! dijo Althotas, crees en la vida, ¿ no es verdad? puesto que crees en la muerte.

— Sin duda.

— Aquí hay un perro que parece muy vivo, ¿ qué dices?

— Seguramente, puesto que grita, se mueve y tiene miedo.

— ¡ Qué feos son los perros negros! mira, otra vez tráemelos blancos.

— Procuraré hacerlo así.

— ¡ Ah! dices que este perro está vivo! Ladra,

pobrecito, ladra, añadió el viejo con su risa lúgubre, ladra y aulla para convencer al señor Acharat de que estás vivo.

Y tocó al perro con el dedo cierto músculo, y el perro aulló ó más bien gimió al punto.

— Bueno: arrima la campana; bien está; introduce al perro debajo. Á propósito: me olvidaba de preguntarte qué muerte te parece mejor.

— No sé lo que queréis decir, maestro; la muerte es la muerte.

— Es cierto, muy cierto lo que acabas de decir, y yo también soy de ese parecer. Pues bien; una vez que la muerte es la muerte, haz el vacío, Acharat.

Bálamo dió vueltas á una rueda que despidió por un canuto el aire encerrado debajo de la campana, y poco á poco huyó el aire con un silbido agudo. El perro se inquietó al principio, después buscó, olfateó, levantó la cabeza, respiró ruidosa y precipitadamente, y al fin cayó sofocado, hinchado é inanimado.

— Aquí tienes el perro muerto de apoplejía, ¿ no es verdad? dijo Althotas: una muerte muy buena, porque no hace padecer mucho.

— Sí.

— ¿ Está bien muerto?

— Sin duda.

— ¿ Me parece que no estás convencido, Acharat?

— Todo lo contrario, si lo estoy.

— ¡ Oh! porque conoces mis recursos, ¿ no es verdad? Supones que he hallado la insuflación, ¿ eh? ese otro problema que consiste en hacer circular la vida con el aire en un cuerpo intacto, como se puede hacer en un odre.

— No, no supongo nada; creo que el perro está muerto, y nada más.

— No importa; para mayor seguridad, vamos á

matarle dos veces. Levanta la campana, Acharat.

Acharat levantó el aparato de cristal: el perro no se meneó; sus párpados estaban cerrados; su corazón no latía.

— Toma este escalpelo, y dejándole la laringe intacta, córtale la columna vertebral.

— Lo haré por obedeceros.

— Y también para acabar al pobre animal en el caso de que no haya muerto enteramente, respondió Althotas con esa sonrisa de obstinación propia de los viejos.

Bálsamo hizo con el instrumento una sola incisión, separando la columna vertebral á dos pulgadas poco más ó menos del cerebelo, y abrió una herida sangrienta.

El animal, ó más bien, el cadáver del animal, permaneció inmóvil.

— Sí, pardiez, estaba bien muerto, dijo Althotas, ni una fibra tiembla, ni un músculo se mueve, ni un átomo de carne se subleva contra este nuevo atentado. ¿No es verdad? está muerto, y muy muerto.

— Lo reconozco tantas veces como deseáis que lo reconozca, dijo Bálsamo impaciente.

— ¡Y he ahí un animal inerte, helado para siempre, inmóvil! Nadie prevalece contra la muerte, has dicho. ¿Nadie tiene poder para volver la vida aun en la apariencia al pobre animal?

— Nadie, sino Dios.

— Sí, pero Dios no será tan inconsecuente que lo haga. Cuando Dios mata, como es la suprema sabiduría, es porque tiene una razón ó un beneficio para matar. Un asesino, no sé ya cómo se llama, un asesino decía esto, y estaba muy bien dicho. La naturaleza tiene un interés en la muerte. Así veis aquí un perro

tan muerto como puede estarlo, y la naturaleza ha tenido interés en su muerte.

Althotas fió su mirada penetrante sobre Bálsamo. Éste, fatigado de haber sostenido por tanto tiempo las chocherías del viejo, inclinó la cabeza por toda respuesta.

— Y bien, ¿qué dirías tú, continuó Althotas, si este perro abriese el ojo y te mirase?

— Eso me sorprendería mucho, respondió Bálsamo sonriendo.

— ¿Te sorprendería, eh?

Al concluir estas palabras con su risa falsa y lúgubre, el viejo aproximó al perro un aparato compuesto de piezas de metal, separadas por tapones de trapo; el centro de este aparato estaba sumergido en una mezcla de agua acidulada, y sus extremos ó polos, como se les llama, salían de la cubeta.

— ¿Qué ojo quieres que abra, Acharat? preguntó el viejo.

— El derecho.

Las dos extremidades próximas, pero separadas una de otra por un pedazo de seda, se fijaron sobre un músculo del cuello.

Inmediatamente se abrió el ojo derecho del perro, y miró fijamente á Bálsamo, que retrocedió aterrado.

— Ahora, pasemos á la boca, ¿quieres?

Bálsamo no contestó, dominado por su profundo asombro.

Althotas tocó otro músculo, y en vez del ojo, que se había vuelto á cerrar, se abrió la boca dejando ver los dientes blancos y agudos, en cuya raíz temblaban las encías, rojas como durante la vida.

Bálsamo tuvo miedo y no pudo ocultar su emoción.

— ¡Oh, esto es admirable! dijo.

— Ya ves como la muerte es poca cosa, dijo Altho-

tas con aire de triunfo por el asombro de su discípulo, puesto que un pobre viejo como yo, que va á pertenecerle pronto, la hace desviar de su inexorable camino.

Y de repente añadió con una risa estridente y nerviosa:

— Cuidado, Acharat: aquí tienes un perro muerto que ahora mismo quería moderte, y que va á correr tras de ti; cuidado.

Y en efecto, el perro, con su cuello cortado, su boca abierta y su ojo tembloroso, se levantó repentinamente sobre sus cuatro patas, y la cabeza horriblemente colgando, vaciló sobre sus piernas.

Bálsamo sintió erizarse sus cabellos; su frente se bañó de sudor, y retrocedió hasta la puerta de entrada sin saber si debía huir ó quedarse.

— Vamos, vamos, no quiero hacerte morir de miedo tratando de instruirte, dijo Althotas rechazando el cadáver y la máquina, basta ya de experimentos como éste.

Al punto el cadáver, cesando de estar en relación con la pila, volvió á caer pesado é inmóvil como antes.

— ¿Habías creído esto de la muerte, Acharat, y la creías de tan buena composición? Di.

— Es extraño, en efecto, muy extraño, dijo Bálsamo aproximándose.

— Ya ves que se puede lograr lo que yo decía, hijo mío, y que el primer paso está dado, que es prolongar la vida cuando se ha conseguido anular la muerte.

— Pero no se sabe todavía, objetó Bálsamo, porque esa vida que le habéis dado es facticia.

— Tengamos tiempo y hallaremos la vida real. ¿No has leído en los poetas romancescos que Cassidea devolvía la vida á los cadáveres?

— En los poetas, sí.

— Los romanos llamaban á los poetas *vates*, amigo mío; no olvides esto.

— Vamos, decid sin embargo.....

— ¿Otra objeción?

— Sí. ¿Si vuestro elixir de la vida estuviese compuesto y lo hicierais tomar á ese perro, viviría eternamente?

— Sin duda.

— ¿Y si cayese en las manos de un experimentista como vos que lo desollase?

— Bueno, bueno, exclamó el anciano con alegría y batiendo sus palmas, he ahí dónde te esperaba.

— Entonces, si me esperabais ahí, respondedme.

— No deseo otra cosa.

— ¿Impedirá el elixir que una chimenea caiga sobre una cabeza, que una bala atraviere á un hombre de parte á parte, y que un caballo abra de una cox el vientre de su jinete?

Althotas miraba á Bálsamo del mismo modo que un espadachín debe mirar á su adversario cuando piensa darle un botonazo.

— No, no, no, dijo: eres verdadero lógico, mi querido Acharat. Ni la chimenea, ni la bala, ni la cox del caballo podrán evitarse mientras haya casas, fusiles y caballos.

— Verdad es que resucitaréis los muertos.

— Momentáneamente, sí; indefinidamente, no; porque sería preciso en primer lugar para esto que encontrase el sitio del cuerpo donde se aloja el alma, y esto podría ser algo largo; pero impediré á esa alma que salga del cuerpo por la herida que se haya hecho.

— ¿Y cómo haréis eso?

— Cerrándola.

— ¿Aunque esa herida corte una arteria?

— Sin duda.

— Quisiera ver eso.

— Pues bien, mira, dijo el anciano.

Y antes que Bálamo hubiera podido detenerle, se picó la vena del brazo izquierdo con una lanceta.

Había tan poca sangre en el cuerpo del anciano, y esta sangre circulaba tan lentamente, que tardó algún tiempo en aparecer en los labios de la herida; pero al fin apareció, y abierto el paso salió pronto abundantemente.

— ¡Gran Dios! exclamó Bálamo.

— ¿De qué te admiras? dijo Althotas.

— Estáis herido gravemente.

— Puesto que eres como santo Tomás, que no crees sino viendo y tocando, es menester hacerte ver y tocar.

Entonces tomó un frasquito que había colocado al alcance de su mano, y derramando algunas gotas sobre la herida, dijo:

— Mira.

Y al contacto de aquella agua casi mágica se retiró la sangre, se unió la carne cerrando la vena, y la herida llegó á ser una picadura demasiado estrecha para que aquella carne líquida que se llama sangre, pudiera escaparse por ella.

Esta vez Bálamo miró al viejo lleno de asombro.

— He aquí otra cosa que he hallado: ¿qué dices ahora, Acharat?

— ¡Oh! digo, maestro, que sois el más sabio de los hombres.

— Y que si no he vencido enteramente á la muerte, le he dado al menos un golpe que le será difícil reparar. Escucha, hijo mío: el cuerpo humano tiene huesos frágiles y que pueden romperse; yo haré esos huesos tan duros como el acero; el cuerpo humano tiene sangre que, cuando se escapa, se lleva consigo la vida, yo impediré que salga del cuerpo; la carne es

blanda y fácil de ser lastimada y herida, yo la haré invulnerable como la de los paladines de la edad media, sobre la cual se embotaba el filo de las espadas y la cortante hoja de las hachas: para esto no se necesita más sino que Althotas viva trescientos años; pues bien: dame lo que te pido y viviré mil. ¡Oh, mi querido Acharat! esto depende de ti. Devuélveme mi juventud, devuélveme el vigor de mi cuerpo, devuélveme la frescura de mis ideas, y verás si temo la espada, la bala, la pared que se desploma ó el bruto que muerde ó cocea. En mi cuarta juventud, Acharat, es decir, antes que haya vivido la edad de cuatro hombres, habré renovado la faz de la tierra, y te lo digo, habré hecho para mi y para la humanidad regenerada un mundo á mi estilo, un mundo sin chimeneas, sin espadas, sin balas de mosquete, sin caballos que den coces; porque entonces comprenderán los hombres que vale más vivir, auxiliarse mutuamente y amarse, que desgarrarse y destruirse.

— Verdad es, ó por lo menos, es posible, maestro.

— Pues bien, en ese caso traéme el niño.

— Dejadme reflexionar todavía, y reflexionad vos mismo.

Althotas lanzó á su adepto una mirada de soberano desprecio.

— ¡Bah! dijo, ¡bah! ya te venceré más adelante; y por otra parte, la sangre del hombre no es un ingrediente tan precioso que no pueda reemplazarse acaso con otra materia. Yo buscaré y hallaré. No te necesito; vete.

Bálamo dió una patada sobre la trampa y descendió al aposento inferior, mudo, inmóvil y encorvado bajo el genio de aquel hombre que obligaba á creer en las cosas imposibles, haciendo él mismo cosas imposibles.

XIII

Las señas

Aquella noche tan larga y tan fértil en acontecimientos, y que nosotros hemos paseado, como la nube de los dioses mitológicos, desde San Dionisio á la Muette, de la Muette á la calle Coq-Herón, de la calle Coq-Herón á la de Platriere, y desde ésta á la de San Claudio, la había empleado madama Dubarry en discurrir el medio de atraer y amoldar el ánimo y la voluntad del rey á sus miras de política nueva.

Había, sobre todo, insistido en el peligro que habría en dejar á los Choiseul ganar terreno en el ánimo de la Delfina.

El rey había contestado, encogiéndose de hombros, que madama la Delfina era una niña y el señor de Choiseul un ministro viejo; que por consiguiente no había peligro, supuesto que la una no sabía trabajar ni el otro divertir.

Satisfecho el rey de esta aguda respuesta, no quiso llevar adelante sus explicaciones.

No sucedió lo mismo á madama Dubarry, que había creído observar en el rey cierta distracción.

Luis XV era presumido. Su gran dicha consistía en dar celos á sus queridas, siempre, no obstante, que estos celos no se convirtieran en enfados ó riñas demasiado prolongadas.

Madama Dubarry era celosa, primero por amor pro-

pio, y en segundo lugar por temor. Le había costado demasiado trabajo conquistar su posición, y ésta era demasiado elevada para que se atreviese, como madama de Pompadour, á tolerar otras queridas al rey, y aun buscárselas cuando S. M. se mostraba cansado y lleno de tedio, lo que, como es sabido, le sucedía frecuentemente.

Siendo pues celosa, como hemos dicho, madama Dubarry quiso conocer á fondo las causas de la distracción del rey.

El rey contestó estas palabras memorables:

— Me ocupo mucho en la felicidad de mi nuera (de la que estaba lejos de ocuparse). Y no sé verdaderamente si el Delfin le dará esa felicidad.

— ¿Por qué no, señor?

— Porque me ha parecido que Luis ha mirado en Compiègne, en San Dionisio y en la Muette mucho más á las demás mujeres que á la suya.

— ¿De verás, señor? Si V. M. mismo no me dijese semejante cosa, no lo creería: sin embargo, madama la Delfina es muy hermosa.

— Es un poco flaca.

— ¡Es tan joven!.....

— Bueno, mirad á la señorita de Taverney: tiene la edad de la archiduquesa.

— ¿Y qué?

— Que es perfectamente hermosa.

Un rayo brilló en los ojos de la condesa y advirtió al rey su aturdimiento.

— Pero vos misma, querida condesa, replicó vivamente el rey, vos que habláis, estoy seguro de que á los diez y seis años estabais redonda como los pastores de nuestro amigo Boucher.

Esta ligera adulación arregló un poco el estado de las cosas; sin embargo, el golpe se había dado.

Así, pues, madama Dubarry tomó la ofensiva haciéndose la dengosa.

— ¡Hola! dijo, ¿conque es muy linda esa señorita de Taverney?

— ¡Eh! ¿lo sé yo por ventura? dijo Luis XV.

— ¡Cómo! ¿la elogiáis, y decís que no sabéis si es bonita?

— Sé que no es flaca, y nada más.

— ¿Luego la habéis visto y examinado?

— ¡Ah! querida condesa, me armáis celadas, ¿eh? Ya sabéis que soy corto de vista. Lllaman mi atención las cosas en globo, pero no reparo en los detalles. En madama la Delfina he visto huesos, y eso es lo que puedo decirlos.

— Y en la señorita de Taverney habéis visto cosas en globo, como decís, porque madama la Delfina es una beldad distinguida, y la señorita de Taverney es una beldad vulgar.

— ¡Vamos, pues! dijo el rey; ¿por esa cuenta, Juana, no seréis una beldad distinguida? Creo que os burláis.

— Bueno, un cumplimiento, dijo en voz baja la condesa; ¿desgraciadamente este cumplimiento sirve de capa á otro cumplimiento, que no es para mí! y añadió en voz alta: ¡Pardiez! me alegraría que madama la Delfina escogiese damas de honor que se las pudiera mirar á la cara; porque es terrible ver una corte compuesta de viejas.

— ¿Á quién se lo decís, querida amiga? Ayer mismo se lo decía yo al Delfin; pero á ese marido todo le es indiferente.

— Y no sería malo que para comenzar tomase á esa señorita de Taverney. ¿Que os parece?

— Creo que la tomará, respondió Luis XV.

— ¡Ah! ¿sabéis eso, señor?

— Á lo menos creo que así lo he oído decir.

— Es una muchacha sin fortuna.

— Si, pero de buena casa; de esos Taverney Casa-Roja, antiguos y leales servidores.

— ¿Quién los protege?

— No sé nada de eso; pero creo que son unos pelones, como vos decís.

— Entonces no será el señor de Choiseul, porque estarían repletos de pensiones.

— Condesa, condesa, os suplico que no hablemos de política.

— ¿Es hablar de política, decir que los Choiseul os arruinan?

— Ciertamente, dijo el rey levantándose.

Una hora después S. M. había vuelto al gran Triánón, alegre y satisfecho de haber inspirado celos, pero diciendo á media voz, como hubiese hecho el señor de Richelieu á los 30 años:

— En verdad que empalagan las mujeres celosas.

Tan luego como se retiró el rey, se levantó á su vez madama Dubarry y pasó á su gabinete, donde esperaba Chou, impaciente por saber noticias.

— Parece, dijo, que has alcanzado en estos últimos días un gran triunfo, pues has sido presentada anteayer á la Delfina, y admitida ayer á su mesa.

— ¡Sí, valiente cosa!

— ¡Cómo! ¿valiente cosa! ¿Sabes tú que á estas horas hay cien carruajes que corren detrás de tu sonrisa matutina por el camino de Luciennes?

— Lo siento.

— ¿Por qué?

— Porque es tiempo perdido; ni coches ni gentes obtendrán hoy mi sonrisa.

— ¡Oh! ¡oh! condesa, ¿el tiempo está tempestuoso?

— ¡Sí, pardiez! Mi chocolate, pronto, mi chocolate.

Chon llamó, y acudió Zamora.

— Mi chocolate, dijo la condesa.

Zamora partió lentamente contando sus pasos y dándose la importancia de un personaje.

— Este picaro quiere matarme de hambre, gritó la condesa; cien azotes si no corres.

— Yo no correr, porque yo ser gobernador, dijo majestuosamente Zamora.

— ¡ Ah ! ¡ tú gobernador ! dijo la condesa cogiendo un latiguillo de puño de plata destinado á mantener la paz entre los perros y gatos de la condesa : ¡ ah ! ¡ tú gobernador ! Aguarda, aguarda, yo te haré ver si eres gobernador.

Al ver Zamora el látigo, echó á correr agitando todas las campanillas y lanzando grandes gritos.

— Estáis feroz hoy, Juana, dijo Chon.

— Tengo derecho para estarlo, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh ! sí, decís bien ; pero os dejo, querida mía.

— ¿ Por qué ?

— Temo que me devoréis.

Tres golpes sonaron en la puerta del gabinete.

— Bueno : ¿ quién llama ahora ? dijo la condesa con impaciencia.

— No dejará de ser bien recibido, murmuró Chon.

— Vale más que yo sea mal recibido, dijo Juan empujando la puerta con un desembarazo regio.

— Y bien, ¿ qué sucedería si fueras mal recibido ? porque al fin esto sería posible.

— Sucedería, dijo Juan, que no volvería á poner aquí los pies.

— ¿ Y qué ?

— Que habrías perdido más que yo en recibirme mal.

— ¡ Impertinente !

— Bueno, soy impertinente porque no adulo. ¿ Qué es lo que tiene hoy, querida Chon ?

— No lo sé, pero no quiere hablar, está insociable. ¡ Ah ! aquí está el chocolate.

— Pues bien, no la hablemos. Buenos días, mi chocolate, dijo Juan cogiendo la bandeja ; ¿ cómo estás, chocolate ?

Y fué á llevar la bandeja á un rincón y la puso sobre una mesita delante de la cual se sentó.

— Ven, Chon, dijo, ven, los que son demasiado orgullosos no tomarán chocolate.

— ¡ Hola ! estáis hoy muy agradecidos, dijo la condesa viendo á Chon hacer señas con la cabeza á Juan que podía desayunarse solo ; os hacéis los susceptibles y no veis que sufro.

— ¿ Pero qué es lo que tienes ? preguntó Chon acercándose.

— ¡ No, exclamó la condesa, no hay uno de ellos que piense en lo que me ocupa !

— ¿ Pero qué cosa te ocupa ? dí.

Juan no se menzó y siguió impávido untando sus tostadas de manteca.

— ¿ Te hace falta dinero ? preguntó Chon.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, dijo la condesa, antes le faltará al rey.

— Entonces, préstame mil luises, dijo Juan ; los necesito.

— Mil papirotazos en tu gorda y colorada nariz.

— ¿ Conque decididamente el rey protege á ese abominable Choiseul ? preguntó Chon.

— Buena noticia : ya sabes que son inamovibles.

— ¿ Conque está enamorado de la Delfina ?

— ¡ Ah ! te aproximas : ¡ magnífico ! pero mira á ese ganso que se atraca de chocolate, y que no mueve

ni el dedo meñique para acudir en mi auxilio. ¡ Oh ! esos dos seres me matarán de pesar.

Sin cuidarse Juan de la tempestad que rugía á su espalda, cortó otro panecillo, lo untó de manteca, y se puso á tomar otra jicara de chocolate.

— ¡ Cómo ! exclamó Chon, ¿ el rey está enamorado ?

Madama Dubarry hizo una seña con la cabeza, que quería decir :

— Has acertado.

— ¡ Y de la Delfina ! continuó Chon juntando las manos. Pues bien, tanto mejor, supongo que no será incestuoso, y debes estar tranquila : más vale que se enamore de esa que de otra cualquiera.

— ¿ Y si no estuviese enamorado de esa, sino de otra ?

— ¡ Bueno ! exclamó Chon poniéndose pálida. ¡ Oh, Dios mío, Dios mío ! ¿ qué me dices ?

— ¡ Bien ! ponte mala ahora, pues es lo único que nos falta.

— ¡ Ah ! si eso es así, murmuró Chon, estamos perdidos : ¿ y tú lo sufres, Juana ? ¿ Pero de quién está enamorado ?

— Pregúntalo á tu hermano ; él te lo dirá, porque lo sabe, ó por lo menos lo sospecha.

Juan levantó la cabeza.

— Me hablan, dijo.

— Sí, señor diligente, sí, señor utilísimo, dijo Juana, se os pregunta el nombre de la persona que ocupa al rey.

Juan se llenó herméticamente la boca, y haciendo un gran esfuerzo, pronunció estas cuatro palabras :

— La señorita de Taverney.

— ¡ La señorita de Taverney ! exclamó Chon. ¡ Ah, misericordia !

— Lo sabe ¡ el verdugo ! dijo la condesa recostán-

dose sobre el respaldo de su sillón y levantando los brazos al cielo : ¡ lo sabe y come !

— ¡ Oh ! exclamó Chon abandonando visiblemente el partido de su hermano para pasarse al campo de su hermana.

— No sé en verdad, exclamó la condesa, porque no le arranco los ojos, hinchados todavía de sueño perezoso. Ahora se levanta, querida mía, ahora se levanta.

— Os engañáis, dijo Juan, yo no me he acostado.

— ¿ Pues qué has hecho entonces, gorrón ?

— Pardiez, dijo Juan, no he cesado de andar en toda la noche y toda la mañana.

— ¡ Cuando yo lo decía !... ¡ oh ! ¿ quién me servirá mejor de lo que me sirven ? ¿ quién me dirá qué se ha hecho esa joven ? ¿ dónde está ?

— ¿ Dónde está ? preguntó Juan.

— Sí.

— ¡ Pardiez ! en París.

— ¿ En París ?... ¿ pero en qué sitio de París ?

— En la calle Coq-Herón.

— ¿ Quién te lo ha dicho ?

— Su cochero, á quien esperaba yo en las caballerizas y le he preguntado.

— ¿ Y qué te ha dicho ?

— Que acababa de conducir á todos los Taverney á una casa de la calle Coq-Herón, situada en un jardín y contigua á la casa de Armenonville.

— ¡ Ah ! ¡ Juan ! ¡ Juan ! exclamó la condesa : he ahí lo que me reconcilia contigo, amigo mío ; pero convendrá saber estos detalles : ¿ Cómo vive ? ¿ qué hace ? ¿ recibe cartas ? Importa averiguar todo esto.

— Pues bien, se sabrá.

— ¿ Y cómo ?

— ¿ Cómo, eh ? Yo he hecho mis indagaciones : haced ahora las vuestras.

— ¿Calle Coq-Héron? dijo vivamente Chon.

— Calle Coq-Herón, respondió Juan con la mayor calma.

— Pues bien, en la calle Coq-Herón debe haber cuartos que se alquilan.

— ¡Oh! excelente idea, exclamó la condesa. Es menester ir ahora mismo á la calle Coq-Herón, Juan, y alquilar una casa. Allí se ocultará una persona; esta persona verá entrar, verá salir, verá maniobrar. ¡Pronto, pronto, al coche, y vamos á la calle Coq-Herón!

— Es inútil: no hay cuartos desalquilados en la calle Coq-Herón.

— ¿Y cómo sabes eso?

— ¡Toma! porque me he informado; pero los hay.....

— ¿Dónde? veamos.

— En la calle Platriere.

— ¿Qué calle es esa?

— ¿Qué calle?

— Si.

— Es una calle cuyos accesorios dan á la calle Coq-Herón.

— Pues bien, ¡pronto, pronto! dijo la condesa, alquilemos un cuarto en la calle Platriere.

— Está alquilado, dijo Juan.

— ¡Hombre admirable! exclamó la condesa. Abrazame, Juan, abrazame.

Juan se limpió la boca, abrazó á madama Dubarry y le hizo una ceremoniosa reverencia en señal de agradecimiento por el honor que acababa de recibir.

— ¡Esto es magnífico! dijo Juan.

— ¿Supongo que no te habrán conocido!

— ¡Quién diablos quieres que me conozca en la calle Platriere!

— ¿Y has alquilado.....

— Un cuarto en una casa muy oscura.

— ¿Y te habrán preguntado para quién?

— Sin duda.

— ¿Y qué has contestado?

— Que era para una joven viuda. ¿Eres tú viuda, Chon?

— ¡Pardiez! dijo Chon.

— Perfectamente, dijo la condesa; Chon será la que se instale en la habitación; Chon será la que espie y vigile; pero es necesario no perder tiempo.

— Quiero, pues, marchar ahora mismo, dijo Chon. ¡Los caballos, los caballos!

— ¡Los caballos! gritó madama Dubarry llamando.

Juan y la condesa sabían á qué atenerse respecto de las relaciones amorosas que se suponían entre el rey y Andrea.

Solo al presentarse esta joven había despertado la atención del rey, luego Andrea era peligrosa.

— Esa muchacha, dijo la condesa mientras engancharon el tiro al coche, no sería verdadera provinciana, si desde su palomar no hubiese traído á París algún amante tímido; descubramos quién es ese amante, y pronto un casamiento. Nada enfriará al rey como un casamiento entre amantes de provincia.

— ¡Diablo! todo lo contrario, dijo Juan; para S. M. cristianísima, y tú, condesa, lo sabes mejor que nadie, es un plato apetitoso una muchacha casada; pero una joven que tuviese amante contrariará mucho á S. M.

— El coche está dispuesto, dijo.

Chon se lanzó fuera de la habitación, después de haber apretado la mano de Juan y abrazado á su hermana.

— ¿Por qué no la conduces tú, Juan? dijo la condesa.

— No por cierto ; yo iré por mi lado, respondió Juan. Espérame en la calle Platriere, Chon. Y será la primera visita que recibas en tu nueva habitación.

Partió Chon, y Juan volvió á sentarse á la mesa para tomarse la tercera jicara de chocolate.

Chon trató en primer lugar de tomar el aire provinciano que pudiese, á cuyo efecto había mudado de traje y se había cubierto sus espaldas aristoeráticas con una manteleta de seda negra ; media hora después subía con Silvia una altísima escalera que conducía á un cuarto piso.

En este cuarto piso estaba la habitación alquilada por el vizconde.

Cuando llegó al tramo del segundo piso, se volvió Chon para ver quién la seguía.

Era la vieja propietaria que habitaba el primer piso, y que al oír ruido había salido y se hallaba turbada y sorprendida de ver á dos mujeres tan jóvenes y tan lindas entrar en su casa.

Levantó su cabeza ceñuda y vió dos cabezas risueñas.

— ¡ Hola ! señoritas, ¿ qué venís á buscar aquí ?

— La habitación que mi hermano ha alquilado para nosotras, señora, dijo Chon afectando su aire de viuda : ¿ no lo habéis visto, ó hemos equivocado la casa ?

— No, no, es en el cuarto piso, dijo la vieja propietaria. ¡ Ah ! pobre joven, viuda á vuestra edad !

— ¡ Ay ! exclamó Chon levantando los ojos al cielo.

— Pero estaréis muy bien en la calle Platriere, es una calle muy buena ; no tendréis ruido : vuestra habitación da á los jardines.

— Esto es lo que he deseado, señora.

— Sin embargo, por el corredor podréis ver en la calle cuando pasen las procesiones y cuando representen los perros sabios.

— ¡ Ah ! será una gran distracción, señora, suspiró Chon, y continuó subiendo.

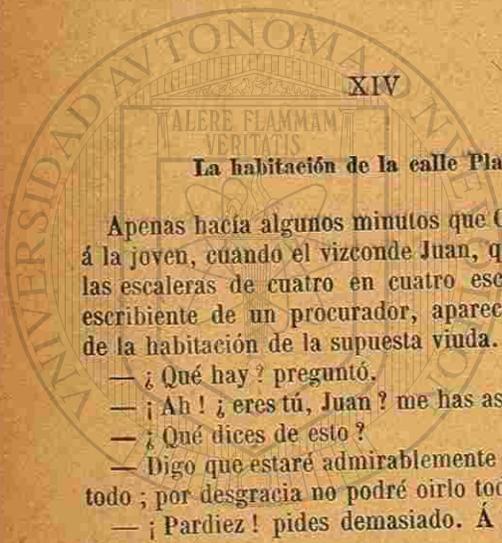
La vieja propietaria la siguió con la vista hasta el cuarto piso, y cuando Chon cerró la puerta, dijo :

— Me parece buena mujer.

En seguida corrió hacia las ventanas que daban al jardín.

Juan no se había equivocado ; casi debajo de las ventanas de la habitación alquilada estaba el pabellón designado por el cochero.

Bien pronto debió desaparecer hasta la menor duda : una joven vino á sentarse al lado de la ventana del pabellón con un bordado en la mano ; era Andrea.



La habitación de la calle Platriere

Apenas hacía algunos minutos que Chon examinaba á la joven, cuando el vizconde Juan, que habia subido las escaleras de cuatro en cuatro escalones como el escribiente de un procurador, apareció en el umbral de la habitación de la supuesta viuda.

- ¿ Qué hay ? preguntó.
- ¡ Ah ! ¿ eres tú, Juan ? me has asustado.
- ¿ Qué dices de esto ?
- Digo que estaré admirablemente aquí para verlo todo ; por desgracia no podré oirlo todo.
- ¡ Pardiez ! pides demasiado. Á propósito : otra noticia.
- ¿Cuál ?
- Maravillosa.
- ¡ Bah !
- Incomparable.
- Este hombre es capaz de asesinar con sus exclamaciones.
- El filósofo.....
- Y bien, ¿ qué ! ¿ el filósofo ?
- Por más que digan.....
- El sabio estará preparado á todo evento.
- Yo soy un sabio ; pues bien, no estaba preparado á esto.

— Te suplico que acabes. ¿ Te estorba esta muchacha ? en este caso pasa al cuarto inmediato, Silvia.

— ¡ Oh ! no, todo lo contrario ; quédate, Silvia, quédate.

Y el vizeconde acarició con el dedo la barba de la muchacha, cuyo ceño se fruncia ya con la idea de que se iba á decir una cosa que ella no oiría.

- Que se quede en hora buena ; pero habla.
- No liago otra cosa desde que estoy aquí.
- Para no decir nada, calla entonces y déjame mirar : mejor será esto.
- Cálmate. Pasaba, pues, como digo, por delante de la fuente.
- Precisamente no decías una palabra de esto
- Bueno : ¿ me interrumpes ?
- No.
- Pasaba, pues, por delante de la fuente, y ajustaba algunos muebles viejos para esta fea habitación, cuando de repente siento que el agua salpica mis medias.
- ¿ Qué interesante es todo eso !
- Espera ; eres demasiado ejecutiva, amiga mía ; miro... y veo... ¿ adivinas qué ?
- No, prosigue.
- Veo á un caballerito obstruyendo con un pedazo de pan el caño de la fuente, y produciendo, gracias al obstáculo que oponía el agua, aquella extravasación y aquel surtidor.
- Es interesante lo que me cuentas, dijo Chon encogiéndose de hombros.
- Espera ; al sentirme salpicado eché mil maldiciones ; el hombre del pan mojado se vuelve, y veo.....
- ¿ Á quién ves ?
- Á mi filósofo, ó más bien nuestro filósofo.
- ¿ Quién, Gilberto ?

— En persona, con la cabeza descubierta, con la casaca desabrochada, con las medias arrugadas y los zapatos sin hebillas; en fin, en un elegante *négligé*.

— Gilberto... y ¿qué te dijo?

— Le reconozco, me reconoce; me adelanto, retrocede; alargo el brazo, abre las piernas y corre como una liebre entre los coches y los aguadores.

— ¿Y lo has perdido de vista?

— Ya lo creo; no había de ponerme á correr también, ¿no es verdad?

— ¡Verdad es, Dios mío! era imposible, comprendo: pero lo has perdido de vista.

— ¡Que desgracia! exclamó Silvia.

— Si por cierto, dijo Juan, le debo una buena ración de zurra, y si le hubiese echado mano al cuello, te juro que no hubiera perdido nada por esperar; pero sin duda adivinó mi buena intención y puso los pies en polvorosa. No importa, está en París, que es lo esencial, y en París, por poco amigo que sea uno del subdelegado de policía, se encuentra todo lo que se busca.

— Será preciso.

— Y cuando le tengamos en nuestro poder le haremos ayunar.

— Se le encerrará, dijo Silvia: sólo que esta vez será preciso escoger un sitio seguro.

— Y Silvia le llevará á ese sitio seguro su pan y su agua, ¿no es verdad, Silvia? dijo el vizconde.

— Hermano mío, no nos riamos, dijo Chon; ese muchacho presenció el lance de los caballos de posta, y si tuviese motivos para querernos mal, podría hacernos daño.

— Por eso al subir la escalera, replicó Juan, he convenido conmigo mismo en ir á ver al señor de Sartines y contarle mi hallazgo. El señor de Sartines

me contestará que un hombre sin sombrero, con las medias casi caídas, los zapatos en chancas, y que moja su pan en una fuente, debe habitar muy cerca del sitio donde se le encuentra de esa manera pergeñado, y entonces se comprometerá á buscárnoslo.

— ¿Qué puede hacer aquí Gilberto sin dinero?

— Desempeñar algunas comisiones.

— ¡Eh! ¡un filósofo de una especie tan salvaje! ¡Bah! ¡bah!

— Habrá encontrado, dijo Silvia, alguna vieja devota que sea parienta suya, que le dará los mendrugos de pan, demasiado duros para su perro.

— Basta, basta: guarda la ropa blanca en ese armario viejo, Silvia, y tú, hermano mío, á tu observatorio.

Aproximáronse, en efecto, á la ventana con grandes precauciones.

Andrea dejó su bordado, extendió negligentemente sus piernas sobre un sillón, después alargó la mano para coger un libro colocado sobre una silla que estaba á su lado, lo abrió y comenzó la lectura que los espectadores juzgaron ser de las más interesantes, porque la joven permaneció inmóvil desde el momento que principió.

— ¡Oh! ¡qué estudiosa es! dijo Chon. ¿Qué leerá?

— Primer mueble indispensable, respondió el vizconde sacando de su bolsillo un antejo que alargó y flechó á Andrea, apoyándolo para tomar bien la puntería en el ángulo de la ventana.

Chon lo miraba con impaciencia.

— ¡Y bien! sepamos, ¿es verdaderamente linda esa criatura? preguntó al vizconde.

— ¡Admirable! es una muchacha perfecta; ¡qué brazos! ¡qué manos! ¡qué ojos! ¡qué labios! capaces de tentar al mismo san Antonio: ¡los pies, ¡oh!

los pies divinos! el tobillo... ¡ qué tobillo debajo de aquella media de seda!

— ¿A que te vas á enamorar de ella? dijo Chon: no nos faltaba más que eso.

— Y al cabo, ¿ qué mal habría en eso, principalmente si ella me quería? esto tranquilizaría algo á nuestra pobre condesa.

— Veamos: dame ese antejo, y deja por un momento tu charla, si es posible... sí, verdaderamente es linda esa joven, y es imposible que no tenga un amante... ella no lee, mira... el libro se le va á caer de las manos... se desliza... Juan, no lee, medita.

— Ó duerme.

— Con los ojos abiertos: ¡ hermosos ojos, á fe mía!

— En todo caso, dijo Juan, si tiene un amante lo veremos bien desde aquí.

— Si viene de día, porque si viene de noche.....

— ¡ Diabla! no pensaba en eso, y sin embargo, es la primera cosa en que debía haber pensado... eso prueba hasta qué punto soy inocente.

— Si, inocente como un procurador.

— ¡ Bueno! estoy prevenido, inventaré cualquier cosa.

— ¡ Pero qué buen antejo es este! dijo Chon: leeré casi en el libro.

— Lee, y dime el título: acaso adivine algo por el título.

Chon avanzó con curiosidad, pero retrocedió con más prontitud que había avanzado.

— ¿ Qué es eso? preguntó el vizconde

Chon le cogió el brazo.

— Mira con precaución, hermano mío, dijo, mira quién es la persona que se asoma á aquella ventana de la izquierda. Cuidado no te vea.

— ¡ Oh! ¡ oh! exclamó sordamente Dubarry, el que me ha mojado las medias. ¡ Dios me perdone!

— Se va á echar abajo.

— No tal; se agarra del alero del tejado.

— Pero ¿ qué mira con aquellos ojos ardientes y aquella embriaguez salvaje?

— Acecha.

El vizconde se dió una palmada en la frente.

— ¡ Ah! ¡ ah! ya sé, exclamó.

— ¿ Qué? está acechando á nuestra hermosa dama.

— ¿ La señorita de Taverney?

— Sí, la misma. Ahí tienes el amante del palomar; ella viene á Paris, y él corre tras ella. Ella se hospeda en la calle Coq-Herón, y él se escapa de nuestro poder para venir á vivir á la calle Platriere; él la mira, y ella medita.

— ¡ Pardiez! es verdad, dijo Chon; mira aquellos ojos, aquella fijeza, aquel fuego livido: está perdidamente enamorado.

— Hermana mía, dijo Juan, no nos cansemos en acechar á la enamorada; el amante hará el gasto. Ahora déjame pasar, pues voy á ver al señor de Sartines. Pero cuidado no te vea el filósolo, pues ya sabes si levanta pronto el campo.

Plan de campaña

El señor de Sartines había vuelto á su casa á las tres de la madrugada, muy cansado, pero muy satisfecho de la fiesta que había improvisado al rey y á madama Dubarry.

Reanimado por la llegada de madama la Delfina, el entusiasmo popular había saludado á S. M. con muchos gritos de ¡ viva el rey ! muy disminuídos de volumen desde aquella famosa enfermedad de Metz, durante la cual se había visto á toda la Francia en las iglesias ó en peregrinación para alcanzar la salud del joven Luis XV, llamado en aquella época Luis XV el muy amado.

Por otro lado, madama Dubarry, que no dejaba de ser insultada en público por algunas aclamaciones de un género particular, había obtenido, por el contrario, una favorable acogida, contra lo que ella misma esperaba, por parte de muchas filas de espectadores, de suerte que, satisfecho el rey, dirigió una leve sonrisa al señor de Sartines, y éste estaba seguro de un buen agradecimiento.

En este supuesto creyó poder levantarse á las doce del día, cosa que no le había sucedido hacía ya mucho tiempo, y había aprovechado al levantarse aquella especie de vacación que él mismo se daba para probarse una ó dos docenas de pelucas nuevas, escu-

chando al mismo tiempo los partes de aquella noche, cuando al encasquetarse la sexta peluca, y al llegar á la tercera parte de la lectura, anunciaron al vizconde Juan Dubarry.

— Bueno, dijo para sí el señor de Sartines, he aquí mi recompensa. ¿ Quién sabe ? ¡ las mujeres son tan caprichosas ! Haced entrar al señor vizconde en el salón.

Juan, fatigado ya de su madrugada, se sentó en un sillón, y el subdelegado de policía, que no tardó en presentársele, pudo convencerse que la conferencia no tendría nada de desagradable.

En efecto, Juan parecía hallarse muy contento.

Los dos hombres se apretaron la mano.

— Y bien, vizeconde, preguntó el señor de Sartines, ¿ qué os trae tan temprano á mi casa ?

— En primer lugar, contestó Juan, habituado ante todas cosas á adular el amor propio de las personas de quienes necesitaba obtener algún servicio, en primer lugar, vengo á cumplimentaros por la acertada dirección de vuestra fiesta de ayer.

— ¡ Ah ! gracias. ¿ Es eso oficialmente ?

— Oficialmente, en cuanto á Luciennes.

— Es todo lo que necesito. ¿ No es allí donde sale el sol ?

— Y donde también se pone algunas veces.

Y Dubarry soltó una careajada grosera y estrepitosa que daba á su persona la natural honradez que frecuentemente necesitaba.

— Pero además de los cumplimientos que tengo que tributaros, vengo también á pedir un servicio.

— Dos, si puedo hacerlos.

— ¡ Oh ! ante todas cosas, decidme : ¿ cuando se pierde una cosa en París, hay esperanza de hallarla ?

— Si no vale nada ó vale mucho, sí.

— Lo que yo busco no vale gran cosa, dijo Juan meneando la cabeza.

— ¿Qué buscáis?

— Busco un muchacho de diez y ocho años poco más ó menos.

El señor de Sartines alargó la mano hacia un papel, cogió un lápiz y escribió:

— Diez y ocho años. ¿Cómo se llama vuestro muchacho?

— Gilberto.

— ¿Qué hace?

— Supongo que lo menos que puede.

— ¿De dónde viene?

— De la Lorena.

— ¿Dónde estaba?

— Al servicio de los Taverney.

— ¿Le han traído consigo?

— No: mi hermana Chon le recogió en el camino muerto de hambre; le hizo subir á su coche y le llevó á Luciennes, y allí....

— Y bien, ¿qué hizo allí?

— Temo que el bribón abusó de la hospitalidad.

— ¿Ha robado?

— No digo eso.

— Pero en fin....

— Digo que huyó de una manera extraña.

— ¿Y ahora queréis verle?

— Sí.

— ¿Tenéis alguna idea del sitio donde pueda estar?

— Le he visto hoy en la fuente que forma el ángulo de la calle Platriere, y he tenido ocasión de pensar que vive en la misma calle, y aun creo que podría designar la casa.

— Pues si conocéis la casa, nada es más fácil que cogerlo. ¿Qué queréis hacer de él cuando le tengáis

en vuestro poder? ¿Se le encerrará en Charentón ó en Bicetre?

— No precisamente eso.

— ¿Oh! todo lo que queráis, Dios mío; no os incomodeis.

— No, ese muchacho agrada á mi hermana, y quisiera tenerle á su lado, porque es muy listo. Ahora bien, si con dulzura pudiéramos atraerle, sería mejor.

— Se intentará ese medio. ¿No habéis hecho ninguna pregunta en la calle Platriere para saber en que casa se hallaba?

— ¡Oh! no: ya comprendéis que no he querido hacerme notable, ni comprometer mi posición; me habia visto, y ha escapado como si el diablo le llevara: si hubiera sabido que yo conocía su retiro, tal vez lo hubiera abandonado.

— Es verdad. ¿Decís que en la calle Platriere? ¿al fin al medio ó al principio de la calle?

— Sobre poco más ó menos, á la tercera parte de ella.

— Estad tranquilo; voy á enviaros allí un hombre diestro.

— ¡Ah! querido subdelegado, un hombre diestro, por mucho que lo sea, hablará siempre algo.

— ¡Ah! comprendo: perdonadme que no haya caído en la cuenta: quisierais que yo mismo... es verdad, tenéis razón... será mejor... porque hay en esto dificultades que no sospecháis.

Aunque Juan estaba persuadido de que el magistrado quería hacerse valer un poco, no quiso quitar nada á la importancia de su papel, y aun añadió:

— Precisamente á causa de esas dificultades que presentáis deseo que vayáis en persona.

El señor de Sartines llamó á su ayuda de cámara.

— Que pongan el coche, dijo.

— Yo traigo uno, dijo Juan.

— Gracias; prefiero el mío, porque no tiene armas y participa de un justo medio entre el fiacre y la carretela. Es un carruaje que se pinta todos los meses, y que por esta razón difícilmente es conocido. Ahora mientras enganchan permitid que me asegure si mis pelucas nuevas me sientan bien.

— Haced lo que gustéis, hijo Juan.

El señor de Sartines llamó á su peluquero: éste era un artista y traía á su cliente una verdadera colección de pelucas: las había de todas formas, de todos colores y de todas dimensiones: pelucas de golillas, pelucas de abogado, pelucas de asentista y pelucas de cortesano. El señor de Sartines, para hacer sus indagaciones, cambiaba de trajes tres ó cuatro veces al día, y tenía sumo cuidado en la exactitud del vestido.

Cuando el magistrado se probaba su vigésimacuarta peluca, vinieron á avisarle que estaba preparado el coche.

— ¿Conoceréis bien la casa? preguntó á Juan el señor de Sartines.

— ¡Pardiez! la veo desde aquí.

— ¿Habéis examinado la entrada?

— Es la primera cosa en que he pensado.

— ¿Y cómo es esa entrada?

— Hay una alameda.

— ¿Decís que hay una alameda, y que la casa estará hacia la tercera parte de la calle?

— Sí, con puerta secreta.

— Con puerta secreta, ¡diablo! ¿sabéis el piso que ocupa vuestro fugitivo?

— En las bohardillas. Pero ya estamos cerca; veo la fuente.

— Al paso, cochero, dijo el señor de Sartines

El cochero moderó su carrera, y el señor de Sartines echó los cristales.

— Mirad, dijo Juan, es esa casa sucia.

— ¡Ah! justamente, exclamó el señor de Sartines dando una palmada; he ahí lo que yo temía.

— ¡Cómo! ¿teméis alguna cosa?

— ¡Ah! sí.

— ¿Y qué teméis?

— Sois desgraciado.

— Explicaos.

— Pues bien, esa casa sucia que habita vuestro fugitivo es precisamente la casa de M. Rousseau, de Ginebra.

— ¿Rousseau el escritor?

— Sí.

— ¿Y qué os importa?

— ¿Cómo! ¿qué me importa? ¡Ah! bien se ve que no sois subdelegado de policía, y que no tenéis que habéros las con filósofos.

— ¡Bah! ¡Gilberto en la casa de M. Rousseau! ¿qué probabilidad hay para eso?

— ¿No habéis dicho que vuestro joven era filósofo?

— Sí.

— Pues bien: Dios los cría y ellos se juntan.

— En fin, supongamos que esté en casa de M. Rousseau.

— Sí, supongamos eso.

— ¿Qué resultará de ahí?

— Que no le cogereis, ¡pardiez!

— ¿Por qué?

— Porque M. Rousseau es muy temible.

— ¿Por qué no le encerrais en la Bastilla?

— Lo he propuesto el otro día al rey, pero no se ha atrevido.

— ¿Cómo! ¿no se ha atrevido?

— No: ha querido dejarme la responsabilidad de esta prisión, y á fe mía no he sido más valiente que el rey.

— ¿De veras?

— Como os lo digo; se mira uno mucho antes de tocar el pelo á esos señores filósofos; ¡ diablo! ¡ un rapto en casa de M. Rousseau! no á fe mía, querido mío, no á fe mía.

— En verdad, mi querido magistrado, que os encuentro extrañamente tímido; ¿ el rey no es el rey, y vos el subdelegado de policía?

— Tenéis un modo de discurrir muy particular los que no vivís en medio del laberinto de los negocios. Cuando decís: « El rey no es el rey, » creéis haberlo dicho todo. Pues bien, escuchad esto, mi querido vizconde. Mejor quisiera apoderarme de vuestra persona en casa de madama Dubarry que sacar á vuestro Gilberto de casa de M. Rousseau.

— ¡ De veras! gracias por la preferencia.

— ¡ Sí, pardiez! se gritaría menos; pues no sabéis hasta qué punto tienen sensible la epidermis esos hombres de letras; á la menor desolladura chillan como si los enrodaran.

— Pero no nos forjemos fantasmas. ¿ Se sabe de positivo que M. Rousseau haya recogido á nuestro fugitivo? ¿ Esta casa de cuatro pisos le pertenece y la habita él solo?

— M. Rousseau no posee un óbolo, y por consiguiente no tiene casa en París; tal vez haya además de él quince ó más inquilinos en esta barraca. Pero tomad esto por regla de conducta: siempre que se presenta una desgracia con alguna probabilidad, contad con ella; si es una felicidad, no contéis con ella, debiendo tener presente que hay noventa y nueve probabilidades para el mal y una sola para el bien. Pero

aguardad; como sospechaba lo que nos sucede, he tomado notas.

— ¡ Qué notas?

— Mis notas sobre M. Rousseau. ¿ Creéis que da un paso sin que se sepa á dónde va?

— ¡ Pero de veras es peligroso?

— No, pero es revoltoso; semejante loco puede romperse á cada momento un brazo ó una pierna, y se diría que éramos nosotros los que se lo habíamos roto.

— ¡ Eh! que se le tuerza el pescuezo de una vez.

— ¡ Dios nos guarde de semejante cosa!

— Permitidme que os diga que eso es lo que no comprendo.

— El pueblo apedrea de vez en cuando á ese buen ginebrino; pero se lo reserva para sí, y si recibiera la menor china por nuestra parte, nosotros seríamos entonces los apedreados.

— ¡ Oh! no conozco todas esas ceremonias: dispensadme.

— Usaremos, pues, de las más minuciosas precauciones. Ahora comprobemos la única probabilidad que nos queda: la de que no esté en casa de M. Rousseau Ocultaos en el fondo del coche.

Juan obedeció, y el señor de Sartines mandó al cochero que diese algunos pasos.

Después abrió su cartera y sacó de ella algunos papeles.

— Veamos, dijo, si vuestro joven está con M. Rousseau. ¿ Desde qué día debe hallarse aquí?

— Desde el 16.

— 17. Han visto á M. Rousseau herborizar á las seis de la mañana en el bosque de Meudón; estaba solo.

— ¡ Estaba solo!

— Continuemos. A las dos de la tarde del mismo día herborizaba también, pero con un joven.

— ¡ Ah ! exclamó Juan.

— Con un joven, repitió el señor de Sartines, ¿ lo oís ?

— ¡ Sí, ese es, pardiez !

— ¿ Qué decís de esto ?

— El joven es de miserable apariencia.

— Eso es.

— Devora.

— Eso es.

— Los dos particulares arrancan plantas y las meten en una caja de hoja de lata.

— ¡ Diablo, diablo ! exclamó Dubarry.

— No es eso todo. Escuchad bien : por la tarde se lleva al joven ; á media noche éste no había salido de su casa.

— Bueno.

— 18. El joven no ha dejado la casa, y parece haberse instalado en la de M. Rousseau.

— Todavía tengo un resto de esperanza.

— Decididamente sois optimista ; no importa : participadme esa esperanza.

— Que tenga alguna parienta en la casa.

— Vamos, es menester satisfaceros, ó más bien quitaros toda esperanza. Alto, cochero.

El señor de Sartines se apeó, y no había andado diez pasos, cuando encontró un hombre vestido de color oscuro y de una apariencia bastante equívoca.

El hombre, al ver al ilustre magistrado, se quitó el sombrero y se lo volvió á poner sin dar al saludo más importancia, aunque el respeto y la fidelidad hubieran brillado en su mirada.

El señor de Sartines hizo una seña : el hombre se

aproximó, recibió algunas indicaciones y desapareció por la alameda.

El subdelegado de policía volvió á subir al carruaje.

Cinco minutos después volvió á presentarse el desconocido y se aproximó á la portezuela.

— Volveré la cabeza á la derecha, dijo Dubarry, para que no me vean.

El señor de Sartines se sonrió, recibió la confianza de su agente y le despidió.

— ¿ Qué hay ? preguntó Dubarry.

— ¡ Qué hay ! la probabilidad era mala, como me sospechaba ; en casa de Rousseau es donde está hospedado vuestro Gilberto. Si queréis creerme, renunciad á cogerle.

— ¿ Que renuncie ?

— Sí. No querréis sublevar contra nosotros, por un capricho, á todos los filósofos de París, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh, Dios mío ! ¿ qué dirá mi hermana Juana ?

— ¿ Conque tanto quiere á Gilberto ? preguntó el señor de Sartines.

— Sí, mucho.

— Pues bien, entonces os quedan los medios suaves ; usad de política, halagad á Rousseau, y en lugar de dejarse arrebatar á Gilberto contra su voluntad, nos lo entregará de buen grado.

— ¡ Pardiez ! tanto vale como darnos á amansar un oso.

— Acaso es menos difícil de lo que pensáis. Ea, no hay que desesperar ; á él le gustan las caras bonitas, la de la condesa es de las más lindas, y la de la señorita Chon no es desagradable ; decid, ¿ hará la condesa un sacrificio á su capricho ?

— Hará ciento.

— ¿ Consentirá en enamorarse de Rousseau ?

- Si fuera absolutamente preciso.....
- Esto puede ser muy útil; pero para aproximar á estos personajes uno á otro, es necesario un agente intermedio. ¿Sabéis de alguno que conozca á Rousseau?
- El señor de Conti.
- No me gusta; desconfía de los príncipes. Conviene echar mano de un hombre de poca monta, de un sabio, un poeta.
- No sé dónde están esas gentes.
- ¿No he encontrado en casa de la condesa al señor de Jussieu?
- ¿El botánico?
- Sí.
- Es verdad, me parece que sí. Viene á Trianón, y allí la condesa le deja destrozar las plantas del jardín.
- He ahí lo que necesitamos: precisamente Jussieu es de sus amigos.
- Entonces todo marchará á las mil maravillas.
- Ó poco menos.
- ¿Conque tendré á mi Gilberto?
- El señor de Sartines reflexionó un instante.
- Comienzo á creer que sí, dijo, y sin violencia, sin gritos. Rousseau os lo entregará atado de pies y manos.
- ¿Lo creéis así?
- Estoy seguro.
- ¿Qué es menester hacer para esto?
- Una cosa muy insignificante. ¿No tenéis hacia la parte de Meudón ó de Marly un terreno desocupado?
- ¡Oh! eso no falta; conozeo diez entre Luciennes y Eougival.
- Pues bien, mandad construir allí, ¿cómo diría yo? una trampa para filósofos.

- ¿Cómo habéis dicho?
- He dicho una trampa para filósofos.
- ¡Oh, Dios mío! ¿y cómo se construye eso?
- Yo os daré el plano, descuidad; y ahora partamos, partamos pronto, que nos están mirando. Cochero, arrima á esta casa.

XVI

Lo que sucedió al señor de La Vauguyón, preceptor de los príncipes de Francia, en la noche del casamiento del Delfín.

Los grandes acontecimientos de la historia son para el novelista lo que las montañas gigantes para el viajero. Las mira, da la vuelta al rededor de ellas y las saluda al pasar, pero no las atraviesa.

Así, pues, vamos á mirar dar la vuelta en su rededor y saludar esa ceremonia imponente del casamiento de la Delfina en Versalles. El Ceremonial de Francia es la única crónica que se puede consultar en semejante caso.

No es en efecto en los esplendores de Versalles de Luis XV, en la descripción de los vestidos de corte, de las libreas y de los ornamentos pontificales, donde nuestra historia, que modestamente marcha costeando el gran camino de la historia de Francia, puede hallar su interés y su ventaja.

Dejemos acabar la ceremonia á los rayos del sol ardiente de un hermoso día de mayo; dejemos á los ilustres convidados retirarse en silencio, contarse á comentar las maravillas del espectáculo á que acaban de asistir, y volvamos á nuestros acontecimientos y á nuestros personajes, los cuales no dejan de tener bastante valor histórico.

Cansado el rey de la representación, y sobre todo de

la comida, que habia sido larga y calcada sobre el ceremonial de la comida de boda del gran Delfín, hijo de Luis XIV, se retiró á su cámara á las nueve y despidió á todo el mundo, excepto al señor de La Vauguyón, preceptor de los príncipes de Francia.

Este duque, gran amigo de los jesuitas, que esperaba atraerse merced al crédito de madama Dubarry, veía terminada parte de su tarea con el casamiento del duque de Berry.

No era esta, sin embargo, la parte más laboriosa: pues quedaba todavía al preceptor de los príncipes de Francia la de perfeccionar la educación de los condes de Provenza y de Artois, que tenían á la sazón el primero quince años y el segundo trece. Aquel era taciturno é indómito, éste muy aturdido y revoltoso; y por otra parte, el Delfín, además de sus buenas cualidades, que le hacían un discípulo muy apreciable, era Delfín, es decir, el primer personaje de Francia después del rey. Por tanto el señor de La Vauguyón podía perder mucho perdiendo sobre tal espíritu la influencia que acaso una mujer iba á conquistar.

Al invitarle el rey á que se quedase, pudo creer el señor de La Vauguyón que S. M. comprendía aquella pérdida y quería indemnizarle por medio de alguna recompensa. Acabada una educación, es costumbre gratificar al preceptor, lo cual debió contribuir á redoblar la sensibilidad del señor de La Vauguyón, ya demasiado exquisita de suyo; así es que durante toda la comida no cesó de llevarse el pañuelo á los ojos como para manifestar el sentimiento que le causaba la pérdida de su discípulo. Después de los postres habia sollozado, pero al verse al fin solo, se sentía más tranquilo.

Al llamamiento del rey sacó de nuevo el pañuelo de su bolsillo y las lágrimas de sus ojos.

— Venid, mi padre La Vauguyón, dijo el rey instalándose cómodamente en un sitial; venid y hablaremos un rato.

— Estoy á las órdenes de V. M., respondió el duque.

— Sentaos, querido mío; debéis estar cansado.

— ¿Sentarme yo, señor?

— Sí, sin ceremonia.

Y Luis XV indicó al duque un taburete colocado de tal manera que las luces caían aplomo sobre el rostro del preceptor, y dejaban en la sombra el del rey.

— ¿Conque habéis concluido ya una educación? dijo Luis XV.

— Sí, señor. Y La Vauguyón suspiró.

— ¿Buena educación, á fe mía! continuó Luis XV.

— S. M. es demasiado bueno.

— Y que os hace mucho honor, duque.

— S. M. me favorece demasiado.

— Creo que el Delfín es uno de los príncipes sabios de Europa.

— Yo lo creo también, señor.

— ¿Buen historiador?

— Muy bueno.

— ¿Geógrafo perfecto?

— Señor, el Delfín levanta solo mapas que un ingeniero no haría.

— ¿Tornea con perfección?

— ¡Ah! señor, ese honor pertenece á otro, pues no he sido yo quien le ha enseñado eso.

— No importa; ¿el resultado es que sabe tornear?

— De una manera prodigiosa.

— ¿Y en la relojería?... ¡eh!... ¡qué destreza!

— Maravillosa, señor.

— Hace seis meses que todos mis relojes corren los unos á la par de los otros, como las cuatro ruedas de

un coche sin poder separarse; pues bien, él solo los arregla.

— Esto pertenece á la mecánica, señor, y debo confesar que tampoco he tenido parte en esa enseñanza.

— Sí, ¿pero las matemáticas, la náutica?

— ¡Oh! señor, he ahí las ciencias que he tratado de enseñarle.

— Y habéis logrado vuestro objeto. La otra noche le oí hablar con el señor de La Pérouse de obenques, palo mesana y cangrejas.

— Todos términos de marina... sí, señor.

— Habla de ellos como Juan Bart.

— Como que es profundo en esa ciencia.

— Sin embargo, á nadie más que á vos debe todo eso....

— V. M. me recompensa más de lo que alcanzan mis méritos, atribuyéndome una parte, por ligera que sea, en las ventajas preciosas que el Delfín ha sacado del estudio.

— La verdad, duque, es que creo que el Delfín será realmente un buen rey, un buen administrador, y un buen padre de familia... ¿Qué os parece, será un buen padre de familia?

— ¡Oh! señor, respondió cándidamente el señor de La Vauguyón, presumo que hallándose en germen todas las virtudes en el corazón del Delfín, ésta debe hallarse como las demás.

— No lo comprendéis, duque, dijo Luis XV: os pregunto si se será buen padre de familia.

— Señor, lo confieso, no comprendo á V. M. ¿En qué sentido me hace esa pregunta?

— ¿En qué sentido, en qué sentido?... ¿No habéis leído la Biblia?

— Sí, señor, la he leído.!

— Pues bien : conocéis á los patriarcas, ¿ no es verdad ?

— Sin duda.

— ¿ Será un buen patriarca ?

El señor de La Vauguyón miró al rey como si le hubiese hablado en hebreo, y dando vueltas á su sombrero entre sus manos :

— Señor, respondió, un gran rey es todo lo que quiere.

— Perdonad, señor duque, insistió el rey : veo que no nos entendemos bien.

— Señor, procuro sin embargo explicarme lo mejor que puedo.

— En fin, dijo el rey, voy á hablar más claramente. Veamos, conocéis al Delfín como á vuestro hijo, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh ! ciertamente, señor.

— ¿ Sus inclinaciones ?

— Sí, señor.

— ¿ Y sus pasiones ?

— ¡ Oh ! en cuanto á sus pasiones, señor, es otra cosa ; apenas monseñor las hubiera tenido, las habria yo extirpado radicalmente ; pero por fortuna no he necesitado tomarme este trabajo, porque monseñor no tiene pasiones.

— ¿ Habéis dicho por fortuna ?

— Señor, ¿ no es una felicidad ?

— ¿ Conque no las tiene ?

— Pasiones no, señor.

— ¿ Ni una ?

— Ni una : os respondo de ello.

— Pues bien : he ahí precisamente lo que yo temía. El Delfín será un buen rey, un buen administrador, pero no será jamás un buen patriarca.

— ¡ Ay ! señor, vos no me habéis encargado que educase al Delfín para el patriarcado.

— Es verdad, y confieso que he hecho mal, pues debía haber pensado que un día habia de casarse. Pero aun cuando no tenga pasiones, ¿ no le condenaréis enteramente ?

— ¿ Cómo ?

— Quiero que no le juzgáis incapaz de tenerlas algún día.

— Señor, tengo miedo.

— ¿ Cómo que tenéis miedo ?

— En verdad, dijo lastimeramente el pobre duque, que V. M. me pone en un suplicio.

— Señor de La Vauguyón, exclamó el rey, que comenzaba á impacientarse, os pregunto claramente sí, con pasiones ó sin ellas, el duque de Berry será un buen esposo. Dejo á un lado la calificación de padre de familia, y abandono al patriarca.

— Pues bien, señor, eso es precisamente lo que no podré decir á V. M.

— ¡ Cómo ! ¿ no podréis decírmelo ?

— No, señor, porque no lo sé.

— ¡ No lo sabéis ! exclamó Luis XV con un asombro que hizo oscilar la peluca sobre la cabeza del señor de La Vauguyón.

— Señor, el duque de Berry vivía bajo el techo de V. M. con la inocencia propia del niño que estudia.

— ¡ Oh ! señor duque, ese niño no estudia ya, se casa.

— Señor, yo era el preceptor de monseñor.

— Justamente, señor, era preciso enseñarle todo lo que debía saber.

Y Luis XV se recostó en su sillón encogiéndose de hombros.

— Lo sospechaba, añadió el rey lanzando un suspiro.

— ¡Por Dios, señor!.....

— Sabéis la historia de Francia, ¿no es verdad, señor de La Vauguyón?

— Señor, así lo he creído siempre y continuaré creyéndolo, á no ser que V. M. me dijera lo contrario.

— Pues bien, ¿entonces debéis saber lo que me sucedió la víspera de mis bodas?

— No, señor, no lo sé.

— ¡Oh! Dios mío, entonces nada sabéis.

— Si V. M. quisiera enseñarme ese punto que me es desconocido.....

— Escuchad, y que esto sirva de lección para mis otros dos nietos, duque.

— Escucho, señor.

— Yo también había sido educado como vos habéis educado al Delfín: bajo el techo de mi abuelo. Mi preceptor era el señor de Villeroy, un hombre de bien, así como vos, duque. ¡Oh! si me hubiera dejado más veces en la sociedad de mi tío el regente! Pero no, la inocencia del estudio, como vos decís, duque, me había hecho descuidar el estudio de la inocencia; sin embargo, me casé, y el matrimonio de un rey, señor duque, es cosa seria para el mundo.

— ¡Oh! sí, señor, principio á comprender.

— Me alegro. Prosigo, pues, mi relación. El cardenal me sondeó sobre mis disposiciones para el patriarcado. Estas eran enteramente nulas, y mi candor hacía temer que el reino de Francia recayese en la línea femenina. Afortunadamente el cardenal consultó sobre el particular al señor de Richelieu: esto era delicado; pero el señor de Richelieu era gran maestro en semejante materia, y ocurriósele una idea luminosa. Conoció á una señorita llamada Lemaure ó Lemoure, no me

acuerdo bien, la cual hacía cuadros admirables, y le encargó una serie de escenas, ¿comprendéis?

— No, señor.

— ¿Cómo lo diría yo? Escenas campestres.

— Es decir, en el género de los cuadros de Teniers.

— Mejor que eso: primitivos.

— ¿Primitivos?

— Naturales. Creo que al fin he hallado la palabra; ¿comprendéis ahora?

— ¡Cómo! exclamó el señor de La Vauguyón ruborizado, ¿se atrevieron á presentar á V. M.!.....

— ¿Y quién os habla de presentarme nada, duque?

— Pero para que V. M. pudiese ver.....

— Era preciso que mi majestad mirara y nada más.

— ¡Y bien!

— He mirado.

— Y.....

— Y como el hombre es esencialmente imitador... he imitado.

— Ciertamente, señor, el medio es ingenioso, excelente, aunque peligroso para un joven.

El rey miró al duque de La Vauguyón con esa sonrisa que se hubiera llamado cínica, si no se hubiese deslizado sobre la boca del hombre más agudo del mundo.

— Dejemos el peligro por hoy, y volvamos á lo que os queda que hacer.

— ¡Ah!

— ¿Lo sabéis?

— No, señor, y V. M. me haría señalada merced en decírmelo.

— Pues bien, escuchadme; id á buscar al Delfín, que está recibiendo los últimos cumplimientos de los hombres, mientras la Delfina recibe los cumplimientos de las damas.

— Sí, señor.

— Tomaréis una palmatoria y llamaréis aparte a Delfín.

— Sí, señor.

— Indicaréis á *vuestro discípulo*, el rey recalco estas dos palabras: indicaréis á vuestro discípulo, que su cámara está situada al fin del corredor nuevo.

— Del cual nadie tiene la llave, señor.

— Porque la guardaba yo, previendo lo que sucede hoy; aquí tenéis la llave.

El señor de La Vauguyón la tomó temblando.

— Quiero decir, señor duque, continuó el rey, que esa galería contiene unos veinte cuadros que he mandado colocar allí.

— ¡ Ah! señor, sí, sí.

— Sí, señor duque, abrazaréis á vuestro discípulo, le abriréis la puerta del corredor, le pondréis la palmatoria en la mano, le daréis las buenas noches, y le diréis que debe emplear veinte minutos en llegar á la puerta de su cámara, minuto por cuadro.

— ¡ Ah! señor, comprendo.

— Me alegro. Buenas noches, señor de La Vauguyón.

— V. M. tendrá la bondad de perdonarme.

— No sé: pues que si no fuese yo, habríais hecho lindas cosas en mi familia.

La puerta se cerró detrás del ayo.

El rey se sirvió de su campanilla particular, y se presentó Lebel.

— Mi café, dijo el rey. Á propósito, Lebel.

— Señor.

— Después que me hayas servido el café, iras detrás del señor de La Vauguyón, que sale para presentar sus deberes al Delfín.

— Voy, señor.

— Pero espera que te diga á qué vas.

— Es verdad, señor; mi celo en obedecer á V. M. es tal....

— Muy bien. Seguirás pues al señor de La Vauguyón.

— Sí, señor.

— Está tan turbado y tan triste, que temo su enternecimiento por el Delfín.

— ¿ Y qué debo hacer, señor, si se enternece?

— Nada; vendrás á decírmelo, y nada más.

Lebel dejó el café al lado del rey, que se puso á saborearlo lentamente.

En seguida salió el ayuda de cámara.

Un cuarto de hora después volvió á presentarse.

— ¿ Qué hay, Lebel? preguntó el rey.

— Señor, el señor de La Vauguyón ha ido hasta el corredor nuevo llevando á monseñor por el brazo.

— Bien, ¿ y qué más?

— No me parecía muy triste, todo lo contrario: tenía los ojos muy avispados.

— Bien, ¿ y qué más?

— Sacó una llave del bolsillo, se la dió á monseñor el Delfín, el cual abrió la puerta y entró en el corredor.

— ¿ Y después?

— Después el señor duque dió la palmatoria que llevaba á monseñor, y le dijo en voz baja, pero no tan baja que no pudiera yo oírle:

— Monseñor, la cámara nupcial está al fin de esta galería, cuya llave acabo de entregaros. El rey desea que empleéis veinte minutos en llegar á esa cámara.

— ¡ Cómo! dijo el príncipe, ¡ veinte minutos cuando apenas se necesitan veinte segundos!

— Monseñor, contestó el señor de La Vauguyón, aquí concluye mi autoridad; no tengo que daros ya lecciones, sino un solo consejo: mirad bien las paredes de esa galería á derecha y á izquierda, y respondo

á V. A. que encontrará en que emplear veinte minutos.

— Y no mal.

— Entonces, señor, e. señor de La Vaugnyón hizo un gran saludo, siempre acompañado de miradas muy ardientes que parecían querer penetrar en el corredor; después dejó á monseñor en la puerta.

— Supongo que entró monseñor.

— Mirad, señor, mirad la luz en la galería. Lo menos hace un cuarto de hora que pasea por ella.

— ¡Vamos! ¡ vamos! ya desaparece, dijo el rey después de algunos instantes, en que no había cesado de mirar hacia las vidrieras. Á mí también me dieron veinte minutos; pero me acuerdo que al cabo de los cinco ya estaba en la alcoba de mi mujer. ¡ Ay! dirán del Delfin lo que se decía del segundo Racine:

— «; No parece nieto de su abuelo! »

La noche de boda del Delfin

El Delfin abrió la puerta de la cámara nupcial, ó mas bien de la antecámara que la precedía.

La archiduquesa, vestida con un largo peinador blanco, esperaba en el dorado lecho, apenas hundido por el peso tan ligero de su cuerpo débil y delicado; y, cosa extraña, si se hubiera podido leer en su frente al través de la nube de tristeza que le cubría, hubiera reconocido, en lugar de la dulce esperanza de la desposada, el terror de la doncella amenazada por uno de esos peligros que las naturalezas nerviosas ven en presentimientos y soportan algunas veces con más valor que los han presentado.

Al lado de la cama estaba sentada madama de Noailles.

Las damas esperaban en el fondo de la real cámara la menor seña de la dama de honor para retirarse.

Esta, fiel á las leyes de la etiqueta, aguardaba impaciente la llegada del Delfin.

Pero como si esta vez todas las leyes de la etiqueta y del ceremonial hubiesen debido ceder á la malignidad de las circunstancias, resultó que las personas que debían introducir al Delfin en la cámara nupcial, ignorando que S. A., según las disposiciones del rey Luis XV, debía llegar por el corredor nuevo, esperaban en otra antecámara.

á V. A. que encontrará en que emplear veinte minutos.

— Y no mal.

— Entonces, señor, e. señor de La Vaugnyón hizo un gran saludo, siempre acompañado de miradas muy ardientes que parecían querer penetrar en el corredor; después dejó á monseñor en la puerta.

— Supongo que entró monseñor.

— Mirad, señor, mirad la luz en la galería. Lo menos hace un cuarto de hora que pasea por ella.

— ¡Vamos! ¡ vamos! ya desaparece, dijo el rey después de algunos instantes, en que no había cesado de mirar hacia las vidrieras. Á mí también me dieron veinte minutos; pero me acuerdo que al cabo de los cinco ya estaba en la alcoba de mi mujer. ¡ Ay! dirán del Delfin lo que se decía del segundo Racine:

— «; No parece nieto de su abuelo! »

La noche de boda del Delfin

El Delfin abrió la puerta de la cámara nupcial, ó mas bien de la antecámara que la precedía.

La archiduquesa, vestida con un largo peinador blanco, esperaba en el dorado lecho, apenas hundido por el peso tan ligero de su cuerpo débil y delicado; y, cosa extraña, si se hubiera podido leer en su frente al través de la nube de tristeza que le cubría, hubiera reconocido, en lugar de la dulce esperanza de la desposada, el terror de la doncella amenazada por uno de esos peligros que las naturalezas nerviosas ven en presentimientos y soportan algunas veces con más valor que los han presentado.

Al lado de la cama estaba sentada madama de Noailles.

Las damas esperaban en el fondo de la real cámara la menor seña de la dama de honor para retirarse.

Esta, fiel á las leyes de la etiqueta, aguardaba impaciente la llegada del Delfin.

Pero como si esta vez todas las leyes de la etiqueta y del ceremonial hubiesen debido ceder á la malignidad de las circunstancias, resultó que las personas que debían introducir al Delfin en la cámara nupcial, ignorando que S. A., según las disposiciones del rey Luis XV, debía llegar por el corredor nuevo, esperaban en otra antecámara.

La en que acababa de entrar el Delfín estaba vacía, y la puerta que daba á la camara ligeramente entreabierta, de lo cual resultaba que el Delfín podía ver y oír lo que pasaba en aquella estancia.

Esperó breve rato mirando á hurtadillas y escuchando furtivamente. No tardó en oír pura y armoniosa, aunque algo trémula, la voz de la señora Delfina que preguntaba :

— ¿ Por dónde entrará el Delfín ?

— Por esta puerta, señora, dijo la duquesa de Noailles indicando la puerta opuesta á donde se hallaba el Delfín.

— ¿ Pero qué se oye por esa ventana ? añadió la Delfina : cualquiera dirá que es el ruido del mar.

— Es el rumor de los innumerables espectadores que se pasean á la luz de la iluminación y que esperan los fuegos artificiales.

— ¿ La iluminación ? dijo la Delfina con una triste sonrisa ; no habrá estado de más esta noche, porque el cielo se halla muy encapotado : ¿ lo habéis visto, señora ?

En este momento, cansado ya de esperar el Delfín, empujó dulcemente la puerta, asomó la cabeza y preguntó si podía entrar.

Madama de Noailles lanzó un grito, porque al principio no conoció al Delfín.

Madama la Delfina, agitada por las emociones sucesivas que había experimentado en ese estado nervioso en que todo nos asusta, cogió el brazo de madama de Noailles.

— Soy yo, señora, dijo el Delfín : no os asustéis.

— Pero, ¿ por qué habéis entrado por esta puerta ? preguntó madama de Noailles.

— Porque, dijo Luis XV asomando también su cabeza cinica por la puerta entornada, porque el señor

de La Vauguyón, como verdadero jesuita que es, sabe muy bien el latín, las matemáticas y la geografía, pero nada más.

Al ver llegar al rey tan inopinadamente, madama la Delfina se deslizó de la cama y se mantuvo de pie, envuelta en su gran peinador, que la ocultaba desde los pies hasta el cuello tan herméticamente como la túnica de una matrona romana.

— ¿ Cómo se conoce que es flaca ! murmuró Luis XV. ¿ Al diablo el señor de Choiseul, que entre todas las archiduquesas va á escoger precisamente ésta !

— V. M., dijo madama de Noailles, puede observar que en la parte que me concierne se ha observado estrictamente la etiqueta, á la cual sólo se ha faltado por monseñor el Delfín.

— Tomo á mi cargo la infracción, dijo Luis XV, y es muy justo, puesto que yo la he hecho cometer : pero como las circunstancias eran graves, mi querida duquesa, espero que me la perdonaréis.

— No comprendo lo que V. M. quiere decir.

— Nos iremos juntos, duquesa, y os lo contaré. Ahora dejemos á estos muchachos que se acuesten.

Madama la Delfina se apartó un paso de la cama, y cogió el brazo de madama de Noailles con más terror acaso que la vez primera.

— ¡ Oh ! por piedad, señora ! dijo ; me moriré de vergüenza.

— Señor, dijo la duquesa de Noailles, madama la Delfina os suplica que la dejéis acostarse como una simple señora particular.

— ¡ Diablo ! ¡ diablo ! ¿ sois vos quien pedís eso ? ¿ vos, tan estricta observadora de las leyes de la etiqueta ?

— Señor, bien sé que es contrario al ceremonial de Francia ; pero mirad á la archiduquesa...

En efecto, María Antonieta, de pie, pálida, sosteniéndose en el respaldo de un sillón, hubiera parecido una estatua del Espanto, á no haberse oído el ligero castañeteo de sus dientes, acompañado del sudor frío que bañaba su rostro.

— ¡ Oh ! no quiero contrariar á la Delfina hasta ese punto, dijo Luis XV, príncipe tan enemigo del cardenal como decidido sectario era Luis XIV. Retirémonos, duquesa; por otra parte, hay cerraduras en las puertas, y esto será mucho mejor.

El Delfín oyó estas últimas palabras de su abuelo y se ruborizó.

La Delfina oyó también, pero no comprendió.

El rey Luis XV abrazó á su nuera, y salió llevándose á la duquesa de Noailles, y riéndose de esa manera burlona, tan triste para los que no participan de la alegría del que se ríe.

Los demás espectadores salieron por la otra puerta.

Los dos jóvenes quedaron solos.

Hubo un momento de silencio.

En fin, el joven príncipe se acercó á María Antonieta: su corazón latía violentamente, y sintió agolparse al pecho, á las sienas y las arterias de las manos la fogosa sangre de la juventud y del amor.

Pero sentía á su abuelo detrás de la puerta, y aquella mirada cínica que penetraba hasta la alcoba nupcial, helaba al Delfín, muy tímido por otra parte y muy torpe por naturaleza.

— Señora, dijo mirando á la archiduquesa, ¿os sentís mala? Estáis muy pálida y parece que tembláis.

— Señor, dijo ella, no os ocultaré que experimento una agitación extraña; preciso es que haya en el cielo alguna tempestad terrible, y la tempestad ejerce sobre mí grande influencia.

— ¡ Ah ! ¿ creéis que estamos amenazados de un huracán? dijo el Delfín.

— ¡ Oh ! estoy segura de ello; sí, muy segura: todo mi cuerpo tiembla; mirad.

Y en efecto, todo el cuerpo de la pobre princesa parecía estremecerse bajo sacudimientos eléctricos.

En aquel momento, como para justificar sus previsiones, un golpe de viento furioso, uno de esos soplos poderosos que empujan la mitad de los mares sobre la otra mitad, y que arrastran las montañas, semejante al primer grito de la tempestad que avanzaba, llenó el palacio de tumulto, de angustia y de crujidos intensos.

Las hojas arrancadas de las ramas, las ramas arrancadas de los árboles, las estatuas arrancadas de sus pedestales, un largo é inmenso clamor de cien mil espectadores esparcidos por los jardines, un rugido lúgubre é infinito que corría por las galerías y corredores del castillo, compusieron en aquel momento la más salvaje y lúgubre armonía que jamás vibrara en los oídos humanos.

Después un ruido siniestro sucedió al rugido: eran los vidrios que, rotos en mil pedazos, caían sobre los mármoles de las escaleras y de las cornisas, lanzando esa nota seca y nerviosa que rechina volando por el espacio.

El viento había arrancado de cuajo con el mismo golpe una de las persianas mal cerradas que había ido á chocar contra la pared como el ala gigantesca de un pájaro nocturno.

Por todas partes donde las ventanas estaban abiertas en el castillo se apagaron las luces, anonadadas por una ráfaga de viento.

El Delfín se aproximó á la ventana sin duda para cerrar las persianas, pero le detuvo la Delfina.

— ¡ Oh ! señor, señor, por piedad ! dijo ella : no abráis esa ventana, porque se apagarán nuestras bujías, y yo me moriré de miedo.

El Delfin se detuvo.

Al través de la cortina que acababa de descender, se veían las copas de los árboles sombríos del parque agitadas y torcidos como si el brazo de algún gigante invisible hubiera sacudido sus troncos en medio de las tinieblas.

Todas las iluminaciones se apagaron.

Entonces se pudo ver en el cielo legiones de gruesas nubes negras que rodaban arremolinadas como escuadrones lanzados á la carga.

El Delfin permaneció pálido y de pie, y apoyando una mano en la falleba de la ventana. La delina cayó sobre una silla lanzando un suspiro.

— ¿ Tenéis mucho miedo, señora ? preguntó el Delfin.

— ¡ Oh ! sí ; sin embargo, vuestra presencia me tranquiliza. ¡ Oh ! ¡ qué tempestad ! ¡ qué tempestad ! señor, todas las iluminaciones se han apagado.

— Sí, dijo Luis, el viento sopla de sud-sudoeste, y éste es el que anuncia los huracanes más fuertes. Si continúa, no sé cómo se dispararán los fuegos artificiales.

— ¡ Oh ! señor, ¿ por qué se han de disparar ? con semejante tiempo nadie quedará en los jardines.

— ¡ Ah ! señora, no conocéis á los franceses ; para ellos son una necesidad los fuegos artificiales ; los de esta noche serán soberbios ; el ingeniero me ha enseñado el plan. ¡ Oh ! mirad, mirad como ne me engañaba ; mirad los primeros cohetes.

En efecto, brillantes como largas serpientes de fuego, los cohetes de anuncio se lanzaron hacia el cielo ; pero al mismo tiempo, como si la tempestad

hubiera tomado estos disparos como un desafío, un solo relámpago, pero que parecía hender el cielo, serpentó entre las piezas de artificio, y mezcló su fuego azulado al fuego rojizo de los cohetes.

— En verdad, dijo la archiduquesa, que es una impiedad que el hombre se ponga á luchar así con Dios.

Aquellos cohetes de anuncio sólo precedieron algunos segundos á la explosión general de los fuegos artificiales ; el ingeniero conocía que era preciso darse prisa, y prendió fuego á las primeras piezas que fueron saludadas con un inmenso clamor de alegría.

Pero como si en efecto hubiese una lucha entre la tierra y el cielo ; como si el hombre, según había dicho la archiduquesa, hubiese cometido una impiedad contra su Dios, la tempestad irritada cubrió con su inmenso clamor el clamor popular, y abriéndose á la vez todas las cataratas del cielo, torrentes de lluvia se precipitaron de lo alto de las nubes.

— El viento había apagado las luminarias : la lluvia apagó los fuegos artificiales.

— ¡ Oh ! ¡ qué desgracia ! dijo el Delfin, se ha frustrado la función de pólvora.

— ¡ Oh ! señor, ¿ no se frustra todo desde mi llegada á Francia ?

— ¿ Qué decís, señora ?

— ¿ Habéis visto á Versalles ?

— Sin duda, señora. ¿ No os agrada Versalles ?

— ¡ Oh ! si tal : Versalles me agradaría si estuviese hoy como lo dejó vuestro abuelo Luis XIV. ¿ Pero en qué estado hemos hallado á Versalles ? decid : por doquiera el luto y la ruina. ¡ Oh ! sí, sí, la tempestad concuerda muy bien con la fiesta que se me hace. ¿ No es conveniente que haya un huracán para ocultar á nuestro pueblo las miserias de nuestro palacio ? ¿ No

será favorable y bien venida la noche que oculte esas alamedas llenas de hierba, esos grupos detritones cenagosos, esos estanques sin agua y esas estatuas mutiladas? ¡Oh! sí, sí; sopla, viento del sur; muge, tempestad: amontonaos, nubes espesas; ocultad bien á todos los ojos el extraño recibimiento que hace la Francia á una hija de los Césares el día en que enlaza su mano con la de su rey futuro.

El Delfín, visiblemente turbado, porque no sabía qué responder á aquellas reconveniones, y sobre todo á aquella melancolía exaltada, tan opuesta á su carácter, el Delfín lanzó á su vez un largo suspiro.

— Os aflijo, dijo María Antonieta; sin embargo, no creáis que es mi orgullo el que habla. ¡Oh! no, no es nada de eso; porque no me han mostrado sólo ese Trianon, tan risueño, tan sombrío, tan florido, cuyos bosquecillos destroza sin compasión la tempestad, y cuyas aguas turba; hubiérame contentado con ese nido encantador; pero las ruinas me espantan, repugnan á mi juventud, y sin embargo, ¡cuántas ruinas va á causar todavía ese horroroso huracán!

Una borrasca, más terrible aun que la primera, conmovió el palacio: la princesa se levantó aterrada.

— ¡Oh! ¡Dios mío! decidme que no hay peligro, decidme que no hay peligro, decidmelo aunque lo haya... me muero de miedo!

— No hay peligro alguno, señora. La construcción de Versalles es plana, y no puede atraer el rayo. Si cayese, sería probablemente sobre la capilla que tiene techo agudo, ó sobre el castillo que presenta asperezas. Ya sabéis que las puntas atraen el fluido eléctrico, y que los cuerpos planos, por el contrario, lo rechazan.

— No, no lo sé, no lo sé.

Luis cogió la mano de la archiduquesa, pero palpitante y helada.

En aquel momento un relámpago inundó la estancia con sus luces lividas y violadas. María Antonieta lanzó un grito y rechazó al Delfín.

— Pero, señora, ¿qué hay?

— ¡Oh! dijo ella: os he visto á la luz de ese relámpago pálido, desencajado, sangriento. He creído ver una fantasma.

— Es el reflejo del fuego de azufre, dijo el príncipe, y puedo explicaros.....

Un espantoso trueno, cuyos ecos se prolongaron giñiendo hasta que al llegar al punto culminante comenzaron á perderse á lo lejos, un espantoso trueno interrumpió la explicación científica que el Delfín iba á dar tranquilamente á su regia esposa.

— Vamos, señora, dijo después de un momento de silencio, ánimo; dejemos esos temores al vulgo: la agitación física es una de las condiciones de la naturaleza. Es preciso no admirarse más que de la calma; la calma y la agitación se suceden; la calma es turbada por la agitación, y la agitación es disminuida por la calma. Después de todo, señora, eso no es más que una tempestad, y la tempestad es uno de los fenómenos más naturales y frecuentes de la creación. No sé porqué os habéis asustado.

— ¡Oh! aislada, acaso no me espantaría; pero esa tempestad en el mismo día de nuestras bodas, ¿no os parece un espantoso presagio unido á los que me persiguen desde mi entrada en Francia?

— ¿Qué decís, señora? exclamó el Delfín, acometido á pesar suyo de un terror supersticioso; ¿presagios decís?

— Sí, sí, ¡horribles, sangrientos!

— Decidlos, señora: todo el mundo me atribuye un carácter frío y prudente: acaso tenga la felicidad de combatir y aniquilar esos presagios que os aterran.

— Señor, la primera noche que pasé en Francia fué en Estrasburgo; allí me instalaron en una grande alcoba donde encendieron candelabros porque era de noche; á la luz de sus bujías ví una pared que chorreaba sangre. Tuve, sin embargo, valor para aproximarme á las paredes y examinar aquellas tintas rojas con más atención. Estaban colgadas de un tapiz que representaba la degollación de los Inocentes. En todas partes la desesperación con miradas desoladas, la muerte con ojos centellantes, en todas partes el brillo del hacha ó de la espada, en todas partes lágrimas, gritos de madres, suspiros de agonía parecían lanzarse confusamente de aquella pared profética, que á fuerza de mirarla me parecía viva. ¡Oh! helada de terror no pude dormir... decid, decid, ¿no era ese un triste presagio?

— Para una mujer de la antigüedad tal vez, señora, pero no para una princesa de nuestro siglo.

— Señor, este siglo está preñado de desgracias. mi madre me lo ha dicho, como ese cielo que se inflama encima de nuestras cabezas está preñado de azufre, de fuego y de desolación. ¡Oh! he aquí porqué tengo tanto miedo, he aquí porqué todo presagio me parece un aviso.

— Señora, ningún peligro puede amenazar al Trono á que subimos; nosotros los reyes vivimos en una región superior á las tempestades. El rayo está á nuestros pies: cuando cae sobre la tierra, somos nosotros quien lo lanzamos.

— ¡Ay! ¡ay! no es eso lo que me han vaticinado, señor.

— ¿Y qué es lo que os han vaticinado?

— Una cosa horrible, espantosa.

— ¿Os han vaticinado?

— Por mejor decir, me han hecho ver.

— ¡Ver!

— Si, he visto, os lo digo, y aquella imagen ha quedado grabada en mi espíritu, y tan profundamente, que no se pasa día en que no me estremezca al pensar en ella, ni noche en que no la vea en sueños.

— ¿Y no podéis decirme lo que habéis visto?...
¿Os han exigido el silencio?

— No, nada me han exigido.

— Entonces hablad, señora.

— Escuchad: es imposible describirlo: era una máquina, elevada sobre la tierra como un cadalso, pero á este cadalso se adaptaban como dos largueros de una escala, y entre estos dos largueros se deslizaba un cuchillo, una media luna, y un hacha. Yo veía todo esto, y, cosa extraña, veía también mi cabeza debajo del cuchillo. El cuchillo se deslizó entre los dos largueros, y separó de mi cuerpo la cabeza, la cual cayó rodando al suelo. He aquí lo que ví, señor, he aquí lo que vi.

— Pura alucinación, señora, dijo el Delfín; conozco poco más ó menos todos los instrumentos que sirven para dar la muerte, y este no existe; por lo tanto debéis tranquilizaros.

— ¡Ay! dijo María Antonieta, ¡ay! no puedo desear este odioso pensamiento. Sin embargo, hago lo posible por conseguirlo.

— Ya lo conseguiréis, dijo el Delfín aproximándose á su mujer: tenéis á vuestro lado desde este momento un amigo afectuoso y un protector decidido.

— ¡Ay! repitió María Antonieta cerrando los ojos y dejándose caer sobre un sillón.

El Delfín volvió á aproximarse á la princesa, y ésta sintió en su mejilla el aliento de su marido.

En aquel momento se entreabrió la puerta por donde había entrado el Delfín, y una mirada curiosa, ávida,

la mirada del rey Luis XV, atravesó la penumbra de aquella vasta estancia, que apenas alumbraban dos bujías que se derretían sobre dos candeleros de plata.

El anciano rey abrió la boca para formular sin duda en voz baja algunas palabras que alentasen á su nieto, cuando resonó en el palacio un estruendo imposible de describir, acompañado esta vez del relámpago que había precedido siempre á las demás detonaciones; al mismo tiempo una columna de fuego blanquecino salpicado de verde se precipitó delante de la ventana, haciendo estallar todos los vidrios y rompiendo una estatua situada debajo del balcón; en seguida, después de un crujido espantoso, volvió á subir al cielo y se desvaneció como un meteoro.

Las dos bujías se apagaron á impulso de aquella ráfaga de aire que se coló en la estancia. El Delfín, espantado, vacilante, deslumbrado, retrocedió contra la pared en la cual permaneció recostado.

La Delfina, medio desmayada, fué á caer sobre las gradas de su reclinatorio y permaneció allí sepultada en un mortal letargo.

Luis XV, temblando, creyó que la tierra iba á abrirse delante de sus plantas, y se volvió seguido de Lebel á sus habitaciones desiertas.

Durante este tiempo huía á lo lejos, como una banda de pájaros espantados, el pueblo de Versalles y de París, esparramado por los jardines, por las calles y por los bosques, perseguido en todas direcciones por una granizada espesa que destrozaba las flores en el jardín, arrancaba las hojas en el bosque y tronchaba los trigos en los campos. Las pizarras y las finas esculturas del edificio añadían el estrago á la desolación.

La Delfina, apoyando la frente en las manos, oraba lanzando profundos sollozos.

El Delfín miraba con aire sombrío é increíble el

agua que caía en la estancia por los vidrios rotos, y que reflejaba sobre el pavimento en planos azulados los relámpagos no interrumpidos durante muchas horas.

Sin embargo, todo aquel caos se aclaró al venir el día; los primeros rayos de la aurora descubrieron á los ojos los estragos del huracán nocturno.

Versalles no era ya conocido.

La tierra había bebido aquel diluvio de agua, los árboles habían absorbido aquel diluvio de fuego; por todas partes se veía fango y árboles truncados, torcidos y calcinados por esa serpiente abrasadora que se llama rayo.

Luis XV, que no había podido dormir, pues tan grande era su terror, apenas rayó el alba mandó á Lebel vestirle; éste, que no le había abandonado un instante, volvió por aquella misma galería, donde gesticulaban vergonzosamente á los lívidos reflejos de la aurora las pinturas que ya conocemos, pinturas hechas para ser colocadas entre flores, cristales y candelabros encendidos.

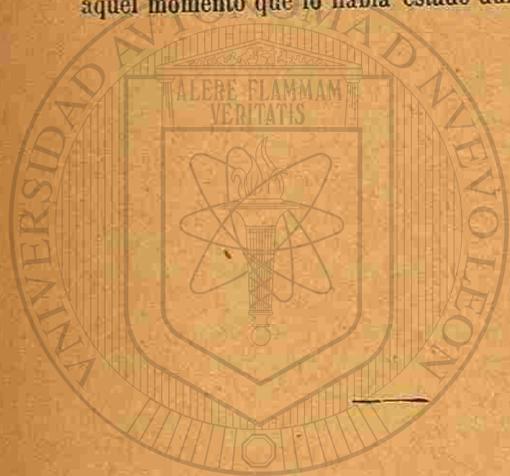
Luis XV, por la tercera vez desde la vispera, empujó la puerta de la cámara nupcial, y se estremeció al ver sobre el reclinatorio, trastornada, pálida, con los ojos lívidos como los de la sublime Magdalena de Rubens, á la futura reina de Francia, cuyos dolores había suspendido al fin el sueño, y cuyo ropaje blanco azulaba el alba con un religioso respeto.

En el fondo de la estancia, sobre un sillón apoyado á la pared, reposaba, con los pies calzados de seda extendidos sobre un charco de agua, el Delfín de Francia, tan pálido como su joven esposa, y como ella bañada su frente de un sudor de muerte.

El lecho nupcial estaba como el rey lo había visto la vispera.

Luis XV frunció el ceño: un dolor que no había sentido hasta entonces atravesó como un hierro candente aquella frente helada por el egoísmo.

Meneó la cabeza, lanzó un suspiro y volvió á entrar en su habitación más sombrío y aterrado tal vez en aquel momento que lo había estado durante la noche.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XVIII

Las fiestas de la plaza de Luis XV

El día 30 de mayo, es decir, á los dos días de aquella noche espantosa; noche, como había dicho María Antonieta, llena de presagios y avisos, París celebró á su vez los festejos del casamiento de su rey futuro. En su consecuencia toda la población se dirigió hacia la plaza de Luis XV, donde debían quemarse los fuegos artificiales, ese complemento de toda gran solemnidad pública, que el parisiense toma burlándose, pero sin el cual no puede pasarse.

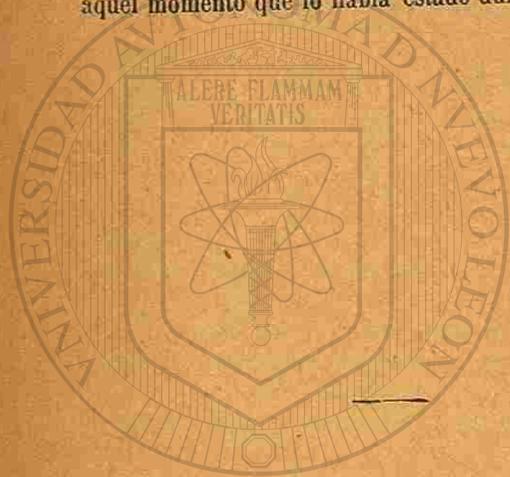
El sitio estaba bien escogido, pues hasta seiscientos mil espectadores podían circular cómodamente por él. Al rededor de la estatua ecuestre de Luis XV se habían dispuesto varios tablados circulares que permitían á todos los espectadores de la plaza ver los fuegos, que se elevaban de diez á doce pies desde el nivel del suelo.

Los parisienses llegaron, según su costumbre, en grupos, y buscaron largo tiempo las mejores posiciones, privilegio inatacable de los primeros que llegan.

Los niños encontraron árboles, los hombres graves recantones, las mujeres las barandillas de los fosos y los andamios móviles levantados al aire libre por los

Luis XV frunció el ceño: un dolor que no había sentido hasta entonces atravesó como un hierro candente aquella frente helada por el egoísmo.

Meneó la cabeza, lanzó un suspiro y volvió á entrar en su habitación más sombrío y aterrado tal vez en aquel momento que lo había estado durante la noche.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

XVIII

Las fiestas de la plaza de Luis XV

El día 30 de mayo, es decir, á los dos días de aquella noche espantosa; noche, como había dicho María Antonieta, llena de presagios y avisos, París celebró á su vez los festejos del casamiento de su rey futuro. En su consecuencia toda la población se dirigió hacia la plaza de Luis XV, donde debían quemarse los fuegos artificiales, ese complemento de toda gran solemnidad pública, que el parisiense toma burlándose, pero sin el cual no puede pasarse.

El sitio estaba bien escogido, pues hasta seiscientos mil espectadores podían circular cómodamente por él. Al rededor de la estatua ecuestre de Luis XV se habían dispuesto varios tablados circulares que permitían á todos los espectadores de la plaza ver los fuegos, que se elevaban de diez á doce pies desde el nivel del suelo.

Los parisienses llegaron, según su costumbre, en grupos, y buscaron largo tiempo las mejores posiciones, privilegio inatacable de los primeros que llegan.

Los niños encontraron árboles, los hombres graves recantones, las mujeres las barandillas de los fosos y los andamios móviles levantados al aire libre por los

especuladores gitanos que se encuentran en todas las fiestas de París, y á quienes una rica imaginación permite cambiar de especulación todos los días.

Hacia las siete se vió llegar con los primeros curiosos algunas partidas de arqueros.

El servicio de vigilancia se hizo por los guardias franceses, á quienes la municipalidad no quiso conceder la gratificación de mil escudos pedida por el coronel, mariscal duque de Birón.

Este regimiento era á la vez temido y amado por la población, que veía en cada individuo de este cuerpo un César y un Mandrín. Los guardias franceses, terribles en el campo de batalla, inexorables en el cumplimiento de sus funciones, gozaban en tiempo de paz y fuera de servicio de una espantosa reputación de bandidos; en la formación eran hermosos, valientes é intratables, y sus evoluciones agradaban á las mujeres é imponían á los maridos; pero libres de la consigna, diseminados como simples particulares entre la multitud, llegaban á ser el terror de aquellos mismos á quienes habían admirado la víspera, y perseguían á los que iban á proteger al día siguiente. Hallando, pues, la villa en sus antiguos resentimientos contra aquellos corredores de noche y aquellos abonados de garitos una razón para no dar los mil escudos á los guardias franceses, envió solo sus arqueros bajo el pretexto especioso de que en una fiesta de familia, semejante á la que se preparaba, debía bastar la guardia ordinaria.

Entonces se vió á los guardias franceses fuera de servicio mezclarse á los grupos de que hemos hablado, y tan licenciosos como severos, habían sabido causar en la multitud, en su cualidad de paisanos armados, todos los desórdenes que hubieran reprimido á culatazos y hasta con el arresto, si su jefe César Birón

hubiese tenido derecho para llamarlos soldados aquella noche.

Los gritos de las mujeres, los gruñidos de los paisanos y las quejas de los bolleros, cuyas tortas se comían gratis, preparaban un falso tumulto del que verdaderamente debía ocurrir cuando seiscientos mil curiosos se hallasen reunidos en aquella plaza, y animaban la escena de tal modo, que hacia las ocho de la noche presentaba la plaza de Luis XV un verdadero y vasto cuadro de Teniers.

Luego que los pillos parisienses, que son á un tiempo los más diligentes y los más perezosos del mundo conocido, se hubieron colocado ó izado, y el pueblo tomó posición, llegaron los coches de la nobleza y de los altos empleados.

Como no se había trazado de antemano ningún itinerario, desembocaron sin orden por la calle de la Magdalena y San Honorato, conduciendo á las casas nuevas á los que habían recibido invitaciones para las ventanas y balcones del gobernador, ventanas y balcones desde donde se podían ver los fuegos admirablemente.

Las gentes de coche que no habían sido convidadas dejaron sus carruajes en el recodo de la plaza y se mezclaron á pie, precedidas de sus lacayos, á la multitud apretada ya, pero que deja siempre sitio al que sabe conquistarlo.

Digna era de verse la sagacidad con que aquellos curiosos sabían ayudar en la oscuridad su marcha ambiciosa de cada desigualdad de terreno. La calle muy ancha, pero todavía sin acabar, que debía llamarse calle Real, estaba interrumpida aquí y allí por fosos profundos, en cuyo borde se habían amontonado escombros y tierra de la excavación. Cada una de aquellas pequeñas eminencias tenía su grupo seme-

jante á una ola más elevada en medio de aquel mar humano.

De vez en cuando, empujada la ola por las otras olas, se hundía entre las risas de la multitud, todavía no muy apretada para que hubiese peligro en semejantes caídas, y para que los que cayeran no pudiesen levantarse.

Á las ocho y media todas las miradas, divergentes hasta entonces, comenzaron á asestarse en la misma dirección, y se fijaron en el tablado de los fuegos artificiales. Entonces fué cuando los codos, jugando sin descanso, comenzaron á mantener seriamente la integridad de la posición del terreno contra los invasores que sin cesar se reproducían.

Aquellos fuegos de artificio, dispuestos por Ruggieri, estaban destinados á rivalizar, rivalidad que la tempestad de la antevíspera había hecho fácil; estaban destinados á rivalizar, decimos, con los fuegos ejecutados en Versalles por el ingeniero Torre. Sabíase en París que se habían aprovechado poco en Versalles de la liberalidad regia, que había concedido cincuenta mil libras para aquellos fuegos, puesto que desde los primeros cohetes los había apagado la lluvia, y como el tiempo estaba hermoso en la noche del 30 de mayo, los parisienses gozaban anticipadamente de su triunfo, obtenido contra sus vecinos de Versalles.

Por otra parte, París esperaba mucho más de la antigua popularidad de Ruggieri, que de la nueva reputación de Torre.

Por lo demás, el plan de Ruggieri, menos caprichoso y vago que el de su colega, revelaba intenciones pirotécnicas de un orden muy distinguido: la alegoría, reina de aquella época, estaba combinada con el estilo arquitectónico más gracioso; la armadura figuraba ese antiguo templo de Himeneo que entre los

franceses rivaliza en juventud con el templo de la Gloria; estaba sostenido por una columnata gigantesca y rodeado de un parapeto en cuyos ángulos se veían delfines que con la boca abierta sólo esperaban la señal para vomitar torrentes de llamas. Enfrente de los delfines se elevaban majestuosos y erguidos sobre sus urnas, el Loira, el Ródano, el Sena y el Rhin, ese río que nos empeñamos en hacer francés, á pesar de todo el mundo, y si hemos de creer á los cantos modernos de nuestros amigos los alemanes, á pesar de él mismo; todos cuatro, hablamos de los ríos, dispuestos á verter, en lugar de sus aguas, el fuego azul, blanco, verde y rosado en el momento en que debía inflamarse la columnata.

Otras piezas de artificio, que debían incendiarse al mismo tiempo, formarían gigantescas macetas de flores sobre el terrado del palacio de Himeneo.

En fin, sobre aquel mismo palacio, destinado á presentar tantas cosas diferentes, se elevaba una pirámide luminosa terminada por el globo del mundo; este globo, después de haber fulgurado sordamente, debía estallar como un trueno en una masa de girándulas de color.

En cuanto á la manga de cohetes voladores, reserva obligatoria y tan importante, que sin ella jamás juzga bien el parisiense de unos fuegos artificiales, Ruggieri la había separado del cuerpo de la máquina, y colocádola al lado del río delante de la estatua, en un bastión todo atacado de otros fuegos de artificio, de suerte que el golpe de vista debía ganar mucho en aquella elevación de tres ó cuatro toesas, que colocaba el pie de la manga sobre un pedestal.

Esos eran los detalles que absorbía la atención de París; hacía quince días que los parisienses veían con mucha admiración á Ruggieri y sus dependientes pa-

sando como unas sombras en los fúnebres resplandores de sus andamios y deteniéndose con gestos extraños para atar sus mechas y asegurar sus cebos.

Así que, el momento en que se llevaron las linternas á la plataforma del andamio, momento que indicaba la aproximación de los fuegos, produjo una viva sensación en el gentío, y retrocedieron algunas filas de los más intrépidos, lo cual causó una prolongada oscilación hasta los extremos de la muchedumbre.

Seguían llegando los coches y comenzaban á invadir la misma plaza. Los caballos apoyaban sus cabezas contra las espaldas de los últimos espectadores, que comenzaban á inquietarse con aquellos peligrosos vecinos. Bien pronto el gentío, cada vez más numeroso, se fué agolpando detrás de los coches, de tal manera que aun cuando éstos hubiesen querido retirarse, ya no podían por hallarse encajonados en aquella inundación compacta y tumultuosa. Entonces se vió, con esa audacia del parisiense á que nada iguala sino la longanidad del mismo parisiense que se deja invadir, se vió, decimos, á guardias franceses, obreros y lacayos subirse sobre las imperiales, como unos naufragos sobre rocas.

La iluminación de los baluartes derramaba á lo lejos su rojo resplandor sobre las cabezas de los millares de curiosos, en medio de los cuales la bayoneta de un arquero civil, brillante como el relámpago, aparecía tan rala como las espigas que quedan en pie en un campo acabado de segar.

En los costados de los edificios nuevos, hoy el hotel Crillon y el Guarda-Muebles de la Corona, los coches de los convidados, en cuyo centro no se había tomado la precaución de dejar libre el paso, habían formado tres hileras que se extendían por un lado desde el baluarte hasta las Tullerías, y por el otro desde el

baluarte hasta la calle de los Campos Elíseos, caracoleando como una culebra tres veces enroscada.

Á lo largo de aquella triple hilera de coches, se veían errar, como sombras por las orillas de la Estigia, aquellos de los convidados á quienes los coches de sus predecesores impedían llegar hasta la puerta principal, y que, aturdidos por el bullicio, temiendo pisar aquel suelo polvoroso, especialmente las mujeres muy peripuestas con vestidos y calzado de raso, tropezaban unos con otros, sirviendo de blanco á las mofas del pueblo que los zumbaba por su delicadez; y buscando un paso entre los coches y las patas de los caballos, se deslizaban como podían hasta el punto de su destino, punto tan ansiado como el puerto en una tempestad.

Uno de aquellos coches llegó á eso de las nueve (es decir, algunos minutos apenas antes de la hora señalada para principiar los fuegos artificiales), para abrirse paso á su vez hasta la puerta del gobernador. Pero esa pretensión, tan disputada hacía ya largo rato, era en aquel momento, si no imposible, á lo menos temeraria. Había ya comenzado á formarse una cuarta hilera de coches, reforzando las tres primeras, y los caballos que de ella hacían parte, atormentados por el gentío, habiéndose puesto furiosos, despedían á derecha é izquierda, á la menor irritación, coques que habían producido ya algunos accidentes que pasaron desapercibidos entre el bullicio y el gentío.

Agarrado á los resortes de aquel coche que acababa de abrirse paso por entre el gentío, marchaba un joven alejando de allí á todos los que pretendían apoderarse de aquel beneficio de una locomotiva que él parecía haber confiscado en su provecho.

Cuando se paró el coche, el joven se echó hacia un lado; pero sin soltar el resorte protector, al que siguió

agarrado con una mano; por consiguiente, pudo oír por entre la portezuela abierta la animada conversación de los que estaban dentro.

Asomóse á la portezuela una cabeza de mujer, vestida de blanco y peinada con algunas flores naturales, y al punto le gritó una voz:

— ¡Vamos, Andrea! ¡Qué lugareña eres! No te asomes de ese modo; porque, por Dios santo, que te expones á que te bese el primer ganapán que pase. ¿No ves que nuestro coche está en medio de este pueblo, como si estuviese en medio del río? Estamos en el agua, querida mía, y en el agua sucia; así procuremos no mojarlos.

La cabeza de la joven se retiró.

— Sí, pero desde aquí no se ve nada, dijo; si á lo menos pudiesen nuestros caballos dar una media vuelta, veríamos por la portezuela, y casi estaríamos tan bien aquí como á la ventana del gobernador.

— Vuelva usted, cochero, gritó el barón.

— Imposible, señor barón, respondió el cochero. Tendría que despachurrar diez personas.

— ¡Ira de Dios! ¿Qué hace eso? Despachúrrelas usted.

— ¡Por Dios, señor! exclamó Andrea.

— ¡Padre mío! dijo Felipe.

— ¿Quién es ese barón que quiere despachurrar á la pobre gente? gritaron algunas voces amenazadoras.

— ¡Pardiez! soy yo, dijo de Taverney asomándose á la portezuela, y mostrando una gran banda encarnada pasada por el hombro.

En aquel tiempo aun eran respetados los grandes cordones, aun los grandes cordones encarnados: murmuraron entre dientes, pero en una escala descendente.

— Aguardad, padre mío, voy á apearme, dijo Felipe, para ver si hay medio de pasar.

— Cuidado, hermano mío, te van á matar, ¿no oyes los relinchos de los caballos que se baten?

— Bien puedes decir los rugidos, repuso el barón. Vamos, vamos á apearnos; manda que se separen, Felipe, para que pasemos.

— ¡Ah! ya no conocéis á París, padre mío, respondió Felipe. Esos humos de señor eran buenos en otro tiempo; pero hoy quizá podrían venir muy mal; y supongo que no querréis comprometer vuestra dignidad.

— Sin embargo, cuando estos tunantes sepan quién soy...

— Padre mío, repuso sonriendo Felipe, aun cuando fueseis el Delfín en persona, no se incomodarian; les tengo mucho miedo, especialmente en este momento, porque he ahí que van á principiar los fuegos.

— Entonces no veremos nada, dijo Andrea con enojo.

— ¡Pardiez! tú tienes la culpa, porque has estado más de dos horas en el tocador.

— Hermano mío, ¿no podría cogermé de tu brazo y colocarme contigo en medio de la gente? preguntó Andrea.

— Sí, sí, señorita, dijeron muchas voces de hombres movidos por la hermosura de Andrea. Venid, no sois gruesa, y ya os haremos sitio.

— ¿Quieres ir, Andrea? le preguntó Felipe.

— Con mucho gusto, respondió la hermana, y se apeó ligera sin tocar en el estribo del coche.

— Id con Dios, dijo el barón, pero yo, que me río de los fuegos de artificio, me quedo aquí.

— Muy bien, quedaos, dijo Felipe: no nos alejaremos.

En efecto, la muchedumbre, siempre respetuosa, cuando no la irrita ninguna pasión, ante esa reina suprema que se llama belleza, hizo paso á Andrea y su hermano, y un buen vecino que ocupaba con su familia un banco de piedra, mandó á su mujer y á su hija estrecharse para dejar sitio á Andrea entre ellas.

Felipe se colocó á los pies de su hermana, la cual apoyó una de las manos sobre su hombro.

Gilberto los había seguido, y colocado á cuatro pasos de distancia, devoraba á Andrea con la vista.

— ¡ Estás bien, Andrea ? preguntó Felipe.

— Perfectamente, respondió su hermana.

— He ahí la ventaja de ser hermosa, dijo sonriendo el vizeconde.

— ¡ Sí, sí, hermosa, muy hermosa ! murmuró Gilberto.

Andrea oyó estas palabras ; pero creyendo que sin duda salían de la boca de alguno del pueblo, no hizo más caso de ellas que un dios de la India del homenaje que deposita á sus pies un pobre paria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

XIX AÑO. 1825 MONTERREY, MEXICO

Los fuegos artificiales

Apenas se habían instalado Andrea y su hermano en el banco, serpentearon por las nubes dos cohetes, y se levantó un grande grito de la muchedumbre, fija desde entonces en el golpe de vista que iba á presentar el centro de la plaza.

El principio de los fuegos fué magnifico y digno en todo de la alta fama de Ruggieri. La decoración del templo se encendió progresivamente y presentó al punto una fachada de luces. Resonaron aplausos de todas partes, pero esos aplausos se convirtieron en bravos frenéticos así que de la boca de los delfines y las urnas de los ríos se lanzaron en chorros de llamas que cruzaban sus cascadas de fuegos de diferentes colores.

Andrea, transportada de asombro á la vista de ese espectáculo que no tiene equivalente en el mundo, el de una población de setecientas mil almas rugiendo de alegría á la vista de un palacio de llamas, no trataba siquiera de ocultar sus impresiones.

Á tres pasos de ella, ocultó tras las espaldas hercúleas de un mozo de cordel que levantaba en el aire á su hijo, Gilberto miraba á Andrea por ella, y á los fuegos artificiales porque ella los miraba.

Gilberto veía á Andrea de perfil ; cada cohete iluminaba aquel hermoso rostro y causaba un estremeci-

miento al joven; pues se imaginaba que la admiración general nacía de aquella contemplación admirable, de aquella criatura divina á quien él idolatraba.

Andrea no había visto jamás á París, ni al gentío, ni los esplendores de una fiesta, y aquella multitud de revelaciones que venían á sitiar su alma, la aturdió.

De súbito estalló un vivo resplandor lanzándose diagonalmente y cuyos diversos fuegos causaban admiración á Andrea.

— ¡Mira qué lindo es, Felipe! dijo.

— ¡Dios mío! exclamó el joven inquieto sin responderle, muy mal dirigido ha sido ese último cohete; seguramente se ha desviado de su dirección, porque en lugar de describir su parábola, ha partido casi horizontalmente.

Apenas acababa Felipe de manifestar una inquietud que comenzaba á hacerse sentir por las ondulaciones del gentío, cuando salió un torbellino de llamas del bastión en que estaban colocados el ramillete y la reserva de los fuegos artificiales. Resonaba en la plaza un ruido semejante al de cien truenos cruzándose en todas direcciones, y como si aquel fuego contuviese una metralla mortífera, puso en derrota á los curiosos más próximos que sintieron un instante abrasada su cara por aquella inesperada llama.

— ¡El ramillete! ¡el ramillete ya? gritaban los espectadores más cercanos. ¡Todavía no! ¡Es demasiado pronto!

— ¡Ya? repitió Andrea. ¡Oh! sí, ¡es demasiado pronto!

— No, dijo Felipe, no es el ramillete; es un accidente que en un momento va á agitar como las olas de la mar á este numeroso gentío que ahora está sosegado.

— ¡Oh! déjame ver más, Felipe, ¡es tan hermoso!

— Andrea, al contrario, no tenemos que perder un

instante; sígueme. Es el accidente que yo me temía. Un cohete ha pegado fuego al bastión. Ya caen unos por encima de otros allá abajo. ¿No oyes los gritos? Esos no son gritos de alegría sino de socorro. ¡Pronto, pronto, al coche!... Señores, déjenos ustedes pasar.

Y Felipe abrazando á su hermana por la cintura, la arrastró hacia donde estaba su padre, quien, inquieto por su parte y presintiendo, por los clamores que se oían, un peligro que no podía explicarse, pero cuya presencia le era evidente, asomaba la cabeza por la portezuela y buscaba con la vista á sus hijos.

Era ya demasiado tarde, pues se estaba realizando la predicción de Felipe. El ramillete, compuesto de quince mil cohetes, estaba estallando, volando en mil direcciones y persiguiendo á los curiosos como esos dardos de fuego que se lanzan en la arena á los toros para excitarlos al combate.

Los espectadores, al principio admirados y luego asustados, habían retrocedido con la fuerza de la irreflexión ante aquella retrogresión invencible de cien mil personas; otras cien mil, sofocadas, habían comunicado el mismo movimiento á su retaguardia; los andamios estaban ardiendo, los niños gritaban, las mujeres, sofocadas, levantaban al cielo los brazos; los arqueros golpeaban á derecha é izquierda, creyendo hacer callar los gritos y restablecer el orden por medio de la violencia. Todas esas causas combinadas hicieron que la oleada de que hablaba Felipe cayese como una manga sobre el ángulo de la plaza que él ocupaba; y en lugar de incorporarse al coche del barón, como quería, fué arrastrado por la corriente irresistible, de la que ninguna descripción podría dar una idea, porque las fuerzas individuales, duplicadas ya por el miedo y el dolor, se centuplicaban por la adjunción de las fuerzas generales.

En el momento en que Felipe se había llevado á Andrea, Gilberto se había dejado llevar en la oleada que los arrebató; pero al cabo de unos veinte pasos, una banda de fugitivos que volvía á la izquierda en la calle de la Magdatena, levantó en el aire á Gilberto, y lo arrebató rugiendo de ira al verse separado de Andrea.

Andrea, agarrada al brazo de su hermano, fué envuelta en un grupo que procuraba evitar el choque de una carroza tirada por dos caballos furiosos. Felipe lo vió venir á él rápido y amenazador; los caballos parecían arrojar fuego por los ojos y espuma por las narices; para evitar un choque hizo esfuerzos sobre-humanos, pero todo fué inútil. Vió abrirse el gentío á sus espaldas, percibió la cabeza humeante de dos caballos insensatos, viólos encabritarse como esos caballos de mármol que están á la entrada de las Tullerías, y, como el esclavo que trata de sujetarlos, soltando el brazo de Andrea y alejándola con cuanta fuerza pudo fuera de la vía peligrosa, se arrojó al freno del caballo que se hallaba de su lado; el caballo se levantó de manos, Andrea vió á su hermano caer, soltar el freno y desaparecer; lanzó un grito, extendió los brazos, fué rechazada, anduvo dando vueltas, y al cabo de un instante se halló sola, vacilante y arrebatada como una pluma por el viento, sin poder hacer la más leve resistencia á la fuerza que la arrastraba.

Gritos desesperados mucho más terribles que los de guerra, relinchos de caballos, un ruido espantoso de ruedas que tan pronto molían el empedrado como los cadáveres, el fuego livido de los andamios que estaban ardiendo, el brillo siniestro de los sables desenvainados por algunos soldados furiosos, y además de este sangriento caos, la estatua de bronce iluminada de amarillentos reflejos y presidiendo á aquella matanza,

era mucho más de lo suficiente para turbar la razón de Andrea y quitarle todas sus fuerzas. Además, en semejante lucha, lucha de uno solo contra todos, y la muerte, hubieran sido impotentes las fuerzas de un Titán.

Andrea lanzó un grito desgarrador: un soldado se abrió paso por entre la gente dando tajos con su sable.

El sable había brillado sobre su cabeza.

Juntó las manos, como el naufrago cuando pasa la última ola sobre su cabeza, gritó: ¡Dios mío! y cayó.

Cuando uno caía era muerto.

Pero aquel grito terrible, supremo, había sido oído, reconocido, y recogido por alguno: Gilberto, arrastrado lejos de Andrea, se había acercado á ella á fuerza de luchar; encorvado bajo la misma oleada en que se había ocultado Andrea, se levantó, saltó sobre aquel sable que maquinalmente había amenazado á Andrea, agarró por la garganta al soldado que iba á descargar el golpe y le derribó por tierra; cerca del soldado estaba tendida una joven vestida de blanco; la agarró y la levantó como la hubiera levantado un gigante.

Cuando sintió sobre su corazón aquella forma, aquella hermosura, aquel cadáver quizá, un rayo de orgullo iluminó su rostro: ¡lo sublime de la situación, él! ¡lo sublime de la fuerza y del valor! Lanzóse con su carga en la corriente de hombres, corriente que de seguro hubiera derribado una muralla. Aquel grupo le sostuvo, le levantó en el aire, y le arrastró á él y á la joven; de modo que Gilberto marchó ó más bien rodó así durante algunos minutos. De súbito, paróse el torrente como si se hubiera estrellado contra algún obstáculo. Los pies de Gilberto tocaron al suelo; sólo entonces sintió el peso de Andrea, levantó la cabeza para explicarse el obstáculo, y se vió á tres pasos del

Guarda-Muebles. Aquella masa de piedras habia hecho añicos la masa de carne.

Durante este momento de ansioso alto, tuvo tiempo para contemplar á Andrea dormida en un sueño profundo como la muerte; su corazón no latía, los ojos estaban cerrados, la cara morada como una rosa blanca que se marchita.

Gilberto la creyó muerta. Á su vez lanzó un grito, apoyó sus labios primero sobre el vestido, después sobre la mano, luego, dándole atrevimiento la insensibilidad, devoró á besos aquel frío rostro, aquellos ojos hinchados bajo sus cerrados párpados. Se sonrojó, lloró, rugió, trató de hacer pasar su alma al pecho de Andrea, admirándose de que sus besos, capaces de animar el mármol, no tuviesen fuerza sobre aquel cadáver.

De súbito, Gilberto sintió el corazón latir bajo su mano.

— ¡Está salvada! exclamó viendo huir aquella turba negra y sangrienta, al oír las imprecaciones, los gritos, los suspiros, las agonías de las víctimas. ¡Está salvada! yo soy quien la ha salvado!

El desventurado, apoyada la espalda contra la pared y con la vista fija hacia el puente, no habia mirado á su derecha; á su derecha delante de los coches detenidos largo tiempo por las masas, pero que, por último, menos oprimidos, comenzaban á moverse; á la derecha, delante de aquellos coches, que al punto comenzaron á galopar como si un vértigo general se hubiese apoderado de los cocheros y los caballos, huían veinte mil infelices mutilados, cayendo unos por encima de otros.

Instintivamente iban siguiendo á lo largo de las murallas, contra las que eran despachurrados los más próximos.

Aquella masa arrastraba ó ahogaba á todos los que, habiendo hecho pie cerca del Guarda-Muebles, se creían salvados del naufragio. Un nuevo diluvio de golpes, de cuerpos, de cadáveres, inundó á Gilberto; halló un nuevo apoyo en una de las verjas y se arrimó á él.

El peso de los fugitivos hizo rechinar la pared.

Gilberto, sofocado, se sintió á punto de soltar la presa, pero reuniendo todas sus fuerzas por un esfuerzo supremo, rodeó el cuerpo de Andrea con sus brazos, apoyando su cabeza contra el pecho de la joven. Hubiérase dicho que queria ahogar á aquella á quien protegía.

— ¡Adiós, adiós! murmuró mordiéndose su vestido más bien que besándolo. ¡Adiós!

Luego levantó los ojos al cielo para implorarlo con una última mirada.

Entonces se presentó á su vista una visión extraña.

En pie sobre un recantón, con la mano derecha agarrada á una argolla sujeta á la pared, mientras con la izquierda parecia reunir un ejército de fugitivos, un hombre dirigía ora una palabra, ora un ademán, á aquella mar furiosa que pasaba á sus pies. Al oír aquella palabra, al ver aquel ademán, se veía entre el gentío á algún individuo aislado, deteniéndose, haciendo un esfuerzo, luchando, agarrándose para llegar hasta aquel hombre. Otros que habian llegado hasta él, parecían reconocer en los recién llegados á unos hermanos, y los ayudaban á salir de entre el gentío, los levantaban en el aire, los sostenían, los atraían á sí. De ese modo, ya se habia reunido un grupo de hombres, que luchando juntos, semejante al pilar de un puente que divide el agua, habia logrado dividir la

muchedumbre y tener en respeto á las masas de fugitivos.

Á cada instante, venían á reunirse á aquel hombre nuevos luchadores que parecían salir de debajo tierra al oír las extrañas palabras que pronunciaba, al ver sus repetidos ademanes.

Gilberto se levantó haciendo un último esfuerzo; conocía que estaba allí su salvación, porque estaban allí la calma y la fuerza. Un último rayo de la llama de los andamios, reavivándose para morir, iluminó e rostro de aquel hombre. Gilberto lanzó un grito de sorpresa.

— ¡ Oh ! ¡ muera yo ! ¡ muera yo ! murmuró Gilberto. ¡ Pero que viva ella ! Este hombre tiene el poder de salvarla.

Y, en un impulso de abnegación sublime, levantando á la joven en sus brazos :

— ¡ Señor barón de Bálamo ! gritó. ¡ Salvad á la señorita Andrea de Taverney !

Bálamo oyó aquella voz que, como la de la Biblia, gritaba desde las profundidades de la muchedumbre; vió elevarse por encima de aquella oleada devoradora una forma blanca: saltó del recantón á tierra, gritando: ¡ Á mí ! Su acompañamiento echó por tierra cuanto le oponía algún obstáculo; y agarrando á Andrea, á quien sostenían aun los desfallecidos brazos de Gilberto, la sujetó, y, arrastrado por un movimiento de aquel gentío que él había cesado de contener, se la llevó sin tener tiempo para volver la cabeza.

Gilberto quiso articular una última palabra; quizá después de haber implorado la protección de aquel hombre extraño para Andrea, quería implorarla para sí mismo, pero sólo tuvo fuerzas para pegar sus labios al brazo colgando de la joven, y arrancar con su mano

crispada un pedazo del vestido de aquella nueva Eurídice que le arrancaba el infierno.

Después de aquel beso supremo, después de aquel último adiós, no le quedaba al joven más que morir; así no trató de luchar por más tiempo; cerró los ojos y cayó moribundo sobre un montón de cadáveres.

El campo de los muertos

Á las grandes borrascas sucede siempre la calma, calma espantosa, pero reparadora.

Eran como las dos de la mañana, grandes nubes blancas corriendo sobre París, dibujaban con rasgos enérgicos, bajo una luna pálida, las desigualdades de este terreno funesto, en cuyos fosos había caído y hallado la muerte el gentío que huía.

Acá y acullá, al resplandor de la luna, perdida de vez en cuando en el seno de aquellas grandes nubes de que hemos hablado, y que tamizaban su luz, aparecían en el borde de los declives de las barrancas cadáveres con vestidos en desorden, las piernas tiesas, la frente lívida, los brazos tendidos en señal de terror ó de súplica.

En medio de la plaza, una humareda amarilla é infecta, saliendo de los escómbros de los andamios, contribuía á dar á la plaza de Luis XV la apariencia de un campo de batalla.

En medio de esa plaza sangrienta y desolada, serpenteaban misteriosamente y con rápido paso unas sombras que se paraban, miraban en torno suyo, bajábanse y huían: eran los ladrones de la muerte, atraídos hacia su presa como cuervos, que, no habiendo podido despojar á los vivos, venían á despojar á los muertos, muy sorprendidos de habér-

seles anticipado algunos de sus cofrades. Veíaseles desaparecer descontentos y asustados á la vista de las tardías bayonetas que los amenazaban; pero, en medio de aquellas largas filas de muertos, los ladrones y la ronda no eran los únicos que se veían moverse; pues había allí gentes provistas de linternas, á quienes se podía tomar por curiosos.

¡Tristes curiosos, ay! porque eran los parientes y los amigos inquietos que no habían visto volver á casa á sus hermanos, ni á sus amigos ó sus queridas. Llegaban de los barrios más distantes, porque ya se había esparcido por París la horrible noticia, desoladora como un huracán, y las ansiedades se habían convertido de súbito en pesquisas.

Era un espectáculo espantoso el de aquella catástrofe.

Pintábanse en aquellos rostros pálidos todas las impresiones, desde la desesperación de los que hallaban el cadáver muy amado, hasta la sombría duda del que nada hallaba, y que echaba una mirada ávida hacia el río que corría monótono y estremeciéndose.

Se decía que ya se habían arrojado al río muchos cadáveres por el preboste de París, que, culpable por su imprudencia, quería ocultar aquel número espantoso de muertos causado por su imprudencia.

Luego, cuando aquellas personas inquietas han saciado su vista de aquel espectáculo estéril; cuando, mojados sus pies por el agua del Sena, han empapado su alma de esa última angustia que consigo arrastra la corriente nocturna de un río, marchan con la linterna en la mano á explorar las calles contiguas á la plaza donde, se decía, se habían arrastrado muchos heridos en busca de socorro, ó á lo menos para huir del teatro de sus padecimientos.

Y al descubrir, por desgracia suya, entre los cadá-

veres al ansiado objeto, al perdido amigo, mil gritos de dolor suceden á la desgarradora sorpresa, y los sollozos de un punto responden envueltos en tristísimas quejas á otros sollozos.

A veces resuenan en la plaza ruidos súbitos: una linterna cae al suelo y se rompe; el que la lleva, un hombre vivo, se arroja desesperado sobre un muerto para abrazarle por última vez.

Pero en aquel vasto cementerio se escuchan otros lamentos que laceran el alma.

Algunos heridos, cuyos miembros se han roto al caer, cuyos pechos ha herido el acero ó aplastado la multitud, exhalan un grito ó un gemido semejante á una súplica ó una imprecación, y al punto vuelan allí los que esperan encontrar á sus amigos, y que se alejan al reconocer su equivocación.

Sin embargo, hacia un extremo de la plaza, cerca del jardín, se organiza con todo el entusiasmo de la caridad popular un hospital ambulante. Un cirujano joven, pues por tal lo señala la profusión de instrumentos que le rodea, manda que le lleven todos los heridos de ambos sexos, les hace la primera cura, y al vendarles las heridas les dirige palabras que más bien revelan odio á la causa de su infortunio que compasión por los efectos que ha producido.

Sin descansar un momento grita á sus dos ayudantes, mozos robustos, que le hacen pasar la sangrienta revista: — ¡ Las mujeres del pueblo, los hombres del pueblo; he aquí lo que habéis de preferir! Los podéis reconocer fácilmente, pues siempre salen más heridos que los demás, y están mucho peor vestidos.

Al escuchar estas palabras repetidas á cada cura con estridente monotonía, un joven pálido, que rebuscaba entre los cadáveres con un farol, levanta la cabeza por segunda vez

De una ancha herida que le coge toda la frente emanan todavía algunas gotas de sangre cárdena; uno de sus brazos se ve sostenido por su levita, que lo sujeta entre dos botones; su rostro cubierto de frío sudor revela una emoción incesante y profunda.

Levantó, como queda dicho, por segunda vez la cabeza al llegar á sus oídos la recomendación del cirujano, y mirando con tristeza sus miembros mutilados, que aquel parecía contemplar casi con delicia, le dijo:

— ¿ Por qué andáis escogiendo entre las víctimas?

— ¡ Oh! contestó el cirujano irguiendo la frente al oír que se le interpetaba, porque nadie cuidará de los pobres si yo no pienso en ellos, y porque los ricos tienen muchas personas que vengán á buscarlos. Bajad vuestra luz, examinad el suelo, y estoy seguro de que en él encontraréis cien pobres por un rico ó un noble. También en esta catástrofe, por una felicidad que acabará por cansar al mismo Dios, los nobles y los ricos han pagado el tributo que ordinariamente se les exige; uno por mil.

El joven levantó el farol á la altura de su ensangrentada frente, y dijo sin irritarse:

— Es decir, que yo, caballero perdido como tantos otros entre la multitud, herido en la frente por una coz de caballo, y con el brazo izquierdo roto por haber caído al foso, soy el único que aquí es rico y noble, aunque corren en busca de los ricos y los nobles. Sin embargo, ya veis que nadie viene á buscarme, ya veis que no estoy vendado siquiera.

— Sin duda tenéis un palacio y un médico; id á vuestra casa, ya que podéis andar.

— No solicito vuestros cuidados; busco á mi hermana, hermosa joven de diez y seis años, que sin duda ha perecido, aunque no es hija del pueblo. Lle-

vaba vestido blanco y una gargantilla con su cruz al cuello: así, aun cuando mi pobre hermana tenga un palacio y un médico, decidme por piedad, ¿habéis visto á esa joven que ando buscando?

— Caballero, respondió el cirujano con vehemencia febril, prueba de que las ideas que expresaba bullían hacia tiempo en su corazón y en su mente, la humanidad es mi guía: por ella me sacrifico, y cuando deo en el lecho de muerte á la aristocracia para acudir al auxilio del pueblo que padece, obedezco y cumplo la ley verdadera de esa humanidad, que es mi diosa. Todas las desgracias que hoy deploramos provienen de vosotros, de vuestros abusos, de vuestra altanería; sobrellevad, pues, con humildad las consecuencias. No, caballero, no he visto á vuestra hermana.

Después de un apóstrofe tan aterrador, el facultativo prosiguió su tarea, pues acababan de llevarle una pobre mujer, á la que una carroza había roto ambas piernas.

— Escuchad, añadió persiguiendo con sus gritos á Felipe, que huía de su lado. ¿Son por ventura los pobres quienes arrojan en medio de los regocijos públicos sus carruajes para que rompan las piernas á los ricos?

Felipe, que pertenecía á la nobleza que produjo los La Fayette y los Lameth, habia profesado más de una vez las mismas máximas que le asustaban en boca de aquel facultativo, y su aplicación cayó sobre él como un castigo.

Alejóse con el corazón desgarrado del hospital improvisado con objeto de proseguir su melancólica exploración, y poco después, cediendo al impulso de su dolor, exclamó bañado en lágrimas y con desesperado acento:

— ¡Andrea! ¡Andrea!

Al mismo tiempo pasaba inmediato á él con precipitados pasos un hombre ya anciano, vestido con levita gris y medias negras, apoyando su mano derecha en un bastón y llevando en la izquierda una linterna formada de una mecha de algodón envuelta en un cucurucho de papel untado de aceite.

Al oír los sollozos de Felipe, conoció aquel hombre todo lo que debía sufrir, y murmuró sin poder contenerse;

— ¡Pobre joven!

Mas como le pareció que habia acudido allí por un motivo semejante al suyo, pasó adelante; pero arrepintiéndose de haber presenciado tan intenso dolor sin haber procurado prestarle el menor consuelo, se detuvo y dijo al joven:

— Permitidme que mezele á vuestra tristeza la mía propia, pues los que se ven heridos por un mismo golpe deben apoyarse mutuamente para no caer. Además... podéis serme útil; veo que hace tiempo estáis aquí rebuscando, porque vuestra luz está casi consumida, y por lo tanto debéis conocer los sitios más funestos de la plaza.

— ¡Ah! es cierto; los conozco.

— Yo también busco á una persona.

— Dirigíos pues desde luego al foso grande, porque en él encontraréis más de cincuenta cadáveres.

— ¡Cincuenta! ¡Justo cielo! ¡Tantas víctimas inmoladas en medio de una fiesta!

— ¡Tantas víctimas, decís! ¡Ah, señor! he iluminado ya mil rostros con esta linterna, sin haber encontrado á mi hermana.

— ¿Vuestra hermana?

— Estaba allá abajo, en aquella dirección, y la he perdido al lado de un banco; he vuelto á él, y lo he reconocido, pero no he podido hallar la menor huella

de la que busco. Ahora voy á principiar de nuevo mis pesquisas, comenzando desde el primer bastión.

— ¿Hacia qué lado se dirigía la multitud, caballero?

— Hacia los nuevos edificios, hacia la calle de la Magdalena.

— Es decir, hacia ese lado.

— Eso es; por eso la he buscado por ahí, pero los remolinos y oleadas de la gente han frustrado mis esfuerzos: en seguida me he hecho cargo de que si bien el tumulto ha debido arrebatarla, no es menos cierto que una joven extraviada pierde la cabeza, ignora adónde va y sólo procura huir en todas direcciones.

— Es poco probable que ella haya podido contrarrestar á la multitud: voy á recorrer las calles, seguidme, y tal vez los dos unidos lograremos encontrar....

— Y vos ¿á quién buscáis? ¿Á vuestro hijo por desgracia? preguntó Felipe con timidez.

— No, señor, á un joven que casi habia adoptado.

— ¿Le habéis dejado venir solo?

— ¡Oh! tiene ya de diez y ocho á diez y nueve años: se ha empeñado en asistir á la fiesta, y como es dueño de sus acciones, no he podido impedirselo. Por otra parte ¿quién habia de presumir tan horrible catástrofe?.... Pero vuestra luz se apaga....

— Es verdad.

— Vamos, venid conmigo y os alumbraré.

— Os doy las gracias, pero temo cansaros.

— ¡Oh! nada temáis, supuesto que yo también necesito hacer pesquisas. El pobre joven se retiraba con la mayor exactitud, prosiguió el anciano al paso que se internaba en las calles, pero esta noche me asaltó una especie de presentimiento: le esperaba y

eran las once cuando mi mujer supo por una vecina los desastres de la fiesta. He aguardado hasta las dos, figurándome que el joven volvería á casa, pero desengañado al fin he creído que seria indigno de mi carácter acostarme sin saber su paradero.

— ¿Conque os parece debemos dirigirnos hacia las casas? preguntó el joven.

— Si, supuesto que, como habéis dicho, la multitud ha cargado hacia ese punto, lo cual no admite la menor duda: allí habrá corrido también ese infortunado joven, porque es provinciano é ignora, no sólo las costumbres, sino las calles de Paris; de modo que hasta se me figura que esta es la primera vez que ha pisado la plaza de Luis XV.

— ¡Ah! también mi hermana es de provincia, caballero.

— ¡Horrible espectáculo! exclamó el anciano apartando los ojos de un grupo de cadáveres amontonados.

— Entre ellos debemos rebuscar, observó el joven aproximando con resolución la linterna hacia los muertos.

— ¡Ah! tiemblo al contemplar esos horrores, porque soy un hombre sencillo, y la destrucción me causa una repugnancia que no puedo vencer.

— Lo mismo me sucedia esta mañana, caballero, pero he hecho el aprendizaje esta noche. Ahí tenéis un joven de diez y seis á diez y ocho años, que sin duda ha muerto de sofocación, pues no se le ve herida alguna. ¿Es el que buscáis?

El anciano hizo un esfuerzo y acercó su luz.

— No, no es él, dijo: el que busco es más joven, tiene cabellos negros y el rostro pálido.

— ¡Ay! replicó Felipe; todos son pálidos esta noche.

— Ya estamos inmediatos al Guarda-Muebles, que

no presenta en verdad pocos vestigios de la lucha : sangre en las paredes, despojos entre los barrotes de hierro, pedazos desgarrados de trajes pendientes de las lanzas del enverjado... Ya no sabe uno á donde dirigirse.

— Por aquí, por aquí estaba el mayor peligro, murmuró Felipe.

— ¡ Cuántos desastres !

— ¡ Ah !... ¡ Dios mío !

— Un pedazo de tela blanca debajo de estos cadáveres... Mi hermana llevaba un vestido blanco... Por piedad, dejadme vuestra luz.

En efecto, Felipe se había apoderado ya de un jirón de tela blanca, pero tuvo que abandonarlo, pues sólo podía manejar una mano, y la necesitaba para sostener la linterna.

— Es parte de un vestido de mujer, dijo, y está entre las manos de un joven... Se parece al traje de Andrea... ¡ Dios mío !... ¡ Andrea !... ¡ Hermana mía !...

Y el joven lanzó un grito desgarrador.

El anciano se acercó entonces y exclamó triste y dolorosamente :

— ¡ Es él !!!

Estas palabras llamaron la atención del joven.

— ¡ Gilberto ! gritó Felipe.

— ¡ Cómo, caballero ! ¿ Le conocéis ?

— ¿ Es Gilberto el que buscáis ?

Estas dos preguntas se cruzaron á un mismo tiempo.

El anciano cogió la mano de Gilberto, pero la encontró helada.

Felipe desabrochó el chaleco del joven, separó su camisa y le puso la mano sobre el corazón.

— ¡ Pobre Gilberto ! murmuró en seguida.

— ¡ Hijo mío ! añadió el anciano sollozando.

— ¡ Oh ! callad... respira... vive... os digo que vive, exclamó Felipe.

— ¿ Estáis seguro ?

— Segurísimo ; su corazón palpita.

— Es cierto... ¡ Socorro ! ¡ socorro ! repuso el viejo : allá abajo hay un cirujano.

— Socorrámosle nosotros mismos, caballero, pues he acudido á ese hombre y ha sido en vano.

— ¡ Oh ! pues tendrá que cuidar de mi hijo, dijo el viejo exasperado ; yo os lo juro. Ayudadme, ayudadme á llevar á Gilberto.

— Sólo tengo un brazo disponible, pero ese brazo es vuestro.

— Y aunque yo soy muy viejo, espero que el cielo me prestará fuerzas. Vamos.

El anciano cogió á Gilberto por los hombros, el joven abarcó con su brazo izquierdo las piernas de aquel infeliz, y de este modo le condujeron hasta el grupo que presidía el cirujano.

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! gritó el viejo.

— Primero los hombres del pueblo, contestó el cirujano, fiel á su máxima y seguro de que al expresarse así excitaba un murmullo de admiración entre cuantos le rodeaban.

— Traigo un hombre del pueblo, dijo el viejo con energía, aunque contagiado hasta cierto punto de aquella admiración general que producía en torno suyo el absolutismo del cirujano.

— Pues bien, repuso éste, primero son las mujeres, porque los hombres tienen más fuerza para soportar el dolor.

— Creo que bastará una sangría, observó el anciano.

— ¡ Ah ! ¿ todavía estáis aquí, caballero ? respondió

el cirujano, viendo á Felipe antes de haber reparado en su compañero.

Felipe nada contestó, y el anciano pudo figurarse que aquellas palabras se dirigían á él.

— Yo no soy caballero, replicó, sino un hombre del pueblo: me llamo Juan Jacobo Rousseau.

El cirujano lanzó un grito de sorpresa; y haciendo una señal imperativa, añadió:

— ¡Paso, paso al observador de la naturaleza! ¡paso al emancipador de la humanidad! ¡paso al ciudadano de Ginebra!

— ¡Gracias, gracias! contestó Rousseau

— ¿Os ha acontecido alguna desgracia?

— No á mí, pero sí á este joven: miradle

— ¡Ah! vos también, como yo, representáis la causa de la humanidad.

Conmovidó Rousseau con aquel inesperado triunfo, sólo pudo articular algunas palabras casi ininteligibles, y Felipe, lleno de respeto al verse en compañía del filósofo á quien tanto admiraba, se separó á un lado.

Gilberto, que seguía sin conocimiento, fué colocado sobre una mesa entre Rousseau y otras personas, y entonces se aprovechó el primero para examinar el sujeto cuyos auxilios facultativos había demandado. Era un joven poco más ó menos de la edad de Gilberto, pero sin el menor rasgo que revelase su juventud; su rostro amarillento aparecía ajado como el de un viejo; sus párpados sin vigor encubrían unos ojos de serpiente, y tenía la boca torcida como los epilépticos cuando se ven acometidos de su mal.

Con las mangas remangadas hasta los codos, con sus brazos empapados en sangre y revueltos en trozos de carne humana, más parecía un verdugo en el ejercicio de sus bárbaras funciones, entusiasmado con su

oficio, que un facultativo llenando su triste y santa misión.

Con todo, el nombre de Rousseau había ejercido en su ánimo tan poderosa influencia, que por un instante pareció que renunciaba á su brutalidad ordinaria; levantó suavemente la manga de Gilberto, oprimió su brazo con una venda y picó la vena.

La sangre empezó á salir gota á gota, pero al cabo de tres ó cuatro segundos emanó ampliamente aquel licor puro y generoso de la juventud.

— Vamos, vamos, se salvará, dijo el cirujano, pero es preciso tener gran cuidado, porque el pecho ha padecido mucho.

— Sólo me resta daros las gracias, le respondió Rousseau, y elogiáros, no precisamente por la exclusión que hacéis en favor de los pobres, sino por los cuidados que les prodigáis. Todos los hombres son nuestros hermanos.

— ¿Y también los nobles, los aristócratas y los ricos? repuso el cirujano con una mirada que hizo brillar sus encendidos ojos, á pesar de los párpados que los velaban.

— También los nobles, los aristócratas y los ricos cuando padecen, contestó Rousseau.

— Perdonad, pero he nacido en Baudry, cerca de Nenehatel; soy suizo como vos, y por consiguiente un poco demócrata.

— ¡Un compatriota! ¡un suizo! exclamó Rousseau. Vuestro nombre, caballero; decidme vuestro nombre.

— Es oscuro, señor, pues pertenece á un hombre modesto dedicado siempre al estudio, aunque espera dedicarse como vos algún día á la dicha de la humanidad: me llamo Juan Pablo Marat.

— Gracias, señor Marat, respondió Rousseau, pero

al paso que ilustráis al pueblo acerca de sus derechos, no le excitéis a la venganza; porque si algún día llega á vengarse, á vos mismo os asustarían las represalias.

Marat se sonrió de un modo espantoso.

— An! dijo, si llegase ese día viviendo yo... si tuviese la dicha de presenciar ese día.....

Rousseau oyó estas palabras, y asustado del tono con que se habían pronunciado, como se asusta el viajero de los primeros truenos que preceden á la tempestad, cogió á Gilberto en sus brazos y trató de llevarse.

— Dos hombres de buena voluntad para ayudar al señor Rousseau, dijo el cirujano; dos hombres del pueblo.

— Aquí estamos... aquí... contestaron diez voces.

Rousseau no tuvo más trabajo que escoger y señaló á dos robustos mocetones que al momento levantaron á Gilberto.

Al retirarse pasó inmediato á Felipe, y le dijo:

— Tomad mi linterna, caballero, pues ya no la necesito.

— Gracias, señor, gracias, contestó Felipe.

Y cogió la linterna alejándose al punto, mientras Rousseau se dirigía hacia la calle Platriere.

— ¡Pobre joven! murmuró el filósofo al verle desaparecer entre las calles llenas de escombros.

En seguida continuó su camino lleno de sobresalto, pues todavía resonaba vibrante en medio de aquel campo de muerte y de desolación la áspera voz del cirujano que gritaba:

— ¡ Los hombres del pueblo! ¡ Vengan únicamente los hombres y las mujeres del pueblo! ¡ Maldición á los nobles, á los aristócratas y á los ricos!

La vuelta

Mientras que esas mil catástrofes se sucedían sin interrupción, el señor de Taverney escapaba como por milagro de todos los peligros.

Incapaz de oponer la menor resistencia física á la fuerza devoradora que despedazaba cuanto hallaba por delante, pero sereno y hábil, había sabido mantenerse en el centro de su grupo que iba rodando hacia la calle de la Magdalena.

Aquel grupo, tropezando con los parapetos de la plaza, estrellándose contra las esquinas del Guarda-Muebles, dejaba en sus flancos abundante número de heridos y muertos, pero había logrado, aunque diezmado, sacar su centro fuera de peligro.

Entonces la multitud de hombres y mujeres que componía el grupo se esparció por el boulevard para respirar un aire puro, lanzando mil gritos de contento.

El señor de Taverney, como todos los que habían llegado sanos hasta allí, se vió enteramente fuera de peligro.

Parecería increíble lo que vamos á decir, si no hubiésemos ya hecho conocer francamente á nuestros lectores el carácter del barón: en medio de los tormentos de tan tremenda noche, el señor de Taverney (Dios se lo perdone) no pensó más que en sí mismo.

Añadía el barón á su complexión poco tierna el ser

al paso que ilustráis al pueblo acerca de sus derechos, no le excitéis a la venganza; porque si algún día llega á vengarse, á vos mismo os asustarían las represalias.

Marat se sonrió de un modo espantoso.

— An! dijo, si llegase ese día viviendo yo... si tuviese la dicha de presenciar ese día.....

Rousseau oyó estas palabras, y asustado del tono con que se habían pronunciado, como se asusta el viajero de los primeros truenos que preceden á la tempestad, cogió á Gilberto en sus brazos y trató de llevarse.

— Dos hombres de buena voluntad para ayudar al señor Rousseau, dijo el cirujano; dos hombres del pueblo.

— Aquí estamos... aquí... contestaron diez voces.

Rousseau no tuvo más trabajo que escoger y señaló á dos robustos mocetones que al momento levantaron á Gilberto.

Al retirarse pasó inmediato á Felipe, y le dijo:

— Tomad mi linterna, caballero, pues ya no la necesito.

— Gracias, señor, gracias, contestó Felipe.

Y cogió la linterna alejándose al punto, mientras Rousseau se dirigía hacia la calle Platriere.

— ¡Pobre joven! murmuró el filósofo al verle desaparecer entre las calles llenas de escombros.

En seguida continuó su camino lleno de sobresalto, pues todavía resonaba vibrante en medio de aquel campo de muerte y de desolación la áspera voz del cirujano que gritaba:

— ¡Los hombres del pueblo! ¡Vengan únicamente los hombres y las mujeres del pueblo! ¡Maldición á los nobles, á los aristócratas y á los ricos!

La vuelta

Mientras que esas mil catástrofes se sucedían sin interrupción, el señor de Taverney escapaba como por milagro de todos los peligros.

Incapaz de oponer la menor resistencia física á la fuerza devoradora que despedazaba cuanto hallaba por delante, pero sereno y hábil, había sabido mantenerse en el centro de su grupo que iba rodando hacia la calle de la Magdalena.

Aquel grupo, tropezando con los parapetos de la plaza, estrellándose contra las esquinas del Guarda-Muebles, dejaba en sus flancos abundante número de heridos y muertos, pero había logrado, aunque diezmado, sacar su centro fuera de peligro.

Entonces la multitud de hombres y mujeres que componía el grupo se esparció por el boulevard para respirar un aire puro, lanzando mil gritos de contento.

El señor de Taverney, como todos los que habían llegado sanos hasta allí, se vió enteramente fuera de peligro.

Parecería increíble lo que vamos á decir, si no hubiésemos ya hecho conocer francamente á nuestros lectores el carácter del barón: en medio de los tormentos de tan tremenda noche, el señor de Taverney (Dios se lo perdone) no pensó más que en sí mismo.

Añadía el barón á su complexión poco tierna el ser

hombre de acción, y sabido es que en las grandes crisis de la vida esta especie de temperamentos se rigen siempre por la máxima de César: *Age quod agis*.

No decimos, pues, que el señor de Taverney se acababa de portar como egoísta, solamente aseguramos que había estado distraído.

Pero al verse ya sobre la tierra firme del boulevard, dueño de sus movimientos, al ver que dichosamente se había librado de la muerte para volver á entrar en la vida, arrojó un grito de satisfacción, al cual siguió otro grito:

— ¡Hija mía! exclamó el barón. ¡Hija mía!

Y permaneció inmóvil con los brazos caídos, cabizbajo, fijos los ojos en el suelo, rebuscando entre sus recuerdos todos los pormenores de la cruel separación.

— ¡Pobre caballero! murmuraron á su lado algunas compasivas mujeres, y poco después se formó en torno suyo un círculo dispuesto á quejarse, pero más dispuesto aun á preguntar.

El señor de Taverney no abrigaba instintos populares y se encontraba mal en medio de aquella muchedumbre quejumbrosa; hizo, pues, un esfuerzo para alejarse de ella, se separó al fin, y no podemos menos de confesar en honor suyo que dió algunos pasos hacia la plaza.

Pero aquellos pasos iban dirigidos por el movimiento irreflexivo del amor paternal, que nunca se apaga enteramente en el corazón del hombre, pero á poco rato se detuvo aconsejado por la prudencia.

He aquí la marcha progresiva de su dialéctica en el acto de tomar la última determinación:

En primer lugar, la imposibilidad de poner los pies en la plaza de Luis XV, llena de escombros y de cadáveres: además, la multitud salía de la plaza en todas direcciones, y tan absurdo era el romper sus oleadas

amenazadoras, como insensato para el nadador tratar de remontar la corriente que baja estrepitosamente desde el Rhin á Schaffouse.

Además, aun cuando la mano del Omnipotente le guiase por aquel mar inmenso de cuerpos humanos, ¿cómo encontrar á una mujer entre cien mil mujeres? ¿Cómo dejar de exponerse de nuevo y sin esperanza de conseguir cosa alguna á una muerte que por milagro acababa de evitar?

Y luego acudía á su pecho la esperanza, ese divino resplandor que dora siempre á los ojos de los mortales las negras nubes de la lóbrega noche.

¿No se hallaba tal vez Andrea en compañía de su hermano Felipe, cogida de su brazo, y bajo la protección del hombre y del hermano?

Que él, hombre débil, vacilante anciano, hubiese cedido al torrente de la multitud, nada tenía de extraño; pero Felipe, aquella naturaleza ardiente y vigorosa, Felipe, cuyos músculos eran de acero, que podía considerarse como responsable de la vida y de la seguridad de su hermana... ¡Oh! era imposible. Felipe había luchado sin duda, pero también había vencido.

El barón, á fuer de buen egoísta, adornaba á Felipe de todas las cualidades de que el egoísmo carece y que excluye con gusto de la naturaleza de sus propios individuos, pero que quiere que las posean los otros; no ser fuerte, generoso, valiente, para el egoísta es ser egoísta, su adversario, es decir, su enemigo, porque se le figura que le roban las ventajas que cree tener derecho á sacar de la sociedad.

Habiéndose, pues, tranquilizado el señor de Taverney por la fuerza de sus propios é interesados raciocinios, sacó al momento la natural consecuencia de que Felipe había salvado á su hermana, que tal vez había

perdido también algún tiempo buscando á su padre para sacarlo de aquel infierno; pero que, según todas las probabilidades, había vuelto á tomar el camino de la calle Coq-Herón acompañado de Andrea, que debía estar muy asustada por las ocurrencias de la noche.

Dió pues la vuelta, y bajando por la calle del convento de Capuchinas llegó á la plaza de las Conquistas de Luis el Grande, llamada hoy plaza de las Victorias.

Pero no bien estuvo á veinte pasos de su morada, cuando Nicole, que se hallaba como de centinela en el umbral de la puerta, y se entretenía con algunas comadres, exclamó:

— ¿Y el señor Felipe? ¿y la señorita Andrea? ¿Qué ha sido de ellos?

Porque ya todo París sabía por los primeros fugitivos la catástrofe de aquella noche, exagerada aun por el terror.

— ¡Dios mío! respondió el barón algo conmovido. ¡Pues qué! ¿no han vuelto?

— ¡Oh! no por cierto; no se les ha visto por aquí.

— Se habrán visto obligados á rodear por otras calles, repuso el barón temblando cada vez más, según iban desapareciendo los cálculos de su lógica.

No pudo hacer por consiguiente otra cosa que situarse en la calle, acompañado de Nicole que sollozaba, y de La Brie que elevaba las manos al cielo.

— ¡Ah! ya llega el señorito Felipe, gritó Nicole con un acento de terror imposible de describir, porque Felipe se adelantaba sólo, desesperado, muerto de fatiga entre las tinieblas de la noche.

— ¿Ha venido mi hermana? preguntó no bien hubo divisado el grupo que obstruía el umbral de la puerta.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el barón tristemente sin acertar á dar un paso.

— ¡Andrea! ¡mi pobre Andrea! exclamaba el joven acarreándose con trabajo. ¿En dónde está?

— No la hemos visto, no está con nosotros, contestó Nicole llorando amargamente. ¡Querida señorita! ¡Ah! ¡qué desgracia!

— ¡Y tú puedes venir sin ella! dijo el barón con una cólera tanto más injusta, cuanto que ya hemos visto los resultados del secreto de su lógica inflexible.

Felipe, por única respuesta, se llegó á él y le enseñó su rostro ensangrentado y su brazo roto y pendiente del tronco de su cuerpo como una rama inútil y muerta.

— ¡Santo cielo! murmuró el anciano. ¡Andrea! ¡infeliz Andrea!

Y se dejó caer sobre el banco de piedra inmediato á la puerta.

— La encontraré viva ó muerta, gritó Felipe con acento desgarrador.

Y volvió á emprender su marcha con desesperada actividad, procurando ocultar su mano izquierda, ayudándose con la derecha, entre los botones de su levita: aquel brazo roto le estorbaba, para penetrar otra vez entre la multitud, y si hubiese tenido una hacha, lo hubiera cortado.

Entonces fué cuando encontró en el funesto campo de los muertos, que ya hemos visitado, á Rousseau, á Gilberto y al terrible cirujano empapado en sangre, que más se asemejaba al demonio infernal, nunció de los horrores de aquella noche, que al genio bienhechor que acudía al socorro de las víctimas.

Felipe anduvo errante por mucho tiempo en la plaza de Luis XV, pues no le era posible separarse de los muros del Guarda-Muebles, en cuyas inmediaciones había sido hallado Gilberto, ni dejar de contemplar aquel pedazo de muselina blanca que el joven había conservado y apretado en su mano.

Por último, cuando los primeros resplandores del día iluminaban el Oriente, extenuado Felipe, viéndose expuesto á caer entre los cadáveres que le impedían el paso, más pálido que los mismos muertos, sobrecogido de un vértigo extraño y esperando también, como había esperado su padre, encontrar á Andrea en su casa, se dirigió maquinalmente hacia la calle Coq-Herón.

Desde lejos vió en el umbral de la puerta el mismo grupo que allí había dejado, y no tardó en conocer que Andrea no formaba parte de él.

El barón le reconoció, y dijo temblando:

— ¿Qué noticias nos traes?

— ¡Ah! ¿conque aun no ha vuelto? preguntó Felipe.

— No, no, no; exclamaron á un tiempo el barón, Nicole y La Brie.

— ¿Pero ninguna noticia? ¿Ninguna información? ¿Ninguna esperanza?...

— Nada, nada.....

Felipe cayó en el banco de piedra, y el barón exhaló una exclamación salvaje.

Al mismo tiempo apareció un fiacre en medio de la calle, se fué aproximando lentamente, y por fin se detuvo delante de la puerta del señor de Taverney.

Divisábase por el cristal de la portezuela la cabeza de una mujer que parecía desmayada: Felipe, sobresaltado con aquella aparición, se puso en pie, abrióse la portezuela del fiacre y bajó de él un hombre que llevaba en sus brazos á Andrea al parecer inanimada.

— ¡Muerta! ¡muerta! ¡Al fin nos la traen! exclamó Felipe cayendo de rodillas.

— ¡Muerta! repitió débilmente el barón. ¡Ah, caballero! decidme si es cierto que.....

— No lo creo, señores, contestó tranquilamente el hombre que sostenía á Andrea, antes bien me figuro

que la señorita de Taverney sólo está desmayada.
— ¡Dios mío! ¡El hechicero! ¡el brujo! gritó el barón.

— ¡El señor conde de Bálamo! murmuró Felipe.

— El mismo, caballeros, y me doy el parabién por haber reconocido á la señorita de Taverney en medio de tan terrible conflicto.

— ¿En dónde la habéis encontrado? preguntó Felipe.

— Cerca del Guarda-Muebles.

— Sí, dijo aquél, y pasando al punto de la alegría á la desconfianza, añadió:

— Conde, nos la devolvéis muy tarde.

— Caballero, respondió Bálamo con sosiego, ya podéis comprender fácilmente el apuro en que he debido encontrarme: ignoraba dónde vivía la señorita vuestra hermana, y la hice conducir á casa de la señora marquesa de Savigny, que es amiga mía, y habita cerca de las caballerizas reales. Allí, este mozo que estáis viendo y me ayudaba á sostener á la señorita... Acercaos, Comtois.

Bálamo acompañó sus últimas palabras con una seña, y al punto salió del fiacre un hombre con librea de la real casa.

— Allí, como decía, añadió Bálamo, este honrado mozo, que pertenece á la real servidumbre, reconoció á vuestra hermana por haberla conducido una noche desde la Muette á vuestro domicilio. La señorita debe este feliz encuentro á su maravillosa hermosura; la he hecho colocar á mi lado en el fiacre, y ahora tengo el honor de devolveros con todo el respeto debido á la señorita de Taverney no en tan mal estado como creéis.

Diciendo así depositó á la joven entre los brazos de Nicole y de su padre.

El barón sintió deslizarse por primera vez una lágrima de sus ojos, y aun cuando se admiró interiormente de aquel exceso de sensibilidad, la dejó correr con libertad por sus arrugadas mejillas. Felipe ofreció á Bálamo la única mano de que podía disponer.

— Caballero, le dijo; ya conocéis mi nombre y no ignoráis dónde vivo: lo único que deseo es que se presenten ocasiones en que pueda pagaros el singular favor que acabáis de hacer á mi familia.

— He cumplido un deber, respondió Bálamo, y no olvido que os debía la hospitalidad que me concedió vuestro padre en Taverney.

Saludando á todos al mismo tiempo, dió algunos pasos para alejarse, sin contestar á la oferta que el barón le hacía para que entrase en su casa; pero volviéndose de pronto, añadió:

— Perdonad, señores; he olvidado dejaros las señas del domicilio de la señora marquesa de Savigny; vive en la calle de San Honorato, muy cerca de los Fuldenses: os lo digo por si la señorita de Taverney cree de su deber visitarla.

En estas explicaciones, en esta precisión de pormenores, en esta acumulación de pruebas había tanta delicadeza, que Felipe y aun el mismo barón no pudieron menos de notarla.

— Caballero, dijo el segundo; mi hija os debe la vida.

— Lo sé, señor barón, respondió Bálamo, y me considero dichoso por eso mismo.

En seguida, acompañado de Comtois, que no quiso aceptar un bolsillo que le alargó Felipe, montó Bálamo en el fiacre y desapareció.

Casi al mismo tiempo, y como si la partida de su libertador hubiera hecho cesar el desmayo que la sobrecogía, abrió Andrea los ojos; pero permaneció

por algunos instantes muda, inmóvil, aturdida y con la vista espantada.

— ¡ Dios mío! ¡ Dios mío! murmuró Felipe. ¿ Es posible que el cielo no nos la devuelva sino para tenerla que llorar? ¿ Se habrá vuelto loca?

Andrea manifestó que comprendía estas palabras con un movimiento de cabeza, y sin embargo continuó silenciosa como si la dominase el imperio de un éxtasis extraño.

Estaba entonces en pie, con un brazo extendido en la dirección de la calle por donde se había retirado Bálamo.

— Vamos, vamos, dijo el barón; ya es tiempo de que esto se acabe. Felipe, sostén á tu hermana, y entremos.

El joven ofreció á Andrea el brazo que le quedaba útil: la joven se apoyó en Nicole, y como si estuviese dormida, se dirigió á su pabellón.

Allí fué donde recobró el uso de la palabra exclamando:

— ¡ Felipe! ¡ padre mío!

— ¡ Ah! ¡ ya nos reconoce! gritó el primero con júbilo.

— Sí, sí, os reconozco bien; ¡ Dios mío! ¿ qué es lo que ha sucedido esta noche?

Y al pronunciar estas palabras volvió á cerrar los ojos, no por efecto de un nuevo desmayo, sino á impulsos de un sueño apacible y tranquilo.

Nicole se quedó con ella en el pabellón, la desnudó y la acostó en su lecho.

Al entrar Felipe en su cuarto encontró á un médico que el previsor La Brie había ido á buscar desde el momento en que desapareció toda especie de inquietud respecto á Andrea.

El doctor examinó el brazo de Felipe, que no estaba

precisamente roto, sino dislocado, de modo que una presión hábilmente dirigida, aunque muy dolorosa, hizo que su eje entrase en la articulación de que había salido.

Después de esto, Felipe, que todavía no estaba tranquilo en cuanto á Andrea, condujo al médico hasta el pabellón en que aquella descansaba.

El doctor tomó el pulso á la joven, observó la respiración y se sonrió.

— El sueño de vuestra hermana, dijo, es tan sosegado y tan puro como el de un niño. Dejadla dormir, caballero, pues ese es el único remedio que necesita.

Por lo que toca al barón, satisfecho suficientemente con la vuelta de sus hijos, hacía mucho tiempo que estaba dormido.

XXII

El señor de Jussieu

Si nos volvemos á trasladar á la calle Platriere, á donde el señor de Sartines había enviado su agente, hallaremos allí en la mañana del 31 de mayo á Gilberto tendido sobre un colchón en el mismo cuarto de Teresa, y á su lado á ésta y á Rousseau con varios vecinos contemplando aquella lúgubre muestra del acontecimiento que todavía hacía estremecerse á todo París.

Gilberto, pálido y ensangrentado, había abierto los ojos, y así que recobró el uso de los sentidos, procuró incorporarse y mirar en torno suyo como si aun se hallase en la plaza de Luis XV.

Su semblante expresó primero una profunda inquietud, después una grande alegría, que desapareció luego bajo una nube de tristeza.

— ¿Padecéis, amigo mío? le preguntó Rousseau estrechando su mano con tierna solicitud.

— ¡Ah! dijo Gilberto. ¿Quién me ha salvado? ¿Quién ha pensado en mí, en un pobre abandonado y solo en el mundo?

— No estabais muerto, hijo mío, y esto es lo que os ha salvado; ha pensado en vos aquel que piensa en todos.

— Pero no deja de ser una imprudencia, murmuró Teresa, el ir á mezclarse en semejantes barullos.

— Sí, sí, no hay duda, es una imprudencia, repitieron en coro los vecinos.

— Señores, poco á poco, replicó Rousseau; no hay imprudencia en hacer aquello que no presenta un peligro patente, y no hay peligro patente en ir á ver unos fuegos artificiales. Si efectivamente ocurre en tal caso una catástrofe, los hombres sobre quienes recae no son imprudentes sino desgraciados. Yo creo, señores, que nosotros mismos, que ahora murmuramos de los demás, hubiéramos hecho otro tanto.

Gilberto miró en torno suyo, y conociendo que se hallaba en el aposento de Rousseau quiso hablar, pero el esfuerzo que hizo agolpó su sangre á la boca y á las narices, y el infeliz volvió á perder el sentido.

Rousseau, que había recibido acerca del caso varias instrucciones del cirujano de la plaza de Luis XV, no manifestó la menor sorpresa, pues esperaba aquel resultado, por cuyo motivo había dispuesto colocar al enfermo en un colchón sin sábanas.

— Ahora, dijo á Teresa, puede ya acostarse definitivamente este pobre muchacho.

— ¿ En dónde ?

— Aquí mismo, en mi cama.

Gilberto oyó estas palabras, pero la debilidad le impidió contestar á ellas tan pronto como deseaba; hizo, sin embargo, un esfuerzo violento, y volviendo á abrir los ojos, dijo :

— No, no ; allá arriba .. arriba.

— ¿ Queréis volver á la bohardilla ?

— Con mucho gusto si os parece bien.

Y acabó de expresar más bien con los ojos que con la lengua este deseo, dictado por un recuerdo más poderoso que el dolor y que parecía, en su espíritu, sobrevivir á la razón.

Rousseau, que participaba de todos los excesos de

la sensibilidad, comprendió aquel deseo, pues contestó al punto :

— Está bien, hijo mío, os llevaremos arriba. Ya ves, Teresa, dijo á ésta, no quiere incomodarnos.

Teresa aprobó con entusiasmo la determinación del joven, y en consecuencia se trasladó al punto á Gilberto á la bohardilla que acababa de solicitar tan explícitamente.

Á eso del medio día fué Rousseau á pasar junto á su discípulo el tiempo que otros días solía perder en el arreglo por colecciones de sus vegetales favoritos, y el joven, algo más tranquilo, le refirió con voz baja y fatigosa los pormenores de la pública catástrofe de la noche anterior.

No declaró, sin embargo, el motivo que le había obligado á asistir á los fuegos artificiales, diciendo que únicamente la curiosidad le había conducido á la plaza de Luis XV.

Rousseau no podía tampoco sospechar otra cosa sin ser brujo.

Así fué que no manifestó á Gilberto la menor sorpresa, contentándose con las preguntas que ya le había hecho y recomendándole la mayor paciencia. Tampoco le habló del pedazo de tela que le había visto en la mano cuando le encontraron, y del cual se había apoderado Felipe.

Sin embargo, aquella conversacion que para los dos se acercaba tanto al interés real y á la verdad positiva, era por eso menos agradable, y á ella se entregaban con la mayor efusión cuando resonaron repentinamente los pasos de Teresa en la bohardilla.

— ¡ Jacobo ! gritó, ¡ Jacobo !

— ¿ Qué hay ?

— Sin duda algún príncipe que viene á visitarme, dijo Gilberto sonriéndose melaucólicamente.

— ¡ Jacobo ! volvió á repetir Teresa.

— Vamos, ya oigo. ¿ Qué se ofrece ?

— El señor de Jussieu está abajo, respondió Teresa, y habiendo sabido que anoche os vieron en la plaza, viene á saber si estáis herido.

— El señor de Jussieu es un excelente sujeto, repuso Rousseau, como todos los que por afición ó por necesidad se acercan á la naturaleza, manantial de todos los bienes. Permaneced tranquilo, Gilberto, y no os mováis de aquí, que pronto vuelvo.

— Gracias, gracias, murmuró Gilberto, y Rousseau salió de la bohardilla.

Pero no bien había puesto el pie fuera de ella cuando, incorporándose Gilberto del mejor modo que pudo, se arrastró hasta la ventana, desde la cual se descubría la del pabellón de Andrea.

Mucho esfuerzo era para un joven casi extenuado y sin ideas expeditas subirse á un taburete, separar el bastidor del ventanillo y encaramarse hasta la arista del techo : Gilberto pudo al fin conseguirlo ; pero llegado al punto que deseaba ocupar se le oscureció la vista, tembló su mano, agolpóse á sus labios la sangre y cayó sobre el piso de la bohardilla.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de ésta, y entró Juan Jacobo precediendo al señor de Jussieu, al cual dirigía mil cumplimientos.

— Cuidado, cuidado, mi querido sabio, le decía ; bajad un poco la cabeza, porque esta habitación... en fin, ya estáis viendo que no estamos en un palacio.

— Muchas gracias, pero no ignoráis que tengo buenos ojos y buenas piernas, contestó el distinguido botánico.

— Gilberto, gritó Rousseau, este caballero viene á visitarnos. ¡ Ah ! ¿ qué es esto, Dios mío ! añadió

mirando el lecho vacío. ¿ En dónde está ? ¡ El infeliz se ha levantado !

Y al ver el ventanillo abierto se preparaba ya á dirigir á su discípulo un sermón paternal, cuando levantándose Gilberto con trabajo, le dijo con apagado acento :

— ¡ Tenía tanta necesidad de aire !

Rousseau no tuvo valor para reprenderle, porque en su rostro se retrataba lo mucho que interiormente sufría.

— En efecto, observó el señor de Jussieu, aquí hace un calor insoportable. Veamos, joven, veamos ; dejad que os tome el pulso, porque también soy médico.

— Y mejor médico que otros muchos, añadió Rousseau, porque lo sois del alma y del cuerpo.

— Me hacéis demasiado honor, murmuró Gilberto débilmente y procurando ocultarse en su cama á las miradas de sus favorecedores.

— El señor de Jussieu se ha empeñado en visitaros, dijo Rousseau, y he aceptado su oferta. Vamos, doctor, ¿ qué decís de ese pecho ?

El hábil anatómico palpó los huesos y examinó la cavidad por medio de una auscultación detenida.

— El fondo es bueno, respondió, pero ¿ quién diablos os ha estrechado en sus brazos con tanta fuerza ?

— ¡ Ah, señor ! la muerte, dijo Gilberto.

Rousseau miró al joven con admiración.

— ¡ Oh ! estáis muy magullado, sí, terriblemente magullado ; pero eso desaparecerá con tónicos, con e aire puro y con distracciones.

— Nada de distracciones, dijo Gilberto observando á Rousseau, pues no se han hecho para mí.

— ¿ Qué quiere decir ? preguntó el señor de Jussieu.

— Gilberto es incansable para el trabajo, contestó el filósofo.

— Hace bien, pero estos días no se trabaja.

— Para vivir se trabaja todos los días, repuso Gilberto, porque todos los días se vive.

— ¡Oh! vos no consumiréis ahora mucho alimento, y las tisanas que debéis tomar no cuestan mucho.

— Por poco que cuesten, caballero, yo no recibo limosna.

— Estáis loco, replicó Rousseau, y exageráis todas las cosas. Os prevengo que haréis todo lo que el señor ordene, pues será vuestro médico, aunque os pese. ¿Podéis creer, añadió dirigiéndose al señor de Jussieu, que me ha suplicado que no llame facultativo?

— ¿Por qué?

— Por no ocasionarme ese gasto, pues nuestro enfermo es orgulloso.

— Sin embargo, observó el señor de Jussieu sin dejar de examinar con el más vivo interés aquella cabeza fina y expresiva de Gilberto; por orgulloso que sea un hombre, no es capaz de hacer más que lo posible. ¿Os creéis, pues, en situación de trabajar, después de haber caído desplomado por no poderos sostener en ese ventanillo?

— Es verdad que me siento muy débil, murmuró Gilberto.

— Y por lo tanto necesitáis descanso, y sobre todo descanso moral... Estáis en casa de un hombre con quien todos cuentan menos su huésped.

Agradecido Rousseau á este delicado cumplimiento que le dirigía un gran señor, estrechó su mano afectuosamente.

— Además, prosiguió el señor de Jussieu, pronto seréis objeto de los cuidados paternales del rey y de los príncipes.

— ¡Yo! exclamó Gilberto.

— Vos, vos, pobre víctima de un deplorable acontecimiento. Al saberlo el Delfín ha manifestado el

dolor más profundo y sincero, y la Delfina que iba á salir con dirección á Marly, se ha quedado en Trianon, á fin de hallarse más cerca de los desgraciados, á quienes ha mandado dar eficaces auxilios.

— ¿Es cierto eso? preguntó Rousseau.

— Ciertísimo, mi querido filósofo; y no se habla de otra cosa, sino de la carta que ha escrito el Delfín al señor de Sartines.

— No ha llegado á mi noticia.

— Es un acto admirable de sencilla caridad. El Delfín recibe todos los meses dos mil escudos de pensión, y viendo esta mañana que no se los enviaban, recorrió pensativo y dando pruebas de su disgusto todas las habitaciones de palacio, hasta que cansado de esperar, ha enviado repetidas órdenes al tesorero: éste al fin le ha llevado la suma mensual que le corresponde, y el príncipe sin perder minuto la ha remitido á París con una carta al señor de Sartines, quien me la ha comunicado al instante.

— ¡Ah! ¿conque habéis visto hoy al señor de Sartines? dijo Rousseau.

— Sí, acabo de separarme de él, respondió el señor de Jussieu con cierto embarazo, pues necesitaba algunas semillas que él puede proporcionarme, de modo que la Delfina, añadió con viveza, permanecerá por ahora en Versalles para cuidar á sus enfermos y heridos.

— ¿Sus enfermos y heridos!

— Sí, pues no es el señor Gilberto el único que ha padecido. ¡Oh! el pueblo sólo ha pagado esta vez una contribución parcial de sangre, y entre los heridos se cuentan muchísimos nobles.

Gilberto lo escuchaba todo con una avidez y ansiedad inexplicables, pues le parecía á cada instante que

el nombre de Andrea de Taverney iba á salir de los labios del ilustre naturalista.

El señor de Jussieu se levantó.

— Es decir que habéis concluido vuestra visita, dijo Rousseau.

— Sí, y mi ciencia es de todo punto inútil para este enfermo, que sólo necesita aire puro, ejercicio moderado y algunos paseos por el campo. ¡ Ah ! á propósito de eso.....

— ¿ Qué ?

— Trato de emprender mañana un reconocimiento botánico en el bosque de Marly. ¿ Sois hombre capaz de acompañarme, mi ilustre y aventajado compañero ?

— ¡ Oh ! repuso Rousseau, decid más bien vuestro admirador indigno.

— Y con eso se presenta también una ocasión propicia para que se pasee nuestro enfermo, que puede acompañarnos.

— ¿ Tan lejos ?

— Si está á dos pasos de aquí : además, iremos en mi coche hasta Bougival, en seguida subiremos á Luciennes por el Camino de la Princesa y entraremos en el bosque de Marly. Como á fuer de botánicos tendremos que detenernos á cada instante, el joven Gilberto llevará nuestras sillas de tijera, y mientras nosotros herborizamos, recobrará él las fuerzas y la vida.

— Sois un hombre excelente, mi querido sabio, exclamó Rousseau.

— Dejadme obrar, pues tengo en ello un interés particular : no ignoro que tenéis ya preparado un envidiable y concienzudo trabajo acerca de los musgos, tarea que yo también he emprendido, pero en la cual camino algo á tientas, lo cual quiere decir que confío en vuestras luces para que me sirvan de guía.

— ¡ Oh ! exclamó Rousseau, cuya satisfacción brilló en sus ojos, aunque procuró disimularla.

— También allí tendremos nuestro almuerzo, dijo el botánico ; un almuerzo ligero á la sombra de los árboles, y tampoco nos faltarán magnificas flores... Conque... ¿ es cosa hecha ?

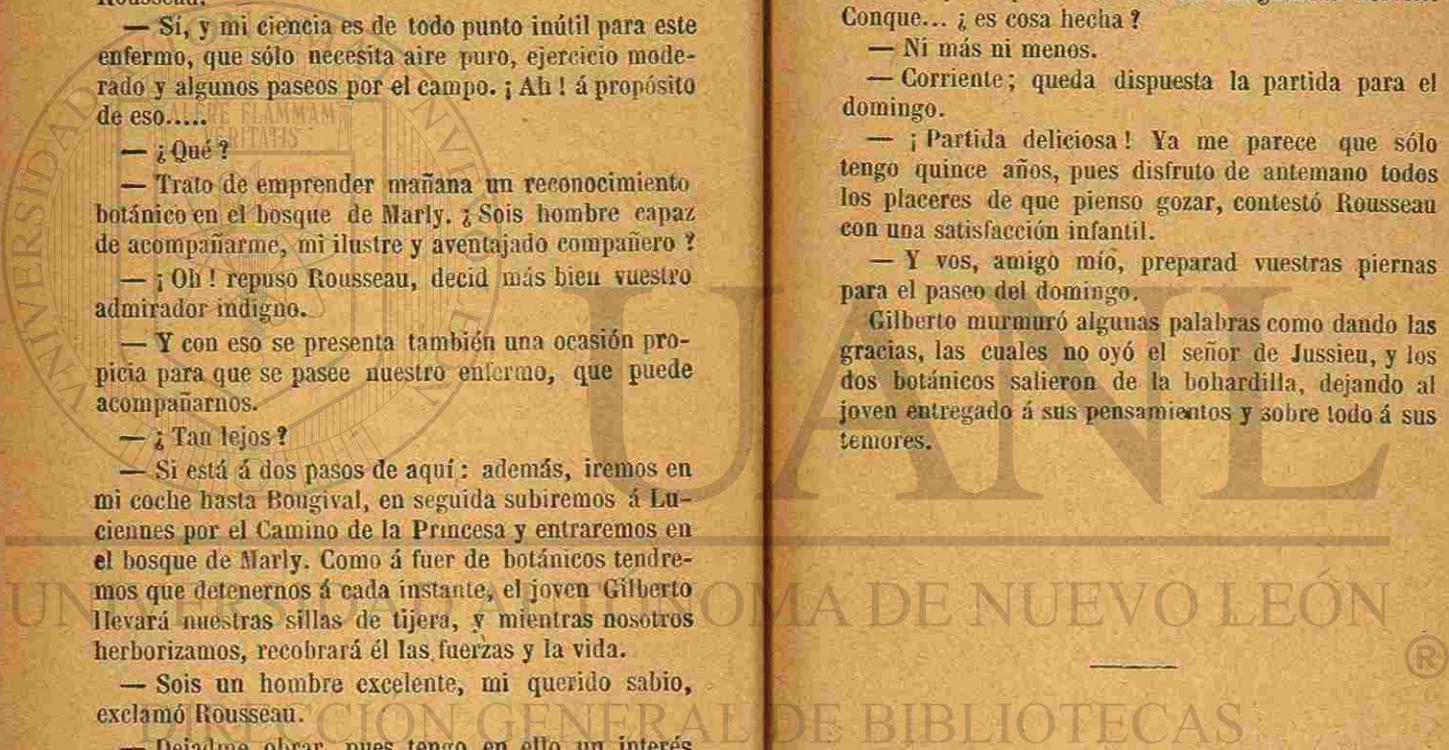
— Ni más ni menos.

— Corriente ; queda dispuesta la partida para el domingo.

— ¡ Partida deliciosa ! Ya me parece que sólo tengo quince años, pues disfruto de antemano todos los placeres de que pienso gozar, contestó Rousseau con una satisfacción infantil.

— Y vos, amigo mío, preparad vuestras piernas para el paseo del domingo.

Gilberto murmuró algunas palabras como dando las gracias, las cuales no oyó el señor de Jussieu, y los dos botánicos salieron de la bohardilla, dejando al joven entregado á sus pensamientos y sobre todo á sus temores.



XXIII

Vuelta á la vida

Mientras Rousseau creía haber tranquilizado completamente á su enfermo, y Teresa contaba á todas sus vecinas que, merced á las recetas del facultativo señor de Jussieu, Gilberto estaba fuera de peligro; durante ese período de confianza general, el joven se precipitaba en otro peligro mayor que todos los que había arrostrado por su obstinación y sus incesantes desvarios.

Rousseau no podía tener tanta confianza que no abrigase en el alma alguna sospecha fundada en un raciocinio filosófico.

Conociendo que Gilberto estaba enamorado y habiéndole ya sorprendido en fragante delito de rebelión á los mandatos medicinales, juzgó desde luego que volvería á reincidir en las mismas faltas si se le dejaba enteramente á su libertad.

En consecuencia, y como buen padre de familia, había cerrado cuidadosamente el candado de la bohardilla, permitiéndole, aunque sin decírselo, asomarse al ventanillo, pero sin dejarle el menor recurso para que pudiese pasar de la puerta.

Imposible nos es pintar la rabia y los proyectos que inspiró á Gilberto aquella tierna solicitud que convertía su bohardilla en cárcel.

Para ciertas naturalezas la contradicción es fecundísima en recursos.

Gilberto desde entonces no pensó más que en Andrea, en la felicidad de verla y de vigilar, aun cuando fuese desde lejos, los progresos de su convalecencia.

Pero Andrea no se asomaba á las ventanas del pabellón. Únicamente Nicole entraba en él para llevar á la enferma sus tisanas, mientras el señor de Taverney se paseaba por el jardín tomando tabaco con todas sus fuerzas como para despertar en su mente pasados recuerdos: he ahí todo lo que Gilberto veía cuando examinaba con ardor la profundidad de los aposentos y la espesura de las paredes.

Y con todo, tranquilizábanle algún tanto aquellas dos personas, porque su presencia le indicaba una enfermedad, mas no una muerte.

— Ahí, se decía el infeliz, detrás de esa puerta ó detrás de esa mampara alienta, suspira y padece la que yo adoro hasta la idolatría, la que con su sola presencia hace correr el sudor por mi frente y temblar todos mis miembros, la que sujeta mi existencia á su existencia y por la que yo respiro, porque ella respira por los dos cuando yo no puedo respirar.

Inclinado entonces fuera del ventanillo, en una postura que hubiera hecho creer á la curiosa Chon que iba á caer veinte veces en una hora, tomaba el joven con su vista perspicaz medida á los tabiques, á los pisos y á todas las partes del pabellón, construyendo en su cabeza un plan exacto de las piezas que lo componían. Allí debía dormir el señor de Taverney; al otro lado debían estar la despensa, la cocina y el cuarto de Felipe, y contiguos á él el aposento de Nicole y el gabinete de Andrea, aquel santuario á cuya puerta quisiera él pasar un cuarto de hora de rodillas, aunque le costase la vida.

Dicho santuario, con arreglo á las ideas de Gilberto,

era una gran pieza correspondiente al piso bajo, precedida de una antesala con puerta vidriera, en la cual se hallaba la cama de Nicole, si hemos de atenernos á los cálculos de nuestro enamorado enfermo

— ¡Oh! exclamaba aquel loco en sus accesos de furor, ¡dichosos los seres que pisan ese jardín que se divisa desde mi ventanillo y desde los de la escalera! ¡dichosos los indiferentes que destrozan con sus plantas esos hermosos cuadros de flores, porque durante la noche pueden oír los suspiros y los quejidos de la señorita Andrea!

Del dicho al hecho hay gran trecho; pero todo lo allanan las imaginaciones privilegiadas, pues siempre encuentran un medio que se oculta obstinadamente á todas las demás, ven la realidad en medio de los mayores imposibles, echan puentes sobre los ríos, y escalan las montañas.

Gilberto no hizo al principio más que desear con todo ahinco la ejecución de un plan que todavía no había formado; pero poco después reflexionó que aquellos hombres afortunados, á quienes tanto envidiaba, eran simples mortales dotados como él de piernas para andar por el jardín y de brazos para abrir las puertas, imaginando al mismo tiempo la felicidad que debía experimentar al introducirse furtivamente en aquella casa vedada y al arrimar sus oídos á las persianas que daban paso al ruido del interior.

Gilberto no se contentaba ya con desear, y quería poner inmediatamente en ejecución sus planes.

Además iba recobrando las fuerzas con rapidez, porque la juventud es rica y abundante en recursos: de modo que al cabo de tres días y con ayuda de la fiebre Gilberto se sentía más vigoroso que nunca.

Desde luego conoció que habiéndole encerrado Rousseau se hallaba vencida una de las mayores difi-

cultades, la de entrar en casa de la señorita de Taverney por la puerta.

En efecto, la puerta daba á la calle Coq-Herón, y estando Gilberto encerrado en la calle Platriere no podía salir ni á ésta ni á aquella, y por consiguiente no tenía necesidad de pensar en puertas.

Quedábale, pues, las ventanas.

La de su bohardilla caía perpendicularmente al jardín, pero tenía cuarenta y ocho pies de elevación.

Solo un loco ó un borracho se hubiera atrevido á bajar por ella. ¡Oh! á pesar de eso, las puertas son una hermosa invención, decía para sí mordiéndose los puños. ¡Y el señor Rousseau, que es un filósofo, me las cierra!

— ¡Arrancar el candado es fácil! Sí, pero no hay medio de entrar en la casa hospitalaria.

Escaparse de Luciennes, escaparse de la calle Platriere, y haberse escapado de Taverney, escaparse de todas partes era ponerse en el caso de no atreverse á mirar en adelante á ninguna criatura cara á cara sin temer que le vituperasen su ingratitud ó su ligereza.

— ¡No, el señor Rousseau no sabrá nada!

Y de cuellillas sobre la ventanilla, Gilberto proseguía diciendo:

— Con mis piernas y manos, instrumentos naturales del hombre libre, me agarraré á las tejas, y siguiendo la canal, que aunque estrecha es recta, y por consiguiente el camino más corto desde un punto á otro, llegaré al ventanillo paralelo al mío. Aquese ventanillo es el que da á la escalera. Si no llego, si caigo al jardín, haré ruido, salen del pabellón, me recogen, me reconocen, y muero hermoso, noble, poético, me compadecen... ¡eso es soberbio!

Si llego, como todo me hace creer, si me deslizo

por el ventanillo de la escalera, bajo descalzo hasta el primer piso que tiene también una ventana al jardín, esto es, á quince pies del suelo... y salto.

— ¡ Ay ! me faltan las fuerzas y la ligereza. Verdad es que hay allí un espaldar para ayudarme; pero ese espaldar de rejillas carcomidas se romperá, me desplomaré, no ya muerto, noble y poético, sino lleno de yeso, desgarrado, avergonzado y con la apariencia de un ladrón de frutas; ¡ esto es odioso el pensarlo ! el señor de Taverney mandará al portero que me apalee ó á La Brie que me tire de las orejas.

¡ No ! tengo aquí veinte bramantes que unidos formarán una cuerda, según la definición de Rousseau : muchas pajas hacen un manojo.

Cojo á la señora Teresa todos los bramantes por una noche, los anudo, llego á la venturosa ventana del primer piso, amarro la cuerda al balcónillo ó al piomo y me deslizo al jardín. Examinada la canal, extendidos los bramantes para medirlos, calculada la altura con la vista, Gilberto se sintió fuerte y resuelto.

Trenzó sus bramantes para hacer de ellos una cuerda; probó sus fuerzas colgándose de una viga de la bohardilla, y satisfecho por no haber vomitado sangre sino una vez en medio de aquellos esfuerzos, se decidió á hacer su expedición nocturna.

Á fin de engañar mejor á Jacobo y Teresa, se fingió enfermo y estuvo en cama hasta las dos, hora en que, después de comer, solía salir Rousseau de paseo y no volvía hasta la noche.

Gilberto anunció unas grandes ganas de dormir hasta la mañana siguiente.

Rousseau respondió que, teniendo que cenar aquella noche fuera de casa, se alegraba de ver á Gilberto con

tan buenas disposiciones. Y se separaron bajo estas afirmaciones respectivas.

Así que salió Rousseau, Gilberto desunió de nuevo sus bramantes, y los trenzó de firme.

Tentó otra vez la canal y las rejas, y luego se puso á espiar el jardín hasta la noche.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

Gilberto estaba preparado así para su desembarco en el jardín enemigo, así es como calificaba tácitamente la casa de Taverney; y desde su buharda exploraba el terreno con la profunda atención de un hábil estratégico que va á dar la batalla, cuando en aquella casa tan muda, tan impasible, pasó una escena que llamó la atención del filósofo.

Saltó una piedra por encima de la pared del jardín y fue á dar contra el ángulo de la pared de la casa.

Gilberto sabía ya que no hay efecto sin causa, habiendo visto el efecto.

Pero Gilberto, aunque inclinándose mucho hacia afuera, no pudo percibir la persona que desde la calle había lanzado la piedra.

Solamente comprendió al punto que aquella manobra tenía relación con el suceso que acababa de ocurrir: vió también abrirse con precaución una de las contraventanas de una pieza del piso bajo, y por entre la abertura de aquella ventana asomó Nicole la cabeza.

A la vista de Nicole, Gilberto se zambulló en su bohardilla, pero sin perder un instante de vista á la alerta doncella.

Esta, después de haber explorado con la vista todas las ventanas, y particularmente las de la casa, salió de su semi-escondite y corrió al jardín como tratando

de acercarse al espaldar en que estaban secándose al sol algunos encajes.

El camino de aquel espaldar era el que había recorrido la piedra que Gilberto no perdía más de vista que Nicole. Gilberto vió botar de una patada la piedra que en aquel momento tan grande importancia adquiriría, vió darle otra patada, y en fin continuar aquella operación hasta que estuvo á orillas de la faja de la cornisa bajo el espaldar.

Allí, Nicole levantó las manos para desatar sus encajes, dejó caer uno que recogió con mucha cachaza, y al levantarlo, recogió la piedra.

Gilberto no adivinaba aun nada; pero viendo á Nicole limpiar aquella piedra como hace un goloso con una nuez, y sacarle una corteza de papel que tenía, comprendió el grado de importancia real que merecía el aerolito.

En efecto, era nada menos que un billete que Nicole acababa de hallar enrollado al rededor de la piedra.

La astuta mujer lo desplegó presto, lo devoró, lo metió en su bolsillo, y con eso no tuvo ya necesidad de mirar más sus encajes; pues estaban secos.

Entretanto, Gilberto meneaba la cabeza, diciendo para sí con ese ciego egoísmo de los hombres que desprecian á las mujeres, que Nicole era realmente una mujer corrompida, y que él había dado pruebas de moralidad y de sana política rompiendo tan brusca y resueltamente con una muchacha que recibía billetes por encima de las paredes.

Raciocinando de ese modo, Gilberto, que tan hermoso raciocinio acababa de hacer sobre las causas y los efectos, condenaba un efecto de que tal vez era él la causa.

Nicole volvió á entrar, luego salió, llevando entonces la mano en el bolsillo.

Sacó de él una llave que Gilberto vió brillar un instante entre sus dedos como un relámpago, luego al punto Nicole deslizó aquella llave por debajo de la puertecita del jardín situada al otro extremo de la cerca de la calle paralelamente á la puerta principal.

— ¡ Bueno ! dijo Gilberto, ya caigo : un billete y una cita. Nicole no pierde el tiempo ; ¡ parece que tiene un nuevo amante ?

Y Gilberto frunció el entrecejo viéndose chasqueado como un hombre que ha creído que su pérdida debía causar un vacío irreparable en el corazón de la mujer á quien abandonaba, y que con gran asombro suyo ve ese vacío perfectamente lleno.

— He ahí una cosa que podría muy bien contrariar mis proyectos, dijo Gilberto buscando una causa facticia á su mal humor. No importa, continuó diciendo después de otro momento de silencio, no me disgusta conocer al dichoso mortal que me sucede en el afecto de la señorita Nicole.

Pero Gilberto, sobre ciertos puntos, tenía un modo de discurrir muy exacto ; calculó al punto que el descubrimiento que acababa de hacer, y que ignoraban que hubiese sido hecho, le daba sobre Nicole una ventaja de que podría sacar partido á su tiempo, puesto que conocía el secreto de Nicole con los detalles que ésta no podía negar, mientras que ella sospechaba apenas el suyo, y que ningún detalle concurría á dar cuerpo á sus sospechas.

Por consiguiente Gilberto se propuso aprovechar aquella ventaja para cuando llegase la ocasión.

Durante todas aquellas idas y venidas, llegó por fin la noche con tanta impaciencia esperada.

Gilberto sólo temía una cosa, la entrada imprevista de Rousseau sorprendiéndole sobre el tejado ó en la escalera, ó aun de Rousseau hallando el cuarto vacío.

En este último caso, debía ser terrible la cólera del ginebrino ; Gilberto creyó parar el golpe con el auxilio de un billete que dejó encima de su mesita, con el sobre para el filósofo.

El billete estaba concebido en estos términos :

« Mi querido é ilustre protector : no forméis mala opinión de mí, si á pesar de vuestras recomendaciones, y aun de vuestras órdenes, me he tomado la libertad de salir. No puedo tardar en volver, á no ser que me suceda algún accidente como el que me ha sucedido ya ; pero á riesgo de un accidente semejante y aun peor, necesito dejar mi cuarto por dos horas. »

— Ignoro lo que he de decir á la vuelta, pensaba Gilberto, pero á lo menos, el señor Rousseau no estará inquieto, ni se enfadará.

Cayó la noche. Reinaba un calor que ahogaba, como sucede durante los primeros calores de la primavera ; el cielo estaba nebuloso, y á las ocho y media la vista más ejercitada no habría distinguido nada en el fondo de la negra sima que interrogaban los ojos de Gilberto.

Sólo entonces advirtió Gilberto que respiraba con dificultad, que su frente y pecho se inundaban de súbitos sudores, signo seguro de debilidad y de atonía. La prudencia le aconsejaba que no se aventurase en una expedición en que eran necesarias toda la fuerza, toda la seguridad de los órganos, no sólo para el buen éxito de la empresa, sino también para la seguridad del individuo ; pero Gilberto no escuchó nada de lo que le aconsejaba el instinto físico.

La voluntad moral había hablado más alto, y, como siempre, ella fué la que el joven siguió.

El momento había llegado : Gilberto enrolló á su cuello la cuerda dándole doce vueltas, comenzó á escalar la buharda, palpitándole fuertemente el corazón, y agarrándose bien al dintel de aquella misma buharda,

dió un primer paso por la canal hacia la buharda de la derecha, que, como hemos dicho, era la del escolar y se hallaba separada de la otra por un espacio de dos toesas.

Así, con los pies en un conducto de plomo de ocho pulgadas de ancho á lo sumo, el cual, aunque sostenido de trecho en trecho por grapones de hierro, cedía bajo los pasos á causa de la blandura del plomo; las manos apoyadas sobre las tejas, á las que sólo se podía pedir un punto de apoyo para el equilibrio, pero no un sostén en caso de caída, porque los dedos no tenían donde agarrar; tal fué la posición de Gilberto durante su travesía aérea que duró dos minutos, es decir dos eternidades.

Pero Gilberto no quería tener miedo, y era tal la fuerza de voluntad de este joven, que no lo tuvo. Acordábase de haber oído decir á un equilibrista que para marchar con facilidad por los caminos estrechos, era necesario no mirar á sus pies, sino á una distancia de diez pasos, y no pensar nunca en el abismo sino como el águila, es decir, con la convicción de que uno ha nacido para cernerse sobre él. Por lo demás, Gilberto había puesto ya en práctica esos preceptos en muchas visitas hechas á Nicole, á aquella misma Nicole tan atrevida entonces que se servía de llaves y de puertas en vez de tejados y chimeneas.

Había pasado del mismo modo por encima de las eselusas de los molinos de Taverny y las vigas de los techos descubiertos de un viejo cobertizo.

Llegó, pues, al fin, sin el menor temblor, y, una vez llegado allí, se deslizó muy orgulloso por su escalera.

Pero al llegar á la meseta, se quedó parado. Algunas voces resonaron en los pisos inferiores; eran las de Teresa y ciertas vecinas que hablaban del talento

del señor Rousseau, del mérito de sus obras y de la armonía de su música.

Aquellas vecinas habían leído la nueva *Heloísa*, y confesaban francamente que hallaban esa obra licenciosa. En respuesta á esa crítica, la señora Teresa les hacía observar que no comprendían la parte filosófica de la obra.

Á esto nada tenían que replicar las vecinas, sino el confesar su incompetencia en semejante materia.

Esta conversación trascendente tenía lugar desde un descanso de la escalera á otro, y el fuego de la discusión era menos ardiente que el de los hornillos en que estaba cociendo la cena odorífica de aquellas damas.

Gilberto oía, pues, la argumentación y el hervor de los pucheros.

Su nombre, pronunciado en medio de aquel tumulto, le causó un temblor desagradable.

— Después de cenar, decía Teresa, iré á ver si ese querido chico no carece de nada en su bohardilla.

Ese querido chico le causó menos placer, que miedo la promesa de la visita. Felizmente, reflexionó que Teresa, cuando cenaba sola, hablaba largamente con su *diva* botella; que el asado parecía apetitoso, que el después de cenar significaba... á las diez, y no eran las nueve menos cuarto. Además, después de cenar, según todas las probabilidades, habría cambiado el curso de las ideas de Teresa, y pensaría ésta en cualquier otra cosa menos en su *querido chico*.

Entretanto, el tiempo se perdía, con gran desesperación de Gilberto, cuando de repente se quemó uno de los asados... y resonó un grito de cocinera alarmada, grito de espanto que cortó toda conversación.

Cada uno se precipitó hacia el teatro del acontecimiento.

Gilberto se aprovechó de la preocupación culinaria

de aquellas mujeres para deslizarse como un silfo por la escalera.

En el primer piso halló el plomo dispuesto para recibir su cuerda, la fijó en él con un nudo corredizo, subió á la ventana y se puso á bajar listamente.

Estaba suspendido entre aquel plomo y la tierra, cuando un paso rápido resonó bajo de él en el jardín.

Tuvo tiempo para volverse, agarrándose á los nudos, y quiso mirar quién era el importuno que llegaba: era un hombre.

Como éste venía del lado de la puertecita, Gilberto no dudó un instante que era el dichoso mortal esperado por Nicole.

Por consiguiente concentró toda su atención en aquel otro intruso que acababa de detenerle en medio de su peligroso descenso. Por su andar, por un si es no es de perfil bosquejado bajo el tricornio, y por el modo particular de llevar el tricornio echado sobre una oreja que por su parte parecía muy atenta, creyó Gilberto reconocer al famoso Beausire, aquel exento con quien Nicole había hecho conocimiento en Taverny.

Casi al mismo tiempo vió á Nicole abrir la puerta de su pabellón, lanzarse al jardín dejando aquella puerta abierta, y rápida como una nevatilla, ligera como ella, dirigirse hacia el invernadero, es decir, hacia donde se encaminaba ya el señor Beausire.

Según todas las apariencias, no era la primera cita de aquella especie, porque ni uno ni otro manifestaron la menor perplejidad sobre el lugar en que debían reunirse.

— Ahora puedo terminar mi descenso, pensó Gilberto, porque si Nicole ha recibido á su amante á esta hora, es porque está segura de su tiempo. Por consiguiente Andrea está sola. ¡ Dios mío! sola...

En efecto, no se oía ningún ruido, ni se veía más que una débil luz en el piso bajo.

Habiendo llegado al suelo sin accidente alguno Gilberto no quiso atravesar diagonalmente el jardín; siguió al lado de la cerca, llegó á un grupo de árboles, lo atravesó agachándose y llegó sin haber podido ser visto á la puerta dejada abierta por Nicole.

Desde allí, oculto por una inmensa aristoloquia que se encaramaba hasta encima de la puerta festoneándola ampliamente, observó que la primera pieza, antesala bastante espaciosa, estaba perfectamente vacía como él lo había imaginado.

Aquella antesala daba entrada al interior por dos puertas, la una cerrada, abierta la otra, y Gilberto adivinó que la puerta abierta era la del cuarto de Nicole.

Penetró lentamente en aquel cuarto, extendiendo las manos adelante por miedo á algún tropiezo, porque aquel cuarto estaba privado de toda luz.

Sin embargo, al extremo de una especie de pasadizo se veía una puerta vidriera dibujar sobre la luz de la pieza contigua los travesaños que encajonaban aquellos vidrios; al otro lado de aquellos vidrios flotaba una cortina de muselina.

Adelantándose por el pasadizo, Gilberto oyó una débil voz en la pieza alumbrada.

Era la voz de Andrea; toda la sangre de Gilberto se le agolpó al corazón.

Á esa voz respondía otra; era la de Felipe.

Gilberto, en guardia, dió algunos pasos y se colocó detrás de esas medias columnas coronadas de un busto cualquiera, que en aquella época formaban el adorno de las puertas dobles.

Puesto así en seguridad, escuchó y miró, tan feliz que su corazón se deshacía en alegría; tan asustado que ese mismo corazón se oprimía hasta el grado de no ser más que un punto en su pecho.

por el ruido de la campanilla colocada en aquella puerta que Nicole había dejado abierta.

Pero ignoraban, como era natural, que la puerta había quedado abierta, y por eso contaban con el aviso de la campanilla.

Así, Gilberto veía y oía, como hemos dicho, porque por aquella puerta abierta podía coger todas las palabras de la conversación.

— ¡ De suerte que, decía Felipe en el momento en que Gilberto se instalaba detrás de una cortina flotante á la puerta de un gabinete de tocador, tú respiras con más libertad, pobre hermana ?

— Sí, con más libertad, pero con un ligero dolor.

— ¡ Y las fuerzas ?

— Aun no las he recobrado ; sin embargo, hoy he podido ir dos ó tres veces hasta la ventana. ¡ Qué bueno es el aire ! ¡ qué hermosas las flores ! Me parece que con el aire y las flores no se puede uno morir.

— Pero con todo eso, te sientes aun muy débil, ¿ no es verdad, Andrea ?

— ¡ Oh ! sí, porque la sacudida ha sido terrible ! Así, te lo repito, añadió la joven sonriendo y sacudiendo la cabeza, ando con muchísima dificultad apoyándome en los muebles y las paredes ; sin apoyo, me flaquean las piernas y siempre me parece que voy á caer.

— ¡ Vamos, vamos ! ; ánimo, Andrea ! Con ese aire puro y las hermosas flores de que acabas de hablarme, te restablecerás muy pronto : dentro de ocho días estarás en estado de visitar á la Delfina que, según me han dicho, se informa de tu salud con tanta benevolencia.

— Sí, así lo espero, Felipe ; porque, en efecto, la señora Delfina me dispensa muchas bondades.

Y Andrea, reclinando su cabeza contra el respaldo

XXV

El hermano y la hermana

Hemos dicho que Gilberto veía y oía.

Veía á Andrea tendida sobre su sillón, con la cara vuelta hacia la puerta vidriera, es decir, enteramente enfrente de él. Aquella puerta estaba algo entreabierta.

Una pequeña lámpara con ancha pantalla colocada sobre una mesa inmediata cargada de libros que indicaban la única distracción á que podía entregarse la bella enferma, iluminaba solamente la parte inferior del rostro de la señorita de Taverney.

Sin embargo, algunas veces, cuando se volvía, apoyaba la cabeza contra el respaldo de su sillón, la claridad iluminaba también su frente tan blanca y tan pura bajo el encaje.

Felipe, sentado sobre el mismo pie del sillón, estaba de espaldas á Gilberto ; su brazo estaba entablillado, y se le había prohibido todo movimiento.

Aquella era la primera vez que se había levantado Andrea y la primera también que salía Felipe.

Por consiguiente, los dos jóvenes no se habían visto desde la terrible noche ; si bien cada uno de ellos había sabido que el otro iba cada vez mejor y se acercaba á su convalecencia.

Ambos, reunidos hacía apenas algunos minutos, hablaban libremente, porque sabían que estaban solos, y que si alguno llegaba, serían advertidos de su llegada

del sillón, apoyaba su mano sobre el pecho y cerraba sus hermosos ojos.

Gilberto dió un paso adelante con los brazos extendidos.

— ¿Sufres, hermana mía? preguntó Felipe cogiéndola la mano.

— Sí, tengo espasmos, y á veces se me agolpa la sangre á las sienes; otras tengo también vahidos, y se me oprime el corazón.

— ¡Oh! dijo Felipe pensativo; no es extraño, ¡has sufrido una prueba tan terrible, y te has salvado milagrosamente!

— Así es, hermano mío, me he salvado tan milagrosamente.

— Pero, á propósito de tu salvación milagrosa, Andrea, continuó Felipe acercándose á su hermana para dar más importancia á la cuestión, ¿sabes que no he podido hablar contigo sobre esa catástrofe?

Andrea se sonrió y pareció experimentar un malestar visible.

Felipe no notó ó no pareció notar aquel rubor.

— Creía sin embargo, dijo la joven, que mi vuelta había sido acompañada de todas las explicaciones que podías desear; mi padre me ha dicho que había quedado muy satisfecho.

— Sin duda, querida Andrea; y ese hombre se ha conducido con una delicadeza extremada en toda esa ocurrencia; á lo menos, tal es mi opinión. Sin embargo, muchos puntos de su relación me han parecido, no diré sospechosos, pero sí oscuros.

— ¿Cómo así? ¿qué es lo que quieres decir, hermano mío? preguntó Andrea con un candor enteramente virginal.

— Sí, me han parecido oscuros.

— Explicáte.

— Por ejemplo, prosiguió Felipe, hay un punto en el que al principio no hice alto, y que después me ha parecido muy extraño.

— ¿Qué punto? preguntó Andrea.

— La manera misma de salvarte, dijo Felipe. Cuéntame eso, Andrea.

La joven pareció hacer un esfuerzo sobre sí.

— ¡Oh! Felipe, he tenido tanto miedo, que casi no me acuerdo ya.

— No importa, mi querida Andrea, cuéntame todo lo que recuerdas.

— ¡Dios mío! ya sabes que fuimos separados como á unos veinte pasos del Guarda-Muebles. Te vi arrastrado hacia el jardín de las Tullerías, mientras que á mi me arrastraban hacia la calle Real. Aun pude distinguírte un instante haciendo inútiles esfuerzos por juntarte á mí. Te alargaba los brazos, gritando: ¡Felipe! ¡Felipe! cuando de súbito me vi envuelta como en un remolino, levantada en el aire y llevada hacia aquellas rejas; sentía la oleada que me arrastraba hacia la muralla adonde iba á romperse; oía los gritos de los que se estrellaban contra las rejas; comprendía que iba á llegarme la vez de ser despedazada, aniquilada; casi podía contar el número de segundos que me quedaban de vida, cuando, medio muerta, medio loca, levantando los brazos y los ojos al cielo, en mi última oración, vi brillar la mirada de un hombre que dominaba todo aquel gentío, como si éste le obedeciese.

— Y aquel hombre era el conde José Bálsamo, ¿no es verdad?

— Sí, el mismo que yo había visto ya en Taverney, el mismo que tan extraño terror me había causado ya; ese hombre en fin, que parece ocultar en sí alguna cosa sobrenatural: ese que ha fascinado mis ojos con

los suyos, mis oídos con su voz; ese hombre que ha estremecido todo mi ser con el simple contacto de su mano sobre mi hombro.

— Continúa, continúa, dijo Felipe con semblante y voz sombríos.

— Y bien: se presentó á mi vista ese hombre cerniéndose sobre aquella catástrofe, como si los dolores humanos no pudiesen alcanzarle. Leí en sus ojos que quería y que podía salvarme; entonces pasó en mí y al rededor mío alguna cosa extraordinaria; aunque desfallecida, impotente, enteramente muerta como estaba ya, me sentí levantada en el aire delante de ese hombre, como si alguna fuerza desconocida, misteriosa, invencible, me arrebatase hasta él; sentía como unos brazos que se tendían fuertemente para lanzarme fuera de aquella sima de carne humana en que tantos desventurados se debatían con la muerte, y para volverme la respiración y la vida. ¡Oh! mira, Felipe, añadió Andrea con una especie de exaltación, estoy segura de que era la mirada de aquel hombre la que así me atraía... ¡Alcancé su mano, y me calmé!

— ¡Ay! murmuró Gilberto; no ha visto más que á él; ¡y á mí, á mí que moría á sus pies, no me ha visto!

Y diciendo esto enjugó su frente bañada de sudor.

— ¿Y es así como ha pasado? preguntó Felipe.

— Sí, hasta el momento en que me sentí fuera de peligro; entonces, sea que toda mi vida se hubiese reconcentrado en el último esfuerzo que había hecho, ó que efectivamente fuese superior á mis fuerzas el terror que había sentido, me desmayé.

— ¿Y á qué hora crees que te desmayaste?

— Diez minutos después que me separé de ti, hermano mío.

— Esto es, prosiguió Felipe, eran sobre las doce de

la noche. Entonces, ¿cómo no has vuelto hasta las tres? Perdóname este interrogatorio que tal vez te parecerá ridículo, y que tengo mis razones para hacerle.

— ¡Gracias, Felipe! dijo Andrea estrechando la mano de su hermano, ¡gracias! Hace tres días no hubiera tenido fuerzas para responderte; pero hoy, va á parecerte extraño lo que te digo, mi vista interior es más fuerte; me parece que una voluntad que subyuga la mía me manda que recuerde, y lo recuerdo todo.

— Entonces, dímelo, dímelo, querida Andrea, porque estoy impaciente por saberlo. ¿Conque ese hombre te llevó en sus brazos?

— ¿En sus brazos?... repitió Andrea ruborizándose. No me acuerdo bien. Lo único que sé es que me sacó de entre el gentío; pero el tacto de su mano me causó el mismo efecto que en Taverney, y apenas me tocó, me sentí desmayada de nuevo, ó más bien adormecida, porque el desmayo tiene preludeos dolorosos, y entonces solo sentí las benéficas impresiones del sueño.

— En verdad, Andrea, que me parece tan extraño todo lo que me estás diciendo, que si otro me contase semejantes cosas no creería nada. Pero no importa, acaba, continuó Felipe con voz más alterada de lo que él quería.

En cuanto á Gilberto, devoraba todas las palabras de Andrea, él que sabía que hasta entonces, á lo menos, todo cuanto había dicho era cierto.

— Recobré el conocimiento, continuó Andrea, y me desperté en un salón ricamente amueblado, con una doncella y una señora á mi lado que no parecían nada inquietas, porque al despertarme me hallé con unas caras benévolamente risueñas.

— ¿Sabes qué hora era, Andrea?

— Las doce y media en punto.

— ¡ Oh ! exclamó el joven respirando libremente. Está en... continúa, Andrea, continúa.

— Di gracias á aquellas mujeres por los cuidados que me prodigaban; pero, como sabía la inquietud en que tú estarías, las supliqué que me condujesen á mi casa al instante. Entonces me dijeron que el conde había vuelto al teatro de la catástrofe para dar nuevos socorros á los heridos, pero que iba á volver con un coche y que me conduciría él mismo á mi casa. En efecto, á eso de las dos oí el ruido de un coche en la calle, luego me acometió un estremecimiento semejante á los que había sentido ya al aproximarse aquel hombre; caí vacilante, aturdida sobre un sofá; abrióse la puerta; en medio de mi aturdimiento pude reconocer aun al que me había salvado, luego volví á perder el conocimiento.

Entonces fué sin duda cuando me habrán bajado, metido en el coche y traído aquí. He aquí todo lo que recuerdo, hermano mío.

Felipe calculó el tiempo, y vió que su hermana había debido ser conducida directamente desde la calle de las Caballerizas del Louvre hasta la de Coq-Herón, como lo había sido desde la plaza de Luis XV hasta la de las Caballerizas del Louvre; y estrechándole cordialmente la mano, le dijo con un tono libre y gozoso:

— ¡ Gracias, querida hermana, gracias ! Todos esos cálculos están acordes con el mío. Me presentaré en casa de la marquesa de Savigny para darle gracias yo mismo. Ahora, una sola palabra de un interés secundario.

— Di lo que quieres.

— ¿ Recuerdas haber visto en medio de la catástrofe alguna figura conocida ?

— ¿ Yo ? no

— ¿ La del pequeño Gilberto, por ejemplo ?

— En efecto, dijo Andrea esforzándose en refrescar su memoria. Si, en el momento de separarnos estaba á diez pasos de mí.

— ¡ Me ha visto ! murmuró Gilberto.

— Te lo pregunto, porque cuando andaba yo buscándote, he hallado á ese pobre muchacho.

— ¿ Entre los muertos ? preguntó Andrea con ese tono bien acentuado del interés que tienen los grandes por su subalterno.

— No, solamente estaba herido; le han salvado, y espero que vivirá.

— ¡ Oh ! me alegro, dijo Andrea : ¿ y qué tenía ?

— El pecho magullado.

— ¡ Sí, sí, contra el tuyo, Andrea ! murmuró Gilberto.

— Pero, continuó Felipe, lo que es extraño y que me hace hablarte de ese muchacho, es que hallé en su mano crispada por el dolor un pedazo de tu vestido.

— ¡ Calla ! ¡ efectivamente que es extraño !

— ¿ No le has visto en el último momento ?

— En el último momento he visto, Felipe, tantas caras espantosas en que estaba pintado el terror, el sufrimiento, el egoísmo, el amor, la compasión, la codicia, el cinismo, que me parece haber habitado un año en el infierno; entre todas aquellas caras, que me han hecho el efecto de una revista pasada por mí á los condenados, bien puede suceder que haya visto la de ese buen muchachuelo, pero no me acuerdo.

— Sin embargo, ¡ aquel pedazo de tela arrancado de tu vestido ! porque era sin duda de tu vestido, puesto que lo he comprobado con Nicole.

Al nombrar á Nicole : ¿ Por qué la interrogabais ? preguntó Andrea, porque recordaba la singular expli-

cación que había tenido en Taverney con su doncella respecto de Gilberto.

— ¡Oh! no. En fin, el pedazo de tela estaba en su mano, ¿cómo explicas eso?

— ¡Dios mío! ¡nada más fácil! respondió Andrea con una tranquilidad que formaba un contraste indelible con los fuertes latidos del corazón de Gilberto. Si estaba cerca de mí en el momento en que me sentí levantada, por decirlo así, por la mirada de aquel hombre, se habrá agarrado á mí para aprovecharse del socorro que me daban, como un náfrago se agarra á la cintura del nadador.

— ¡Oh! exclamó Gilberto con un sombrío desprecio hacia aquel pensamiento de Andrea. ¡Oh! ¡qué innoble interpretación de mi afectuoso sacrificio! ¡Cómo nos juzgan á los hijos del pueblo esos nobles! ¡Oh! razón tiene el señor Rousseau. Nosotros valemos más que ellos; nuestro corazón es más puro, y nuestro brazo más fuerte.

Y como hiciese un movimiento para no perder la conversación de Andrea y de su hermano, pues se había separado un momento por ese aparte, oyó un ruido detrás de sí.

— ¡Dios mío! murmuró, ¿alguien entra en la antecámara!

Y Gilberto, oyendo acercarse los pasos por el pasadizo, se metió en el gabinete de tocador cerrando la mampara.

— Y bien; ¿conque aun no está ahí esa loca de Nicole? dijo la voz del barón de Taverney al entrar en el cuarto de su hijo, rozaando á Gilberto con los faldones de su casaca.

— Sin duda está en el jardín, respondió Andrea con una calma que probaba no tenía la menor sospe-

cha de la presencia de un tercero. Buenas noches, padre mío.

Felipe se levantó respetuosamente; el barón le hizo seña para que permaneciese quieto, y tomando un sillón, se sentó al lado de sus hijos.

— ¡Ah! hijos míos, dijo el barón: desde la calle Coq-Herón hasta Versalles hay un buen trecho, cuando en vez de ir allá en un buen coche de la corte, no tiene uno más que un patache tirado por un caballo; en fin, he visto á la señora Delfina.

— ¡Ah! exclamó Andrea, según eso ¿Hegáis de Versalles, padre mío?

— Sí, la princesa había tenido la bondad de mandar á llamarme así que supo el accidente ocurrido á mi familia.

— Andrea está mucho mejor, padre mío, dijo Felipe.

— Lo sé bien, y se lo he dicho á S. A. R., que ha tenido la bondad de prometerme que tan pronto como tu hermana se restableciese, la haría ir á su lado en el pequeño Trianón, que ella ha escogido decididamente para su residencia y que está haciendo arreglar á su gusto.

— ¡Yo! ¡yo en la corte! exclamó Andrea tímidamente.

— ¡No estarás en la corte, hija mía! La señora Delfina tiene gustos sedentarios; el mismo Delfin detesta el brillo y el bullicio; viviréis en familia en Trianón, sólo que, según el humor que conozco en S. A. la Delfina, esas pequeñas asambleas de familia podrían muy bien acabar por ser alguna cosa mejor que los Parla-mentos presididos por el rey ó los estados generales. La princesa tiene carácter, y el señor Delfin, á lo que dicen, es hombre profundo.

— ¡Oh! eso siempre será la corte, no te engañes, hermana mía, dijo Felipe tristemente.

— ¡ La corte ! decía para sí Gilberto con una rabia y una desesperación concentradas. ¡ La corte, es decir, una cumbre adonde yo no puedo llegar ! ¡ un abismo en que yo no puedo precipitarme ! ¡ Ya se acabó, Andrea ! ¡ Se ha perdido para mí ! ¡ se ha perdido !

— No tenemos, replicó Andrea á su padre, la fortuna que permite habitar en esa residencia, ni la educación que es necesaria al que la habita. Yo, pobre criatura, ¡ qué he de hacer en medio de esas damas tan brillantes, cuyo deslumbrante esplendor sólo he entrevisto una vez ; cuyo talento he juzgado tan fútil, pero tan brillante ? ¡ Ay, hermano mío ! somos muy oscuros para ir á vivir en medio de todo ese brillo.

El barón frunció el entrecejo.

— ¡ Aun tenemos esas majaderías ! dijo. En verdad que no comprendo el empeño que tiene siempre mi familia en rebajar todo lo que procede de mí ó me concierne. ¡ Oscuros ! Sin duda estáis loca, señorita, ¡ oscura ! ¡ Y quién brillará tanto como vos ? pregunto yo... ¡ La fortuna !... ¡ Pardiez ! bien se sabe lo que son las fortunas de la corte : el sol de la Corona las hace surgir, y el sol del cielo las hace reflorar ; esas son las grandes idas y venidas de la naturaleza. Cierto es que estoy arruinado ; pero me haré rico, y negocio concluido. ¿ No tiene ya el rey dinero que ofrecer á sus servidores ? ¡ Y creéis que me avergonzaré de que den el mando de un regimiento al hijo mayor de mi raza ; de una buena dote que den á mi hija ; de una posesión que me den á mí, ó de una buena asignación de rentas que yo me halle un día bajo mi servilleta en algún convite?... No, no... sólo los necios tienen preocupaciones. Yo no las tengo... ¡ Además, bienes míos son, y vuelvo á tomarlos ; así no andéis formándoos escrúpulos. Queda por debatir un solo punto, que es vuestra educación, de la que acabáis de hablarme.

Pero, señorita, acordaos que ninguna joven de la corte está educada como vos ; hay aun más, al lado de la educación de las jóvenes de la nobleza, tenéis la educación sólida de las hijas de los togados ó de los de Hacienda ; sois música, dibujáis paisajes con carneros y vacas, que Berghem no desdeñaría : y la señora Delfina es apasionada de los carneros, de las vacas y de Berghem. Tenéis hermosura, y el rey no deja de notarlo. Tenéis amenidad en la conversación, y la desplegaréis con el conde de Artois ó con el de Provenza ; por consiguiente, no sólo seréis bien vista... sino adorada. Sí, sí, añadió el barón riendo y frotándose las manos de una manera tan extraña, que Felipe miró á su padre, no creyendo que aquella risa saliese de una boca humana. ¡ Adorada ! ¡ Eso es !

Andrea bajó los ojos, y Felipe, cogiéndole la mano :

— El señor barón tiene razón, dijo ; posees cuantas gracias ha dicho, Andrea ; nadie será más digna que tú de entrar en Versalles.

— ¡ Pero estaré separada de vosotros ! replicó Andrea.

— Nada de eso, nada de eso, interrumpió el barón ; Versalles es grande, querida mía.

— Sí, pero Trianón es pequeño, replicó Andrea, esquiva y poco dócil cuando se obstinaban con ella.

— Trianón será siempre grande para suministrar un cuarto al señor de Taverney ; á un hombre como yo nunca le falta en donde hospedarse, añadió con una modestia que quería decir : sabe siempre hospedarse.

Andrea, poco satisfecha de esa proximidad de su padre se volvió hacia Felipe.

— Hermana mía, dijo éste, sin duda no harás parte de lo que se llama la corte. En lugar de meterte en un convento en donde pagaría tu dote la señora Delfina, que se ha dignado distinguerte, te tendrá á su lado con

un empleo cualquiera. Hoy la etiqueta no es tan rigurosa como en tiempo de Luis XIV; hay fusión y divisibilidad en sus cargos. Podrás servir á la Delfina de lectora, de dama de compañía; dibujará contigo, te tendrá siempre cerca de sí; es posible que no se te vea nunca, pero no por eso dejarás de estar bajo su protección inmediata, y como tal inspirarás mucha envidia. He aquí lo que temes, ¿no es verdad?

— Sí, hermano mío.

— Acabáramos... dijo el barón; pero no nos aflijamos por tan poca cosa como uno ó dos envidiosos... Restablécete bien pronto, Andrea, y tendré el placer de conducirte yo mismo á Trianón, pues así me lo ha ordenado la señora Delfina.

— Está bien, iré á Trianón, padre mío.

— A propósito, ¿te hallas con dinero, Felipe?

— Si lo necesitáis, señor, respondió Felipe, no tendré bastante que ofrecer, pero si me lo preguntáis para dármelo, al contrario, puedo deciros que aun me queda bastante.

— Es verdad, tú eres filósofo, dijo el barón entre dientes. Y tú, Andrea, ¿eres también filósofa, y no me pides nada, ó no tienes necesidad de alguna cosa?

— Temería molestaros, padre mío.

— ¡Oh! aquí no estamos en Taverny. El rey ha mandado entregarme quinientos luises... á cuenta, ha dicho S. M. Piensa en tus trajes, Andrea.

— Gracias, padre mío, respondió Andrea gozosa.

— ¡Hola, hola! he ahí los extremos... Hace un momento no quería nada, y ahora arruinaría á un emperador de la China.

Pero no importa, pide; los vestidos lindos te han de sentar bien, Andrea.

Y dicho esto, y después de dar á su hija un tierno beso, el barón abrió la puerta de un cuarto que sepa-

raba el suyo del de su hija, y desapareció diciendo:

— ¡Esa maldita Nicole no está aquí para alumbrarme!

— ¿Queréis que la llame, padre mío?

— No, tengo ahí á La Brie, que estará durmiendo sobre algún sillón. Buenas noches, hijos míos.

Felipe se había levantado también.

— Buenas noches también, hermano mío, dijo Andrea; estoy despedazada de cansancio. Esta es la primera vez que hablo tanto desde mi accidente. Buenas noches, querido Felipe.

Y alargó la mano á Felipe, quien estampó en ella un beso fraternal, pero uniendo á aquella fraternidad una especie de respeto que siempre había profesado á su hermana, y salió rozando en el pesadizo la mampara detrás de la cual estaba Gilberto.

— ¿Quieres que llame á Nicole? dijo á su vez al marchar.

— No, no, respondió Andrea, me desnudaré sola: adiós Felipe.

Lo que había previsto Gilberto

Andrea, habiendo quedado sola, se levantó del sillón, y un calofrío se apoderó de todo el cuerpo de Gilberto.

La joven estaba en pie; con sus manos blancas como el alabastro, sacaba una á una todas las horquillas de su peinado, mientras que descorriéndose de sus hombros el ligero peinado que la cubría, descubría su cuello tan puro y tan gracioso, su pecho palpitante aun, y sus brazos que, rodeados negligentemente á su cabeza, pronunciaban la entalladura de su cintura en beneficio de unos pechos exquisitos comprimidos bajo la batista.

Gilberto, de rodillas, jadeando, embriagado, sentía la sangre batir furiosamente su frente y su corazón. Por sus venas circulaban olas abrasadas, una nube de llama descendía sobre su vista; á sus oídos zumbaba un murmullo desconocido y febril: en aquel momento caía en ese extravío feroz que precipita á los hombres en la cima de la locura. Iba á salvar el umbral del cuarto de Andrea, gritando:

¡ Oh! sí, eres bella, eres bella! pero no estés tan orgullosa con tu belleza, porque me la debes á mí, porque yo te he salvado.

De súbito, un nudo de la cintura embarazó á Andrea, quien se irritó, dió una patada en el suelo, se sentó en

desorden sobre una cama de reposo, como si el ligero obstáculo que acababa de encontrar hubiese bastado para agotar sus fuerzas, é inclinándose medio desnuda hacia el cordón de la campanilla, le imprimió una impaciente sacudida.

Aquel ruido llamó á Gilberto á la razón. Nicole había dejado la puerta abierta para oír, Nicole iba á venir.

— ¡ Adiós sueño! ¡ adiós felicidad! ¡ Ya no queda más que una imagen, un recuerdo eternamente abrasador en la imaginación, eternamente presente en el fondo del corazón!

Gilberto quiso lanzarse fuera del pabellón, pero el barón, al entrar, había cerrado las puertas del pasadizo, y Gilberto, que ignoraba aquel obstáculo, tardó algunos segundos en abrirlas.

En el momento de entrar en el cuarto de Nicole, llegaba ésta. El joven oyó rechinar bajo sus pasos la arena del jardín, y sólo tuvo tiempo para ocultarse en la sombra á fin de dejar pasar á la doncella, quien atravesó la antesala después de haber cerrado la puerta, y se lanzó al pasadizo ligera como un ave.

Gilberto corrió á la antesala y trató de salir.

Pero Nicole, sin dejar de correr y gritar: « ¡ Ya voy, señorita! ¡ ya voy! ¡ estoy cerrando la puerta! » cerraba efectivamente la puerta, y no sólo la cerraba dando la vuelta á la llave, sino que, en su turbación, metía la llave en el bolsillo.

Por consiguiente, Gilberto trató en vano de abrir la puerta, recurrió á las ventanas, pero éstas tenían rejas: al cabo de cinco minutos de investigaciones, comprendió que le era imposible salir.

Entonces se agazapó en un rincón, con la firme resolución de hacer que Nicole le abriese la puerta.

En cuanto á ésta, después de haber dado á su ausen-

cia el plausible pretexto de haber ido á cerrar los basidores del invernáculo, porque el aire de la noche no hiciese daño á las flores de la señorita, acabó de desandar á la señorita y de acostarla.

No dejaba de haber en la voz de Nicole un temblor, en sus manos una agitación, en su servicio una priesa que no eran ordinarios, y que denunciaban un resto de emoción; pero Andrea, desde el cielo plácido por donde volaban sus ideas, rara vez descendía á la tierra, y cuando miraba hacia ella, los seres inferiores aparecían como unos átomos á sus ojos.

Por consiguiente no hizo alto en nada.

Gilberto ardía de impaciencia desde que había visto cortada su retirada. No aspiraba más que á la libertad.

Andrea despidió á Nicole después de una corta conversación en que ésta última puso en juego toda la zalamería de una criada que tiene remordimientos.

Arregló la colcha de su ama, bajó la lámpara, echó azúcar en el vaso de plata que estaba con agua caliente sobre la lamparilla de alabastro, dió con dulce voz las buenas noches á su ama, y salió del cuarto de puntillas.

Al salir cerró la puerta vidriera.

Luego, tarareando para hacer creer en la tranquilidad de su espíritu atravesó su cuarto y se avanzó hacia la puerta del jardín.

Gilberto comprendió la intención de Nicole, y se preguntó un instante si, en lugar de darse á conocer, no podría salir por sorpresa aprovechando el momento en que estuviese abierta la puerta para huir; pero entonces sería visto sin ser reconocido, y lo tomarían por un ladrón; Nicole gritaría ¡socorro! No tendría él tiempo para llegar á su cuerda, y aun cuando allí llegase, le verían en su fuga aérea, lo cual denunciaría

su retiro y causaría un escándalo que no podía dejar de ser grande en unas personas mal intencionadas como lo eran los Taverney respecto del pobre Gilberto.

Verdad es que podía denunciar y hacer que despidiesen á Nicole, ¿pero de qué le servía esto? Gilberto habría hecho mal sin provecho suyo, por una pura venganza; y no era tan débil de espíritu que se creyese satisfecho cuando se había vengado. Para él la venganza sin utilidad era más que una mala acción; era una majadería.

Cuando Nicole estuvo cerca de la puerta de la salida en donde la aguardaba Gilberto, salió éste súbitamente de la sombra en que estaba oculto, y apareció á la joven en un rayo de luz producido por la claridad de luna que pasaba á través de los vidrios.

Nicole iba á dar voces, pero tomó á Gilberto por otro, y, pasado el primer movimiento de espanto:

— ¡Oh! es usted, ¡qué imprudencia! dijo.

— Sí, yo soy, replicó en voz muy baja Gilberto, sólo le digo á usted que no grite por mí más de lo que gritara por otro.

Nicole reconoció entonces á su interlocutor.

— ¡Gilberto! exclamó. ¡Dios mío!

— He suplicado á usted que no gritase, dijo con frialdad Gilberto.

— Pero, ¿qué es lo que hace usted aquí? dijo Nicole encolerizada.

— ¡Vamos! respondió Gilberto con la misma frialdad. Acaba usted de llamarme imprudente, y ahora es usted más imprudente que yo.

— Sí, en efecto, replicó Nicole, soy bien tonta en preguntar á usted lo que hace aquí.

— ¿Pues qué es lo que hago aquí?

— Viene usted á ver á la señorita Andrea.

— ¿Á la señorita Andrea? replicó Gilberto con la misma tranquilidad.

— Sí, á la señorita Andrea, de quien está usted enamorado, pero que afortunadamente no le ama á usted.

— ¿Verdaderamente?

— Pero tened cuidado, señor Gilberto, continuó Nicole con tono de amenaza.

— ¿Que tenga cuidado?

— Sí.

— ¿De qué?

— De que yo no lo denuncie.

— ¡Tú, Nicole!

— Sí, yo, y que no haga que lo arrojen de aquí.

— Trata de hacerlo, dijo Gilberto sonriendo.

— ¿Me desafías?

— Positivamente.

— ¿Y qué sucederá si digo á la señorita, al señor Felipe, al señor barón, que te he encontrado aquí?

— Sucederá como tú lo has dicho; no el que me echen de aquí, porque á Dios gracias, estoy ya echado, sino que me perseguirán como á un animal dañino. Sólo que á la que echarán será á Nicole.

— ¿Cómo á Nicole?

— De seguro; á Nicole, á quien tiran piedras por encima de las cercas.

— ¡Cuidado, señor Gilberto! dijo Nicole con tono de amenaza. Han hallado en las manos de usted, en la plaza de Luis XV, un fragmento del vestido de la señorita.

— ¿Usted lo cree?

— El señor Felipe es quien lo ha dicho á su padre. Éste no sospecha aun nada; pero, ayudándole, quizá comenzará á sospechar.

— ¿Y quién ha de ayudarle?

— Yo.

— ¡Cuidado, Nicole! porque también podrían sospechar que aparentando tender los encajes, va usted á recoger las piedras que le tiran por encima de las cercas!

— ¡Es mentira! exclamó Nicole, luego enmendando su negativa.

— Y además, continuó, no es un crimen el recibir billetes como lo es el introducirse aquí cuando la señorita está desnudándose. ¡Ah! ¿qué dirá usted á esto, señor Gilberto?

— Diré, señorita Nicole, que para una muchacha tan juiciosa como usted, es también un crimen el echar llaves por debajo de las puertecitas de los jardines.

Nicole se estremeció.

— Diré, continuó Gilberto, que si yo, conocido del Sr. de Taverny, del señor Felipe y de la señorita Andrea, he cometido el crimen de introducirme en su aposento, no pudiendo resistir á la inquietud que me inspiraba la salud de mis antiguos amos, y particularmente la de la señorita Andrea, á quien he intentado salvar la otra noche, y lo he intentado tanto que, como dice usted, me ha quedado en la mano un fragmento de su vestido, diré, repito, que si he cometido el crimen bien perdonable de introducirme aquí, usted ha cometido el crimen imperdonable de introducir á un extraño en la casa de sus amos, y de reunirse con ese extraño en el invernáculo en donde ha pasado usted una hora con él.

— ¡Gilberto! Gilberto!

— ¡Ah! he aquí lo que es la virtud... la de la señorita Nicole, quiero decir. ¡Ah! conque halla usted criminal, señorita Nicole, que yo esté en su cuarto, mientras que....

— ¡Señor Gilberto!

— Así, diga usted á la señorita que estoy enamorado

de ella ; yo diré que estaba enamorado de usted, y me creerá, porque ha tenido usted la majadería de decirselo usted misma allá en Taverney.

— ¡ Gilberto, amigo mío !

— Y la despedirán á usted, Nicole ; y en vez de ir á Trianón, cerca de la Delfina, con la señorita, en vez de hacer la coqueta con hermosos señores y ricos caballeros, como no dejará usted de hacerlo si sigue en la casa : en vez de eso, irá usted á juntarse con su amante el señor de Beausire, un exento, un soldado. Á fe mía que la caída será buena, y que la ambición de la señorita Nicole la habrá llevado lejos. ¡ Nicole cortejo de un guardia francés !

Y Gilberto se puso á cantar soltando la carcajada :

En los guardias franceses
Tenia yo un amante.

— ¡ Por piedad, señor Gilberto ! exclamó Nicole ; no me mire usted de ese modo. Su mirada es maligna, brilla en las tinieblas. ¡ Por piedad ! no se ría usted tampoco, porque su risa me espanta.

— Entonces, dijo Gilberto con tono imperativo, ábrame usted la puerta, y no diré una palabra de todo esto.

Nicole abrió la puerta con un temblor nervioso tan violento, que se veían sus hombros agitarse y su cabeza temblorosa como la de una vieja.

Gilberto salió tranquilamente el primero, y viendo que la joven le guiaba hacia la puerta de salida :

— No, dijo, no ; usted tiene sus medios para hacer entrar aquí ; y yo tengo los míos para salir. Vaya usted al invernáculo á buscar al querido señor de Beausire, que debe estar aguardando con impaciencia, y permanezca usted con él diez minutos más que lo que debía

permanecer. Concedo esta recompensa á la discreción de usted.

— ¡ Diez minutos ! ¡ Y por qué diez minutos ?

— Porque son los que necesito para desaparecer ; vaya usted, señorita Nicole, vaya usted ; . . . como la mujer de Loth, cuya historia he contado á usted en Taverney, cuando me daba sus citas en los pajares, no vuelva usted la cabeza, porque le acaecerá una cosa peor que el quedar convertida en estatua de sal. Vaya usted, bella voluptuosa, vaya usted ahora ; no tengo más que decir.

Nicole, subyugada, espantada, aterrada por aquel aplomo de Gilberto que tenía en sus manos su porvenir, se dirigió con las orejas gachas al invernáculo, en donde efectivamente la aguardaba con grande ansiedad el exento Beausire.

Por su parte, Gilberto, tomando las mismas precauciones para no ser visto, llegó á la muralla, cogió su cuerda, y apoyándose en un tronco de vid y en el enrejado, subió hasta el plomo del primer piso de la escalera, y se fué encaramando listo como una ardilla hasta su cuarto.

Su buena suerte quiso que no encontrase á nadie en su ascensión, pues las vecinas estaban ya acostadas, y Teresa aun no se había levantado de la mesa.

Gilberto estaba demasiado exaltado por la victoria que acababa de alcanzar contra Nicole para tener miedo de que se le fuesen los pies en la canal. Al contrario, se sintió con el poder de marchar como la fortuna por el corte de una navaja, aun cuando tuviese ésta una legua de longitud.

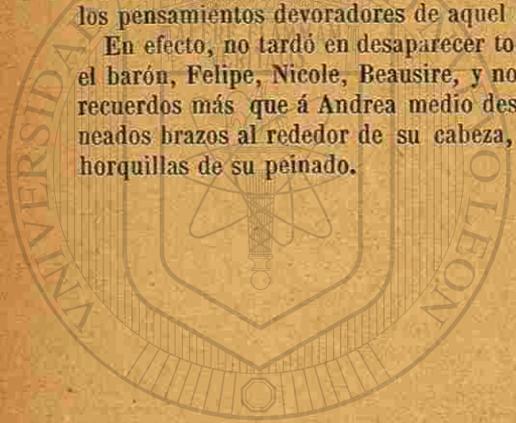
Andrea estaba al término del camino.

Llegó, pues, á su buharda, cerró la ventana, y rasgó el billete al que nadie había tocado. Luego se acostó deliciosamente en su cama.

Al cabo de media hora Teresa, cumpliendo su palabra, subió á preguntarle á través de la puerta cómo estaba.

Gilberto respondió con un gracias mezclado de los hostezos de un hombre que está muerto de sueño. Tenía prisa de hallarse solo, muy solo, en la oscuridad y el silencio, para saciarse en sus pensamientos, para analizar con el corazón, con el alma, y con todo su ser los pensamientos devoradores de aquel día.

En efecto, no tardó en desaparecer todo de su vista, el barón, Felipe, Nicole, Beausire, y no vió ya en sus recuerdos más que á Andrea medio desnuda, sus torneados brazos al rededor de su cabeza, y soltando las horquillas de su peinado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fundada 1823 MONTERREY, NUEVO LEÓN

XXVII

Los herboristas

Los acontecimientos que acabamos de contar habían pasado el viernes por la noche; por consiguiente dos días después debía verificarse en el bosque de Lucienes el paseo que tanto regocijaba á Rousseau.

Gilberto, indiferente hacia todas las cosas desde que había sabido la próxima marcha de Andrea para Triánón, había pasado todo el día apoyado á la repisa de su ventanillo. Durante aquel día había permanecido abierta la ventana de Andrea; y una ó dos veces se había acercado á ella la joven, débil y pálida, para tomar el aire, y, al verla, había parecido á Gilberto que no hubiera pedido al cielo más que el saber que Andrea debía habitar eternamente aquel pabellón, el tener él por toda su vida una plaza en aquella bohardilla, y el entrever dos veces al día á Andrea como la había entrevisto.

Aquel domingo tan ansiado llegó por último. Desde la víspera Rousseau había hecho sus preparativos; sus zapatos cuidadosamente lustrados, y la casaca parda abrigada y ligera á la vez, habían salido del armario con grande desesperación de Teresa, que pretendía que una blusa ó un capotón de tela eran más que suficientes para semejante oficio; pero Rousseau, sin responder nada, había obrado á su antojo; no solamente su traje, sino también el de Gilberto había sido pre-

parado con el mayor esmero, y aun había recibido el aumento de medias excelentes y zapatos nuevos, con que Rousseau le hizo una agradable sorpresa.

El herbario era también nuevo; Rousseau no había olvidado su colección de musgos destinada á hacer un gran papel.

Rousseau, impaciente como un niño, se asomó más de veinte veces á la ventana para ver si este ó el otro coche que llegaba era el del Sr. Jussieu. Por último, percibió una caja muy charolada, caballos ricamente enjaezados y un robusto cochero parados delante de su puerta, y corrió al punto á decir á Teresa:

— ¡ Ahí está! ahí está!

Y á Gilberto.

— ¡ Pronto, Gilberto, pronto! El coche está aguardando.

— Y bien, dijo Teresa con acrimonia, y que tanto te gusta ir en coche, ¿ por qué no has trabajado para comprarte uno como hizo Voltaire?

— ¡ Déjame en paz! respondió entre dientes Rousseau.

— ¡ Pardiez! siempre estás diciendo que tienes tanto talento como él.

— Yo no digo eso, ¿ lo oyes? dijo Rousseau incomodado á su hacendosa ama; ¡ digo, digo!... ¡ yo no digo nada!

Y toda su alegría desapareció como sucedía siempre que oía pronunciar aquel nombre.

Por fortuna, entró en su aposento el señor de Jussieu, lleno de pomada y polvos, rozagante como una primavera; una magnífica casaca de raso de la India con solapas, color de erudillo, un chaleco de tafetán color de lila claro... medias de seda blanca extremadamente finas, y hebillas de oro pulido componían su traje.

Al entrar en casa de Rousseau, llenó el aposento de un perfume variado que Teresa aspiró sin disimular su admiración.

— ¡ Qué hermoso estáis! dijo Rousseau mirando con agrado á Teresa y comparando con la vista su modesto traje y su voluminoso equipaje de botánico con el traje tan elegante del señor de Jussieu.

— Vengo así porque tengo miedo al calor, dijo el elegante botánico.

— ¡ Y la humedad de los bosques! vuestras medias de seda, si herborizamos en las lagunas....

— ¡ Oh, no! ya elegiremos otros sitios.

— Según eso, ¿ por hoy tendremos que abandonar nuestros musgos acuáticos?

— No nos inquietemos por eso, querido cofrade.

— Diríase que vais á un baile, y á visitar señoras.

— ¿ Por qué no honrar con unas medias de seda á la señora Naturaleza? replicó el señor de Jussieu algo embarazado. ¿ No es un cortejo que merece la pena de que uno se vista de gala por él?

Rousseau no insistió, porque desde el momento en que el señor de Jussieu invocaba la naturaleza, también él era de parecer que nunca se le podía hacer demasiado honor.

En cuanto á Gilberto, á pesar de su estoicismo, miraba al señor de Jussieu con ojos de envidia. Desde que había visto á tantos jóvenes elegantes realzar con los vestidos las ventajas naturales de que estaban dotados, había comprendido la frívola utilidad de la elegancia, y se decía en voz baja que aquel raso, aquella batista y aquellos encajes darían mucho realce á su juventud, y que sin duda, si en lugar de estar vestido como estaba, lo estuviese como el señor de Jussieu y encontrase á Andrea, no dejaría ésta de mirarle.

Salieron al gran trote de dos excelentes caballos daneses, y al cabo de una hora los botánicos descendían á Bougival y tomaban á la izquierda por el camino de los Castaños.

Aquel paseo de una maravillosa hermosura hoy, no era menos hermoso en aquella época, porque aquella parte del ribazo que nuestros exploradores se disponían á recorrer, poblada ya de árboles en tiempo de Luis XIV, era el objeto de incesantes cuidados desde que el soberano había tomado afición á Marly.

Las castaños de arrugadas cortezas, de gigantescas ramas, de formas fantásticas, que ora imitan en sus nudosas circunvoluciones á la serpiente enroscándose al rededor del tronco, ora al toro tendido sobre la tabla del carnicero y vomitando sangre negra; el manzano cargado de musgo, y los nogales colosos, cuyo follaje pasa, en junio, del verde-amarillo hasta el verde-azul; aquella soledad, aquella pintoresca aspereza del terreno que llega, bajo la sombra de los viejos árboles, á dibujar una vista en el azul mate del cielo; toda aquella naturaleza poderosa, graciosa y melancólica, sumió á Rousseau en un éxtasis inexplicable.

En cuanto á Gilberto, tranquilo pero sombrío, tenía toda su vida reconcentrada en esta idea:

— Andrea deja el pabellón del jardín y se va á Trianón.

Desde el punto culminante de la colina que trepaban á pie los tres botánicos, se veía elevar el pabellón cuadrado de Luciennes.

La vista de aquel pabellón de donde él había huído, cambió el curso de las ideas de Gilberto, presentándole recuerdos poco agradables, pero no le inspiraban ningún temor. En efecto, marchaba el último, veía delante de sí dos protectores, y se creía bien apoyado;

por consiguiente miró á Luciennes como un naufrago mira desde el puerto el banco de arena contra que se estrelló su buque.

Rousseau, con su azadilla en la mano, comenzaba á examinar el terreno, haciendo lo mismo el señor de Jussieu, sólo que el primero buscaba plantas, y el segundo trataba de garantir sus medias de la humedad.

— ¡ El admirable *Lepodium* ! exclamó Rousseau.

— ¡ Admirable ! repitió el señor de Jussieu; pero, si os parece, podemos pasar adelante.

— ¡ Ah ! la *Lyrimachia Fanella* ! Es buena de coger, mirad.

— Cogedla si os agrada.

— ¡ Qué es eso ? ¡ conque no herborizamos ?

— Si tal, si tal... pero creo que allá sobre la meseta hallaremos cosas mejores.

— Como gustéis... Vamos, pues.

— ¡ Qué hora es ? preguntó el señor de Jussieu; como me vestí precipitadamente he olvidado el reloj.

Rousseau sacó de su bolsillo una abultada muestra de plata.

— Las nueve, dijo.

— ¡ Queréis que descansemos un rato ? preguntó el señor de Jussieu.

— ¡ Oh ! ¡ qué mal andador sois ! dijo Rousseau. He ahí la contra de herborizar con zapatos finos y medias de seda.

— Es que no dejo de tener hambre.

— Pues bien, entonces vamos á almorzar..... el pueblo está á un cuarto de legua.

— No, en el pueblo no.

— ¡ Cómo no ? ¡ entonces traéis el almuerzo en vuestro coche ?

— ¡ Veis allá abajo en aquel grupo de árboles ? pre-

guntó el señor de Jussieu extendiendo la mano hacia el punto del horizonte que quería designar.

Rousseau se levantó sobre la punta de los pies, y puso su mano sobre los ojos á manera de visera.

— No veo nada, respondió.

— ¡Cómo! ¿no distinguís aquella casita rústica?

— No.

— ¿Que tiene una veleta y paredes de paja blanca y roja? ¿una especie de quesera?

— Sí, creo que sí... una casita nueva.

— Un kiosco, eso es.

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! que hallaremos allí el modesto almuerzo que os he prometido.

— Corriente, respondió Rousseau. ¿Tenéis hambre, Gilberto?

Gilberto, que había permanecido indiferente á aquel debate, y cortaba maquinalmente las flores de brezo, respondió:

— Como gustéis, señor.

— Vamos pues allá, si os agrada, dijo el señor de Jussieu; además, nada os impide herborizar por el camino.

— ¡Oh! vuestro sobrino es un naturalista más activo que vos, dijo Rousseau. He herborizado con él en los bosques de Montmorency. Éramos pocos. El sabe hallar, sabe escoger y explicar bien.

— Sí, pero haceos cargo que él es joven y que tiene que adquirir renombre.

— ¿No tiene el vuestro que está ya adquirido? ¡Ah! ¡cofrade, cofrade! Vos herborizáis como aficionado.

— Vamos, no nos enfademos, querido filósofo. ¡Calla! aquí tenemos el hermoso *Plantago Monanthos*; ¿lo tenéis como éste en vuestro Montmorency?

— A fe mía que no, respondió Rousseau encantado; lo he buscado en vano, bajo la fe de Tournefort. ¡En verdad que es magnífico!

— ¡Ah! ¡qué lindo pabellón! exclamó Gilberto, que había pasado de la retaguardia á la vanguardia.

— Gilberto tiene hambre, dijo el señor de Jussieu.

— Perdonad, señor; aguardaré sin impaciencia que vos estéis dispuesto.

— Tanto más, cuanto que no es bueno para la digestión el herborizar después de comer, y además, la vista está pesada, la espalda perezosa. Así, podemos herborizar aun algunos momentos, dijo Rousseau; pero, ¿cómo se llama ese pabellón?

— ¡*La Ratonera!* respondió el señor de Jussieu acordándose del nombre inventado por el señor de Sartines.

— ¡Qué nombre singular!

— Sí lo es; pero ya sabéis que en el campo no hay más que caprichos.

— ¿Á quién pertenecen esta tierra, este bosque y estas deliciosas sombras?

— No os lo podré decir.

— Sin embargo, debéis conocer al propietario, puesto que vais á almorzar allá, replicó Rousseau con un asomo de sospecha.

— De ninguna manera... ó más bien conozco aquí toda la gente, á los guarda-bosques que me han visto herborizar cien veces en sus talleres, y que saben que saludarme, ofrecerme un guisado de liebre ó un salmorejo de chochas, es complacer á sus amos; los dependientes de todos los señores vecinos me dejan obrar aquí como en mi propio terreno. No sé á punto fijo si este pabellón pertenece á madama de Mirepoix, ó á madama de Egmont, ó... en fin, no sé á quién... Pero lo principal, mi querido filósofo, y creo que opi

naréis como yo, es que hallemos allí pan, frutas y empanada.

El tono de naturalidad con que el señor de Jussieu pronunció estas palabras, disipó las nubes que comenzaban á oscurecer la frente de Rousseau. El filósofo sacudió sus zapatos, se frotó las manos, y el señor de Jussieu entró el primero en la senda llena de musgo que serpenteaba por entre los castaños y conducía á la casita.

Detrás de él iba Rousseau, rebuscando siempre entre la hierba.

Gilberto, que se había vuelto á su puesto, cerraba la marcha pensando en Andrea y en los medios de verla cuando estuviese en Triunión.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

	Pág.
I. — Las carrozas del rey.	3
II. — La poseida	17
III. — El conde de Fénix	38
IV. — Su Eminencia el cardenal de Rohán	57
V. — El regreso de San Dionisio	71
VI. — El pabellon	82
VII. — La casa de la calle de San Claudio	93
VIII. — La doble existencia. — El sueño.	102
IX. — La doble existencia. — La vigilia	111
X. — La visita	120
XI. — El oro.	123
XII. — El elixir de la vida	139
XIII. — Las señas	162
XIV. — La habitación de la calle Platriere	174
XV. — Plan de campaña	180
XVI. — Lo que sucedió al señor de La Vauguyón, preceptor de los príncipes de Francia, en la noche del casamiento del Delfin	192
XVII. — La noche de boda del Delfin	205
XVIII. — Las fiestas de la plaza de Luis XV.	217

naréis como yo, es que hallemos allí pan, frutas y empanada.

El tono de naturalidad con que el señor de Jussieu pronunció estas palabras, disipó las nubes que comenzaban á oscurecer la frente de Rousseau. El filósofo sacudió sus zapatos, se frotó las manos, y el señor de Jussieu entró el primero en la senda llena de musgo que serpenteaba por entre los castaños y conducía á la casita.

Detrás de él iba Rousseau, rebuscando siempre entre la hierba.

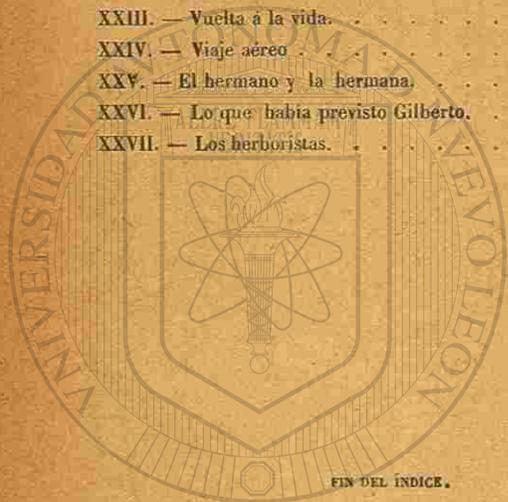
Gilberto, que se había vuelto á su puesto, cerraba la marcha pensando en Andrea y en los medios de verla cuando estuviese en Trianón.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

	Pág.
I. — Las carrozas del rey	3
II. — La poseida	17
III. — El conde de Fénix	38
IV. — Su Eminencia el cardenal de Rohán	57
V. — El regreso de San Dionisio	71
VI. — El pabellón	82
VII. — La casa de la calle de San Claudio	93
VIII. — La doble existencia. — El sueño.	102
IX. — La doble existencia. — La vigilia	111
X. — La visita	120
XI. — El oro	123
XII. — El elixir de la vida	139
XIII. — Las señas	162
XIV. — La habitación de la calle Platriere	174
XV. — Plan de campaña	180
XVI. — Lo que sucedió al señor de La Vauguyón, preceptor de los príncipes de Francia, en la noche del casamiento del Delfin	192
XVII. — La noche de boda del Delfin	205
XVIII. — Las fiestas de la plaza de Luis XV.	217

	Pag.
XIX. — Los fuegos artificiales	227
XX. — El campo de los muertos	236
XXI. — La vuelta	249
XXII. — El señor de Jussieu	259
XXIII. — Vuelta a la vida.	268
XXIV. — Viaje aéreo	274
XXV. — El hermano y la hermana.	282
XXVI. — Lo que había previsto Gilberto.	296
XXVII. — Los herboristas.	305



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

